Grandes Estrategias

John Lewis Gaddis

Ganador del PREMIO PULITZER

taurus

Grandes Estrategias

John Lewis Gaddis

Ganador del PREMIO PULITZER

taurus

John Lewis Gaddis

Grandes estrategias

Traducción de Miguel Marqués Muñoz

taurus

SÍGUENOS EN

megustaleer

@megustaleer

@taurusedítorial

@megustaleer

Penguin Random House Grupo Editorial

Para
Nicholas F. Brady, 1952
Charles B. Johnson, 1954
y
Henry «Sam» Chauncey, Jr., 1957
grandes estrategas

PREFACIO

Soy consciente de que el título de este libro puede resultar grandilocuente: *Grandes estrategias*. Me preceden, no obstante, Timothy Snyder, compañero en el departamento de Historia de la Universidad Yale (*On Tyranny*) y, largo tiempo atrás, Séneca (*Sobre la brevedad de la vida*). Me preocupan en especial, no obstante, los admiradores de Carl von Clausewitz, entre los que me cuento. Su obra póstuma, *De la guerra* (1832), fijó el modelo para los posteriores textos escritos sobre ese tema y su corolario inevitable: las grandes estrategias. Justifico la aparición de otro libro sobre esta cuestión por su concisión, la cual no era uno de los fuertes de Clausewitz: *Grandes estrategias* cubre más años que *De la guerra*, pero en menos de la mitad de páginas.

Este libro surge de dos experiencias con la gran estrategia, separadas por veinticinco años. La primera fue impartir la asignatura Estrategia y Política en el Naval War College de Estados Unidos, en Newport, entre 1975 y 1977, en las circunstancias descritas al final del capítulo 2. La segunda, haber dado en la Universidad Yale el seminario Estudios sobre la Gran Estrategia, desde 2002 hasta la actualidad. Ambos cursos se han apoyado en todo momento no tanto en la teoría como en el estudio de textos clásicos y de casos históricos. La asignatura impartida en Newport duraba un semestre y estaba dirigida principalmente a oficiales con cierta experiencia. El seminario de Yale abarca dos semestres y atrae a estudiantes de grado y de posgrado, así como a profesionales. Acude a él todos los años, asimismo, un teniente coronel en activo del ejército y de los marines.[1]

Ambos cursos siguen una filosofía basada en la colaboración: en Newport, en general, cada sesión la impartíamos un instructor civil y uno militar, mientras que, en Yale, se dan distintas combinaciones. Mis colegas Charles Hill, Paul Kennedy y yo lo pusimos en marcha como troika:

asistíamos a todas las clases, debatíamos entre nosotros ante los estudiantes y les aconsejábamos personalmente (no siempre de manera coherente) fuera del aula. Por fortuna, los tres seguimos siendo vecinos y buenos amigos.

La creación en 2006 del programa Brady-Johnson sobre Gran Estrategia permitió fichar a otros profesionales: David Brooks, Walter Russell Mead, John Negroponte, Peggy Noonan, Victoria Nuland, Paul Solman, Jake Sullivan y Evan Wolfson. El seminario también ha llamado la atención de otros profesores de Yale, como Scott Boorman (profesor de Sociología), Elizabeth Bradley (anteriormente en la escuela de Salud Pública, directora del programa Brady-Johnson durante el curso 2016-2017 y hoy presidenta del Vassar College), Beverly Gage (profesora de Historia y, desde 2017, directora del programa Brady-Johnson), Bryan Garsten (profesor de Ciencias Políticas y Humanidades), Nuno Monteiro (profesor de Ciencias Políticas), Kristina Talbert-Slagle (profesora de Epidemiología y Salud Pública) y Adam Tooze (antiguo profesor de Historia, radicado hoy en la Universidad de Columbia, Nueva York).

Todos ellos me han enseñado muchísimas cosas, razón añadida para intentar recogerlo aquí aunque sea resumidamente. He aprendido de una manera informal e idiosincrásica, guiándome por las impresiones. Mis profesores no son responsables más que de abrirme caminos y de dejarme a mi aire, lejos de su control. Dada mi búsqueda de patrones a lo largo del tiempo, el espacio y la escala,[2] me he dado el lujo de anular esas tres dimensiones a efectos comparativos e incluso dialogísticos: Agustín de Hipona y Maquiavelo charlarán ocasionalmente entre sí, como lo harán Clausewitz y Tolstói. Este último es el «imaginador» más útil de los que he encontrado; otros son Virgilio, Shakespeare o F. Scott Fitzgerald. Por fin, he recurrido a menudo a las ideas de sir Isaiah Berlin,[3] a quien pude conocer durante mi estancia como profesor visitante en la Universidad de Oxford, entre 1992 y 1993. Tengo la sensación de que le agradaría ser considerado un gran estratega. Estoy seguro de que, al menos, le divertiría pensarlo.

Mi agente, Andrew Wylie, y mi editor, Scott Moyers, mostraron más confianza en este libro que yo cuando empecé a escribirlo. Trabajar con ellos ha sido de nuevo un gran placer, al igual que colaborar con el eficaz equipo de Penguin: Ann Godoff, Christopher Richards, Mia Council, Matthew Boyd, Bruce Giffords, Deborah Weiss Geline y Juliana Kiyan.

Debo un agradecimiento especial a los estudiantes de grado de Yale que asistieron al seminario Zorros y Erizos, que impartí en otoño de 2017, y que han revisado de forma implacable todos los capítulos de este libro: Morgan Aguiar-Lucander, Patrick Binder, Robert Brinkmann, Alessandro Buratti, Diego Fernandez-Pages, Robert Henderson, Scott Hicks, Jack Hilder, Henry Iseman, India June, Declan Kunkel, Ben Mallet, Alexander Petrillo, Marshall Rankin, Nicholas Religa, Grant Richardson, Carter Scott, Sara Seymour, David Shimer y Jared Smith. También he contado con el apoyo de consumados ayudantes de investigación, como Cooper D'Agostino, Matthew Lloyd-Thomas, David McCullough III, Campbell Schnebly-Swanson y Nathaniel Zelinsky.

Los rectores de Yale, Richard Levin y Peter Salovey, me ofrecieron un sólido respaldo a la enseñanza de la gran estrategia desde el primer momento, como también lo ha hecho Ted Wittenstein, ayudante especial y uno de nuestros primeros estudiantes. Los directores adjuntos de Estudios de Seguridad Internacional y del programa Brady-Johnson nos han amparado a la hora de mantener el rumbo: Will Hitchcock, Ted Bromund, el difunto Minh Luong, Jeffrey Mankoff, Ryan Irwin, Amanda Behm, Jeremy Friedman, Christopher Miller, Evan Wilson e Ian Johnson. También han prestado un apoyo inestimable: Liz Vastakis, Kathleen Galo, Mike Skonieczny e Igor Biryukov. Mi esposa, Toni Dorfman, profesora, erudita, mentora, actriz, dramaturga, directora de obras y óperas barrocas, correctora, crítica, cocinera *gourmet*, terapeuta nocturna y amor de mi vida desde hace (!) veinte años, me ha sustentado de todas las maneras posibles.

Esta dedicatoria quiere ser un homenaje a los dos grandes benefactores de nuestro programa, Brady y Johnson, así como a algo que hace las cosas más fáciles sin perder nunca la prudencia: la visión de estos, su generosidad y su invariable buen consejo —no olvidemos, claro, que en este programa tratamos de enseñar sentido común— han sido nuestra ancla, nuestra brújula y la embarcación misma en que navegamos.

New Haven, Connecticut
Otoño de 2017

1
CRUZANDO EL HELESPONTO

Nos encontramos en el año 480 a. C. en Abido, ciudad situada en la orilla asiática del Helesponto, donde el paso se estrecha a poco más de kilómetro y medio. La escena es digna de una película de la época dorada de Hollywood: Jerjes, rey de reyes persa, asciende el promontorio para sentarse sobre un trono desde el que contemplar sus ejércitos en formación, los cuales, según Heródoto, sumaban más de un millón y medio de hombres. Probablemente fueran una décima parte de ese número, que son, con todo, los hombres que Eisenhower mandó desembarcar el día D. No salva hoy día el Helesponto ningún puente, pero Jerjes tuvo dos: un pontón construido con trescientas sesenta embarcaciones atadas entre sí y otro con trescientas catorce, curvados ambos ligeramente por la corriente y el viento. Sepultado bajo las aguas el puente anterior tras una tormenta, el furibundo emperador había ordenado decapitar a los constructores y azotar y marcar con hierros candentes las mismísimas aguas del estrecho. En algún lugar del fondo deben de reposar aún hoy los grilletes de hierro que mandó arrojar al mar como advertencia.

Ese día, sin embargo, las aguas están tranquilas y Jerjes se siente satisfecho. Hasta que, de repente, estalla en lágrimas. Su tío y consejero Artábano le pregunta por qué. «Ante nosotros se hallan miles de hombres —responde el emperador—, pero ninguno de ellos estará vivo dentro de cien años.» Artábano consuela a su rey recordándole todas las calamidades que hacen intolerable la vida y la muerte, un alivio. Jerjes conviene con su tío y consejero, pero le exige: «Dime la verdad». Quería conocer su opinión sobre la empresa que tenían ante sí. ¿Vería Artábano con buenos ojos una segunda invasión persa de Grecia en apenas una década? Existía un factor que quizá cambiase las cosas: emperador y consejero habían tenido la

misma pesadilla. Es ahora Artábano quien se estremece: «El miedo me embarga. No, mejor dicho: me posee».

Un mismo sueño había visitado dos veces a Jerjes, después de que Artábano disuadiese a aquel de vengar la humillación a que los griegos habían sometido a su padre, Darío, diez años antes, en la batalla de Maratón. Anticipándose en dos milenios a *Hamlet*, un espectro de porte majestuoso y actitud paternal le había presentado un ultimátum: «Si no declaras la guerra enseguida, […] al igual que en un breve lapso te hiciste grande y poderoso, con prontitud volverás a la humildad». Artábano, en un primer momento, restó trascendencia al sueño, tras el cual Jerjes obligó a su consejero a dormir en el lecho real e incluso a usar su camisón. El espectro volvió a aparecer y Artábano se despertó aterrorizado y entre alaridos, pidiendo a voces la invasión. Jerjes dio la orden y la gran fuerza militar se reunió en Sardes, sacrificó un millar de novillos en las ruinas de Troya, alcanzó el Helesponto y se aprestaba a cruzar los pontones cuando el emperador concedió a su tío una última oportunidad para dar voz a cualquier reserva que pudiera tener.

Artábano, pese a su pesadilla, no es capaz de resistirse. Los enemigos que les esperan, advierte, no son solo griegos, temibles guerreros de por sí: la tierra y el mar también lucharán contra ellos. La obligada marcha para circundar el Egeo atravesará regiones que no podrán alimentar a un ejército tan numeroso. No habrá puertos suficientes para dar cabida a sus navíos si estalla la tempestad. El agotamiento y la hambruna podrían hacer mella en ellos aun antes de empuñar las armas. El líder prudente «teme y medita sobre todo lo que puede ocurrir, pero es audaz cuando se halla en el centro de la acción». Jerjes escucha con paciencia, pero objeta: «Si fuese necesario tenerlo todo en consideración […], jamás haríamos nada. Es mejor contar con un corazón valeroso y enfrentarse a la mitad de los horrores que tememos que anticipar y no sufrir ninguno de ellos. […] Se ganan grandes trofeos afrontando grandes peligros».

Quedó así zanjado el tema. Jerjes ordena a Artábano que regrese a la capital para administrar el imperio mientras él dedica sus esfuerzos a doblar su extensión. Jerjes reza al sol para obtener la fuerza necesaria que no solo le permita conquistar Grecia, sino toda Europa. Esparce ramas de mirto ante los pontones y ordena a sus sacerdotes que quemen incienso. Recompensa al Helesponto vertiendo en él una libación, además del cáliz de oro que la

contenía y, por último, una espada. Se despeja así el camino sobre el estrecho: el ejército completo tarda siete días, con sus noches, en cruzarlo. Cuando el propio Jerjes alcanza la orilla europea, se escucha a un asombrado lugareño preguntar por qué Zeus se ha disfrazado como el emperador de los persas y ha traído con él «a toda la gente del mundo». «¿Acaso no puede el dios destruir Grecia él solo?»[4]

I

Dos mil cuatrocientos diecinueve años después, un catedrático de Oxford da por concluidas las tutorías de la tarde. Esa noche debe asistir a una fiesta. Isaiah Berlin tenía entonces treinta años. Había nacido en Riga, se había criado en San Petersburgo y tras la Revolución bolchevique, de la que fue testigo con apenas ocho años de edad, emigró con su familia a Inglaterra. Allí creció, aprendió el idioma con un acento que nunca perdió y prosiguió con su educación (aprobó con excelentes notas sus exámenes en Oxford y se convirtió en el primer judío en entrar en el All Souls College). En 1939 empezó a impartir clases de Filosofía en el New College (fundado en 1379), curso en el que desarrolló cierta animadversión hacia el positivismo lógico (una proposición carecerá de significado si no puede verificarse empíricamente) y se dedicó a disfrutar de la vida al máximo.

Berlin era un conversador ávido de conocimientos y aprovechaba cualquier oportunidad tanto para lucirse como para empaparse de nuevas ideas. En la fiesta de aquel día —se ignora la fecha exacta—, se encontró con Julian Edward George Asquith, segundo conde de Oxford y Asquith, quien estaba entonces terminando sus estudios de Filología Clásica en el Balliol College. Lord Oxford, al parecer, se había topado con un enigmático verso del poeta griego Arquíloco de Paros. Berlin lo recordaría más adelante así: «El zorro sabe muchas cosas; el erizo sabe una sola, pero grande».[5]

Ese verso se conserva solo, como un fragmento, y su contexto se perdió hace mucho tiempo. Sin embargo, Erasmo de Róterdam jugó con él y Berlin no pudo evitar hacer lo mismo.[6] «¿Podría aquella imagen convertirse en una pauta para clasificar a los grandes escritores?», se preguntó. En ese

caso, Platón, Dante, Dostoievski, Nietzsche y Proust habrían sido erizos. Aristóteles, Shakespeare, Goethe, Pushkin y Joyce habrían sido, obviamente, zorros. También era zorro Berlin, quien desconfiaba de la mayoría de grandes cosas —como el positivismo lógico—, pero se sentía muy cómodo con las más pequeñas.[7] Apartado de su trabajo por la Segunda Guerra Mundial, Berlin no regresaría a sus pequeños mamíferos hasta 1951, cuando recurrió a ellos para crear el marco teórico de un trabajo sobre la filosofía de la historia en Tolstói. Este trabajo aparecería dos años más tarde como un ensayo breve con el título de *El erizo y el zorro*.

Los erizos, razonaba Berlin, «lo relacionan todo con un único planteamiento capital», que da «sentido y relevancia a todo lo que hacen y dicen». Los zorros, por lo contrario, «persiguen muchos fines, a menudo no relacionados entre sí e incluso contradictorios, los cuales mantienen, si acaso, algún tipo de conexión *de facto*». Esta distinción es sencilla, pero no baladí, pues ofrece «un punto de vista desde el que mirar y comparar, y un punto de partida para la investigación genuina». Incluso podría ilustrar «una de las maneras que más marcadamente diferencian a escritores y pensadores y quizá, en general, a todos los seres humanos».

Habiendo lanzado esa bengala, no obstante, Berlin no supo arrojar luz más allá de Tolstói. El gran hombre había querido ser erizo, afirma aquel: *Guerra y paz* revela supuestamente las leyes que rigen la historia. Sin embargo, Tolstói era demasiado sincero como para no tener en cuenta las peculiaridades de la personalidad y los imprevistos fruto del contexto que desafían este tipo de generalizaciones, así que trufó su obra maestra con algunos de los mejores ejemplos de literatura «vulpina» de la historia. Con estos logró cautivar a sus lectores, quienes saltaban de buena gana las parrafadas de reflexión histórica, de cariz claramente «erináceo», que salpicaban el texto. Berlin concluye que, roto por las contradicciones, Tolstói veía acercarse su propia muerte «como un viejo desesperado, al que ningún ser humano podría ayudar, que vagaba por Colono tras haberse arrancado los ojos [como Edipo]».[8]

Desde el punto de vista biográfico, este es un planteamiento demasiado simple. Es cierto que Tolstói murió en una oscura estación de tren rusa en 1912 a los ochenta y dos años, tras marcharse del hogar y abandonar a la familia. Es improbable, no obstante, que lo empujaran a ello los remordimientos causados por los cabos sueltos que, décadas antes, había

dejado en *Guerra y paz*.[9] Tampoco está claro que Berlin evocase a Edipo sino para rematar su ensayo con un ripio dramático. Demasiado dramático, quizá, pues proponía una diferencia irreconciliable entre zorros y erizos. Hay que ser uno u otro, parece afirmar Berlin. Resulta imposible ser ambas cosas y también una persona feliz; o eficaz, o siquiera íntegra.

Berlin recibió con sorpresa —y maliciosa satisfacción— la noticia de que sus pequeños mamíferos se habían hecho virales (mucho antes de la aparición de internet). Empezaron a proliferar las referencias impresas. Aparecieron, por ejemplo, viñetas que no necesitaban explicación.[10] Y en las aulas universitarias, los profesores preguntaban al alumnado: «¿Fue [tal figura literaria o histórica] zorro o erizo?». Estos, por su lado, interpelaban a sus profesores: «¿Es mejor [en este momento histórico o en cualquier otro] ser zorro o ser erizo?». Y tanto unos como otros se decían: «¿Dónde he de situarme en esta polaridad?». Y a continuación: «¿Puedo quedarme en esa posición para siempre?». Y por fin: «A fin de cuentas, ¿quién soy yo?».

Gracias a aquella fiesta en Oxford, al verso de Arquíloco y a la épica biografía sobre Tolstói, Berlin dio con dos de las mejores maneras de grabar una marca indeleble en la historia de la intelectualidad. La primera es la délfica, estratagema conocida por los oráculos desde la noche de los tiempos. La segunda, la esópica, hacer que tus ideas alcancen la inmortalidad convirtiéndolas en animales.

II

Heródoto, que vivió aproximadamente entre el 480 y el 420 a. C., quizá oyó hablar de los zorros y erizos de Arquíloco (entre 680 y 645 a. C.). El historiador cita al poeta en otro contexto, así que podría haber conocido el poema de los animales, de haber sobrevivido.[11] Y aunque no hubiera llegado hasta los días de Heródoto, resulta difícil no imaginar el relato que este hace de Artábano y Jerjes en el Helesponto sin ver en el consejero a un zorro inquieto y en el emperador, a un erizo impertérrito.

Artábano hace hincapié en el peaje que se ha de pagar —el gasto de energía, el racionamiento de suministros, las comunicaciones potencialmente interceptadas, la moral debilitada y cualquier otra cosa que

pudiera torcerse— cuando se intenta mover una ingente fuerza militar a través de una gran masa de tierra o de agua. El éxito exige soportar demasiadas penurias. ¿No se da cuenta Jerjes de que «el dios golpea con relámpagos» solo a quienes se hacen propósitos demasiado ambiciosos, mientras que los pequeños «jamás provocan en él el mínimo apremio por actuar»? Artábano insta a desmantelar los puentes, disolver los ejércitos y enviar a todo el mundo de vuelta a casa, donde lo peor que les puede pasar son las pesadillas.

Jerjes, que llora por quienes estarán muertos dentro de cien años, tiene una visión más amplia y a más largo plazo. Si la muerte es el precio de la vida, ¿por qué no pagar lo mínimo necesario para hacerla memorable? ¿Para qué ser rey de reyes, si nuestro nombre acabará en el olvido? Tras haber domado el Helesponto, nada lo detendrá. Los puentes deben conducir a algún lugar. Los grandes ejércitos transportan consigo lo necesario para asegurarse de que lo que pudiera ir mal no vaya mal. Y si algo se torciera, no sería algo importante. «Es el dios quien nos guía y, por ello, por nosotros mismos nos embarcamos en nuestras muchas empresas, y tenemos éxito.»[12]

Artábano respeta el entorno físico de las cosas, pues sabe que los paisajes pueden ayudar o entorpecer a un ejército, que las flotas jamás controlan del todo los mares que surcan, que el tiempo atmosférico es impredecible para los mortales. Los comandantes deben saber distinguir entre lo que está en sus manos y lo que han de aceptar y tienen que confiar únicamente en las destrezas que las circunstancias permitan aplicar y no en otras. Jerjes, sin embargo, remodela los entornos. Convierte el agua en tierra firme (más o menos), al crear un puente que salva el Helesponto, y hace líquida la tierra, al mandar excavar un canal a través de la península de Atos —«por mera arrogancia», según Heródoto— para que sus naves no deban circunnavegarla.[13] El rey no se preocupa por lo que haya de aceptar, pues arramblará con cualquier cosa que se le interponga. Confía solo en la mano divina que le ha encomendado tal poder.

El miope Artábano ve tanto en el horizonte inmediato que, para él, el auténtico enemigo es la complejidad. El hipermétrope Jerjes solo se concentra en un horizonte distante, en el que las ambiciones se identifican con las oportunidades: para él, la sencillez es el faro que muestra el camino. Artábano no deja de cambiar de opinión. Sus continuas idas y venidas solo

le servirán, como a Ulises, para regresar al hogar. Jerjes, cruzando el Helesponto, se convierte en Aquiles. No tendrá hogar más que en las futuras historias que relaten sus hazañas.[14]

Este zorro y este erizo, así pues, no tienen nada en común. Tras caer sus advertencias en saco roto, Artábano desanda camino hacia el este, rumbo a Susa, y desaparece de las páginas de Heródoto, que no vuelve a mencionarlo. Jerjes, por su parte, avanza hacia el oeste con sus ejércitos y su armada, y se hace acompañar de su futuro historiador en espíritu, así como de todos los subsiguientes cronistas de la invasión persa.[15] El Helesponto, límite entre dos continentes, se transformó entonces en frontera entre dos formas de pensar que Arquíloco ya prefiguró, que Berlin hizo famosas y que un grupo de avezados especialistas caracterizarían con mayor precisión a finales del siglo XX.

III

Entre 1988 y 2003, en un esfuerzo por determinar las raíces que determinan la precisión y la imprecisión en las predicciones que se hacen del futuro político del mundo, el psicólogo político estadounidense Philip E. Tetlock y sus ayudantes recopilaron 27 .451 predicciones sobre política internacional. Estas habían sido hechas por expertos de universidades, gobiernos, fundaciones, instituciones internacionales, medios de comunicación y grupos de reflexión y venían acompañadas de tablas, gráficos y ecuaciones. Tetlock publicó en 2005 un libro titulado *Expert Political Judgment*, en el que da cuenta del estudio más riguroso realizado hasta la fecha para responder a la pregunta de por qué algunos especialistas aciertan en sus previsiones de futuro y otros no.

«Quién fuera el experto, es decir, su trayectoria profesional, estatus, etcétera, no suponía un ápice de diferencia —concluye Tetlock—. Tampoco constituía un factor determinante cómo pensasen, a saber, el hecho de que fueran progresistas o conservadores, realistas o institucionalistas, optimistas o pesimistas. Sí importaba, sin embargo, su estilo a la hora de razonar.» Cuando se le mostró la caracterización que Berlin hacía de zorros y erizos, Tetlock llegó a la conclusión de que aquella era, en efecto, la variable

crítica. Los resultados parecían inequívocos: los zorros eran mucho mejores prediciendo el futuro que los erizos, que resultaron acertar tanto como un chimpancé que jugara a los dardos (o, quizá, como el modelo informático de un chimpancé que jugara a los dardos).

Sorprendido por el resultado, Tetlock trató de identificar qué cosas diferenciaban a sus zorros de sus erizos. Los zorros se apoyaban para sus predicciones en el «entretejido de diversos retales de información» y no tanto en conclusiones extraídas mediante deducción a partir de «grandes esquemas». Los zorros dudaban de que «el nebuloso asunto de la política» pudiera ser, de alguna manera, «objeto de una ciencia exacta». Los más certeros «tenían en común el dudar de sí mismos», de modo que «no anteponían ninguna idea a la crítica y a la autocrítica». Sin embargo, tendían a ser demasiado digresivos —matizaban demasiado sus afirmaciones— y solían perder el interés del público. Los presentadores de tertulias no solían volver a llamarlos y los políticos estaban siempre demasiado ocupados como para detenerse a escucharlos.

Sin embargo, los especialistas del estudio de Tetlock tipificados como erizos esquivaban la autocrítica y desdeñaban las objeciones de los demás. Solían desplegar explicaciones agresivas y grandilocuentes y hacían gala de una «impaciencia erizada de púas con los que "no lo entendían"». Cuando tocaban fondo en los pozos intelectuales que perforaban, se limitaban a seguir cavando. Se convertían en «prisioneros de sus propios prejuicios» y quedaban atrapados en un círculo de autocomplacencia. Dichos prejuicios cumplían con su función correctamente de manera aislada, pero no guardaban relación coherente con lo que, en última instancia, ocurría en la realidad.

Todo ello inspiró en Tetlock la denominada «teoría del buen juicio»: «Los pensadores autocríticos son mejores a la hora de descifrar las contradictorias dinámicas que rigen las situaciones en permanente evolución; se muestran más precavidos en lo relativo a su pericia predictiva; recuerdan sus errores con más exactitud y son menos propensos a racionalizarlos; tienen más probabilidades de matizar sus convicciones en un periodo razonable de tiempo, y, finalmente —por combinación de todo lo anterior—, están mejor situados para prever de forma realista los acontecimientos futuros».[16] En resumidas cuentas: los zorros lo hacen mejor.

IV

Las buenas teorías se distinguen por su capacidad para explicar el pasado, pues solo así podremos confiar en que quizá acierten sobre el futuro. El pasado de Tetlock, sin embargo, se identifica con la década y media que dedicó a la realización de este experimento. Heródoto ofrece la oportunidad de poner en práctica los descubrimientos del psicólogo estadounidense —eso sí, sin su cuidadosa supervisión— en una era muy alejada de la nuestra. Las hipótesis de este, en efecto, se sostienen bastante bien en la distancia.

Tras cruzar el Helesponto, Jerjes avanzó convencido de que tanto el volumen de sus fuerzas como la opulencia de su séquito harían inútil cualquier resistencia. «Aun reunidos todos ellos, y sumados los hombres que habitan los países occidentales, los griegos no serían capaces de plantarme cara.» El plan del emperador funcionó en Tracia, Macedonia y Tesalia. Sus ejércitos, sin embargo, se movían muy despacio, como era de esperar.

Los persas eran tantos que se bebían ríos y lagos enteros, antes incluso de que todas las unidades los hubiesen atravesado o hubiesen bordeado sus orillas. Los leones (en esa época aún habitaban la Hélade) gustaban de la carne de los camellos que transportaban los víveres. Jerjes, además, tenía unos antojos culinarios tan exigentes que ni siquiera los griegos más serviciales eran capaces de satisfacer: uno de ellos agradeció que el emperador solo comiese una vez al día, pues, si Jerjes hubiera pedido a su ciudad un almuerzo tan abundante como la cena que le habían preparado la víspera, sus habitantes se habrían visto obligados a huir, so pena de «verse exterminados de la manera más miserable del mundo».[17]

Tampoco podía Jerjes allanar la topografía. Los persas, para entrar en el Ática, tendrían que atravesar el estrecho paso de las Termópilas, donde los espartanos de Leónidas, una fuerza muy inferior, reclutada a la carrera, retrasaría el avance del enemigo durante varios días. No sobrevivieron ni Leónidas ni ninguno de sus trescientos soldados de élite, pero su negativa a rendirse mostró que Jerjes no podría conseguir lo que ansiaba solo con intimidaciones. Mientras tanto, las tempestades de final de verano desatadas

sobre el Egeo golpeaban su flota. Los atenienses, siguiendo órdenes de su almirante, Temístocles, evacuaban la ciudad. Esto dejó a Jerjes con el mismo dilema al que tuvo que enfrentarse Napoleón en Moscú en 1812: ¿qué hacer cuando has capturado tu objetivo, pero solo tienes ante ti una ciudad abandonada y azotada por el mal tiempo?

El rey de reyes contraatacó —típico de él— con más intimidación aún. Prendió fuego a la Acrópolis y, a continuación, mandó colocar su trono sobre otro promontorio costero, desde el que contemplar cómo los restos de su armada consumaban su triunfo. Seguramente, el hecho de que desde el más sagrado templo ateniense se elevase una columna de humo desmoralizaría a los galeotes de Temístocles. Sin embargo, aquella era la bahía de Salamina, las tripulaciones de los trirremes estaban bien entrenadas y el oráculo de Delfos había dicho que estarían seguros tras «muros de madera», refiriéndose, presumiblemente, a los costados de los barcos. Así pues, bajo la estupefacta mirada del emperador, los griegos enviaron la flota persa a pique y mataron a todos los supervivientes, a quienes, en cualquier caso, nadie había enseñado a nadar. Jerjes no tuvo otra opción que aceptar, con mucho retraso, el consejo que le había dado su tío y volvió a casa.[18]

Temístocles aceleró la partida del rey al propagar el rumor de que los pontones del Helesponto serían el siguiente objetivo de los atenienses. Aterrorizado, Jerjes se apresuró y abandonó a su suerte a las desmoralizadas tropas persas. Los griegos los derrotaron de nuevo en Platea, pero dejaron que el siguiente castigo corriera a manos de un dramaturgo y de su imaginación. En *Los persas*, representada por primera vez ocho años después de la batalla de Salamina, Esquilo nos muestra a un Jerjes golpeado y astroso que regresa cojeando a su propia capital, al son de los lamentos de quienes antaño lo aclamaban y con la siguiente advertencia del escarmentado fantasma de su padre, Darío: «cuando se es mortal no hay que abrigar pensamientos más allá de la propia medida».[19]

Heródoto se basó en Esquilo para su *Historia*.[20] ¿Extraería también del dramaturgo su relato de los sueños —en los que no evoca el fantasma de Darío, sino su «espíritu»—, aquellos que empujaron a Jerjes a cruzar el Helesponto en un principio? No hay forma de saberlo con certeza —los espíritus son muy esquivos—, pero resulta divertido imaginar a ese ente, con independencia de a quién representase, viajando al futuro gracias a sus

poderes sobrenaturales y trayendo consigo de vuelta una advertencia para el afligido rey de reyes, firmada por el profesor Tetlock: a menudo, los zorros tienen razón y los erizos son idiotas.

V

La invasión de Grecia por parte de Jerjes constituye un ejemplo primitivo, pero espectacular, de la conducta de corte erináceo. Ser rey de reyes era algo verdaderamente grandioso: si Jerjes podía reunir la mayor fuerza militar de la historia y convertir el agua en tierra y viceversa, ¿de qué no sería capaz? ¿Qué le impediría conquistar Grecia y, después, toda Europa? ¿Qué evitaría, como él mismo se preguntó en cierto momento, la instauración de «un Imperio persa ilimitado, como el cielo de Zeus»?[21]

Sin embargo, Jerjes fracasó, como suele ocurrir con los erizos cuando tratan de establecer una relación eficaz entre sus fines y sus medios. En efecto, los fines existen solo en la imaginación y pueden ser infinitos: un trono en la Luna, quizá, con unas magníficas vistas. Los medios, por el contrario, se empeñan en ser finitos: botas pisando el suelo, barcos cabalgando olas y cuerpos humanos que calcen aquellas y que gobiernen estos. Para que las cosas ocurran, fines y medios deben conectarse de algún modo. Y en cualquier caso, nunca son intercambiables.

Las únicas limitaciones que Jerjes impuso a sus capacidades fueron sus propias aspiraciones. El emperador esperaba lo mejor, a la vez que asumía que sería lo peor. Vivía solo en el presente, aislado tanto del pasado, donde reside la experiencia, como del futuro, donde acecha lo imprevisto.[22] De haber comprendido estas distinciones, Jerjes habría concluido que sus ejércitos y flotas jamás podrían transportar toda la impedimenta necesaria para ocupar Grecia. A menos que el emperador convenciese a los griegos de que apoyaran la invasión (difícil), los soldados persas (él no, desde luego) empezarían a acusar el hambre, la sed y el cansancio. La resistencia de unos pocos, como ocurrió en las Termópilas, echaría por tierra la confianza de muchos persas. Y muy pronto, el invierno haría acto de presencia.

También habría sido arriesgado seguir al zorro Artábano. Este podría haber advertido a Jerjes sobre los ríos desecados, los leones hambrientos,

las borrascas sobrevenidas, los lugareños resentidos, los guerreros feroces, los crípticos oráculos, los ávidos galeotes y los marineros persas ahogados por no saber nadar: todo eso le esperaba al otro lado del Helesponto. Las causas de todos estos sucesos eran cognoscibles, así que las consecuencias podían preverse, si bien una a una: ni el vidente más astuto puede concretar el efecto acumulado de los avatares. Las pequeñas cosas se acumulan de forma impredecible y dan lugar a otras grandes y, aun así, los líderes no pueden dejarse paralizar por la incertidumbre. Debe parecer que saben lo que hacen, aunque no lo sepan.

Jerjes llevó este principio hasta el extremo. Cuando el rey Pitio de Lidia proporcionó las tropas y caudales que el emperador había exigido para la invasión, rogó a este que no reclutase a su primogénito. Jerjes encontró una manera indeleble de hacerse notar: mandó cortar al joven en dos, colocó una mitad del cadáver a la derecha del camino y la otra mitad a la izquierda y ordenó a su ejército desfilar entre sus restos.[23] Quedaba así disipada cualquier duda acerca del propósito del emperador. Y cruzar aquella línea roja (literalmente) lo metía en un callejón sin salida. Aunque lo hubiera querido, no habría podido reconsiderar sus planes.

La clave de la tragedia vivida por Jerjes y Artábano reside en un hecho concreto: cada uno de ellos carecía de la habilidad y experiencia del otro. El rey, como los erizos de Tetlock, atraía la atención de las masas, pero siempre terminaba entrampándose. El consejero, como los zorros, evitaba las trampas, pero no era capaz de mantener la atención del público. Jerjes tenía razón: si intentas anticiparte a todo, te arriesgas a no conseguir nada. También, no obstante, Artábano tenía razón: si fracasas al prepararte para todo lo que podría ocurrir, estarás garantizando que, en efecto, algo ocurra.

VI

Ni Jerjes ni Artábano, así pues, habrían superado la prueba planteada por F. Scott Fitzgerald en 1936 para detectar una inteligencia de primera clase. Esta se caracterizaría, según el novelista estadounidense, por «la capacidad de mantener dos puntos de vista opuestos al mismo tiempo y seguir funcionando».[24] Probablemente, Fitzgerald no estaba sino

autorreprochándose. Por entonces, su carrera literaria se había estancado; cuatro años más tarde moriría por problemas cardiacos derivados del alcoholismo y por una oscura tristeza que hacía aún más dolorosa la fama cosechada en otro tiempo. Apenas tenía cuarenta y cuatro años.[25] Sin embargo, el aforismo pasó a la historia por su críptica holgura conceptual, similar a la de los zorros y erizos de Berlin. El oráculo de Delfos le tendría envidia.[26]

Cabría interpretar los opuestos de los que habla Fitzgerald como la capacidad para aprovechar lo mejor de dos puntos de vista contrarios y, a la vez, rechazar lo peor de ellos: justamente, esto fue lo que, veinticuatro siglos antes, Jerjes y Artábano, incapaces de ceder, no consiguieron. ¿Cómo hacer algo así? Es fácil entender que dos mentes extraigan conclusiones contrarias al respecto de un asunto, pero ¿pueden dos puntos de vista opuestos coexistir pacíficamente dentro de una mente única? Desde luego, no fue así en la de Fitzgerald, quien vivió tan torturado como Tolstói, pero la mitad de años.

La mejor respuesta a esta pregunta la ofrece, paradójicamente, Berlin, quien dedicó gran parte de su vida, más prolongada y feliz, a reconciliar conflictos dentro de la unicidad de la propia mente. La experiencia cotidiana, señala, «está poblada de propósitos que revisten el mismo tipo de importancia concluyente […], la realización de algunos de los cuales implica inevitablemente la renuncia a otros». Es cada vez menos frecuente tener que elegir entre alternativas radicalmente opuestas —el bien frente al mal, por ejemplo— y nos hemos acostumbrado a escoger entre diversas cosas buenas, que no podemos poseer de manera simultánea. «Uno puede salvar su propia alma o puede fundar o mantener o servir a un Estado grande o glorioso —escribió Berlin—, pero no siempre a la misma vez.» Por expresarlo de manera que lo pueda entender un niño: no puedes comerte todas las chucherías que recoges la noche de Halloween sin tener dolor de tripa.

Los seres humanos resolvemos estos dilemas alargándolos en el tiempo. Buscamos lograr hoy algunas cosas y posponemos otras, y aun otras las juzgamos inalcanzables. Escogemos según el lugar y el momento, y luego decidimos qué podremos alcanzar y cuándo. El proceso puede resultar difícil: Berlin hizo hincapié en «la necesidad y la agonía de elegir». Sin

embargo, si esas elecciones posibles desapareciesen, añade, también lo haría la «libertad» de elegir y, por tanto, la libertad *per se*.[27]

¿Qué hay, por tanto, de la afirmación que Berlin hizo en su ensayo sobre Tolstói, a saber, que «la humanidad en general» puede dividirse entre zorros y erizos? ¿Hemos de definirnos de un modo u otro, como pidió Tetlock a sus expertos? Berlin reconoció, poco antes de morir, que no resultaba necesario. «Algunas personas no son ni zorros ni erizos, y otras son ambas cosas.» Admitió que se trataba simplemente de un «juego intelectual», que algunos se habían tomado demasiado en serio.[28]

Esta explicación sirve, dentro del marco intelectual de Berlin, para responder a la pregunta de con qué opciones contaríamos si nos limitásemos a manejar categorías que exigieran predictibilidad.[29] Si, como argumentaba Fitzgerald, la inteligencia requiere de los puntos de vista opuestos y la libertad está en la elección, las prioridades, entonces, no pueden predeterminarse. Estas deben reflejar quiénes somos, pero también qué estamos experimentando: podemos saber de antemano lo primero, pero no siempre lo segundo. Hemos de combinar, en una mente única (la nuestra), tanto el sentido del rumbo del erizo como la sensibilidad que el zorro manifiesta ante su entorno. Y a la vez, nuestra mente ha de seguir funcionando.

VII

¿Dónde —a excepción del confuso título de la novela de Jane Austen— podrían encontrarse ese sentido y esa sensibilidad? La autora nos ofrece una pista. En efecto, solo la ficción permite proyectar este tipo de dilemas a lo largo del tiempo. No basta con desplegar las opciones entre las que elegir, como muestras bajo un microscopio. Es necesario estudiar cómo se produce el cambio, y esto solo es posible reconstruyendo el pasado en forma de relatos históricos, biografías, poemas, obras de teatro, novelas o películas. Los mejores ejemplos de este tipo de obras arrojan luz y, a la vez, empañan la mirada: comprimen los acontecimientos para aclarar la línea entre el entretenimiento y la educación, aunque la desdibujen a la vez. Son, en

resumidas cuentas, dramatizaciones. Y un requisito fundamental de la dramatización consiste en que jamás resulte aburrida.

Lincoln, la película dirigida por Steven Spielberg y estrenada en 2012, es un excelente ejemplo. En ella, el presidente estadounidense, interpretado por Daniel Day-Lewis, trata de hacer buena la afirmación, incluida en la Declaración de Independencia, de que todos los hombres han sido creados iguales: ¿hay causa más noble para un erizo? Sin embargo, para abolir la esclavitud, Lincoln debe lograr que la dividida Cámara de Representantes apruebe la decimotercera enmienda, para lo que pondrá en marcha una serie de maniobras de naturaleza netamente vulpina: acuerdos, sobornos, halagos, amenazas y mentiras descaradas. En la película puede casi olerse el humo que llena las reuniones a puerta cerrada entre camarillas y rivales políticos. [30]

Cuando Thaddeus Stevens, miembro de la Cámara encarnado por Tommy Lee Jones, pregunta al presidente cómo puede conciliar tan elevada meta con formas tan ruines, Lincoln le recuerda lo que aprendió trabajando como topógrafo en sus años de juventud:

> La brújula señalará el norte verdadero desde donde te encuentres, pero no avisa sobre los desiertos, ciénagas y desfiladeros que encontrarás por el camino. Si, en la búsqueda de tu destino, te lanzas hacia él sin atender a los obstáculos y no consigues otra cosa que hundirte en una ciénaga…, ¿qué utilidad tiene conocer el verdadero norte?[31]

Cuando vi la película, tuve la extraña sensación de que Berlin, sentado en la butaca de al lado, se inclinaba hacia mí y me susurraba al oído triunfante al finalizar la escena: «¿Ves? Lincoln sabía ser erizo para consultar la brújula, y zorro para rodear la ciénaga».

El auténtico Lincoln, hasta donde yo sé, jamás dijo nada parecido y el verdadero Berlin, por desgracia, no llegó a ver la película de Spielberg. En cualquier caso, en el guion, escrito por Tony Kushner, aparece ese nexo con la idea fitzgeraldiana sobre la inteligencia capaz de confrontar ideas opuestas y seguir funcionando: Lincoln guarda aspiraciones a largo plazo y, a la vez, atiende a las necesidades más inmediatas. Se reconcilian así los erizos y los zorros de Berlin con la insistencia de este en la inevitabilidad —y en la impredecibilidad— de lo que se elige. Lincoln no puede saber qué acuerdos deberá cerrar en el futuro hasta que haya comprobado la utilidad de los vigentes. La película, por otro lado, no cesa de relacionar las grandes

cosas con las pequeñas: Lincoln entiende que el voto de la Cámara de Representantes —y, por tanto, el futuro de la esclavitud en los Estados Unidos— podría depender de qué funcionario esté al cargo en ese momento de la oficina postal de quién sabe qué pequeño pueblo del interior del país.

El *Lincoln* de Spielberg, en cualquier caso, muestra una serie de acciones emprendidas a lo largo del tiempo (Berlin), ilustra la coexistencia de opuestos (Fitzgerald) y también varios cambios de escala que se hacen eco de (¿por qué no?) Tolstói. En efecto, ambos Lincoln, el real y el retratado, aprehendieron intuitivamente lo que el novelista ruso trataba de transmitir en la colosal dramatización que nació de su pluma, *Guerra y paz*: que todo está relacionado con todo lo demás. Quizá por eso Tolstói, quien rara vez vio «grandeza» en ningún líder, decidió rendir un homenaje póstumo al presidente martirizado.[32]

VIII

Los cambios de escala que se dan en *Guerra y paz* siguen dejando de piedra a los lectores de Tolstói. Este nos adentra en la mente de Natasha con ocasión de su primer gran baile; en la de Pierre, cuando se presta a batirse en duelo y sobrevive; en las del príncipe Bolkonski y del conde Rostov, los padres más difíciles e indulgentes de la literatura moderna. A continuación, Tolstói amplía el plano, nos aleja de esas intimidades y nos hace acompañar a los ejércitos que barren Europa, para después hacer *zoom* sobre los emperadores y oficiales que los dirigen y, seguidamente, retratar al soldado raso que marcha, lucha y hace su vida en el ejército. De nuevo se abre el plano, tras la batalla de Borodinó, y nos hallamos ante un Moscú en llamas. Tolstói se centra entonces en los refugiados que huyen de la capital incendiada. Entre ellos se encuentra el gravemente herido príncipe Andréi, quien morirá en brazos de Natasha, de la que se había enamorado tres años y cientos de páginas antes, en el primer gran baile al que esta asistía.

Ya sea mostrándonos la realidad desde arriba hacia abajo o a la inversa, Tolstói parece afirmar que existe un infinito número de posibilidades que pueden darse de manera simultánea en un indeterminado número de niveles. Algunas son predecibles, pero la mayoría, no, y solo la dramatización, por

haberse emancipado de las cadenas que atan al erudito a la teoría y al archivo, puede empezar a representarlas.[33] En cualquier caso, la gente de a pie se las arregla para dotarlas de sentido la mayor parte del tiempo. Berlin trató de explicar cómo, en su ensayo sobre Tolstói,

> la historia, y solo la historia, es decir, la suma de acontecimientos específicos en el espacio y el tiempo —o sea, la suma de la vivencia real de hombres y mujeres reales que se relacionan entre sí y con un entorno físico tridimensional experimentado empíricamente—, contiene la verdad, a saber, el material a partir del cual construir auténticas respuestas que no requieran para su aprehensión ninguna facultad o sentido especial, el cual solo posean algunos seres humanos.[34]

Este fragmento es enrevesado incluso para Berlin, quien raramente veía en la sencillez una virtud. En mi opinión, en él describe una sensibilidad «ecológica» que respeta de igual modo el tiempo, el espacio y la escala. Jerjes nunca hizo gala de ese tipo de sensibilidad, pese a los esfuerzos de Artábano. Tolstói se acercó a ella, aunque fuese en una novela. Lincoln, no obstante —quien no tenía un Artábano y no vivió para leer *Guerra y paz*—, halló esa sensibilidad de algún modo, gracias a un sentido común poco común entre los grandes líderes.

IX

Con «sentido común» me refiero a la facilidad con que la mayoría nos manejamos la mayor parte del tiempo. En general, sabemos hacia dónde nos dirigimos, pero estamos constantemente ajustando el rumbo para evitar lo inesperado. Entre los imprevistos debemos incluir los obstáculos que otros nos colocan en el camino, mientras se dirigen hacia donde su camino los lleva. Mis estudiantes, por ejemplo, eluden habilidosamente colisiones con farolas, profesores alarmados y compañeros igualmente preocupados, cuando consultan de forma compulsiva sus dispositivos electrónicos, que parecen estar atornillados a sus manos u orejas. No todos somos tan ágiles, pero no es inusual que en nuestra mente cohabiten la percepción del entorno inmediato y cierto sentido general de la orientación. Nuestra cotidianidad está plagada de opuestos así.

El psicólogo israeloestadounidense Daniel Kahneman atribuye esta destreza al hecho de que nos entregamos inconscientemente a dos tipos de

pensamiento. El pensamiento «rápido» es intuitivo, impulsivo y, a menudo, emocional. Produce acciones instantáneas cuando son necesarias: evita, por ejemplo, que nos choquemos con cosas o que estas choquen con nosotros. El pensamiento «lento» es deliberado, centrado y habitualmente lógico. No tiene por qué resultar en una acción: el pensamiento lento es, por ejemplo, lo que nos ayuda a aprender. Tetlock encuentra cierta similitud entre esta distinción hecha por Kahneman y los animales de Berlin:

> Los zorros están mejor dotados para sobrevivir en entornos muy cambiantes, en los que quienes dejan de lado las malas ideas rápidamente se ponen a la cabeza. Los erizos están mejor dotados para sobrevivir en entornos estáticos, que recompensan el ceñirse a la fórmula probada. Nuestra especie, el *Homo sapiens*, sale mejor parada, porque posee ambos temperamentos.[35]

Puede que existamos gracias a esa destreza que nos permite alternar entre el pensamiento lento y el rápido, y entre el comportamiento de los zorros y el de los erizos. Si nunca hubiéramos ido más allá de considerarnos solo una única gran cosa, no nos habríamos quedado encallados en las ciénagas de que hablaba Lincoln, sino en las turberas de la prehistoria, con los mamuts.

En cualquier caso, ¿por qué nuestros gobernantes no hacen gala de este tipo de flexibilidad? ¿Cómo puede ser que, en uno de los extremos de este hilo narrativo, Jerjes y Artábano no fueran capaces de percatarse de cuán necesaria era? ¿Cómo, en el otro extremo, se identificaban los expertos de Tetlock tan alegremente con erizos o con zorros, pero nunca con ambos? Y ¿por qué consideramos a Lincoln un líder extraordinario, si lo único que hizo fue lo que la gente corriente realiza a diario? El sentido común es como el oxígeno: cuanto más asciendes, más se diluye. «Un gran poder trae consigo una gran responsabilidad», recordó su tío Ben a Peter Parker en una cita memorable. El poder, no obstante, abre la puerta a cometer grandes idioteces.[36]

X

Esto es lo que la «gran estrategia» debe prevenir. Definiré el término, en función de los objetivos de este libro, como el alineamiento de aspiraciones potencialmente ilimitadas (los fines) con capacidades necesariamente

limitadas (los medios). Si buscamos fines más allá de nuestros medios, tarde o temprano tendremos que redimensionar aquellos para ajustarlos a estos. Expandir los medios puede permitir alcanzar más fines, pero no todos, porque los fines pueden ser infinitos y los medios, no. Independientemente de que se alcance un equilibrio, deberá existir un vínculo entre lo real y lo imaginado; entre la situación actual y el destino al que pretendemos llegar. No contaremos con una estrategia hasta que no hayamos puesto en relación todos los puntos —por disímiles que sean— dentro de la situación en la que funcionemos.

¿Dónde encaja entonces el adjetivo «gran»? Tiene que ver, creo, con lo que se pone en juego. La vida que llevemos como estudiante no cambiará de manera fundamental si dormimos veinte minutos más por la mañana todos los días; el precio que pagaremos será desayunar, en lugar de café y tostadas, un *bagel* frío de camino a clase. Cuando reflexionamos sobre lo que estamos aprendiendo en esa clase y cómo esto se vincula con lo que nos enseñan en otras asignaturas, y cuando tratamos de poner en relación todo lo anterior con nuestro proyecto de carrera en general y meditamos sobre cómo convertir todo ello en una profesión, y después nos preguntamos de quién nos enamoraremos en el camino, entonces nos damos cuenta de que, en realidad, hay mucho en juego. Las estrategias se pueden hacer más grandes, independientemente del ojo de quien las mire. Nos equivocamos al decir, así pues, que los estados tienen grandes estrategias y que las personas, no. Los alineamientos son necesarios en el tiempo y el espacio, pero también en la escala.

En cualquier caso, la gran estrategia se ha asociado tradicionalmente con la planificación de guerras y batallas. No resulta extraño, pues las primeras relaciones registradas entre aspiraciones y capacidades nacieron de la necesidad de dirigir campañas militares. «Deliberemos sobre lo que puede ocurrir, por si damos con alguna idea provechosa», dice Néstor por boca de Homero, en unos momentos desesperados durante el cerco de Troya, advirtiendo a los aqueos y aludiendo a la idea militar de la estrategia.[37] Pero la «necesidad» de ese alineamiento va mucho más atrás, probablemente hasta el primer homínido que averiguó cómo conseguir algo que deseaba con los medios a su alcance.[38]

A falta de una vida posterior a la muerte, la aspiración universal es, ciertamente, la supervivencia. Más allá de la mera supervivencia, floreció la

estrategia en formas que iban desde la sencilla labor de buscar comida, refugio y ropa hasta las responsabilidades más complejas, como la de dirigir un gran imperio. Nunca ha sido fácil encontrar la ruta que conduce al éxito, pero que los medios sean finitos siempre ha resultado de ayuda. En efecto, aunque la satisfacción sea un estado de ánimo que atañe al espíritu, alcanzarla exige inversiones en el mundo real. Este mundo y su realidad son lo que hace necesario el alineamiento y, por tanto, la estrategia.

XI

Así pues, ¿es posible enseñar la gran estrategia o, al menos, el sentido común que la sostiene? Lincoln recibió menos educación formal que muchos presidentes de Estados Unidos y aprendió todo lo que necesitaba saber de sus lecturas y experiencias. ¿No podríamos hacer igual los demás? [39] La respuesta más sencilla es que Lincoln era un genio y la mayoría de nosotros, no. A Shakespeare, al parecer, nadie le enseñó a escribir teatro y poesía. ¿Significa eso entonces que nadie necesita profesores de literatura?

Merece la pena recordar que también Lincoln —y Shakespeare— disfrutaron de toda una vida para convertirse en quienes fueron. Hoy, la gente joven no tiene esa oportunidad, pues la sociedad segrega muy radicalmente la educación general, la formación profesional, el ascenso en las estructuras organizativas (y las responsabilidades derivadas de esta) y, por fin, la jubilación. Esto no hace sino empeorar el problema que Henry Kissinger identificó hace mucho: una vez al mando, los líderes no podrán recurrir a otro «capital intelectual» que el que hayan acumulado en su camino hacia la cima.[40] Ahora hay menos tiempo aún que en los años de Lincoln para aprender cosas nuevas.

Esto deja a los centros de enseñanza el papel de moldear las mentes de los estudiantes mientras tratan de no perder atención, aunque la mente académica también está dividida. Se ha abierto una brecha entre el estudio de la historia y la interpretación de la teoría, ambas necesarias si queremos alinear fines y medios. Los historiadores, sabiendo que su campo premia la investigación especializada, tienden a evitar las generalizaciones de que dependen las teorías y privan así de complejidad a las simplicidades que

guían al estudioso. Los teóricos, que se llaman a sí mismos «científicos sociales», buscan la reproductibilidad de los resultados, para, en la búsqueda de la predictibilidad, poder reemplazar lo complejo por lo simple. Ambas comunidades de estudiosos descuidan las múltiples relaciones entre lo general y lo particular —entre el conocimiento universal y el local—, de las cuales se nutre el pensamiento estratégico. Y por si faltase opacidad, tanto historiadores como «científicos sociales» a menudo escriben mal.[41]

En cualquier caso, historia y teoría han colaborado entre sí desde hace mucho tiempo. Maquiavelo lo apunta en la dedicatoria de *El príncipe*, donde afirma valorar, ante todo, «el conocimiento de las acciones de los grandes hombres, aprendido mediante una larga experiencia de los hechos modernos y una continua lectura acerca de los antiguos». Maquiavelo destila ese conocimiento en un «breve volumen», cuyo fin era poner «en disposición de aprender [a su mecenas, Lorenzo de Médicis] en muy breve tiempo cuanto yo, luego de tantos años y penalidades, he llegado a conocer».[42]

Carl von Clausewitz, en su libro clásico *De la guerra*, tratado monumental, pero incompleto, lleva el método maquiavélico hasta sus últimas consecuencias.[43] En su opinión, la Historia, con mayúscula, no es más que una larga retahíla de narraciones. No quiere decir que estas no resulten útiles, pues la teoría, cuando se la concibe como un destilado, nos evita tener que escuchar todas las historias de nuevo cada vez. No hay tiempo cuando uno necesita ir a la batalla o embarcarse en cualquier otra peliaguda empresa. Y tampoco podemos dedicarnos a vagar sin rumbo, como el Pierre de Tolstói en Borodinó. Aquí es donde entra en juego el entrenamiento.

El soldado que está bien entrenado, sin duda, rendirá mejor que el que no lo está, pero ¿cómo entiende Clausewitz el «entrenamiento»? Para él, consiste en ser capaz de deducir principios, aplicables de manera amplia en el tiempo y en el espacio, que permitan determinar qué ha funcionado en el pasado y qué no. A continuación, dichos principios deberán aplicarse a una situación determinada, momento en que aparece en escena la escala (o dimensionamiento). El resultado es un «plan», modelado a raíz del pasado y ligado al presente, cuyo objetivo consiste en alcanzar un logro en el futuro.

A la hora de abordar la realidad, sin embargo, no podremos seguir el plan en todos sus pormenores. El resultado no solo dependerá de cómo reaccione

el otro bando, los «desconocidos conocidos» referidos por Donald Rumsfeld, el secretario de Defensa estadounidense,[44] sino que reflejará los «desconocidos desconocidos», a saber, las cosas que pueden ir mal incluso antes de enfrentarte con tu adversario. En conjunto, estos constituyen lo que Clausewitz denominó «fricción», esto es, la colisión entre la teoría y la realidad sobre la que Artábano trató de alertar a Jerjes, muchos siglos antes, a orillas del Helesponto.

La única solución en un caso así es improvisar, pero esto último no consiste solo en decidir de forma atropellada qué hacer. Quizá podamos ceñirnos a un plan, o alterarlo; tal vez sea preferible tirarlo a la basura y proponer algo nuevo. Sin embargo, al igual que Lincoln, conocemos el rumbo que marca nuestra brújula, con independencia de los «desconocidos» que acechan entre nuestra posición actual y nuestro destino. Tendremos en mente varias alternativas, en caso de que esos desconocidos se presenten, las cuales habremos ideado —como Maquiavelo— a partir de lecciones duramente aprendidas por quienes recorrieron ese camino antes que nosotros. El resto está en nuestra mano.

XII

Los barcos que atraviesan hoy el Helesponto (los Dardanelos) siguen conectando campos de batalla, como hicieron en su día los pontones de Jerjes: en el lado asiático, un poco al sur, se levanta Troya; Galípoli está aún más cerca, del lado europeo. Sin embargo, esos barcos no son trirremes, sino transbordadores, y los ejércitos que transportan son de turistas deseosos de visitar ambas atracciones, separadas treinta siglos en el tiempo, pero a solo cuarenta kilómetros de distancia. Da tiempo incluso, en un solo día, a montarse en el caballo de Troya que hay en Çannakale. No el real, desde luego, sino el de atrezo que quedó allí tras el rodaje de la película de 2004 protagonizada por Brad Pitt.

A la escena le falta la grandiosidad de lo que Jerjes contempló desde aquel promontorio en el año 480 a. C., pero nos permite sacar una conclusión importante: que la experiencia del combate es más infrecuente hoy que en el pasado reciente. Sea cual fuere el motivo —el miedo a que

una guerra mundial aniquile a todos los seres humanos que participen en ella, la vuelta a guerras pequeñas en las que sociedades enfrentadas participan solo parcialmente, quizá solo la buena fortuna—, cada vez menos personas se ven obligadas a pisar un campo de batalla y los turistas pasean por los de otros tiempos.

Ese concepto que Clausewitz tenía del «entrenamiento», no obstante, sigue siendo pertinente. Es la mejor manera de protegernos contra las estrategias que ganan en estupidez conforme se hacen grandiosas, un problema recurrente tanto en tiempos de paz como de guerra. Solo entrenando aprenderemos a combinar dos aparentes opuestos, a saber, la planificación y la improvisación. Para ello, deberemos entrenar el sentido común —que nace del conocimiento— para saber cuándo ser erizos y cuándo zorros. ¿Dónde, fuera del ejército, la universidad o el trabajo (aunque no adecuadamente del todo en estos dos últimos lugares), pueden los jóvenes actuales obtener este tipo de formación?

«La batalla de Waterloo se ganó en los campos de juego de Eton», afirmó, según algunos, el duque de Wellington. (En realidad, no lo dijo, pero, como principal autor de epigramas de época victoriana, debería haberlo hecho.)[45] En efecto, aparte de en la guerra y sus preparativos, es en los deportes competitivos donde más explícitamente se da la combinación clausewitziana de pasado destilado, planes de presente y futuro incierto. Hoy idolatramos la forma física más que en tiempos de Wellington y hace deporte más gente que nunca. Pero ¿qué tiene eso que ver con nosotros y con la gran estrategia?

El aficionado a un deporte lo aprende gracias a un entrenador, que hace lo mismo que los antiguos instructores militares, cuando el servicio militar era obligatorio: enseñar las cuestiones básicas, promover la resistencia física, imponer disciplina, alentar la cooperación y demostrar cómo se fracasa y cómo uno se recupera de sus propios errores. Sin embargo, cuando comienza el partido, el entrenador simplemente puede gritar o tirarse de los pelos en la banda. Nosotros y nuestros compañeros de equipo estamos solos. Aun así, todos lo haremos mejor que la vez anterior, porque hemos recibido entrenamiento: no en vano, algunos entrenadores de equipos universitarios estadounidenses ganan más que los rectores que los contratan.

¿Quiere decir esto, en cualquier caso, que mientras jugamos el partido habremos de elegir entre ser zorros o erizos? La pregunta puede parecer estúpida y todos responderán que han sido ambas cosas: que tenían grandes planes, al estilo del erizo, y los fueron matizando, como el zorro. La victoria o la derrota son achacables a que esos planes funcionasen o no. Seguramente, a cualquiera nos resultaría difícil determinar en qué momentos del partido hemos sido zorros y en qué momentos, erizos. No, no fue eso lo que hicimos: nuestra mente albergaba dos ideas opuestas a la vez y, aun así, seguía funcionando.

Ocurre más o menos lo mismo en muchos momentos de la vida en que tomamos decisiones de manera instintiva, o casi. Sin embargo, conforme crece la autoridad, también lo hace la conciencia de uno mismo. Con más gente mirando, el entrenamiento se convierte en representación. Hoy, la reputación importa y la libertad para ser flexible está acotada. Los líderes que han alcanzado la cima —como Jerjes o los expertos de Tetlock— pueden caer prisioneros de su propia preeminencia y encasillarse en papeles de los que ya no pueden librarse.

Este, por tanto, es también un libro sobre los «Helespontos mentales», que separan la orilla de ese liderazgo y la del sentido común. Deberíamos ser capaces de cruzar con frecuencia de una a otra, pues solo gracias a esas travesías nacen las grandes estrategias, es decir, los alineamientos de medios y fines. Las corrientes son fuertes; los vientos, traicioneros, y los pontones, frágiles. Ya no resulta necesario intimidar a las aguas o apaciguarlas, como hacía Jerjes. Sin embargo, analizando cómo quienes llegaron después que el emperador supieron gestionar esa oposición entre lógica y liderazgo, quizá podamos entrenarnos para afrontar todas esas travesías que, tarde o temprano, tendremos que hacer.

2
LOS MUROS LARGOS

Vistos desde arriba, parecían un hueso gigante, roído hasta quedar reluciente y arrojado de forma descuidada por algún dios ahíto desde el monte Olimpo, en el lejano norte. Un extremo con aspecto de articulación descansaba sobre un risco; el otro apenas tocaba la orilla del mar del Ática. Su longitud total era de casi diez kilómetros, pero tramos añadidos posteriormente lo alargaron hasta alcanzar una longitud perimetral de casi treinta. Conectaban todos los tramos de aquellos muros más de seis kilómetros de planchas extremadamente delgadas; puesta de pie, la estructura no habría soportado su propio peso. No obstante, no era ese su propósito: aquellas eran las murallas más largas construidas hasta entonces no solo para la protección de una ciudad, sino de dos.[46]

Atenas se encontraba en el extremo nororiental de la doble línea de muralla y contaba con unos doscientos mil habitantes cuando esta se terminó, hacia el 457 a. C. El Pireo, en el extremo sudoccidental, tenía menor población, pero esta se hallaba más extendida: desde su puerto, los atenienses comerciaban con todo el Mediterráneo, y en él se construían, reparaban y avituallaban los barcos de su flota, los «muros de madera» que habían vencido en Salamina veintitrés años antes. Tiempo después de que Atenas perdiera la primacía alcanzada en aquella batalla, el historiador Plutarco hizo notar «que siempre florece […] cierto aire nuevo» en los edificios y espacios públicos de la ciudad, «como si [estos] tuvieran mezclado un aliento siempre joven y un espíritu que no envejece». La Acrópolis reconstruida, que aún mostraba partes ennegrecidas por el fuego persa, presidía el horizonte desde su cerro, como sigue haciéndolo hoy, tras muchos otros infortunios posteriores.

Los muros que unían Atenas y El Pireo formaban un pasillo de poco más de ciento cincuenta metros de ancho, espacio suficiente para acomodar un flujo de peatones de doble sentido, a los que se sumaban animales y carruajes cargados de mercancías y de riquezas. La estrechez del paso lo hacía fácilmente defendible y los muros eran sólidos —de unos tres metros de grosor y casi ocho de altura—, aunque contrastaban extrañamente con la elegancia con que se protegían. Las piedras que los formaban se amontonaban unas sobre otras, torpemente unidas con mortero, y entre el sillar asomaban fragmentos de columnas o de lápidas funerarias. Según la explicación oficial, se trataba de un homenaje al pasado: el objeto era, al pasar junto a esos restos, recordar el pillaje de Jerjes. Ahí estarían siempre los ancestros para recordárselo a los habitantes de Atenas.[47]

Jerjes había traído consigo todo lo necesario desde el otro lado del Helesponto. Todo, salvo una gran estrategia: si sus aspiraciones equivalían y se identificaban plenamente con sus capacidades, ¿por qué molestarse en alinear unas con otras? Conoció la escasez solo después de que la tierra, el mar, el clima, los griegos y sus oráculos se la mostraran. Creyéndose fuerte en todos los sentidos, no dejó a nadie en la reserva: cuando uno fracasaba, otro lo reemplazaba. Así fue como perdió, según se calcula, más de novecientos trirremes y un cuarto de millón de hombres.[48]

Los griegos, sin embargo, no conocían más que la escasez. A diferencia de los persas, cuyo imperio se extendía desde el Egeo hasta la India, ejercían su dominio sobre una serie de abruptas penínsulas, lo que separaba los recursos y facilitaba la resistencia a la autoridad. Ciudades y pueblos tenían que protegerse: no había rey de reyes que desempeñara ese papel. Se forjaban alianzas y se fundaban colonias, pero las obligaciones eran vagas y muchas veces las lealtades, volubles. Todo ello convertía a Grecia en un vivero de rivalidades y, por tanto, de estrategias.[49] Dos tipos en especial sobrevivieron a la derrota de Jerjes. Eran completamente distintas entre sí, salvo por un hecho: la escasez obligaba a especializarse.

Los espartanos, que lucharon hasta el final en las Termópilas, eran guerreros desde hacía mucho tiempo. Estaban muy vinculados con el Peloponeso, pero no como agricultores, pues de la tierra se ocupaban los esclavos, los llamados ilotas. La estrategia espartana consistía en poseer el mejor ejército de toda Grecia. No tenían ningún otro objetivo, hasta tal punto que de su ciudad no han quedado ruinas importantes. Como militares profesionales, entrenaban constantemente, pero luchaban poco: se perdieron la batalla de Maratón del 490 a. C., porque estaban celebrando el festival de la Luna. Sin embargo, cuando se les provocaba, como hizo Jerjes al invadir la Hélade, la furia espartana excedía con mucho su número. Por eso, aun contando con la protección que brindaban las Termópilas, Atenas confiaba la defensa terrestre de Grecia a Esparta. Tucídides nos cuenta que, cuando la defensa cayó, los atenienses «abandonaron sus casas, se embarcaron apresuradamente en sus naves y se convirtieron en marinos».[50]

En realidad, ya lo eran. Su red comercial se extendía desde el Atlántico hasta el mar Negro. Los atenienses también habían acumulado riquezas, pues de sus colonias obtenían rentas a cambio de protección militar y, además, explotaban minas de plata en el Ática. Con estas riquezas financiaron la flota que ganó la batalla de Salamina, aunque Temístocles tenía en mente algo más que una mera colección de muros de madera flotantes. El general quería construir unas grandes murallas en tierra. Deseaba convertir Atenas y El Pireo en dos islas y rodearlas de muros para protegerlas de cualquier ataque terrestre sin por ello perder la conexión con el mar, del que seguirían recibiendo todos los suministros necesarios. Su propósito era desarrollar una armada ateniense tan temible como el ejército espartano.[51]

Espartanos y atenienses, así pues, se convirtieron, respectivamente, en tigres y en tiburones, cada uno de ellos señor de su propio dominio.[52] El sentido común quizá debiera haber llamado a la cooperación en ese momento, pues el peligro persa no había desaparecido. Los griegos embellecieron para siempre la civilización que habían salvado y, después, estuvieron a punto de destruirla.[53]

La guerra del Peloponeso enfrentó a Atenas y a Esparta —y a sus respectivos aliados— entre el 431 y el 404 a. C. Fue similar en un aspecto a las mucho más breves Guerras Médicas contra los persas: ambas tuvieron un gran cronista. Tucídides advirtió a sus lectores, no obstante, que él no era Heródoto. Su historia no sería atractiva «a expensas de la verdad». Esa ausencia del «elemento mítico» podría «quitarle algo de encanto», pero el historiador esperaba lograr lo que Plutarco encontraría más tarde entre lo que quedó de Atenas: restos conservados de los efectos del tiempo, «una adquisición para siempre». Tucídides escribió que le bastaría con que su historia resultara útil a quienes buscasen «el conocimiento del pasado como ayuda para entender el futuro, pues, en el curso de los asuntos humanos, este debe parecérsele al pasado o incluso ser un reflejo de él».[54]

Pasado y futuro no son equivalentes en Tucídides, como tampoco en el ámbito de la estrategia las capacidades y las aspiraciones, pero, aun así, están relacionados. Podemos conocer el pasado solo a partir de fuentes imperfectas, entre las que se cuentan nuestros propios recuerdos. No podemos conocer el futuro y de él solo sabemos que se origina en el pasado, pero puede desviarse de él. La distinción que Tucídides establece entre la similitud y el reflejo —a medio camino entre los «patrones» que sobreviven al tiempo y las «repeticiones» degradadas por este— permite alinear la asimetría, pues sugiere que el pasado nos prepara para el futuro solo cuando hay una transferencia de aquel, aunque sea imperfecta. Del mismo modo, las capacidades ciñen las aspiraciones a lo que permitan las circunstancias.

Conocer una única gran cosa o muchas cosas pequeñas, por tanto, no basta: los parecidos, que según Tucídides se dan por fuerza, pueden aparecer en cualquier segmento del espectro que se extiende entre el erizo puro y el zorro puro. Así pues, ¿qué era Tucídides? Resulta tan inútil hacer esta pregunta como lo sería que un atleta de éxito tratase de responderla. La «inteligencia de primera clase» de Tucídides acomoda ideas opuestas con tan poco esfuerzo que a lo largo de su historia nos ofrece cientos de ellas. Lo hace dentro de un marco temporal y espacial, pero también en diferentes escalas: solo Tolstói rivaliza con él, en mi opinión, a la hora de detectar lo relevante y lo significativo donde, a primera vista, parece que no está.

De este modo, no es exagerado decir que, de algún modo, Tucídides «entrena» a sus lectores. Como amablemente nos recuerda su mayor

intérprete moderno (quien también entrenó de vez en cuando), los griegos, pese a su antigüedad, «creyeron cosas que nosotros hemos olvidado o ignorado; y debemos abrirnos a la posibilidad de que, al menos en algunos aspectos, fueron más sabios que nosotros».[55]

III

Los espartanos jamás contaron con una muralla y confiaban únicamente en su destreza militar para disuadir a sus adversarios. Al conocer los planes de Temístocles de amurallar Atenas, trataron de convencer a los atenienses de que ninguna ciudad debería fortificarse de esa manera. Se alentaría así la unidad entre los griegos y se evitaría que los persas contasen con una fortificación en la propia Grecia, en caso de que tomaran la ciudad en una futura invasión. Sin embargo, el auténtico propósito de los espartanos, según Tucídides, consistía en limitar el poderío naval ateniense, que tan efectivo había demostrado ser en la batalla de Salamina. Para ello, era vital que Atenas y su puerto siguieran siendo vulnerables.

Temístocles convenció a los atenienses para que recibieran de aparente buen grado la propuesta de los espartanos, hasta el punto de enviar al propio general y héroe de Salamina a la ciudad rival del Peloponeso para llevar a cabo las negociaciones. Mientras Temístocles estaba en Esparta, Atenas se dispuso a fortificarse a la carrera. Trabajaron hombres, mujeres y niños, con cualquier material que pudiesen encontrar; esta sería otra razón que explicaría los escombros de la muralla. Cuando los espartanos se preguntaron por qué se alargaban tanto las conversaciones, Temístocles afirmó estar esperando a unos colegas que, de manera inexplicable, se retrasaban. Llegaron al fin y, con ellos, por desgracia, la noticia de que los atenienses habían empezado a construir una muralla. Temístocles alegó a los suspicaces espartanos que, si aquella noticia les preocupaba, enviasen a observadores a Atenas. Cuando estos estuvieron allí, dio instrucciones secretas a los atenienses para que los retuvieran hasta que las murallas se encontraran casi acabadas.

Una vez terminadas las obras, Temístocles abandonó todas sus pretensiones: anunció que Atenas había sido fortificada y podría proteger a

sus habitantes. En cualquier debate futuro se aceptaría el derecho de los atenienses a velar por sus propios intereses y también por los de otros griegos. Los espartanos no mostraron ira; aun así, según Tucídides, «el incumplimiento de sus deseos no podría sino causarles una disimulada irritación».[56] Ahora solo les quedaba darse de cabezazos contra una pared: la que a partir de entonces sería conocida como los «muros largos» de Atenas.

IV

Los hechos referidos ocurrieron entre el 479 y el 478 a. C., cuatro décadas y media antes del estallido de la guerra del Peloponeso. Tucídides los relata en forma de *flashback*, algo poco usual en su obra. Aunque lejana, el historiador quiere que veamos la conexión entre la gran guerra y aquella colisión casi cómica entre la impasibilidad espartana y la astucia ateniense: pequeñas causas con grandes consecuencias. No es que no hubiese vuelta atrás, desde luego; el progreso, no obstante, se ralentizaría enormemente, pues cualquier aspecto de la relación entre ambas polis comportaría a partir de ese momento múltiples lecturas.

Pensemos, por ejemplo, en la construcción de las murallas: ¿se trataba de una maniobra defensiva u ofensiva? Los atenienses querían que los muros diesen seguridad a su «isla», la base desde la cual controlarían comercial y militarmente los mares que bañan Grecia y otros muchos. Los espartanos se sentían seguros sin necesidad de muros, pero solo porque su ejército era y seguiría siendo el más poderoso de Grecia. Razón por la cual, sin embargo, los atenienses concluyeron en un primer momento que ellos sí necesitaban fortificaciones. Las categorías resultan demasiado categóricas.

No obstante, tanto los espartanos como los atenienses actuaron de manera estratégica, en el sentido de que supieron alinear aspiraciones y capacidades. Ambas polis buscaron la seguridad por caminos diferentes; ninguna de las dos podía permitirse ser a la vez tigre y tiburón. En teoría, la cooperación entre las dos ciudades-Estado podría haber pacificado tanto la tierra como el mar y haber evitado cualquier peligro futuro. Esto, sin

embargo, habría requerido abundar en la mutua confianza, virtud muy poco arraigada en general en el carácter de los griegos.

Tras superar en astucia a los espartanos, Temístocles regresó a Atenas triunfante, como tras la batalla de Salamina. Aun así, con el paso de los años, esa admiración fue perdiendo su brillo: llegado el año 470 a. C., la asamblea ateniense —que recompensaba los éxitos de sus líderes, pero también los temía— condenó a Temístocles al ostracismo. Hombre de recursos, el artífice de la victoria contra los persas desertó, a su debido momento, para ofrecerse a estos, y pasó el resto de su vida a su servicio. Así fue como Jerjes, que había sido asesinado hacía poco, se tomó, pese a Esquilo, finalmente su venganza.[57]

V

Uno de los coregos de la obra *Los persas* fue Pericles, aristócrata ateniense que daría su nombre al siguiente periodo histórico de la capital griega. Cortés, modesto, pero entregado a la labor de sumar seguidores, fue mecenas, líder militar de éxito, diplomático experimentado, astuto economista, teórico constitucional de perdurable originalidad y uno de los mejores oradores de la historia. Reconstruyó Atenas, la que aún hoy reconocemos, y, durante más de un cuarto de siglo, gobernó la ciudad y el imperio del que esta era capital.[58] También fue, no obstante, el mayor responsable del estallido de la guerra del Peloponeso, resultado involuntario de la construcción de toda una cultura como sostén de una estrategia.

Los espartanos no necesitaban ninguna cultura de nuevo cuño, pues la que tenían había salido casi incólume de las Guerras Médicas. La de los atenienses, por su parte, se encontraba patas arriba. Habían demostrado su capacidad para batallar en tierra al derrotar a los persas (sin ayuda de Esparta) en Maratón, en el 490 a. C., y (con su ayuda) en Platea, en el 479 a. C. Sin embargo, la «isla» de Temístocles exigía renunciar a esa eficacia: el general sospechaba que Atenas no podría jamás competir con el ejército espartano.[59] Mediada la década del 450 a. C., Pericles, que pensaba como su antecesor, terminó las murallas en torno a Atenas y El Pireo, lo que haría que ambas ciudades dependieran totalmente del mar en cualquier guerra

futura. La nueva estrategia tenía sentido, pero, a ojos del historiador Tucídides, terminaría por convertir a los atenienses en un pueblo distinto del que era.

Atenas se había apoyado tradicionalmente en los agricultores: sus campos de cereal y sus viñedos aprovisionaban a la ciudad en tiempos de paz y engrosaban las filas de infantería y caballería cuando sonaban los tambores de guerra. Ahora, sin embargo, los agricultores tendrían que renunciar a muchas de sus tierras y campos y verían cómo su influencia menguaba. Si los espartanos los invadían, se convertirían en refugiados en su propia ciudad, desde cuyas murallas contemplarían la destrucción de cultivos, olivares y casas de campo. Como prueba de su determinación, Pericles, quien también poseía tierras, prometió prenderles fuego si fuera necesario. Asumió que, en última instancia, los espartanos, preocupados por tener a los poco fiables ilotas en sus propias tierras, abandonarían y volverían a Esparta (aunque no por ninguna medida tomada por los mandatarios que habían estabilizado la sociedad ateniense). Entretanto, las naves que partían de El Pireo traerían suministros de las colonias de ultramar, mientras que su armada acosaba a la desprotegida costa de Esparta, lo que agilizaba aún más el comercio.[60]

Pero una flota mercante y una armada son muy caras de mantener. Para luchar en tierra, un hoplita o soldado de infantería ateniense necesitaba una espada, un escudo, un casco, una mínima coraza y una confianza ciega en los hombres que lo acompañaban, pues las falanges griegas avanzaban como una única unidad: la improvisación se traducía en desastre. La armada, por su parte, exigía puertos, barcos, velas y fila tras fila de remeros dispuestos a hacinarse con los pies metidos en charcos de sentina, envueltos en la pestilencia de sus propios excrementos (los trirremes rara vez hacían una parada), incapaces de ver siquiera la marcha de las batallas en las que participaban, condenados a ahogarse si algo no salía bien. Era necesario alentarlos con recompensas distintas a las villas que se entregaban a los veteranos (a las que la mayoría de ellos jamás tenía acceso) o a los desfiles y maniobras militares (poco prácticos en aquellas bodegas apestosas y resbaladizas).[61]

No solo los remeros necesitaban motivación. Los trirremes eran navíos de guerra que solo servían para embestir a otras embarcaciones. Sus constructores y financiadores —ya fueran ciudadanos libres o el tesoro

público— apenas esperaban réditos. Los beneficios debían ser de otro tipo. Los atenienses tampoco podían obligar a las colonias a darles de comer; aparte de órdenes, para producir cosechas, criar ganado y faenar el mar, era también necesaria la motivación. La ciudad no podía pagar a las mujeres y los hijos que participaron en la construcción de las murallas; los intereses de las familias tendrían que coincidir, así pues, con los requisitos impuestos por la estrategia. Una gigantesca empresa exigiría enormes incentivos. Alguien tenía que demostrar a todo el mundo —o a casi todo el mundo— que los sacrificios darían fruto más adelante. Los que Pericles tenía en mente no estarían dedicados a los dioses, como antaño,[62] sino a una ciudad que se había convertido en un Estado, y a un Estado que se había convertido en un imperio.

Ese imperio, en cualquier caso, debía continuar funcionando como una comunidad. Atenas dependía del ardor individual de sus ciudadanos y Pericles tendría que inspirar a las clases urbanas y a los pueblos a lo largo y ancho del imperio, sin que este perdiera la cohesión de su rival, Esparta, que en muchos sentidos seguía siendo una ciudad pequeña. Por esta razón, fue prioritario para Pericles construir una cultura.

VI

Pericles aprovechó su hoy célebre «discurso fúnebre», pronunciado en Atenas tras el primer año de la guerra del Peloponeso, para dar a conocer sus expectativas. Los muertos habían entregado su vida, dijo a los dolientes, por la «universalidad de la singularidad ateniense»: Atenas no imitaba a nadie, sino que era modelo de todos. ¿Cómo, sin embargo, reconciliar esos aparentes opuestos? La solución de Pericles fue vincular escala, espacio y tiempo: la cultura ateniense apelaría a la ciudad, al imperio y a todas las eras. Por fortuna, Tucídides, o alguien de su confianza, estaba presente para tomar nota mientras el gran hombre hablaba.[63]

Mucho antes de Pericles, Atenas se escoraba ya hacia la democracia, a la cual definió como la forma de gobierno que beneficia «a la mayoría, en lugar de a la minoría». Cuando se hizo con el poder, todos los ciudadanos varones adultos que no fuesen esclavos podían dirigirse a la asamblea

ateniense y votar. A la asamblea acudían regularmente entre cinco y seis mil personas. Era el órgano deliberativo más numeroso que el mundo conocía o que desde entonces haya conocido.[64] «Nuestros ciudadanos de a pie —clamó Pericles— son jueces justos de las cuestiones públicas, pues, a diferencia del resto de naciones, a quienes no participan de estos menesteres los consideramos […] inútiles.» El debate era «un preliminar indispensable para emprender cualquier tipo de acción prudente».

La asamblea funcionaba disociando el mérito personal de las razones de clase. Si un hombre quería participar —algo meritorio—, «la oscuridad de su condición social» —a saber, el estatus— no debería impedírselo. Sería considerado servidor de la polis cualquiera que pudiese reforzar una muralla, reparar una embarcación, empuñar un remo, pagar a otros para que se ocuparan de estas labores o incluso criar a un niño que hiciese lo propio en el futuro. La experiencia era útil, pero las especializaciones que estratificaban la sociedad en otras ciudades no resultaban necesarias. «Dudo que el mundo pueda crear a un hombre —se jactaba Pericles— que sepa asumir de igual manera tantos riesgos y que pueda actuar con tanta versatilidad como el ateniense.»

Gracias a la confianza en sus murallas, barcos y remeros, los atenienses habían democratizado la guerra y su administración. No tendrían guerreros de élite, entrenados desde la niñez al modo de los ferozmente jerárquicos espartanos, pero sí soldados en mayor número, de los que dependerían para fijar sus intereses y protegerlos después. «Mientras nuestros rivales tratan de alcanzar la fortaleza viril desde la misma cuna mediante la más dura de las disciplinas, en Atenas vivimos exactamente como deseamos vivir, y estamos igualmente dispuestos a enfrentar cualquier peligro legítimo.»

El funcionamiento democrático de la asamblea constituiría un modelo para la ciudad: ¿qué sería, no obstante, del imperio? Al acotar sus compromisos con la tierra, los atenienses necesitaban ejercer un mayor control sobre el mar. A comienzos de la guerra del Peloponeso, eran leales a Atenas unos doscientos aliados y estados súbditos.[65] Sin embargo, las circunstancias, actitudes e incluso las lenguas variaban enormemente de un lugar a otro: ¿podía Atenas confiar en que las demás culturas se sostuvieran por sí mismas?

Pericles reconocía que su ciudad había fraguado «amistades» mediante favores: «El fin es mantener endeudado al que se favorece a base de una

cortesía perpetua; así, este será consciente de que el favor que devuelve no es un favor, sino un pago». Los atenienses hacían esos favores «no tras un cálculo basado en la conveniencia, sino por su confianza en la generosidad». De ese modo, Atenas sería capaz de consolidar un imperio más poderoso y garantista que el de cualquier rival.[66]

El imperio ateniense proyectaría, de este modo, la democracia por medio de las distintas culturas, pues los estados más indefensos sentirían temor y se alinearían por propia voluntad con Atenas.[67] El propio interés se transformaría en comodidad y, después, en afinidad. La transparencia, por esta razón, resultaba vital: «Abriremos de par en par las puertas de nuestra ciudad al mundo y jamás por causa ajena a nosotros negaremos a los extranjeros la oportunidad de observar y aprender». Los atenienses encontraron que «las frutas que se comían de otros países eran un lujo tan familiar como las propias». Las murallas, en efecto, habían globalizado a su ciudadanía.

Para el futuro, Pericles pedía echar la vista atrás. Los héroes a los que él honraba no necesitaban homenajes: «Su tumba es toda la tierra». La cultura ateniense, en cualquier caso, construiría monumentos conmemorativos que hicieran las veces de «testigos poderosos». Parte de esos monumentos serían la propia arquitectura y ornamento de las ciudades, a los que Pericles dedicó mucho tiempo y dinero. Habría también textos —las obras filosóficas, las teatrales, las históricas, sus propios discursos—, mensajes en botellas destinados a llegar hasta épocas futuras para confirmar la singularidad de Atenas en ese tiempo. Y ruinas: «Hemos obligado a todos los mares y a todas las tierras a ser accesibles a nuestra audacia, y en todos los lugares, para bien o para mal, hemos dejado monumentos eternos».

En lo que concierne a la oratoria, el discurso de Pericles solo puede compararse con el de Lincoln en Gettysburg. Sin embargo, donde Lincoln vinculaba los costes de la guerra con el éxito militar, Pericles reconocía un fracaso estratégico. Este había esperado, después de todo, evitar una guerra con Esparta equilibrando la superioridad terrestre espartana con la naval de los atenienses y construyendo, a la vez, un nuevo tipo de imperio cuyo atractivo apaciguase cualquier sospecha.[68] ¿Cómo, entonces, llegó a verse en la tesitura de definir, tras el estallido de una gran guerra, una cultura encaminada a evitar el conflicto?

Tucídides ofrece tres explicaciones. La primera es que, en el año 435 a. C., la pequeña y remota ciudad de Epidamno, con una guerra civil en ciernes, buscó sin éxito la ayuda de Córcira, su ciudad matriz, pero, en su lugar, recibió la oferta de Corinto, enemiga de esta. Esto motivó la ira de los córciros, que enviaron una flota a Epidamno, lo que empujó a Corinto a mandar también barcos, así como un ejército y colonos. Seguidamente, ambas partes pidieron ayuda a Atenas, la cual firmó con Córcira una alianza defensiva que motivó una guerra marítima con Corinto, lo que, a su vez, condujo a los atenienses a sitiar la colonia corintia de Potidea. Los corintios, entonces, pidieron a los espartanos que invadieran el Ática. Estos, sin embargo, se negaron e invitaron a las polis enfrentadas a justificar sus posturas ante una asamblea espartana. A continuación, este organismo, movido no tanto por los argumentos expuestos como por el temor «al crecimiento del poder ateniense» —que Tucídides esgrime como segunda explicación y más sucinta—, votó declarar la guerra a Atenas en el 432 a. C. [69]

Como vemos, la primera explicación detalla una aburrida cadena de causas y efectos. La segunda confirma que se trataba, en efecto, de una cadena y no de una serie de acontecimientos aleatorios. Aun así, ninguna de las dos explicaciones aclara cómo «una maldita insensatez ocurrida en los Balcanes»[70] —Epidamno se encontraba en la actual Durrës, Albania— provocó una guerra tan devastadora para los griegos como, proporcionalmente, lo fue la de los Treinta Años para los europeos en el siglo XVII o las dos guerras mundiales para todos sus contendientes en el XX. [71] Para entender esto, es necesario conocer la tercera explicación que Tucídides da: las garantías en que Pericles confiaba no habían resultado lo suficientemente garantistas.

Tucídides lo explica, de manera más implícita que explícita, en su reconstrucción del debate celebrado en Esparta. Este fue, en efecto, un «juicio a Pericles», con los corintios como acusación, los atenienses como defensa y los espartanos —los únicos que, según Tucídides, tomaban la

palabra— como jueces. Se juzgaba hasta qué punto podría universalizarse una cultura nacida de un hecho diferencial.

Los corintios comenzaron culpando a los espartanos de que los atenienses hubieran construido los famosos muros largos. Su «falta de agudeza» había permitido a Temístocles salirse con la suya unas décadas antes. De esto, Atenas había concluido que los espartanos «veían las cosas, pero no se preocupaban por ellas».

> Vosotros, espartanos, de todos los helenos sois los únicos inactivos y os defendéis no haciendo nada, sino dando la impresión de que fuerais a hacer algo; sois los únicos que esperáis hasta que el poder del enemigo se ha redoblado, en lugar de acabar con él en su más tierna infancia. Aun así, el mundo sabía antiguamente que erais fiables; en vuestro caso, tememos que el mundo sabía la verdad, pero no toda la verdad.

Los atenienses, por el contrario, «se aventuraban más allá de su poder y eran atrevidos más allá de su propio juicio». La rapidez con que actuaban les permitía «convertir las expectativas en hechos». «No descansan y […] no dan descanso.» Por estas razones, los espartanos debían ayudar a los potideatas a invadir el Ática. No hacerlo «llevaría a los demás a buscar desesperados alguna otra alianza».[72]

Los atenienses replicaron recordando las Guerras Médicas y aseguraron, no obstante, estar «muy cansados de remitirse continuamente a ese tema». Pese al sacrificio espartano de las Termópilas, «dejamos tras nosotros una ciudad [Atenas] que no era ya ciudad y apostamos nuestras vidas por otra que solo existía en nuestras esperanzas más nimias; así pues, hemos acatado nuestra responsabilidad tanto en nuestra propia salvación como en la vuestra». Con respecto al imperio: «No lo conquistamos por la violencia, sino porque vosotros no estabais dispuestos a zanjar la guerra contra los bárbaros y porque los aliados se asociaron con nosotros y espontáneamente nos pidieron que asumiéramos el mando». Los atenienses, por tanto, hicieron lo que cualquier otro. Dada «la vasta influencia que tiene cualquier incidente durante una guerra», los espartanos deberían «meditar un tiempo» antes de decidir qué hacer. Era muy habitual «comenzar por el extremo equivocado: actuar primero y esperar al desastre para debatir los asuntos».[73]

Arquídamo, rey de Esparta, apoyaba a los atenienses. La guerra, según advirtió, exigía no tanto armas como dinero, en especial si se enfrentaban

en ella una potencia continental y otra marítima. Pues «a menos que podamos vencerlos en el mar o privarles de los suministros que sostienen su armada, no hallaremos en nuestro camino sino el desastre». La diplomacia era siempre la opción más sensata, pues dejaba abierta la posibilidad, en caso de no ir bien, de tomar partes del Ática sin arrasarlas, pues esto último no beneficiaría a nadie. Los corintios se quejaban sobre la «lentitud» espartana sin reparar en que agilizar la guerra podría, de hecho, retrasar la conclusión de esta, que quedaría «como legado para nuestros hijos».[74]

La decisión final correspondería a la asamblea espartana. Estenelaidas, uno de los éforos o magistrados, se llevó el gato al agua. Adujo un argumento circular: los atenienses habían luchado contra los persas, pero habían maltratado a los espartanos, así que merecían «un doble castigo, por haber dejado de ser buenos y por volverse malos». Más palabras no harían sino más daño: «Votad, por tanto, espartanos, por la guerra, como exige el honor de Esparta y […] dejadnos, encomendándonos a los dioses, avanzar contra los agresores». Las posiciones a favor y en contra no estaban demasiado definidas, pero, cuando se pidió a la asamblea que tomara partido, esta terminó respaldando a Estenelaidas. Tucídides explica que fue así como «el auge del poder ateniense inspiró la alarma de Esparta e hizo inevitable la guerra».[75]

VIII

Pericles no asistió a este «juicio» en Esparta, pero, con toda seguridad, eligió cuidadosamente a su portavoz. Resulta por ello aún más sorprendente que su defensa fuese tan poco persuasiva, teniendo en cuenta que hasta el rey espartano advirtió de los peligros de un enfrentamiento armado. Pericles había construido su carrera y toda una cultura con la persuasión como cimiento.[76] Algo había salido rematadamente mal.

Quizá sus representantes no eran tan elocuentes como él y se vieron obligados a alegar que todos los imperios terminan oprimiendo, en lugar de recurrir al argumento de Pericles, según el cual el imperio ateniense haría todo lo contrario: liberar el espíritu humano. Es probable que las razones del propio Pericles hubieran languidecido ante el celo acusador de los

corintios: estos habrían insistido tal vez en que los atenienses no habían liberado el espíritu de nadie, y menos el de los corintios, y que los espartanos no debían esperar nada distinto ahora. Quizá —quién sabe— había lagunas en la lógica del mandatario ateniense, que habrían quedado al descubierto en aquel debate celebrado en Esparta.

Los griegos vinculaban la cultura directamente con el carácter. Era la predictibilidad por medio de la escala: la conducta de una ciudad, de un Estado o de un pueblo en los asuntos pequeños, grandes y medianos.[77] Los espartanos eran totalmente predecibles, pues se sabía quiénes eran y qué querían. No veían ninguna necesidad de cambiar, ni de cambiar a nadie. La decisión estratégica de fortificarse había modificado el carácter ateniense, lo que había obligado a los habitantes de la capital a vagar incansablemente por el mundo conocido. Puesto que los atenienses habían cambiado, estaban obligados a cambiar a los otros —para eso sirve un imperio—, pero ¿a cuántos, hasta qué punto y por qué medios? Nadie lo sabía con exactitud, ni siquiera Pericles.

Pericles no era Jerjes. «Temo más nuestros propios errores que las estrategias del enemigo», reconoció cuando se acercaba el conflicto. Sabedor de que el Imperio ateniense no podría expandirse de forma indefinida, Pericles «recortaba sin medida sus aspiraciones —según explica Plutarco— suponiendo que bastaría con mantener a raya a los espartanos».[78] Sin embargo, tal y como los portavoces de Pericles reconocieron ante la asamblea espartana, imponer en el imperio la igualdad que tanto se celebraba intramuros de Atenas podría provocar la contracción de aquel o incluso su derrumbe:

> Nuestros súbditos están tan habituados a relacionarse con nosotros como iguales que cualquier derrota […] que choque con su idea de justicia —ya emane de un dictamen legal o del poder que nuestro imperio nos otorga— les hace olvidar que deben mostrarse agradecidos por que se les permita conservar la mayoría de sus posesiones y también soliviantarse más por aquello que les hemos arrebatado. Cuán distinto sería esto si desde el principio hubiésemos ignorado la ley y hubiésemos dado rienda suelta a nuestra codicia.

Los persas habían tratado a los súbditos de su imperio con más dureza, pero aquello era cosa del pasado. «El presente siempre pesa en los “conquistados”», vocablo extraño con el que aludir a los supuestos «iguales» atenienses. Si los espartanos los conquistaran, «rápidamente

perderían la popularidad que han ganado gracias al miedo que Atenas inspira».[79]

La laguna en la lógica de Pericles es, por tanto, la «igualdad». Para el líder ateniense, tanto la igualdad como el imperio eran ideas admirables, pero tardó un tiempo en concluir que alentar la una supondría menoscabar el otro. Su discurso fúnebre refleja esta contradicción: en él, Pericles habla de alianzas voluntarias en pos de un bien común, pero también felicita a sus compatriotas por haberse impuesto «en todas las tierras y mares […] para bien o para mal». Parece que, en lugar de mantener ideas opuestas en su mente de manera simultánea, fuese capaz de alternar caracteres: el Dr. Jekyll dejaba paso a mitad de discurso a Mr. Hyde. Los últimos años de Pericles reflejan, en efecto, una trayectoria similar.

IX

Un cuenco de agua convertido en mar: así podríamos describir dicha trayectoria. Mégara era y sigue siendo una pequeña ciudad situada en el extremo nororiental del istmo de Corinto, la única comunicación por tierra entre la península del Peloponeso y el resto de Grecia. Mégara reñía con Atenas desde hacía mucho tiempo, aunque nunca había supuesto una amenaza militar para la gran capital. Lo único que podían hacer los megáreos era forjar alianzas; la ciudad que más a mano tenían, por su cercanía geográfica, era Corinto. De unirse Mégara a Corinto, quizá lo hicieran otras ciudades, así que, en el 433 a. C., Pericles persuadió a la asamblea ateniense para que se negasen privilegios comerciales a los megáreos en Atenas y se les prohibiera el uso de todos los puertos del imperio.

Mégara tenía otras opciones; en efecto, aquella prohibición resultaba tan absurda que Aristófanes se ríe de ella en su comedia *Los acarnienses*, estrenada unos años después de la muerte de Pericles. En cualquier caso, el decreto contra Mégara tenía como fin disuadir, no reducir, mediante la privación del sustento. Se trataba de un embargo económico pensado para impedir futuras deserciones por medios no militares. Como era de esperar, la novedosa medida alarmó a los espartanos, que no entendían que tal

iniciativa sirviese para evitar la guerra y que pidieron que se revocara. Lo que no parecía tan previsible —porque los beneficios que pudiera aportar la prohibición decretada no compensaban ni mucho menos los riesgos— era que Pericles se negase.

Uno de los aspectos que más irritaba a la asamblea espartana era la testarudez del líder ateniense. Aun así, incluso después de votar por la guerra en el 432 a. C., los espartanos no se dieron prisa por actuar. A lo largo del año siguiente, enviaron tres emisarios a Atenas que tratarían de obtener alguna cesión por parte de Pericles. Este, sin embargo, se encastilló: «Atenienses, hay un principio al que me aferro con independencia de las circunstancias. Ese principio es el de no conceder nada a los peloponesios».

El decreto referente a Mégara podría parecer «una nimiedad», pero retirarlo habría supuesto resbalar por una pendiente. «Si das la mano, te cogerán el brazo.» Esta deducción obligaba a desechar la diplomacia, lo que imponía la guerra como única alternativa. No importaba que la causa fuese «grande o pequeña». ¿Acaso Temístocles no había vencido a los persas con menos recursos que los de Atenas en ese momento? «Debemos […] resistir a nuestros enemigos de todas las maneras posibles e intentar entregar nuestro poder intacto a la posteridad».[80]

Pericles se desentendió del consejo que él mismo había dado a los espartanos y decidió no esperar más. Supuestamente, ordenó que el último emisario espartano no fuera recibido siquiera y que se le obligase a dejar el Ática antes del ocaso. Al parecer, este afirmó mientras cruzaba la frontera: «Este día marca el inicio de grandes infortunios para los griegos».[81]

X

Pericles «ya no era el mismo hombre —observa Plutarco—. No era tan manso, tan cortés, ni tan familiar con el pueblo como antes, cuando se mostraba dispuesto a ceder en sus placeres y a cumplir con el deseo de la ciudadanía, como el timonel a cambiar de rumbo según el viento». Tucídides también percibió esa nueva rigidez: «Pericles se oponía a los espartanos en todo y […] azuzaba a los atenienses para ir a la guerra».[82] ¿A qué se debió ese cambio?

Quizá simplemente se hacía viejo: es difícil conservar la flexibilidad con la edad. Quizá, como sugirió su biógrafo, la acumulación de crisis durante los últimos años de la década del 430 a. C. le socavó emocionalmente y carcomió su capacidad para hacer concesiones.[83] Es posible, en cualquier caso, que existan otras interpretaciones posibles de la idea de liderazgo o, como metaforiza Plutarco, de «gobierno de la nave».

Una manera de gobernar la nave es encontrar corrientes y dejarse llevar. Tras haber fijado un destino, el capitán larga velas, arenga a los remeros, calibra vientos y corrientes, esquiva escollos y bajíos, está atento a los imprevistos y gasta de manera eficiente una energía que sabe finita. El capitán controla algunas cosas, pero se alinea con otras. Guarda el equilibrio, sin olvidar nunca que el objetivo consiste en llegar desde donde está hasta donde quiere ir. El capitán es zorro y erizo al mismo tiempo. Ese capitán era el joven Pericles gobernando la nave ateniense: un ser polifacético con propósitos claros.

Con el tiempo, no obstante, Pericles empezó a tratar de controlar las corrientes: llegó a creer que los vientos, las corrientes, los remeros, los escollos, el pueblo, sus enemigos e incluso la fortuna seguirían sus designios. Podría confiar, por tanto, en la intrincada cadena de causas y efectos: si A, entonces no solo B, sino (inexorablemente) C, D y E. Los planes, por complejos que fueran, siempre saldrían bien. El viejo Pericles seguía al gobierno de la nave, pero empezaba a comportarse como un erizo tratando de pastorear zorros, empresa muy distinta y mucho más complicada.

Esta distinción deja claro lo que Tucídides trata de explicar una y otra vez: que la causa de la guerra del Peloponeso fue el miedo al crecimiento ateniense. Existen, a fin de cuentas, dos tipos de este último. Uno es gradual y permite hacer ajustes en el entorno, mientras este se ajusta a las novedades. Los responsables de esta clase de crecimiento, si son hábiles, pueden modelar ese proceso: para ellos, la tarea de «cultivar» se parecerá a la de los timoneles de los que habla Plutarco. Se trata, en todo caso, de gestionar de manera simultánea asuntos distintos. Sin embargo, ningún jardinero, ni ningún agricultor, es capaz de prever —y mucho menos de controlar— todo lo que puede ocurrir entre la siembra y la recogida de la cosecha.

Existe otro tipo de crecimiento que desafía al entorno. Está dirigido desde dentro y, por tanto, es aparentemente inconsciente. Este crecimiento no necesita la labor del cultivador, sino que fija su propio rumbo, ritmo y objetivo. Al no prever obstáculos, tampoco se hacen concesiones. Como un depredador descontrolado, una mala hierba imposible de desarraigar o un cáncer con metástasis, el responsable de este crecimiento no es capaz de ver hacia dónde se dirige hasta que resulta demasiado tarde. Agota paso a paso su entorno y, en última instancia, se consume a sí mismo.[84]

Pericles fue quien, en primer lugar, gobernó la nave para adaptar su rumbo a las corrientes, mediante su estrategia de persuasión. Cuando no logró convencer a todos, sin embargo, empezó a gobernar contra las corrientes, es decir, a aplicar una estrategia distinta, de confrontación. De las dos maneras se desafiaba el *statu quo*: Grecia, en efecto, no volvería a ser la misma. La persuasión, de haber ido unida a la paciencia, se habría acercado más a la idea del «cultivo» y de la «navegación». En su lugar, Pericles embarcó a sus compatriotas en un conflicto armado. Esa es la diferencia, fundamental en el campo de la estrategia, entre respetar las limitaciones y negar su existencia.

Quizá al líder ateniense no le quedó otra alternativa. Fracasadas las acciones basadas en la persuasión, la confrontación se le presentó tal vez como la única manera de mantener el rumbo. ¿Por qué, en cualquier caso, obró así? ¿Por qué no desviarse de ese rumbo, como haría Lincoln siglos más tarde, para evitar desiertos, ciénagas y abismos? Como el presidente estadounidense, Pericles miraba al futuro a largo plazo, pues levantó monumentos y envió mensajes destinados a los hombres del porvenir. Sin embargo, no dejó tras de sí un Estado funcional: harían falta más de dos milenios de democracia para que este modelo de gobierno sedujera a las masas. En un timonel, eso no puede calificarse de buena vista. Es más bien estrellar la nave contra los escollos, a la espera de que dentro de mucho aparezca algún rescatador.

Los espartanos invadieron el Ática la primavera del año 431 a. C. y los atenienses, como estaba planeado, abandonaron sus tierras y se hacinaron intramuros para ver, de nuevo, cómo las columnas de humo se elevaban en el horizonte. Aquella, en esa ocasión, sería su estrategia. Los ánimos no eran ya los mismos que medio siglo antes, cuando Temístocles ordenó la primera evacuación de las tierras que circundaban Atenas. Entonces no se hizo esperar la victoria de Salamina. Aquella segunda vez no había un triunfo en ciernes. El discurso fúnebre de Pericles consoló a la ciudadanía, pero no hizo mucho por levantar la moral. En el 430 a. C. los espartanos regresaron, acompañados de un aliado con el que nadie había contado.

Continúa siendo un misterio para los historiadores qué tipo de plaga golpeó Atenas aquel verano: no hay duda, sin embargo, de que la estrategia del aislamiento extendió sus efectos. Los atenienses habían abierto su ciudad al mundo, de lo cual Pericles presumía, pero también la habían aislado de su entorno inmediato. Aquello convirtió la polis en un caldo de cultivo de bacterias procedentes de todo el imperio, lleno de huéspedes que se desplazaban por toda el Ática: un cosmopolitismo inadvertidamente letal. Se morían hasta los perros y los buitres que comían los cadáveres, recuerda Tucídides, quien tuvo la suerte de sobrevivir. Asoladas las tierras y, ahora también, los cuerpos, los atenienses «empezaron a responsabilizar a Pericles de la guerra y de todos sus infortunios».[85]

En un primer momento, Pericles se negó a convocar la asamblea, pero al final cedió. Su único error, afirmaba, había sido infravalorar la determinación de la ciudad, pues «la mano del Cielo debe soportarse con resignación y la del enemigo, con fortaleza». Los refugiados extramuros debían alabar a la armada que los había protegido y al imperio que les había dado apoyo: «Quizá consideréis una gran privación el no poder utilizar vuestras tierras y casas, [pero] debéis considerar realmente estas […] como accesorios que embellecen una gran fortuna». Eran, por tanto, «de poca importancia».

Era cierto que —«dicho llanamente»— esa «gran fortuna» exigía «una tiranía». Conquistar el imperio «quizá fue un error», pero dejarlo ir era «peligroso». Los súbditos habían llegado a odiar a los amos y, si se les diera la opción, recibirían a cualquier otro amo con los brazos abiertos. El odio, sin embargo, era «el sino de quienquiera que aspirase al poder». Podría incurrirse en el odio «por un fin más elevado», pero «efímeramente», pues

«lo que no se olvidará jamás será el esplendor del presente y la gloria del futuro».[86] De este modo, Pericles apelaba de nuevo al porvenir, el cual acudiría al rescate, como si él y su ciudad tuvieran siglos de vida por delante para esperar que eso ocurriera.

XII

Pericles murió en la plaga del 429 a. C. y dejó a Atenas en el filo de la espada que él mismo había afilado. Por una parte, estaba el hecho diferencial democrático que había deseado universalizar. Por otra, la violencia —en absoluto diferencial— que había reinado hasta entonces en el mundo. Si no hubieran reinado en aquel tiempo la enfermedad, el miedo, la irracionalidad, la ambición y el engaño, los sucesores de Pericles habrían sabido, quizá, equilibrar esos dos extremos opuestos. Tucídides no lo esperaba, en cualquier caso, «mientras la naturaleza del hombre no cambie».[87] El resto de su obra relata la caída de la cultura ateniense desde lo extraordinario hasta lo ordinario, caída ilustrada excelentemente en dos episodios, separados por doce años, en los cuales el remo desempeña un papel protagonista.

En el año 428 a. C., los habitantes de la isla de Lesbos, situada frente a las costas de Asia Menor, revocaron su alianza con Atenas y buscaron el respaldo de Esparta. Temiendo que otros siguieran el ejemplo, los atenienses bloquearon Mitilene, principal puerto de la isla, y enviaron un ejército para sitiarlo. Los espartanos prometieron ayuda a los mitileneos, pero —como era habitual— al final no la prestaron, así que, al verano siguiente, estos tuvieron que rendirse. Determinado a impedir cualquier futura deserción, Cleón, el más prominente político ateniense entonces, propuso matar a los hombres y vender a mujeres y niños como esclavos: «Si ellos tenían razón en rebelarse, vosotros debéis carecer de ella en vuestro mandato». La asamblea estuvo de acuerdo y un trirreme zarpó con estas órdenes rumbo a Mitilene.

Sin embargo, la asamblea se lo pensó mejor. El imperio ateniense, como señaló Diódoto, rival de Cleón, era supuestamente una «comunidad libre». Desde luego, la comunidad, si sufría algún tipo de opresión, se rebelaría.

Carecía de sentido «sentenciar a muerte, por justo que fuese, a quienes nos interesan vivos». La asamblea votó de nuevo y Diódoto se impuso por poco. Así pues, un segundo trirreme partió con instrucciones de alcanzar al primero y anular las órdenes anteriores: para ello, habría que remar con gran fuerza.

Los remeros del primer trirreme, escribe Tucídides, no se dieron prisa «por cumplir órdenes tan horrendas». Los del segundo, cuya misión consistía en evitar una tragedia, tenían razones para apresurarse. Se les ofrecieron raciones extraordinarias de vino y galletas de cebada, que comieron mientras remaban, y dormían solo cuando había sustitutos listos para reemplazarlos. Cruzaron el Egeo en tiempo récord y alcanzaron Lesbos justo cuando los soldados atenienses destacados en la isla recibían la orden de boca del comandante del primer trirreme. Por suerte no se había producido aún la masacre. El peligro, según señala Tucídides, «había sido grande».[88]

Entonces, en el 416 a. C., los atenienses enviaron otro ejército a Melos, isla situada frente a la península del Peloponeso y colonizada por Esparta hacía muchos años, que se había mantenido neutral durante la guerra del Peloponeso. Los atenienses exigieron a los melios que se les sometieran, no porque tuvieran derecho a hacerlo —pues solo los pares poseen derechos iguales—, sino porque «los fuertes hacen todo lo que pueden y los débiles sufren todo lo que deben».

Impactados por esta afirmación —los lectores modernos de Tucídides siguen sorprendiéndose—, los melios recordaron a los atenienses que antaño habían tenido fama de justos: si echaban por tierra esa reputación, darían al mundo «un ejemplo sobre el que meditar». Los atenienses replicaron que correrían el riesgo y que al invitarlos a someterse solo querían lo mejor para ellos.

> MELIOS: Y ¿cómo, si os place responder, podría resultar tan bueno para nosotros servir como para vosotros mandar?
>
> ATENIENSES: Porque contaríais con la ventaja de poder someteros antes que sufrir las consecuencias de no hacerlo. Y nosotros ganaríamos no destruyéndoos.

Los melios preguntaron si no existía un tercer camino. ¿Qué perjuicio podría haber en mantener la neutralidad? Como «dueños del mar», los atenienses exigían la obediencia de todas las islas, no su amistad. Los

espartanos, conocidos por su parsimonia, no se apresurarían en acudir al rescate de ninguna de ellas.

Reticentes a renunciar a su independencia y convencidos de que el mundo realmente no funcionaba de esa manera, los melios se negaron a ceder. Los atenienses pidieron refuerzos y, en el año 415 a. C. —sin que los espartanos dijeran esta boca es mía—, Melos se rindió. Los atenienses no se lo pensaron en esa ocasión y no enviaron ningún segundo trirreme. En su lugar, relata Tucídides, «ejecutaron a todos los adultos capturados, vendieron a mujeres y niños como esclavos y enviaron a quinientos colonos que ocuparon la isla».[89]

Los espíritus son, en efecto, esquivos, y Tucídides no los tomaba tan en serio como Heródoto. Aun así, esta historia da a entender que el espíritu del difunto Pericles modeló la conducta de Atenas tanto hacia Mitilene como hacia Melos. El Pericles joven habría aplaudido a los remeros que se afanaron en cruzar a toda marcha el Egeo, impulsados por el vino y las galletas de cebada: la energía puesta en pos de una meta tan humana es una gran expresión de la democracia y de su universalidad. Sin embargo, el Pericles viejo, el que temía ceder, también habría aplaudido la inhumana misión a Melos. Pues, como lúgubremente observa Tucídides, «la guerra apareja el carácter de la mayoría de los hombres a su fortuna».[90] El más grande de los atenienses no resultó ser una excepción.

XIII

¿Por qué Pericles temía hacer concesiones? La guerra era una opción, no una necesidad. Incluso tras votar por ella, los espartanos ofrecieron otras alternativas: las rechazó todas. En su lugar, se convenció a sí mismo de que no podría ceder ni un cuenco de agua —metafóricamente, el decreto contra Mégara—, a riesgo de perder todo el mar. Sin embargo, la terminación de los muros largos, un cuarto de siglo antes, significaba, a efectos prácticos, dejar la totalidad del Ática, salvo Atenas y El Pireo, en manos de los espartanos, en el caso de que estallara la guerra contra ellos. ¿Qué hacía que Mégara sí mereciera ese riesgo?

Quizá podamos encontrar una explicación en una experiencia vivida en Estados Unidos veinticuatro siglos más tarde. El 12 de enero de 1950, Dean Acheson, secretario de Estado, anunció que Estados Unidos se apoyaría a partir de ese día en sus fuerzas aéreas y navales para mantener un «perímetro defensivo» en torno a ciertas islas del Pacífico occidental, como las islas Filipinas, Okinawa y el resto del archipiélago japonés. Con esta decisión, muy meditada entre los altos estamentos, el Gobierno de Harry S. Truman parecía estar cediendo el resto de Extremo Oriente a la Unión Soviética y a la recién proclamada República Popular China y sus dominios.[91] Fueron unos «muros largos», pero de agua, por los que se renunciaba a más kilómetros cuadrados de los que Pericles podría haber imaginado jamás.

Aun así, cuando los norcoreanos invadieron la mitad meridional de la península de Corea, el 25 de junio de 1950 —Kim Il-sung y Stalin habían leído, sin duda, el discurso de Acheson—, el presidente Truman decidió en apenas un día enviar tropas estadounidenses, bajo el mando del general Douglas MacArthur, a defender aquella posición continental. Los éxitos de MacArthur forzaron a China a entrar en la guerra de Corea, que terminó en 1953 en tablas. Más de treinta y seis mil estadounidenses murieron por un país cuyo Gobierno había considerado insignificante apenas cinco meses antes.[92]

Las estrategias «aislantes» exigen nervios de acero. Tenemos que ser capaces de ver cómo se elevan las columnas de humo en un horizonte que antaño se encontraba bajo nuestro dominio, sin perder la confianza, sin menoscabar la de los aliados y sin reforzar la de los adversarios. Construir «muros largos» y fijar perímetros pueden ser opciones muy racionales, pues no tiene demasiado sentido perseguir causas perdidas con recursos limitados. En cualquier caso, la estrategia no siempre es una empresa racional.

Clausewitz escribe en *De la guerra* que son muy infrecuentes las «retiradas que den seguridad o alivio». La mayoría de las veces, ejércitos y naciones no saben distinguir una retirada ordenada de la capitulación más humillante o confunden precaución con miedo.

> La ciudadanía se preocupará y se sentirá apesadumbrada por la suerte de las tierras abandonadas; el ejército perderá la fe en sus cabecillas y en su propia capacidad, y las interminables acciones de

retaguardia no harán sino confirmar los miedos de los oficiales. No deben infravalorarse estas consecuencias de la retirada.[93]

Eso es lo que preocupaba a Pericles del decreto sobre Mégara. En una situación normal, nadie habría considerado aquel lance como un examen de la determinación ateniense, pero la escalada de los años 432 y 431 a. C. lo propició. A Truman le ocurrió lo mismo con Corea del Sur. En sí, aquello carecía de importancia. Sin embargo, el ataque de Corea del Norte —que no habría tenido lugar sin el apoyo de Stalin— lo cambió todo.

Así es, en efecto, como los líderes desmantelan los muros construidos por ellos para disociar los intereses vitales de los periféricos. Las abstracciones estratégicas y las emociones del estratega no pueden separarse, solo equilibrarse. El peso que se le otorgue a unas u otras dependerá de las circunstancias. Y el calor que desprenden las emociones solo necesita un instante para derretir las abstracciones dibujadas tras años de reflexión en frío. Si ocurre algo así, sobrevendrán, quizá, décadas durante las cuales nadie se preocupará de reflexionar.

XIV

Pocos historiadores afirmarían que Truman tomó la decisión equivocada en Corea, pero los biógrafos de Pericles siempre se han hecho preguntas sobre el decreto de Mégara.[94] Pericles debía explicar a los atenienses que su credibilidad como pueblo se encontraba en entredicho: la ciudadanía nunca habría hecho ese razonamiento. Truman no tuvo que decir nada a los estadounidenses y a sus aliados. Ellos sí lo sabían.

La distinción anterior es relevante. Una cosa es que un enemigo ponga a prueba tu resolución ante los ojos del mundo: cuando ocurre algo así, uno puede decidir qué hacer tras consultar a otros y, normalmente, queda claro cuándo lo ha hecho. Y otra cosa muy distinta es poner a prueba la resolución de tu nación contra tus propias inseguridades, pues ¿dónde terminan estas? ¿Qué impide proyectar las inquietudes sobre pantallas que se expanden de forma indefinida? Si la seguridad de los atenienses exigía mantener el decreto de Mégara, ¿por qué no eliminar a los mitileneos también? ¿O a los melios? ¿O presentar batalla, pero por tierra, lejos de

casa, contra un enemigo que se ha aliado con la marina de guerra de los espartanos?

Por volver a la analogía anterior, esta última pendiente empezó a hacerse resbaladiza a finales de la década del 420 a. C., cuando Egesta y Selinunte, dos ciudades del oeste de Sicilia, reavivaron una antigua contienda. Siracusa, la mayor urbe de la isla, apoyaba a los selinuntios, así que los egesteos apelaron entre los años 416 y 415 a. C. a los atenienses, quienes tiempo atrás se habían comprometido —vagamente— a protegerlos. Los egesteos insistían en que, si Siracusa salía impune, tomarían toda Sicilia, tras lo cual se unirían a los espartanos y a sus aliados. Y esa alianza podría destruir el Imperio ateniense.[95]

Aquella situación se hacía eco de lo ocurrido con Epidamno, Córcira y Corinto, pero la lógica no resultaba tan clara. ¿Por qué Siracusa, la única democracia mediterránea, aparte de Atenas, iba a alinearse con los autoritarios espartanos? Y aunque lo hiciera, ¿cómo iba Atenas a vencer a una ciudad de tamaño parecido en una isla de extensión similar al Peloponeso, de la que le separaban casi setecientas millas náuticas? No había ninguna reputación en juego: tras haber mascarado a los vecinos melios, los atenienses no serían tachados de débiles por dejar a su suerte a la remota Egesta. Además, si Atenas echaba una mano a aquel pajarillo herido en un árbol lejano, ¿cuántos otros no empezarían a piar pidiendo ayuda?

La asamblea ateniense siempre había respondido con más contundencia a las emociones que a las abstracciones y confiaba en que los líderes supieran enfriar los ánimos. Ahora, sin embargo, no quedaban muchos. Se desestimaron las protestas de Nicias, el general más experimentado, que rechazaba verse arrastrado a una guerra «con la que Atenas no tenía nada que ver». Se recibieron con agrado las propuestas de Alcibíades, más conocido por su deslumbrante belleza y por sus proezas olímpicas que por su prudencia. Los defensores de Sicilia, afirmaba el presumido estratega, eran una caterva fácilmente sobornable y su derrota proporcionaría a Atenas la expansión del imperio al Mediterráneo occidental. Nadie podía decir cuándo Atenas debería frenar su expansión: «Si dejamos de gobernar a otros, corremos el riesgo de ser gobernados por ellos». Con un argumento similar el propio Pericles había defendido en su día el decreto sobre Mégara.

Atrapado entre el aura de Alcibíades y el fantasma de Pericles, el desesperado Nicias exageró los costes de la expedición, lo que, sin embargo, suscitó un mayor entusiasmo. Así pues, la asamblea lo envió a Sicilia en el 415 a. C. al mando de una inmensa flota: ciento sesenta y cuatro trirremes y navíos de carga, cinco mil cien hoplitas, cuatrocientos ochenta arqueros, setecientos honderos, treinta jinetes y, como lugarteniente, Alcibíades, que hizo saber a todo el mundo que «ni la juventud ni la senectud pueden hacer nada […] la una sin la otra».[96]

Una vez allí, sin embargo, ni la juventud ni la senectud ayudaron en nada. Nicias cayó enfermo en varias ocasiones y quedó aletargado. Alcibíades, llamado a Atenas para ser juzgado por libertinaje, desertó y se marchó a Esparta. Navegar con caballos a bordo generaba muchas complicaciones, así que los atenienses transportaron pocos; el enemigo, por su parte, contaba con gran cantidad de ellos. Los sicilianos lucharon con valentía, tanto o más que los atenienses. Dándose cuenta de la oportunidad que se les presentaba, los espartanos supieron actuar por fin con rapidez e imaginación: aunaron esfuerzos con los corintios y enviaron una flota común, que capturó los barcos atenienses y los hundió en el gran puerto siracusano.

A diferencia de Jerjes tras la batalla de Salamina, los atenienses no tenían ninguna manera de regresar a casa. Con la moral por los suelos y la disciplina resquebrajada, perdieron una batalla crítica al desvelar, sin darse cuenta, su contraseña. Se quedaron sin víveres y se vieron obligados a beber agua ensangrentada. Abandonaron a sus muertos en el campo de batalla, un sacrilegio inconcebible. Al final, no tuvieron más opción que rendirse. Se les encerró en las canteras de Siracusa, al sol, sin comida, ni agua, rodeados de cadáveres descompuestos. «No se les ahorró ni un solo sufrimiento, de todos los que pueden soportar los hombres», lamenta Tucídides.[97]

La estrategia requiere cierta «visión de conjunto» que revele el significado y la relevancia de cada una de las partes. Los atenienses perdieron esa «visión de conjunto» en Sicilia. La asamblea envió a casi la mitad de las fuerzas militares del imperio, pero pocas regresaron. Mientras tanto, como ha señalado un historiador contemporáneo, «los espartanos acampaban a veintiún kilómetros de los muros de Atenas, miles de esclavos huían del Ática y los aliados que Atenas tenía entre el Helesponto y el sur del Egeo, a los que recaudaba impuestos, se hallaban al borde de la revuelta».[98] Este desajuste roza lo inexplicable. Antes de dejarlo ahí,

merece la pena, en cualquier caso, recordar las advertencias que Tucídides había hecho sobre el futuro.

XV

Dos mil trescientos ochenta y dos años después de la rendición ateniense en Sicilia, Estados Unidos envió 543 .000 soldados a defender lo que Henry Kissinger calificó de «pequeña península en un gran continente».[99] En 1969, doscientos estadounidenses morían semanalmente en Indochina. Cuando Vietnam del Sur se rindió, en 1975, habían muerto por salvar ese país 58. 213 soldados de Estados Unidos.[100] Esto convierte a Vietnam en la cuarta guerra más mortífera jamás librada por la potencia estadounidense, la primera que claramente perdió y la más difícil de explicar.

La guerra no comenzó con un ataque relámpago al estilo de Corea: los norvietnamitas habían organizado una insurgencia que avanzaba poco a poco hacia el sur a base de operaciones militares convencionales, mientras los estadounidenses se retiraban. Vietnam no era una guerra subsidiaria que enfrentase a dos grandes potencias. Hanói decidió declarar, luchar y consolidar un conflicto al que la Unión Soviética y China ofrecieron apoyo irregular y, en ocasiones, con cierta reticencia.[101] A finales de la década, ambas potencias comunistas estaban más preocupadas por la posibilidad de una guerra que las enfrentase entre sí, así que no tardaron en buscar el alineamiento con Washington.[102]

Mientras tanto, en otras partes del mundo ocurrían otras muchas cosas. En 1969, la Unión Soviética adelantó a Estados Unidos en volumen de misiles estratégicos. En 1968, un año antes, aplastó la Primavera de Praga, la iniciativa más prometedora hasta entonces para reformar el marxismo-leninismo desde dentro. En 1967, Israel remodeló Oriente Próximo al derrotar a sus rivales árabes y ocupar Cisjordania. En 1966, Francia retiró sus fuerzas militares de la OTAN, las dos Alemanias iniciaron contactos diplomáticos y China puso en marcha la Revolución cultural. En 1965, se produjeron revueltas raciales y protestas pacifistas en Estados Unidos, de una relevancia desconocida desde la guerra de Secesión. Y a lo largo de toda la década, a apenas noventa millas de la costa de Florida, sobrevivió un

autodenominado satélite soviético, pese a albergar en su territorio misiles nucleares que podrían haber hecho estallar la Tercera Guerra Mundial y también haberle puesto fin.

¿Por qué dedicaron los estadounidenses tantos esfuerzos a Vietnam, cuando, en comparación con el resto de cosas que sucedían en el mundo, había allí tan poco en juego? En mi opinión, recurriendo a las analogías de Tucídides, podremos encontrar una respuesta. Mégara podría parecer una minucia, dijo Pericles a los atenienses en el 432 a. C., pero, si se cede en aquel asunto menor, «deberéis satisfacer al momento alguna demanda mayor». «Sin Estados Unidos, Vietnam del Sur se hundiría de un día para otro», advirtió John F. Kennedy a su auditorio en Texas, la mañana del 22 de noviembre de 1963. Y con Vietnam del Sur se desplomarían también las alianzas que Estados Unidos mantenía a lo largo y ancho del mundo. No había más opción, como insistió Pericles en su día, que «resistir a nuestros enemigos de todas las maneras posibles»; pues, como apostillaría Kennedy: «Seguimos siendo la piedra angular de ese arco de libertad».[103]

Por muy distantes que queden en el tiempo o en el espacio, declaraciones como estas se sostienen de manera insegura, si la escala de la situación cambia. Si cuestionásemos siempre la credibilidad, las capacidades deberían hacerse infinitas y los engaños, algo rutinario. Ninguna de estas dos posturas puede mantenerse. Esa es la razón, en efecto, por la que existen las murallas, cuya misión consiste en separar lo que es importante de lo que no lo es. Cuando las propias imprecisiones hacen caer las murallas —como ocurrió con Pericles y con Kennedy al desechar la posibilidad de ceder un ápice—, los miedos se convierten en imágenes; las imágenes, en proyecciones, y las proyecciones se expanden hasta emborronarse y confundirse.

XVI

Poco después de la caída de Saigón, todos los oficiales inscritos en el Naval War College de Estados Unidos durante el curso 1975-1976 recibieron un sorprendente paquete por correo. En su interior había un grueso libro encuadernado en rústica. Las instrucciones decían que había que leerlo de

cabo a rabo antes de llegar a Newport. Casi todos esos chicos habían servido en Vietnam, algunos en varias ocasiones. Todos conocían a alguien que había muerto o que había resultado herido allí. Nadie quería hablar sobre el tema y había pocas cosas que leer. Ahora tenían a Tucídides y con eso bastaba.

Yo era más joven que la mayoría de estudiantes y carecía de experiencia militar, pero me habían contratado para impartir, junto con el almirante Stansfield Turner, la asignatura Estrategia y Política. Turner era un hombre que se mostraba flexible con respecto a los méritos académicos de los profesores, pero defendía con absoluta firmeza la relevancia de los clásicos en los asuntos de actualidad.[104] Él estaba decidido a hablar de Vietnam en clase —aquello era, después de todo, un centro de estudios militares y él lo presidía—, aunque tuviéramos que remontarnos dos milenios y medio. Así pues, propuse debatir durante el seminario la obra de un antiguo griego al que hasta ese momento solo conocía por una estatua de mármol de gesto adusto.

Con el espíritu de Tucídides, pronto estábamos reflexionando sobre analogías. Primero, en términos generales: murallas, ejércitos, armadas, ideologías, imperios. A continuación, más específicamente, sobre estrategias: ¿quiénes adaptaban mejor los objetivos a las capacidades, los atenienses o los espartanos? Y más analogías: todo lo ocurrido ¿nos podía enseñar entonces algo sobre la Guerra Fría? Y sobre la democracia: ¿se derrotó la democracia ateniense a sí misma? Y por fin: ¿en qué estaban pensando los atenienses cuando enviaron un ejército precisamente a Sicilia? En ese momento se produjo un silencio, tras el cual se vinieron abajo todas las reservas. No solo se abrió la veda para debatir sobre Vietnam, sino que durante semanas no hablamos de otra cosa. Realizamos una terapia para el estrés postraumático antes de que esta existiera y nuestro terapeuta fue Tucídides.

Me llevó décadas averiguar por qué funcionaba tan bien. Hallé por fin la respuesta en otro seminario que organicé para estudiantes de primero de carrera en Yale durante el otoño de 2008. Eran tan jóvenes que podían ser los nietos de los oficiales que había tratado en Newport. Todos carecían de experiencia militar. Sí tenían a Tolstói, pues, siguiendo las enseñanzas del almirante Turner, les exigí que leyesen *Guerra y paz* hasta la última página. Y no solo lo hicieron, sino que hablaban sobre la novela incluso cuando no

era preciso. En una ocasión pregunté qué relación veían entre las vidas del príncipe Andréi, de Natasha, del inepto Pierre y las suyas. Se produjo entonces, como en Newport, un silencio. Después, tres estudiantes dijeron al unísono: «Nos hacen sentir menos solos».

Tucídides no lo habría expresado así, pero sospecho que eso es justamente lo que quería decir cuando animaba a sus lectores a buscar «el conocimiento del pasado como ayuda para entender el futuro, pues, en el curso de los asuntos humanos, este debe parecérsele al pasado o incluso ser un reflejo de él». En efecto, sin interpretar de algún modo el pasado, el futuro solo puede ser soledad: la amnesia es una dolencia solitaria. Sin embargo, conocer el pasado solo de manera estática —momentos congelados en el espacio y en el tiempo— es igualmente desarmante, pues todos somos descendientes de una progresión a lo largo del tiempo y del espacio, la cual va cambiando de escala, de lo pequeño a lo grande y vuelta atrás. Somos conscientes de estas progresiones gracias a las historias que escuchamos o leemos, ya sean verídicas, ficticias o una combinación de ambas cosas. Tucídides y Tolstói están, por tanto, más cerca de lo que parece y nosotros tenemos la suerte de asistir a sus seminarios siempre que queramos.

3
PROFESORES Y ATADURAS

A medio mundo de distancia de los pontones del Helesponto y los muros largos de Atenas, los antiguos chinos, que no sabían quiénes eran Jerjes o Pericles, redactaban sobre esa época un manual sobre el alineamiento de aspiraciones y capacidades. Sun Tzu fue tal vez una sola persona o muchas, y su obra, *El arte de la guerra*, se compiló quizá a lo largo de varios siglos. En este sentido, se acerca más a Homero que a Heródoto o a Tucídides.

La épica y las historias griegas describen acontecimientos distintivos y particulares y dejan al lector extraer la moraleja. Sun Tzu, por el contrario, asienta principios, elegidos por su validez en el tiempo y en el espacio, y los vincula con prácticas muy condicionadas por ese mismo tiempo y por ese mismo espacio. *El arte de la guerra* no es historia, ni biografía, sino una compilación de preceptos, procedimientos y afirmaciones categóricas: «Si recurrís a un general que apoya vuestra estrategia, sin duda vencerá. ¡Retenedlo! Si un general se niega a hacer caso de vuestra estrategia, sin duda será derrotado. ¡Apartadlo!».

Estas instrucciones son bastante claras, pero ¿cuál es la estrategia? «La naturaleza del agua es la de evitar las alturas y apresurarse a alcanzar las tierras bajas», nos dice el maestro Sun Tzu. «La naturaleza de troncos y piedras es la del estatismo en tierra firme; en suelo inestable, se mueven.» Y de manera más sucinta: «No engullas los cebos que se te ofrezcan». Sun Tzu nos aconsejó, como el Polonio de Shakespeare, que «ni tomes, ni des prestado». O, como enseñan en primero de márketing: «Compra barato y vende caro».

Sin embargo, la historia está llena de prestamistas y de prestatarios que compraron caro y que tuvieron que vender barato. Se desentendieron de sus principios a la hora de actuar y no supieron resistirse a los cebos que les

ofrecieron. Lo que en *El arte de la guerra* parecen lugares comunes en realidad son como el ronzal de una bestia, una atadura pensada para evitar que los actos se alejen demasiado de los principios. «La forma de un ejército recuerda a la del agua», explica Sun Tzu. Si atacas donde tu enemigo menos lo espera, es decir, «si evitas su fuerza y atacas su punto débil, entonces, como le ocurre al agua, nada se te opondrá». Troncos y piedras constituyen un ejemplo de solidez: «No es necesaria mucha fuerza para conseguir mucho». Y sobre el ofrecimiento: «El pescado que codicia el cebo es capturado; las tropas que codician el cebo, derrotadas».[105]

Por su lado, los sermones de Polonio parecen flotar suspendidos en el aire, libres como nubes. Hamlet se burla de él a cuenta de esto:

> HAMLET: ¿Veis esa nube que tanto parece un camello?
> POLONIO: Por Dios que es igual que un camello.
> HAMLET: Parece una comadreja.
> POLONIO: El lomo es de comadreja.
> HAMLET: ¿No parece una ballena?
> POLONIO: Igual que una ballena.[106]

Sun Tzu jamás permitiría algo así. Atrae los relámpagos de la tormenta con una cometa, una cuerda y una llave. Asienta cada precepto en una realidad nítida como la propia vida. Separa lo obvio de lo que no lo es y delinea cómo los estados pueden ganar guerras sin derrotarse a sí mismos.

«Habiendo admitido lo ventajoso de mis planes, los generales deberán actuar de forma decidida en pos de esas ventajas», advierte. La propia tautología es atadura, pues las «ventajas» de las que habla subyacen en las situaciones «ventajosas», que hacen posible el óptimo aprovechamiento de las circunstancias. Los mandatarios más sabios buscarán estas ventajas. Navegarán con el viento, no en su contra. Rodearán las ciénagas, no las atravesarán con dificultad. Evitarán la batalla hasta estar seguros de ganarla. Intentarán sacar partido de una realidad: en la vida, como en el juego, no existe la igualdad de condiciones. Entenderán la futilidad de «palear mierda cuesta arriba», como gustaba decir a mis alumnos del Naval War College.

«La guerra es un asunto de vital importancia para el Estado», advierte Sun Tzu, y resulta imprescindible no embarcarse en ella «sin la debida reflexión previa». Jerjes y Alcibíades no reflexionaron. Artábano y Nicias sí, pero en términos incorrectos. Sun Tzu reflexiona y, además, actúa,

gracias a lo cual obtiene un rendimiento máximo con una resistencia mínima. El éxito llega tan velozmente como permite el mínimo gasto de recursos y vidas. «Conoce a tu enemigo, conócete a ti mismo», aconseja *El arte de la guerra*. «Conoce el terreno, conoce el clima. Entonces tu victoria será completa.»[107]

Sin embargo, ¿no exigiría esto conocer todos los datos antes de hacer nada? Artábano no tenía las respuestas que Jerjes pedía, pero sí Sun Tzu, que nos demuestra que la simplicidad coexiste con la complejidad y puede guiarnos con éxito con ella.

> Las notas musicales son solo cinco, pero las melodías posibles son tan numerosas que es imposible oírlas todas. Los colores primarios son cinco también, pero pueden combinarse hasta el infinito, de manera que no podemos tampoco conocer todas esas combinaciones. Los sabores son, asimismo, cinco, pero se mezclan de maneras tan variadas que sería imposible saborear todas las mezclas. En la batalla, solo hay fuerzas ordinarias y extraordinarias, pero estas pueden combinarse de manera ilimitada. Nadie tiene la capacidad de aprehender todas esas combinaciones.[108]

Nadie posee, en efecto, la capacidad de anticipar todo lo que puede ocurrir. Identificar y reconocer las posibilidades, no obstante, es mejor que no hacerlo. Sun Tzu persigue esa capacidad de identificación y reconocimiento —de sentido común, a fin de cuentas— «atando» los principios, que son pocos, a las prácticas, que son muchas. Es capaz de ajustar la combinación a cada circunstancia, como quien ecualiza su cadena de música o configura la pantalla del ordenador. Sun Tzu deja suficientes vías libres para contentar al zorro y mantiene, a la vez, el propósito y la determinación del erizo. No deja de contraponer ideas para sus adentros y las proyecta a través del tiempo, del espacio y de la escala.

El liderazgo, según *El arte de la guerra*, consiste en detectar la simplicidad dentro de la complejidad. Algunas realidades se dejan aprehender fácilmente, como las cinco notas, los colores y los sabores esenciales de los que habla Sun Tzu. Mediante ellos, llegamos a conocer la naturaleza de la realidad. Sin embargo, cuando las simplicidades se mezclan, las complejidades se multiplican hasta el infinito. No importa cuán exhaustivamente nos preparemos, las complejidades siempre nos sorprenderán. Si nos atamos a los principios, no obstante, no podrán paralizarnos. Y ¿cómo aprender a atarse? Con buenos profesores, creo yo,

cuyo principal objetivo será que no se alejen demasiado prácticas y principios.

I

Para tener tantos nombres —Gayo Octavio Turino, Gayo Julio César Octaviano, Emperador César Divi Filius, Emperador César Augusto Divi Filius, Emperador César Augusto, Divi Filius Pater Patriae—, Octaviano empezó con relativamente poco. Nació en la familia de un respetable senador, al que ya nadie recuerda, el año 63 a. C. Cuando llegó a la veintena, era la tercera pata del triunvirato que dirigía un imperio. A los treinta y dos años se convirtió en el hombre más poderoso del mundo occidental. Murió plácidamente a los setenta y seis años en una cama que él mismo había elegido, logro incuestionable para un emperador de aquella época, más aún si pensamos que jamás usó ese título. Desde mucho antes de su muerte, su vida alimentó rumores según los cuales extraños presagios habían precedido a su nacimiento, e incluso de que su concepción fue poco habitual, si no inmaculada (con una serpiente de por medio). Salvo por el oportuno empujón metafórico que le dio un mentor llegado el momento, el muchacho se buscó él solo las habichuelas.[109]

Los griegos tenían al centauro Quirón, que instruyó a Aquiles y a otros héroes. Los romanos solo necesitaron a Julio César, cuyas conquistas doblaron en cuestión de dos décadas el tamaño del «imperio republicano».[110] Sus historias, dos milenios después, suscitan respeto y reclaman ser leídas. Tras cruzar el Rubicón el año 49 —el auténtico, del que proviene la frase hecha—, se convirtió en el líder más notorio de Roma y se propuso restaurar el orden tras medio siglo de guerra civil. Sin embargo, a César, que entonces contaba cincuenta años, no le quedaba mucho tiempo, como expresa Plutarco, para «enmendar sus acciones pasadas en el futuro». Las prisas lo llevaron a convertirse, el 15 de marzo del año 44, en el asesinado más famoso de la historia. La vida y la muerte de César fueron ejemplares. Enseñó qué hacer y qué no.[111]

César no tenía hijos legítimos vivos, pero sí a Octaviano, prometedor sobrino nieto a quien había concedido el equivalente romano a unas

prácticas profesionales. El cometido de Octaviano era convertirse en la sombra de César en Roma y unirse a él en Hispania, en la que sería su última campaña militar. El joven se manejaba bien en las distancias cortas: observaba sin descanso, nunca daba nada por sentado y se preocupaba de ampliar su experiencia y su resistencia —pues era de salud delicada— para estar a la altura de los planes de César. Se encontraba recibiendo instrucción militar para participar en una ofensiva contra los partos en Macedonia, cuando supo del suceso que había acaecido en Roma dos semanas antes. Apenas tenía dieciocho años. «Hablaremos más tarde», lo imagina diciendo a sus desconsolados amigos el novelista John Williams. «Ahora debo reflexionar sobre las consecuencias de lo ocurrido.»[112]

Su primera decisión fue regresar a Roma sin saber siquiera quién estaría al cargo, ni cómo sería recibido. Todo cambió radicalmente cuando supo, poco después de desembarcar en Brundisium (la actual Bríndisi), que el testamento de César lo nombraba hijo adoptivo y heredero. Alcanzó la capital del reino, así pues, como Gayo Julio César Octaviano[113] y, por respeto a su líder martirizado, las legiones con que se cruzó tomaron su nuevo título muy en serio. Octaviano podría haber metido la pata y quedar como un memo, pero ya entonces sabía que una cosa era heredar un cargo y otra, dominar el arte del mando. Lo primero ocurre de un día para el otro; lo segundo puede llevar toda una vida.

Octaviano nunca explicó quién le había enseñado, pero disfrutando del privilegio de tratar de cerca al más grande mandatario de todos, tendría que haber sido un tipo muy cerril para no asimilar nada. Sun Tzu, al que no se traduciría a lenguas europeas hasta dieciocho siglos más tarde, da a entender cómo podría haber sido:

> Si es sabio, el mandatario sabrá reconocer las circunstancias cambiantes y actuar de manera decidida. Si es sincero, sus hombres no albergarán ninguna duda sobre la certeza de las recompensas o castigos. Si es humano, amará a sus congéneres, simpatizará con el prójimo y valorará tanto el trabajo de este como las penalidades que atraviesa. Si es valiente, obtendrá la victoria aprovechando, sin dudarlo, cada oportunidad. Si es estricto, sus tropas serán disciplinadas, porque lo reverenciarán y temerán sus castigos.[114]

César, a su vez, parece no haber explicado nunca a Octaviano por qué se le estaba instruyendo.[115] Eso le ahorró los inconvenientes de saber desde el principio que él sería hijo, heredero y comandante de los ejércitos. El

Quirón romano echó la atadura a un estudiante que no tenía la impresión de que le estuvieran atando. Esa atadura quería no solo instruir, sino también liberar.[116]

II

Octaviano necesitaría ambas cosas si quería conseguir algo más que los vítores de las legiones de su tío abuelo. Su propio padrastro creyó demasiado peligroso que aceptase el título y el legado del César. Cicerón, amigo de la familia imperial, consideraba inmerecidos ambos. Incluso Marco Antonio, quien hizo de Roma un lugar muy incómodo para los asesinos de César, trató de hacer lo mismo por el «muchacho» que había tomado el nombre del emperador. En calidad de cónsul, Marco Antonio retuvo el legado que César había dejado a los ciudadanos de Roma e hizo esperar a Octaviano cuando dio un paso adelante para protestar (sin éxito).

Su respuesta fue aprovechar y hacer uso de los limitados recursos con los que contaba. Octaviano puso sus propias riquezas al servicio de los romanos y, cuando estas resultaron ser insuficientes, pidió prestado para aportar aún más. El riesgo mereció la pena, pues Marco Antonio quedó como un tacaño. Fue más fácil hacer cambiar de postura a Cicerón, cuya fama de veleta era más que conocida. A Cicerón le encantaban los halagos y Octaviano los ofrecía a mansalva, incluso cuando aquel había visto con buenos ojos el atentado contra César. El orador odiaba asimismo a Marco Antonio, lo que Octaviano supo aprovechar: consiguió que denunciara los excesos del cónsul de un modo que él habría sido incapaz de gestionar. Dicha denuncia tomó forma en las épicas *Filípicas*, catorce iracundos discursos pronunciados por Cicerón ante el Senado romano. La principal preocupación de Octaviano aquel verano del año 44 fue la preparación de los funerales en honor de César, durante los cuales, de manera inesperada, un cometa cruzó el cielo. No fue un mal augurio, anunció con acrobática elegancia Octaviano al pueblo: era el alma de su tío abuelo ascendiendo hacia la inmortalidad.[117]

Esa agilidad mental le sería útil, pero hasta cierto límite: las perspectivas a largo plazo de Octaviano exigían conservar la lealtad de los ejércitos de

César y él, en aquel momento, tenía poca experiencia militar. Marco Antonio no era César, pero sí un militar muy experimentado. Lo que le faltaba era la iniciativa de Octaviano para poner en marcha secuencias de acontecimientos y sacar provecho de estos últimos.[118] Recurriendo a sus contactos macedonios, Octaviano recuperó los fondos que César había reservado para financiar la ofensiva, ahora cancelada, contra los partos. A continuación, envió a varios comisionados, que se encargarían de dar la bienvenida y de entregar una bonificación como recompensa a las tropas cuando estas desembarcasen en Brundisium. A Marco Antonio esta maniobra le sorprendió con la guardia baja. Marchó apresuradamente al puerto del mar Jónico, pero no fue capaz de mostrar la misma generosidad. Perdió la compostura y ordenó diezmar los ejércitos. De hecho, literalmente: se ejecutó, en varias unidades, a uno de cada diez hombres. El baño de sangre restableció la disciplina, pero generó tal resentimiento que las legiones destacadas en Macedonia desertaron en cuanto tuvieron oportunidad, para ponerse al servicio del hombre al que consideraban, *de nomine* y *de facto*, el nuevo César.[119]

Octaviano tenía menos de la mitad de años que Marco Antonio, pero era mucho más astuto a la hora de juzgar el carácter. Se presentó como el contrapunto de todos los vicios de aquel hombre maduro, acusado de promiscuidad y de ebriedad pública y aquejado por un mar de deudas y una explosiva inestabilidad emocional.[120] El heredero del César no era ningún mojigato y, ciertamente, poseía carácter, pero sabía controlarse, algo que Marco Antonio rara vez hacía. Este tampoco estaba muy seguro de lo que quería. Había conocido el complot asesino, pero no participó en él. Tenía la esperanza de reinar sobre Roma, pero no sabía qué hacer si lo conseguía. Permitió que la depravación y la dejadez le arrebatasen la voluntad. Octaviano, por el contrario, se volcó, desde el momento en que César le hizo saber quién iba a ser, en vengar la muerte de su «padre». Para ello se centró en conseguir el restablecimiento de Roma y procuró no terminar tirado en un charco de sangre en las escaleras del Senado.[121]

Aquello implicaba autoexaminarse, algo que ni siquiera César había sabido realizar —de ahí lo del charco de sangre— y que Octaviano aprendió a trancas y barrancas. Poco después de su regreso de Macedonia, malinterpretó el clamor de los veteranos de César como un mandato para marchar sobre Roma, como el gran general había hecho antaño. Sin embargo, el Rubicón de Octaviano no estaba aún a la vista: sus tropas se negaron a luchar contra las de Marco Antonio y los romanos no parecían todavía preparados para acoger a un dictador adolescente. El fiasco constituyó una humillación. En adelante, Octaviano intentaría con mayor ahínco mantener su entusiasmo a la altura de sus capacidades.

Desde niño sabía que su salud era delicada. Sin embargo, no se percató hasta mucho después de que a eso se debía el hecho de que enfermara antes de las batallas.[122] Quizá fuese físico, quizá psicológico. Parecía cobardía, en cualquier caso. Le ocurrió en la primera batalla en que participó, la de Mutina (la actual Módena), en el norte de la península Itálica, en abril del año 43. Había unido sus fuerzas a las que apoyaban a Cicerón y al Senado contra el ejército de Marco Antonio, que seguía siendo una figura temible. Hircio y Pansa, los nuevos cónsules romanos, dirigieron valerosamente sus legiones y murieron a raíz de las heridas recibidas, como muchos de los hombres de Octaviano. Este estuvo desaparecido durante la primera jornada de combate. Hasta la fecha se ignora exactamente por qué.

Octaviano, de todos modos, se dio cuenta enseguida de que aquello no podía seguir. Así que, durante la segunda jornada, arengó a sus tropas y a sí mismo. Condujo a sus hombres a través de las líneas enemigas, recuperó el cuerpo de Hircio y un estandarte perdido y obligó a Marco Antonio a retirarse. Con un cónsul muerto, otro moribundo y el adversario huido, Octaviano obtuvo, a base de fuerza de voluntad, una victoria digna del propio César. No se apresuró a regresar a Roma, sin embargo, para celebrar su triunfo, sino que esperó hasta estar seguro de tener el apoyo de las legiones de los cónsules muertos. Cuando Marco Antonio, que había escapado a la Galia, reagrupó sus fuerzas, Octaviano cruzó su Rubicón, flanqueado de un ejército que lo respetaba, acompañado de otro más que lo seguía a distancia. Dos ejércitos que Cicerón y sus compañeros senadores tendrían razones para temer. No fue hasta ese momento cuando Octaviano reclamó el cargo de cónsul, el que mayor poder tenía en Roma. No había cumplido aún veinte años.[123]

Desde aquella posición de fuerza, Octaviano empezó a preocuparse por sus puntos débiles. Gobernar Roma no era lo mismo que controlar su imperio. Marco Antonio, pese a la derrota de Mutina, mantuvo una posición de poder incontestado en la Galia. Casio y Marco Bruto, los asesinos de César, estaban reclutando un ejército en Siria y Macedonia. Sexto Pompeyo, hijo del Gneo Pompeyo, antiguo rival de César, había tomado Sicilia. El propio Senado romano, donde se había pergeñado la conspiración contra César, podría hacer lo que quisiera si no se le vigilaba de cerca. El autoexamen del triunfante Octaviano dio a entender al joven emperador que necesitaría ayuda, aunque proviniese de indeseables. En efecto, como señala uno de sus biógrafos: «Deshacerse de un rival era eliminar a un potencial aliado».[124]

IV

Octaviano empezó por Marco Antonio. Era el otoño del año 43 y se encontraban en una isla en mitad de un río cercano a Mutina. Octaviano se dirigió con sus legiones hacia el norte desde Roma, mientras que Marco Antonio, con las suyas, hizo lo propio rumbo al sur desde la Galia, acompañado por Lépido, un servil excónsul.[125] Juntos tenían más hombres que Octaviano, pero este exigió el mismo trato. Así pues, a la vez que los guardias vigilaban desde ambas orillas, los tres oficiales —uno de ellos apenas un adolescente— se repartían la mayor parte del mundo conocido.[126]

A primera vista se tendría la impresión de que Octaviano salió perdiendo. Marco Antonio se quedó con las mejores regiones galas; Lépido, con Hispania y las vías que partían desde la península Itálica en dirección a la península Ibérica, y Octaviano debió contentarse con Cerdeña, Sicilia y la costa africana, donde tendría que vérselas con Sexto Pompeyo. Octaviano también renunció a su cargo de cónsul y permitió que el triunvirato gobernase Roma. En este punto, sin embargo, la posición importaba más que lo obtenido. Prefirió, desde su posición de inferioridad, ser una pata de las tres: para gobernar en solitario tendría que superar a sus rivales. Entretanto, había muchos problemas enquistados que resolver.

Mientras se encontraban en la isla, Marco Antonio, Lépido y Octaviano intercambiaron los nombres de varios romanos prominentes que consideraban que era necesario eliminar. Sus propiedades serían confiscadas y se condenaría a sus familias al ostracismo. El más destacado de ellos era Cicerón, demasiado acostumbrado a hablar de más. Siempre había sabido de dónde soplaba el viento y adaptarse a él, pero las *Filípicas* habían enfurecido enormemente a Marco Antonio. El triunviro no solo ordenó ejecutar al orador, sino que mandó clavar su cabeza y la mano con la que había redactado los discursos en la tribuna del Foro romano.[127]

Parece poco probable que Octaviano ordenase aquella puesta en escena, pero también que tratase de impedirla. Cicerón había cambiado radicalmente de postura para alabarlo públicamente y calificarlo de joven prometedor, pero no podía evitar en privado dar a entender que un líder con tan poca experiencia podría ser destronado si fuese necesario. Tal comentario llegó a oídos de Octaviano, que tomó buena nota.[128] Con Marco Antonio como aliado, ya no quería más *Filípicas,* ni más aplausos del orador, ni tampoco, desde luego, sus indiscreciones. Octaviano ya no necesitaba a Cicerón.

La siguiente prioridad del triunvirato era vetar a Bruto y a Casio, para lo cual resultaba necesario derrotarlos militarmente. Como paradójica referencia a Cicerón, la batalla tuvo lugar en Filipos, en Tracia, el otoño del año 42 a. C.[129] Marco Antonio dirigió el triunvirato, mientras que Lépido se quedaba al cuidado de Roma. Octaviano hizo desembarcar sus legiones en Macedonia, pero *ipso facto* cayó enfermo y tuvo que acudir al campo de batalla en litera. Desde una posición desfavorable, Marco Antonio sorprendió a las líneas fortificadas de Casio y de Bruto, que terminaron suicidándose. El único triunviro capaz de capitanear una fuerza militar había obtenido una victoria completa.

Furioso consigo mismo, Octaviano lo pagó con los demás. Humilló e incluso ejecutó a los prisioneros. Después de que Marco Antonio honrase el cadáver de Bruto, Octaviano lo profanó, según se cuenta, y envió de vuelta su cabeza a Roma para que la colocasen ante la estatua de su tío abuelo. (Por suerte, el barco que la transportaba se fue a pique en la travesía hacia Roma.) El propio Octaviano, tras su regreso, encontró a los romanos acobardados por temor a lo que él hiciese a continuación. Ya era mayor

como para ser un tirano inmaduro, pero empezaba a comportarse como si lo fuese.[130]

V

Octaviano fue capaz de controlarse, en parte, por una demostración improvisada de determinación; en parte, por la ayuda obtenida de otros y, en parte, por disciplinarse a la hora de recurrir a la violencia. Marco Antonio permaneció en Oriente tras la batalla de Filipos, al parecer para reanudar la campaña de César contra los partos, pero quizá también para eludir la responsabilidad de distribuir tierras en la península Itálica a los soldados cuyos servicios ya no eran requeridos. Aquella tarea recaería sobre Octaviano y no había forma de llevarla a cabo sin hacer enojar, por un lado, a los propietarios de tierras desplazados y, por otro, a los veteranos disconformes con sus lotes de tierras. Entretanto, Sexto Pompeyo, desde su base siciliana, iba poco a poco cerrando el grifo del suministro de trigo que llegaba desde más allá del Mediterráneo.

La gota que colmó el vaso llegó un día del año 41, cuando Octaviano acudió tarde a una reunión con unos soldados recién licenciados. Airados por el retraso, estos, tras una trifulca, mataron a un centurión que había tratado de imponer orden. Octaviano se presentó, vio el cadáver, pidió a los hombres que en el futuro se comportasen y procedió a asignar los lotes de tierra. Su pasividad avergonzó al resto de exsoldados, que exigieron un castigo a los asesinos. Octaviano accedió, pero con la doble condición de que los responsables reconociesen su culpa y de que los demás veteranos aprobasen la sentencia. Llamaba así al coraje y a la compostura en una situación peligrosa, cualidades que habían brillado por su ausencia tras Filipos, y empezaba, de este modo, a restituir su reputación.[131]

Aquello llevó a Fulvia, la esposa de Marco Antonio, y a Lucio, hermano de esta, a intentar deponer a Octaviano antes de que este ganase demasiados apoyos. Lucio se adueñó de la ciudad fortificada de Perusia (la actual Perugia), en el centro de la península Itálica, mientras que Fulvia reclutaba tropas dentro y alrededor de Roma. Aún en Oriente, Marco Antonio se hallaba al tanto de lo que ocurría, pero tenía la cabeza puesta en otras cosas:

se consideraba el nuevo Dioniso y se aprestaba a representar el papel enamorándose de Cleopatra, con quien César había vivido un largo idilio. Marco Antonio se excusó diciendo que estaba recaudando fondos para la ofensiva contra los partos y trataba de garantizar el suministro de alimentos para Roma; en efecto, a Egipto no le faltaban ni oro, ni trigo.[132] Sin embargo, lo que consiguió fue proporcionar una oportunidad a Octaviano.

Sabiéndose poco hábil en el campo de batalla, Octaviano entregó la responsabilidad del cerco de Perusia a Quinto Salvidieno Rufo y a Marco Vipsanio Agripa, amigos personales que se encontraban con él en Macedonia cuando César fue asesinado. Estos forzaron la rápida rendición de Lucio en Perusia, mientras que los ejércitos de Fulvia se disolvieron sin más. Octaviano tuvo en esa ocasión la sensata idea de delegar su autoridad y no tratar de ejercerla en un ámbito en el que dudaba de su competencia.[133]

Sin embargo, cuando se trató de disuadir a sus enemigos, no dudó ni un instante. Decidido a prevenir cualquier futura rebelión, Octaviano devolvió a Roma a trescientos senadores, los condenó a muerte y los mandó ejecutar en el lugar donde el cuerpo de César había sido incinerado. Este tipo de prácticas llevaban tiempo prohibidas, pero Octaviano decidió romper las reglas para dar a entender dos cosas: que no toleraría la oposición intramuros y que, vertiendo sangre en el mismo corazón de Roma, vengaba por fin el asesinato de Julio César.[134]

VI

El imperio pasaba a ser un duunvirato —Octaviano y Marco Antonio habían dado de lado a Lépido en África—, cuyas patas, sin embargo, no avanzaban en la misma dirección. Octaviano, en Roma, empezaba a ser consciente de todo lo que podría hacer con el poder si se hacía con él. Marco Antonio continuaba en Oriente y, tras la batalla de Filipos, acumulaba más poder que su homólogo, pero comenzaba a olvidar lo que Octaviano estaba descubriendo. Seguían aborreciéndose y desconfiaban por completo el uno del otro. No obstante, uno de ellos se mantenía firme en su propósito y se

comportaba de manera acorde con la situación; el otro, si actuaba, era solo por reacción. Aquello ya no era realmente una contienda.

El episodio de Perusia permitió vislumbrar el mecanismo subyacente. Octaviano reinstauró, en primer lugar, el respeto en Roma sorteando las traicioneras corrientes que había puesto en marcha el asunto de la redistribución de tierras entre los veteranos. A continuación, ganó una batalla al dejar las cuestiones tácticas a oficiales con más experiencia militar. Finalmente, reforzó su autoridad contra futuras insurrecciones al ejecutar públicamente a destacados rebeldes, un acto de violencia que evitaría la reaparición de esta, transparente en sus intenciones y preciso en cuanto a las víctimas elegidas. Octaviano pensaba previendo los acontecimientos y tenía claro que cada decisión que tomase influiría en lo que después ocurriera.

Marco Antonio no pensaba así. La última división del imperio había puesto en sus manos la Galia, pero él se encontraba en Grecia, preparándose para avanzar sobre los partos, que lo esperaban aún más al este. Su gobernador de la Galia murió de forma repentina. Octaviano, que al estar en Roma tenía la Galia mucho más cerca, se apresuró en llegar a la provincia cisalpina y tomó a su mando once legiones. Aquello fue un desafío dirigido directamente a Marco Antonio, quien pospuso el enfrentamiento con los partos, ordenó que sus ejércitos regresaran a la península Itálica y organizó, junto con Sexto Pompeyo, una ofensiva, por mar y por tierra, que consiguiera acabar de una vez por todas con Octaviano.

Marco Antonio llevó consigo más barcos de los necesarios pero un número de hombres insuficiente, pues Octaviano también había ocupado Brundisium. Este, como en otras ocasiones, enfermó antes de la batalla, lo que concedió un tiempo previo en el que las tropas enemigas llegaron a confraternizar y a pedir a sus superiores que firmasen la paz. Fue en ese momento cuando se diluyó la firmeza de la que había hecho gala Marco Antonio al cruzar el Adriático: abandonó a Sexto Pompeyo, reconoció la autoridad de Octaviano en la Galia y decidió volver por donde había venido para zanjar por fin la campaña contra los partos, no sin antes asegurarse, eso pensaba, un nuevo acuerdo. Su esposa Fulvia había muerto poco después de su fallido golpe militar, así que se casó con Octavia, la amada hermana del «muchacho» que «lo único que tenía era nombre».[135]

Resulta imposible que Octaviano hubiese planeado todo esto.[136] No podría haber previsto que los enojados veteranos matarían a un centurión, ni que Fulvia y Lucio se alzarían sin el apoyo de Marco Antonio, ni que el gobernador de la Galia moriría, ni que su homólogo duunviro daría un traspié logístico, ni que las tropas de ambos se negarían a batallar, ni que Marco Antonio recularía y se casaría con su hermana. A diferencia de Pericles, Octaviano jamás había tratado de encadenar causas y efectos a partir de acontecimientos azarosos.[137]

En lugar de ello, Octaviano aprovechaba las oportunidades, manteniendo a la vez la vigencia de sus objetivos. Hallaba vías por las que avanzar allí donde Marco Antonio tropezaba. Se mantuvo fiel al rumbo marcado por su brújula, pero rodeaba las ciénagas: daba la impresión de que Marco Antonio hubiera buscado adrede estas, se hubiera metido en ellas y hubiera terminado aburriéndose de todo. Según concluye Plutarco, Marco Antonio hacía gala «de muchos ademanes ostentosos y de pocos esfuerzos firmes en pos de la gloria».[138]

VII

No podría decirse lo mismo sobre Sexto Pompeyo, el mayor enemigo que tuvo Octaviano. El gran logro del padre de aquel, Gneo Pompeyo Magno, había sido acabar con la piratería en el Mediterráneo. Sexto, sin embargo, reconoció la utilidad política de esta y se sentía dispuesto a mandar ataques piratas desde Sicilia cuando lo necesitara. Aquello suponía un riesgo para Roma, porque la ciudad y sus alrededores dependían completamente de las importaciones de alimentos, en particular de Egipto. Sexto no tenía cogidos a los romanos por el cuello, sino por la tripa.

La reconciliación entre Marco Antonio y Octaviano supuso un agravio para Sexto, que, finalizado el año 40, decidió bloquear las rutas marítimas hacia la península Itálica. Esta decisión provocó levantamientos en Roma, que Octaviano trató de sofocar de nuevo mediante la apelación al éxito conseguido frente a los veteranos enojados. Sin embargo, en aquella ocasión, lo apedrearon y podría haber muerto si Marco Antonio no hubiera enviado al momento soldados en su auxilio. Nadie dudaría ya de la valentía

de Octaviano, que había puesto en peligro su propia vida. Lo rescató Marco Antonio, volviendo a hacer gala de su providencial falta de previsión: aquella había sido su última oportunidad para librarse de un rival que lo sacaba de quicio (sin tener que asesinarlo).[139]

Fracasadas las negociaciones con Sexto, Octaviano decidió invadir Sicilia y asegurar las rutas de suministro de manera permanente. Octaviano no tenía ni idea sobre cómo combatir en el mar, así que Sexto derrotó fácilmente a las flotas romanas, una de las cuales estaba al mando de su rival. El dueño de medio imperio naufragó en la orilla continental del estrecho de Mesina junto a otros pocos supervivientes, sin alimentos, sin suministros y sin ningún medio con el que pedir ayuda, salvo las almenaras que pudieran realizar desde las colinas circundantes. Por fortuna, pasó cerca de allí una legión que rescató a Octaviano, quien, al día siguiente, pudo contemplar desde la costa cómo una tormenta destruía el resto de su flota.[140]

Sin embargo, no parece que en aquella ocasión enfermara, ni que se desesperara, ni que reconsiderara si era buena idea tomar Sicilia. Al contrario: reagrupó a sus tropas, aseguró la costa de la península Itálica contra las *razzias* de Sexto y puso a Agripa —recién llegado de pacificar la Galia— a cargo de la siguiente ofensiva. Este, que contaba entonces veinticuatro años, tenía la misma experiencia con las naves que Octaviano. Sin embargo, donde este había recurrido a la mera osadía, como en otros momentos críticos, Agripa preparó un ataque a gran escala, digno del mismo Jerjes. Adaptó la topografía a sus necesidades y comunicó el mar con dos lagos que se encontraban ocultos entre las boscosas montañas. Los bosques proporcionaban madera para construir las galeras, los lagos eran el lugar ideal para instruir a las tripulaciones y las montañas hacían las veces de parapeto. Desde el otro lado del mar, Sexto no tenía modo de saber qué sucedía.[141]

Le llevó dos años prepararse, pero llegado el año 36 a. C., Agripa estuvo listo. Tres flotas convergerían en Sicilia: la suya, otra formada por barcos aportados por Marco Antonio y una tercera al mando de Lépido, que navegaría desde África. Las dos primeras encontraron tormentas en el camino, así que solo Lépido y sus huestes pudieron desembarcar con éxito… para, a continuación, desertar y unirse a las filas de Sexto Pompeyo. Este, de nuevo, sorprendía y humillaba a Octaviano, que naufragó de nuevo

—esta vez, en la costa siciliana— y tuvo que ser rescatado otra vez por su ejército. Constituía el tercer rescate de Octaviano en tres años.

Agripa, no obstante, conservó suficientes barcos, venció a la flota de Sexto, que empujó al exilio, y dejó a Lépido, que de nuevo había mudado lealtades, a cargo de la isla. Octaviano cayó repentinamente enfermo, algo que venía esperándose desde hacía tiempo, así que no jugó ningún papel en esa batalla, aunque se recuperó a tiempo para reclamar una victoria simbólica. Como sospechaba que Lépido cambiaba de bando con demasiada frecuencia, Octaviano se presentó un día, solo y desarmado, en su campamento. Se llevó algunos golpes y derramó sangre, pero, cuando iba a retirarse, se dio cuenta de que los hombres de Lépido, admirados por su audacia, lo seguían. En aquella ocasión nadie tuvo que rescatarlo. A Lépido no le quedó más opción que rendirse.[142]

Así que, a pesar de todo, Octaviano triunfó en Sicilia. Esta victoria no se debió tanto a la estrategia como al espectáculo: arriesgó su vida en varias ocasiones, mientras confiaba en la mano firme de Agripa. Una vez que se impuso su voluntad en la isla, Octaviano decidió templar los ánimos. Obligó a Lépido a abandonar el triunvirato, pero le permitió una retirada digna: no hubo ejecuciones ni fueron expuestas públicamente partes corporales. Esta decisión dejaba a Marco Antonio como el único contestatario del poder de Octaviano sobre Roma y su imperio. Octaviano, esta vez, tuvo la muy sensata idea de permitir que su adversario se derrotase a sí mismo.

VIII

Tras haber prometido varias veces que combatiría contra los partos, Marco Antonio no podía seguir aplazando aquella campaña.[143] Regresó al campo de batalla ese mismo año 36 a. C., mientras Octaviano y Agripa remataban la conquista de Sicilia. Para financiar y alimentar a sus ejércitos, Marco Antonio dependía de su antigua y futura amante, Cleopatra. Su relación con ella se había vuelto particularmente difícil tras su matrimonio con la hermana de Octaviano. Las razones de Estado apenas podrían justificar una u otra relación sentimental, otro problema que, al parecer,

Marco Antonio no supo prever. Que él y Cleopatra tuvieran gemelos no facilitaba en nada las cosas. Y tampoco la afirmación de Cleopatra —probablemente cierta— de que ella era la madre del único hijo biológico de Julio César, el cual llevaba un nombre ciertamente provocador: Cesarión. [144]

Marco Antonio hacía malabarismos con bastante poca fortuna entre sus amantes, sus esposas y la política. Lo mismo podría decirse de sus operaciones militares contra los partos. Como las puso en marcha demasiado tarde, no pudo evitar que se le echara encima el invierno. Además, reveló de manera fortuita sus planes a un espía y se mostró incapaz de garantizar la lealtad de sus aliados. Por último, vigiló de forma tan ineficaz sus rutas de aprovisionamiento que su enemigo terminó haciéndose con ellas. Llegó un momento en que no tuvo otra opción que ordenar una costosa retirada, bajo la ventisca, en dirección a la costa siria, donde Cleopatra se ocuparía de proporcionar avituallamiento a sus tropas. Marco Antonio, no obstante, informaba a Roma de que todo marchaba según lo planeado.

Octaviano no lo creía, pero le tomó la palabra. Ordenó celebrar sus victorias, pues sabía que así desacreditaría a su rival tanto como si aplaudiese (en apariencia) las derrotas de Marco Antonio. Retuvo entonces a los refuerzos militares, con el argumento de que el propio Marco Antonio afirmaba *en petit comité* que no los necesitaba. Octaviano envió a su hermana Octavia con víveres desde Grecia y previó que esta se encontraría con Marco Antonio en la costa siria al mismo tiempo que Cleopatra (para complicar un poco más el asunto). Marco Antonio aceptó los suministros, pero ordenó a Octavia que regresara a Roma, lo que avivó los rumores sobre un reencuentro amoroso con la reina egipcia. Octaviano decidió restar importancia al asunto y confió en que el propio Marco Antonio, por exceso de amor a sí mismo, se encargaría de confirmar, más temprano que tarde, el romance.[145]

Así ocurrió cuando se propagó otro rumor: que Marco Antonio había entregado su testamento —supuestamente, inviolable— a las vírgenes vestales de Roma. Octaviano pidió que se le entregara aquel y, cuando estas se negaron, se hizo con él a la fuerza. Esta violación de la tradición sorprendió a propios y a extraños. Octaviano, sin embargo, sospechaba que el testamento de su enemigo iba mucho más allá, y no se equivocaba. En él

se afirmaba que Cesarión era hijo de Julio César y Marco Antonio pedía que, aun muriendo en la península Itálica, su cuerpo fuese enterrado en Egipto, junto al de Cleopatra.

A ojos de los romanos, Marco Antonio ya no era un compatriota y temían que, si llegaba a gobernar el imperio, este último dejase de ser también romano.[146] Aquel sería el último desencuentro. Octaviano arregló el asunto, Marco Antonio picó en el anzuelo y solo restó declarar la guerra. Para ello solo haría falta una única batalla de peso, que se libraría en el mar, frente a la costa griega cerca de Accio, el 31 de septiembre. Marco Antonio y Cleopatra dispusieron sus naves y ejércitos en torno al puerto y en las dársenas, pero Octaviano y Agripa los cercaron, con el fin de impedir el reabastecimiento. Marco Antonio, azotado por las deserciones, perdió a la mayor parte de su flota al tratar de escapar: él y Cleopatra huyeron a continuación a Egipto, pues ya no les quedaban más defensas. Marco Antonio había renunciado a todo, cuenta Plutarco, «para seguir los pasos de la mujer que había plantado la semilla de su ruina y más adelante no haría sino verla germinar».[147]

Octaviano se tomó su tiempo antes de iniciar la persecución, pero, en el verano del año 30 a. C., ocupó Alejandría sin apenas encontrar resistencia. Marco Antonio y Cleopatra se suicidaron: él, torpemente, con una daga; ella, más elegante, con un áspid (si la leyenda no nos engaña).[148] A Octaviano solo le quedaba ejecutar al infortunado Cesarión, todavía adolescente, y recorrer la gran ciudad, que era entonces aún más impactante que Roma.[149] Para cerrar el círculo de la historia, Octaviano presentó sus respetos a Alejandro Magno ante su tumba. Se abrió el sarcófago y, al colocar una corona sobre el cadáver embalsamado, el nuevo gobernante del mundo conocido le rompió la nariz al antiguo emperador.[150] Aquella torpeza no tuvo, sin embargo, demasiadas consecuencias.

IX

En efecto, Octaviano nunca se inspiró en Alejandro.[151] El macedonio aprendió a respetar los límites solo gracias a sus fracasos. Sus tropas hubieron de decirle, al pie del Himalaya, que no podían seguir adelante.

Octaviano detectó esos límites mientras perseguía el éxito y, en las escasas ocasiones en que los perdió de vista, no tardó en corregirse. Su estrategia, por lo tanto, nació de forma natural y rara vez confundió aspiraciones y capacidades. Alejandro se pasó la vida haciendo justamente eso y no sobrevivió mucho tiempo después de darse cuenta, por fin, de que aspiraciones y capacidades no eran lo mismo. Murió en Babilonia —agotado, enfermo y desencantado— a los treinta y tres años.[152] El día en que Octaviano vio los restos de Alejandro, tenía la misma edad que el macedonio al morir, pero le aguardaban aún dos tercios de su carrera política y militar.

Naturalmente, Octaviano tuvo la suerte de sobrevivir a sus enfermedades y a los muchos riesgos que corrió, pero también fue más cuidadoso que Alejandro en el despliegue de sus fortalezas y a la hora de contrarrestar sus puntos débiles. «Saldrá victorioso quien conozca el arte del enfrentamiento directo e indirecto», escribe Sun Tzu, que, como de costumbre, parece querer cubrir todas las posibilidades. Sin embargo, no olvida luego su atalaje: «Ese es el arte de la maniobra».[153]

El enfrentamiento directo funciona, da a entender Sun Tzu, solo cuando las capacidades se aproximan a las aspiraciones. La abundancia lo concede todo y resta la necesidad de maniobrar. Sin embargo, la mayoría de veces, las capacidades se quedan cortas. Ese era el problema de Octaviano. La falta de abundancia exige el enfrentamiento indirecto y este, insiste Sun Tzu, requiere maniobrar:

> Cuando seas capaz, simula ser incapaz; cuando estés activo, estar inactivo. Cuando te encuentres cerca, que parezca que estás lejos; cuando estés lejos, lo contrario. Presenta al enemigo un cebo para atraerlo, finge desorden y ataca. […] Cuando se concentre, prepárate para su ataque; evítalo donde sea fuerte. […] Aparenta inferioridad y alienta su arrogancia. […] Mantenlo en tensión y desgástalo.

Los opuestos coexisten en la mente de manera simultánea y se convierten, así, en «las claves que darán la victoria al estratega». Sun Tzu parece haber prefigurado, por improbable que esto resulte, a F. Scott Fitzgerald. Sin embargo, el sabio añade entonces, como oponiéndose y amarrándose: «Es imposible hablar sobre los opuestos de antemano».[154]

Las victorias deben estar relacionadas, de lo contrario no conducen a ninguna parte. Sin embargo, no pueden preverse, pues nacen a raíz de

imprevistos. La maniobra, por tanto, requiere planificación, pero también improvisación. Los pequeños triunfos en un escenario concreto prefiguran otros mayores en otros lugares, lo que permite a los contendientes más débiles hacerse fuertes.[155] Esto nos lleva de vuelta al joven Octaviano corriendo en círculo en torno al confundido Marco Antonio, sacando buen provecho de sus limitados recursos, hasta que, en Accio, por fin, pudo pasar a un enfrentamiento directo.

X

«Pero hemos recorrido una distancia inmensa —dijo un poeta a Octaviano, poco después de su regreso de Alejandría, el año 29— y ya es hora de quitar el yugo del cuello humeante de los caballos.»[156] El poeta era Virgilio y el poema, las *Geórgicas*, y se dice que Octaviano escuchó a aquel y a algunos amigos suyos recitar durante varios días los 2.118 hexámetros que lo componen.[157] No era una epopeya (la *Eneida* llegaría más tarde) y el episodio desconcierta de tal manera a los biógrafos más recientes de Octaviano que algunos lo eluden. ¿Por qué el hombre más poderoso del mundo aceptaría quedarse inmóvil para recibir tan prolijos consejos sobre la rotación de los cultivos, el cuidado de las vides y la cría del ganado o la apicultura? John Buchan, biógrafo de principios del siglo XX, sugirió que Octaviano deseaba echar el freno, mirar a su alrededor y reflexionar sobre cómo emplear su poder, una vez que se había deshecho de sus rivales. Estaba pasando de la navegación al cultivo.[158]

Octaviano, líder en ascenso, había pasado una década y media defendiéndose, eludiendo incluso con oro, eliminando o sacando tajada de las amenazas que representaban Marco Antonio, Cicerón, Casio, Bruto, Fulvia, Lucio, Sexto, Lépido, Cleopatra y Cesarión, así como el Senado de Roma, las turbas romanas, su delicado estado de salud, las tormentas y los naufragios, e incluso aquel cometa. Lo hizo administrando de manera eficaz sus recursos, pero sin marcarle el ritmo a nadie. No dejó de tomar la iniciativa y, cuando la perdía, trataba de recuperarla. Sin embargo, no podía seguir así. Ningún caballo con el cuello humeante puede correr por siempre.

Después de Accio, Octaviano se dispuso a controlar los acontecimientos, en lugar de dejar que estos lo controlaran a él. Postergó la campaña contra los partos. Dejó las provincias más difíciles a cargo de gobernantes locales (Herodes en Judea, por ejemplo). Zanjó la cuestión de los veteranos proporcionándoles tierras y ayudas a largo plazo. Instauró en Roma el placer de aceptar los homenajes, mediante la organización de juegos y la puesta en marcha de un plan de infraestructuras que colocaría a Roma al mismo nivel que Alejandría. Sin embargo, conociendo los peligros de la arrogancia, se ocupó también de ser modesto. En lugar de regodearse ante las multitudes, durante los desfiles triunfales recorría la urbe a toda velocidad y, cuando regresaba de sus viajes, entraba subrepticiamente en la ciudad para evitar recibimientos recargados. No vivió precisamente ente lujos y, en apariencia, se aseguró la autoridad mediante la renuncia a ella. El episodio más espectacular a este respecto se produjo el primer día del año 27, cuando, de un modo inesperado, renunció a todas sus responsabilidades. Los sorprendidos senadores no tuvieron más remedio que revocar la renuncia y otorgar a Octaviano el título de *princeps* («primer ciudadano»), así como un nuevo nombre: Augusto.[159]

Lo que realmente estaba haciendo era renunciar a la república, pero de manera tan gradual y con tal tacto —mostrando a cada paso los beneficios evidentes que cada nueva etapa traía— que los romanos se adaptaron e incluso recibieron de buen grado la nueva situación, sin percatarse de hasta qué punto las cosas estaban cambiando. Los propios romanos terminarían convirtiéndose en cultivos, viñas, ganado y abejas. En efecto, a diferencia de Jerjes, Pericles, Alejandro y Julio César —uno de los dones más valiosos hechos por este a Octaviano fue su temprana instrucción—, César Augusto veía en el tiempo a un aliado. Como ha señalado la historiadora Mary Beard, no necesitó abolir nada. Se sirvió del tiempo para hacer crecer las cosas.[160]

Una de ellas fue un acuerdo constitucional por el que se renovaría el respeto al Senado y al imperio de la ley, a la vez que se imponía el puño de hierro, enfundado, no obstante, en un guante de seda. Además, se produjo un proceso de estabilización: el imperio, según anunció Augusto, ya era lo suficientemente extenso y no seguiría expandiéndose, salvo en determinadas fronteras para realizar algunos ajustes. También se puso en boga la épica nacional: Roma no tenía un Homero, así que el *princeps*

buscó uno. La *Eneida,* como la *Ilíada* y la *Odisea*, fue un trabajo de encargo. Augusto promovió su composición, financió a su autor y salvó el manuscrito de las llamas cuando un insatisfecho Virgilio, desde su lecho de muerte, mandó quemarlo.

Eneas era un príncipe troyano que, tras huir del fuego y sobrevivir a incontables pruebas, fundó Roma, ciudad que se convertiría en capital de un imperio favorecido por los dioses. El propio Octavio podría identificarse con él, «hacia aquí o hacia allí se divide y a muchas partes lo lleva y a todo da vueltas. Igual que el agua de una vasija de bronce cuando la trémula luz reflejada por el sol o por la imagen de la luna brillante revolotea por todos los lugares».[161] Sin embargo, aparte de la famosa profecía («Augusto César, hijo del divo, que fundará los siglos de oro de nuevo»),[162] Virgilio dice poca cosa sobre cómo el emperador podría emplear su poder. La *Eneida* habla sobre el pasado de Roma, no sobre su futuro. Celebra la «navegación», no el «cultivo».

¿Por qué entonces el *princeps* vio tanto valor en sembrar y en conservar ese extensísimo poema? «[…] la grandeza del conocimiento poético y por lo mismo también tu grandeza, Virgilio, es la de poder abarcar toda la vida […] en una sola panorámica, en una sola obra, en una sola mirada»: con estas palabras imagina el novelista Hermann Broch a Augusto despidiendo al poeta moribundo. Así pues, ¿son la estrategia y el sentido de Estado la capacidad de aprehender las interconexiones? ¿Saber dónde uno ha estado para saber hacia dónde está yendo? De otro modo, sería difícil comprender cómo con un enfoque indirecto —los vericuetos por los que anduvo Ulises en su viaje de vuelta; las indagaciones y mudanzas de Octaviano— se podría alcanzar Ítaca o cualquier otro lugar. «[…] un día formará parte de mi gloria haber sido el amigo de Virgilio», concluye acertadamente el Augusto de Broch.[163]

XI

Había algunos asuntos, no obstante, que ni siquiera Augusto podía controlar: uno, por desgracia, era su propia familia. Augusto entendió, como antes su tío abuelo, que abandonar la república supondría someter al

imperio a las incertidumbres de la descendencia. Parecía aquel un peaje razonable entonces, pues Roma, incluso más que la mayoría de monarquías posteriores, era tolerante con el divorcio y con la adopción. Tal circunstancia permitiría cultivar al heredero —y también amarrar al más prometedor— sin depender de quién había dado luz a quién.[164]

El infortunio, sin embargo, se ensañó con Augusto en la crianza de su propia familia. Se casó cuatro veces, pero solo su tercera esposa dio a luz a una hija, Julia, mujer brillante y segura de sí que, por su sexo, se vería obligada a no poder sucederle.[165] Existía, en cualquier caso, la alternativa de la adopción. Pasó a ser la prioridad de Augusto como *princeps* la crianza de un nuevo Octaviano. Su primera elección fue Marcelo, el muy admirado hijo de su hermana Octavia, nacido del primer matrimonio de esta.[166] Augusto le concertó un matrimonio con su hija Julia cuando esta solo tenía catorce años, pero Marcelo murió debido a una repentina enfermedad apenas cumplidos los veinte, a tiempo para que Virgilio lo retratara de manera conmovedora en la *Eneida* como un espíritu perdido.[167] Las siguientes opciones eran Tiberio y Druso, hijos de un matrimonio anterior de la última y longeva esposa de Augusto, Livia. Druso murió a los veintinueve años por las heridas sufridas tras caerse del caballo. Tiberio estaba sano, pero el *princeps* no se fiaba de él y viceversa, debido a los tejemanejes de este, que continuaba maniobrando para asegurarse un sucesor pese haber designado a aquel.

Esperando poder multiplicar sus opciones, Augusto, tras la muerte de Marcelo, obligó a Julia a casarse con Agripa, que era mucho mayor que ella, coetáneo del emperador y artífice de varias de sus victorias militares. Tuvieron cinco hijos, tres de ellos varones. Gayo y Lucio murieron jóvenes, y el tercero, Agripa Póstumo (es decir, nacido tras la muerte de su padre) se convirtió de adolescente en un matón sin escrúpulos. Así pues, Augusto, desesperado, pidió a Tiberio que se divorciase de su esposa, a la que este último amaba, para que se casara con la viuda de Agripa, a la que no podía soportar. Julia sentía la misma repulsión hacia él y la infeliz unión solo produjo un niño que murió al poco de nacer, tras lo cual Tiberio —como desafío hacia Augusto— se exilió en la isla de Rodas. Estando allí se divorció de Julia, cuyas aventuras empezaban ya a escandalizar incluso a los propios romanos, y Augusto se vio forzado a desterrarla a una isla menor y aún más desolada: Pandataria (la actual Ventotene), frente a las

costas de la península Itálica. A la espera de algo mejor, Augusto adoptó a Tiberio y a Agripa Póstumo el año 4, a los setenta y siete años. No confiaba demasiado en ninguno de los dos.[168]

Cinco años más tarde —cuando ya era demasiado viejo para dirigir nada, según los estándares de la época—, el *princeps* sufrió su peor derrota militar. Se había negado desde hacía tiempo a expandir el imperio, pero eso no le impidió reforzar sus fronteras. Aprobó durante ese tiempo la ampliación del dominio romano desde el Rin hasta el Elba, lo que permitiría acortar el límite, fluvial en casi la totalidad de su trazado, que corría desde el mar del Norte al mar Negro.[169] Esa última expansión luciría muy bien sobre los mapas, pero exigiría pacificar Germania, región muy boscosa que los romanos no conocían bien. Tal labor recayó sobre Publio Quintilio Varo, que se apresuró a ponerse al mando de tres legiones con las que se dirigió a Teutoburgo, donde, desafortunadamente, cayó en una desastrosa emboscada. Unos quince mil hombres fueron asesinados o esclavizados —los vestigios que se conservan dejan entrever prácticas muy crueles— y Augusto perdió una décima parte de todos sus ejércitos de la noche a la mañana.[170]

Se dice que la ira le duró meses y que se golpeaba la cabeza contra la pared. Se negaba a afeitarse la barba y no quería ver a nadie: como el rey Lear, pero sin tormenta, sin páramo y sin el consuelo de su bufón. Al final se recuperó, sin olvidar que, pese a su larga vida, no había sido capaz de asegurar su imperio ni de garantizar su sucesión. Solo acertó a sorprender a Agripa Póstumo, cuando ya intuía próxima su muerte, en la isla en que este estaba exiliado, donde —tras concluir que el joven seguía igual que siempre — ordenó su ejecución. No sintió más remordimientos que los que Octaviano hacia Cesarión casi medio siglo antes. El resentido Tiberio sería, quedaba claro, el nuevo César. Sin ataduras.

Augusto murió, poco antes de cumplir setenta y siete años, en la casa en que había muerto su verdadero padre, cerca de Nápoles. Era el 19 de agosto del año 14. Por supuesto, tenía preparadas unas últimas palabras: «Encontré una Roma de arcilla y os la dejo de mármol». Sin embargo, preguntaba también, con un desenfado al que no renunció jamás, por muchos problemas que tuviese: «¿He representado un papel creíble en esta farsa que es la vida?». Y añadió, como si el propio Shakespeare hubiese escrito su reaparición tras el telón para recibir la ovación del público:

Si os ha complacido, tened la amabilidad
de demostrarlo con un adiós caluroso.[171]

En su gran novela sobre la vida de Augusto, John Williams imagina a Julia recordando el momento en que preguntó a su padre, cuando aún se dirigían la palabra: «¿Ha merecido la pena? […] ¿Esta Roma que has salvado, esta Roma que has construido?». El *princeps* la mira durante mucho tiempo y, a continuación, aparta la mirada. «He de creer que sí», replica por fin. «Ambos hemos de creerlo.»[172]

XII

Quizá mereció la pena. La historia posterior de Roma alcanzó hitos no sobrepasados desde entonces en lo concerniente a temas como la disfuncionalidad de las familias gobernantes o la porosidad de las fronteras. En puridad, ha de reconocerse que el imperio sobrevivió a Augusto otros cuatro siglos y medio. Roma no «cayó» hasta el 476. El Imperio bizantino, fundado por Constantino, viviría otros mil años. El papel de este en la cristianización del orbe romano sería tan crucial como el de Augusto en el establecimiento del imperio. El Sacro Imperio Romano Germánico, remanente europeo del mandato romano, nació en el año 800 con Carlomagno, uno de cuyos títulos era «serenísimo augusto», y se mantuvo incólume durante mil años, hasta que Napoleón arrasó con lo que quedaba de él. Hasta el emperador francés sabía que no debía tratar de hacer lo mismo con la Iglesia católica romana, fundada en época de Augusto y que, no obstante, ha durado más de lo que cualquiera podría prever bajo el mandato del *pontifex maximus*, título de la época de los viejos reyes romanos, que reinaron unos seis siglos antes que Octaviano.

Los imperios no logran su longevidad de manera automática. La mayoría alcanzan su cenit, caen y son olvidados. Otros pueden permanecer en la memoria por las leyendas que inspiraron, por las obras de arte que produjeron sus artistas o por las ruinas de sus edificios, pero no por mucho más: ¿quién modelaría hoy un Estado a partir de la Persia de Jerjes, la Atenas de Pericles o la Macedonia de Alejandro? Roma, no obstante, es

distinta, como también China. Su legado —lingüístico, institucional, jurídico y administrativo— ha sobrevivido a los repetidos colapsos de regímenes que los tomaron como referencia. Si la era posterior a la Guerra Fría constituye, en efecto, una competición entre Occidente y Oriente, habremos de entenderla como reflejo de la durabilidad de las culturas romana y china: imperios de una mente que se ha «cultivado» a lo largo de un prolongado periodo salpicado de múltiples crisis.[173]

Augusto fue el más habilidoso cultivador de Roma. Tras haber navegado abriéndose paso hasta una autoridad incontestada, se sirvió de esta para convertir una fallida república —como una enredadera nacida del pecho del propio Virgilio— en un imperio que floreció en un espectro más amplio de lo que en general podemos concebir hoy. Las plantas no saben que se las trata y cultiva para madurar de cierta manera, pero, si están bien arraigadas y se las cuida con esmero, cooperarán. El *princeps* tuvo la suerte de contar con el tiempo que todo horticultor necesita. Lo aprovechó de manera productiva, a la vez que cultivaba, en su alma, la voluntad necesaria para plantar y, también, la mesura a la hora de cosechar.

Augusto temió, en última instancia, haber fracasado y, en cierto sentido, así fue: no tuvo la oportunidad de formar a un sucesor al igual que Julio César hizo con él. Si el Augusto moribundo hubiese conocido los abusos que sus herederos cometerían, se habría quedado horrorizado: solo cuarenta años después Nerón accedería al poder.[174] Roma, en cualquier caso, era un imperio sólido, como lo fue también China, y fue capaz de sobrevivir a mandatarios tremendamente ineptos.[175] Tanto Roma como China lo consiguieron gracias a la diversificación: no dependían de un solo tipo de poder, sino que crecieron para convertirse en ecosistemas, como suele ocurrir con los jardines y los bosques más fértiles.

Esto hace aún más interesante, así pues, que Augusto entendiese tan bien a Sun Tzu sin haber sabido nada de él. La explicación puede residir en una lógica estratégica que subyacería en todas las culturas —como la gramática en las lenguas— a lo largo de diferentes tiempos, espacios y escalas. De ser así, el sentido común, cuando afronta circunstancias poco comunes, podría ser en sí mismo otra de las contradicciones que viven de manera simultánea en las mentes de primera clase. En efecto, la puesta en práctica de los principios debe preceder a las derivaciones de estos, a su desarrollo e

institucionalización. Quizá estemos mirando a las nubes, como Polonio, pero deberemos tener ambos pies firmemente plantados en el suelo.

4
ALMAS Y ESTADOS

Poco después de que finalizase la guerra de Secesión, un joven estadounidense pasó dos difíciles años entre las gentes del noreste de Siberia. Era George Kennan, ancestro del más conocido George F. Kennan, que diseñaría la política de «contención» durante la Guerra Fría. El primer Kennan, que entonces contaba veinte años, estudiaba el terreno para instalar un telégrafo que uniese Estados Unidos con Europa. Los cables submarinos no eran muy fiables todavía, así que merecía la pena explorar la posibilidad de tender una línea de tierra a través de la Columbia Británica, Alaska (territorio ruso en ese momento), Siberia y la Rusia europea, lo que requeriría únicamente atravesar el estrecho de Bering. El proyecto se abandonó cuando, en 1866, empezó por fin a funcionar el cable atlántico, pero a Kennan no le llegó la noticia hasta varios meses después. Tuvo que dar media vuelta, sin futuro en el mundo de la telegrafía a larga distancia y sumido en una crisis religiosa.

En su libro *Tent-Life in Siberia*, publicado en 1870, reconoce lo fácilmente que podría haber cambiado el presbiterianismo en el que lo habían educado durante su infancia en Ohio con «la adoración de espíritus malignos de los que son encarnación los misteriosos poderes y manifestaciones de la Naturaleza, como las epidemias y enfermedades contagiosas, las tormentas, las hambrunas, los eclipses y la resplandeciente aurora boreal». El cristianismo resultaba sorprendentemente superficial frente a la adversidad.

> Nadie que haya convivido con los nativos siberianos y que haya estudiado su carácter, además de haberse sometido a las mismas condiciones en que viven, en lugares tan remotos como ellos, podrá dudar en ningún momento de la sinceridad de sus chamanes y de los creyentes, y sabrá, sin temor a equivocarse, por qué la adoración de los espíritus malignos constituye su única religión. Es la única fe posible para hombres como esos en circunstancias como esas.

Incluso los rusos, cristianos ortodoxos con una dilatada experiencia en Siberia, tenían la impresión de que su Dios estaba muy lejos y las fuerzas malévolas, muy cerca: «Sacrificaron a un perro, como auténticos paganos, para propiciar la ira diabólica, de la que la tempestad era prueba». Las acciones de los hombres, concluía Kennan, «están regidas no tanto por las creencias intelectuales como por lo que de manera más vívida perciben». [176]

Este miedo a lo que está más allá de la comprensión es la raíz de la religión en todas las grandes culturas que conocemos. El ateísmo tiene poca continuidad histórica. Sin embargo, mientras las religiones fueron politeístas —cuando cada calamidad se correspondía con el capricho de un dios en particular—, la fe no interfirió en absoluto en el gobierno de los estados. Los dioses, por así decir, dedicaban tanto tiempo a pelear entre sí que los mortales mantenían cierto equilibrio entre ellos. Los hombres podían respetar o descuidar a los dioses e incluso en ocasiones degradarlos o ascenderlos de categoría, arte en el que sobresalían sobre todo los romanos.[177] Ningún conjunto de creencias desafiaba a la autoridad oficial.

Salvo entre los judíos, para los que las riñas entre dioses no eran sino ambivalencias de un Dios único, el cual decidió complicar las cosas un poco más al elegirlos a ellos para formar un Estado.[178] La historia de Israel se convirtió en una áspera disputa entre esta deidad, que hablaba por medio de ángeles y profetas, y sus elegidos, que daban la réplica en su papel de reyes, sacerdotes e incluso, en una ocasión, de viejo que se rasca las costras sentado en un vertedero.[179] Sin embargo, como señaló Edward Gibbon, el primer gran historiador moderno de Roma, el judaísmo era una religión excluyente. Al considerarse «elegidos», los judíos no pretendían convertir a los demás, de manera que su Estado jamás tuvo las aspiraciones imperiales de Roma.[180] Augusto pudo gobernar a los judíos como hizo con la Galia, con Hispania o con Panonia, sin temer crearse nuevos enemigos.

El *princeps* no sabía que otro monoteísmo, este de tipo inclusivo, había aparecido durante su reinado: «Una religión pura y humilde —según escribió Gibbon— que se colaba amablemente en las mentes de los hombres, crecía en el silencio y la oscuridad, extraía un nuevo vigor de la

adversidad y, en última instancia, erigió la bandera triunfante de la cruz sobre las ruinas del Capitolio romano». Cubriéndose las espaldas, Gibbon atribuyó el auge del cristianismo a su celo proselitista, a su flexibilidad ritual, a los milagros que se atribuía, a la promesa de la vida eterna y, por supuesto, a «las convincentes pruebas de la propia doctrina y […] la providencia imperante de su gran Hacedor».[181] Todavía faltaban siglos para ello, pero este imperio sería el primero en prosperar a escala global y llevó a Roma hasta donde aún no había llegado.

No sin caer en un dilema recurrente: ¿qué debían los creyentes al César y qué a Dios?[182] ¿Podría sobrevivir el cristianismo sin un Estado protector? ¿Podría el Estado proclamar su legitimidad sin sancionar el cristianismo? La resolución de este dilema atraería la atención de los pensadores de la Edad Media y la primera modernidad. Tampoco queda claro, ni siquiera hoy, si fue el cristianismo lo que provocó la «caída» de Roma —eso cree Gibbon— o si —como sugiere el legado de Augusto— garantizó su inmortalidad institucional. Estos opuestos han modelado la civilización «occidental» desde entonces, en parte por haber dado pie a dos grandes estrategias, separadas cada una por un milenio, pero análogas en su objetivo e ideadas —a ojos de la mayoría— por uno de los santos más importantes y uno de los mayores pecadores de la historia.

I

Agustín jamás se creyó santo. Nacido en el año 354 en la pequeña ciudad norteafricana de Tagaste, se ganó una infame reputación en los anales de la autobiografía —género que, en gran parte, él inventó— por retratarse a sí mismo como un voraz parásito desde que tomaba el pecho de su madre: «[…] es inocente la debilidad de los miembros infantiles, no el espíritu de los niños». Creció sin aprender griego precisamente porque lo obligaban; le asombraba la *Eneida,* pero no la aritmética, y lloraba por Dido más que por Dios. Perdía el tiempo haciendo trampas en el juego. No se preocupó de no preocupar a sus padres. Buscó el placer, la belleza y la verdad solo en las cosas mundanas: «Y sin embargo [a pesar de ser tan pequeño], pecaba».[183]

Y todo ello antes de que descubriera el sexo en la adolescencia. «El deseo me inflamaba […] La lujuria se apoderó de mí. […] Estaba podrido hasta el tuétano y aun así me sentía complacido por mi condición.» «Sigue contando», parecen susurrarle furtivamente al oído lectores de todos los siglos. Y él lo hace:

> La neblina que exudaba el sexo adolescente empañaba y oscurecía mi corazón. […] El amor y la lujuria bullían en mi interior. […] Abatido y dejado caer, me revolvía en el mar ardiente de mi fornicación. […] Un día, en los baños públicos, mi padre atestiguó en mí señales de una activa virilidad y […] acudió a contarlo alegremente a mi madre, pues […]

Basta. Agustín, ajeno a cualquier pudor, sigue adelante en su relato: dedica, en efecto, muchas páginas de sus *Confesiones* a un peral, del que, junto con su pandilla, hizo caer todo el fruto —todavía verde— y lo dio a comer a los cerdos. «Estaba dispuesto a hacer perjuicio por la risa y por el juego […] nos da vergüenza contenernos cuando otros dicen "¡Vamos allá! ¡Hagámoslo!".»[184]

Aquel peral se convirtió en el segundo árbol frutal más famoso de la tradición judeocristiana, y Agustín recurre a él y a otros muchos asuntos en esta extraña obra —¿por qué publicar una confesión hecha en privado a Dios?—[185] para preguntar por qué una deidad omnipotente permite imperfecciones en el mundo de su creación. Júpiter «castiga a los malvados con sus relámpagos, pero él mismo comete adulterio», señala con impertinencia Agustín. «Ambas actitudes son del todo incompatibles.»[186] ¿Dónde deja eso al Dios de los cristianos?

Era esta una cuestión apremiante en tiempos de Agustín, pues el emperador Constantino había legalizado todas las religiones en el año 313, un milagro que nadie esperaba, pues los cristianos habían sufrido poco tiempo atrás la persecución de Diocleciano. Sin embargo, la fortuna de Roma no cambió tras oficializarse el cristianismo. La sucesión imperial seguía trayendo consigo cambios impredecibles. Las fronteras del imperio se encontraban desbordadas y mal defendidas. Los bárbaros, a los que se entendía tan mal como a los siberianos de Kennan, se lanzaban en oleadas contra los puestos avanzados desde las insondables profundidades de Asia. Los visigodos saquearon Roma en el 410, cuando Agustín tenía cincuenta y seis años. El futuro padre de la Iglesia moriría dos décadas después,

literalmente asediado por los vándalos en el puerto norteafricano de Hipona, de cuya sede episcopal había sido titular durante mucho tiempo.[187]

Agustín escribió sus *Confesiones* poco después de ser nombrado obispo, para lo cual se sentía muy poco preparado. Entre los veinte y los treinta años, se había identificado con las ideas maniqueas y trató de explicar el mal como una limitación del poder de Dios. En última instancia, dicho planteamiento se le hizo demasiado simple y, por influencia de una madre extraordinaria, la que más tarde sería santa Mónica, y de un magnífico mentor, Ambrosio, obispo de Milán, Agustín emprendió el lento y doloroso camino de la conversión, la cual describe vívidamente. Aun entonces, su única esperanza era fundar un monasterio, hasta que los cristianos de Hipona casi lo obligaron a ordenarse sacerdote y después lo propusieron como obispo.[188]

Fichar obispos como a deportistas de élite constituye una medida extraña, la cual refleja, no obstante, la búsqueda desesperada de autoridad ante el retroceso del poder romano. Los obispos proporcionaban orientación espiritual y hacían las veces de magistrados, coordinadores comunitarios y agentes de la autoridad. La formación teológica no era tan importante como la fuerza de voluntad, la persuasión y un pragmatismo que convirtiera las palabras en hechos. El Agustín maduro poseía todas esas cualidades, pero tenía algo más que su grey no previó: la capacidad de sacar el máximo provecho de las oportunidades. Desde aquella posición aventajada y no elegida en la periferia de un Imperio romano que se desmoronaba, Agustín se dispuso a reconciliar fe y razón en aquel mundo que estaba por venir. Las *Confesiones* dan el pistoletazo de salida a ese viaje con una humillación pública autoimpuesta, lo que le permitió ganar espacio para el florecimiento de su obra posterior.[189]

II

La principal obra de Agustín, *La Ciudad de Dios*, escrita a lo largo de muchos años y finalizada poco antes de la muerte de su autor, no estudia las diferencias entre el Cielo y la Tierra, como muchas veces se ha afirmado, sino entre las jurisdicciones que en nuestro mundo se solapan. De manera

muy resumida:[190] hay un Dios y solo puede haber un César y los hombres deben mostrar lealtad a uno y a otro durante su paso por esta vida. El cómo equilibren esas lealtades determinará que ganen o no la vida eterna, pero las demandas del César y los juicios de Dios reflejarán tanto las circunstancias como las certezas. Lo que resulta inesperado para los hombres no constituye ninguna sorpresa para Dios. En efecto, Agustín se muestra humilde y confiesa sus inseguridades y las de todos los hombres.

Estos, por tanto, deben administrar los imponderables, pues Dios les ha dotado —o maldecido— con el libre albedrío. Este es el peaje que debe pagarse por el pecado original, pero también la oportunidad que permite la esperanza: la existencia humana tiene sentido y el hombre no está a merced de dioses caprichosos. Fijar las obligaciones con el César y con Dios se convierte, entonces, en la mayor de las tareas estratégicas, pues requiere alinear las limitadas capacidades humanas con una aspiración —la vida eterna— que no tiene límites.

Por desgracia, *La Ciudad de Dios* no es tan clara como las *Confesiones*. Se trata de un monstruo literario, tan disperso como amplio, un *Moby Dick* de la teología, en el que ciclos y epiciclos, ángeles y demonios, mitos e historias se tropiezan unos con otros sin ton ni son. Interpretarlo como un manual de estrategia es una tarea endiablada (y más aún si queremos encontrar en él las instrucciones para la salvación). Lo que más extraño resulta —parece casi un milagro— es que a las letras de Agustín no les viene mal ser sacadas de contexto. El lector puede volver a asuntos donde él los deja o despojarlos de los calificativos y digresiones con que Agustín los acicala. Seguirán teniendo sentido de todos modos. El estilo agustiniano, en cualquier caso, oscurece la lógica interna, sobre todo en el debate acerca de la guerra y de la paz.[191]

¿Cuándo es justo que un cristiano no ponga la otra mejilla, sino que luche y mate? ¿Qué obligaciones puede imponer un gobernante cristiano para defender su mandato? ¿Cómo puede un Estado salvarse sin poner en peligro las almas de sus ciudadanos? ¿Por qué molestarse si, como sostiene Agustín, el mundo del César es corrupto y el de Dios, perfecto? Y ¿por qué las respuestas de Agustín a estas preguntas —que él mismo considera imperfectas— han influido desde entonces sobre el pensamiento en torno a la idea de la «guerra justa»?

III

El genio de Agustín radica en que se preocupa más por las tensiones que por el origen de estas: el orden frente a la justicia, la guerra frente a la paz, César frente a Dios. Agustín entiende estos polos como fuerzas gravitatorias, pero no intenta explicar qué es esa gravedad. Las elecciones posibles del hombre se ubican entre un polo y otro, pero no hay fórmulas que indiquen qué se debe elegir. Por cada «no matarás», Agustín encuentra ejemplos en los textos sagrados de comportamientos contrarios.[192] El santo cuestiona las intenciones del autor siglos antes del posestructuralismo. Se siente cómodo, hasta cierto punto, con las contradicciones.

Eso nos obliga a entender sus enseñanzas no de manera categórica, sino procedimental. Aun respetando el neoplatonismo que tanto influyó a la primera cristiandad, Agustín da cuenta de un hecho que nunca está a la altura de la idea: podemos esforzarnos en tender a lo ideal, pero no esperemos alcanzarlo. Buscar, por tanto, es lo mejor que el hombre puede hacer en un mundo fracasado. Qué busque será su problema. En cualquier caso, no todos los fines son legítimos y no todos los medios, apropiados. Agustín intenta, por tanto, guiar la elección del hombre respetando el libre albedrío y lo hace apelando a la razón. Podría decirse que incluso al sentido común.

Pensemos, por ejemplo, en la siguiente pregunta: ¿por qué son necesarios los estados? Si Dios es todopoderoso, ¿quién necesita al César? Sin los Césares, replica Agustín, no existirían los cristianos, y esa no ha de ser la voluntad de Dios. Ser cristiano es, *per se*, la elección libre de seguir a Cristo, si bien esta última habría dejado de tener sentido si todos los cristianos hubiesen terminado devorados por los leones. En realidad, los Césares rara vez mandaron a los cristianos al circo: el Imperio romano fue, durante los tres siglos que median entre la muerte de Jesús y la de Constantino, un lugar sorprendentemente hospitalario para la nueva religión (a excepción de algunos periodos en que la represión se hizo patente).[193] Esta es una de las razones por las que preocupaba a Agustín y a sus seguidores cristianos la «decadencia» romana de los siglos IV y V.

A partir de la observación, se sigue una generalización, según la cual el orden debe preceder a la justicia, pues ¿qué derechos pueden existir bajo el terror constante?[194] La fe en la paz —la única fuente de justicia para los cristianos— no puede florecer sin protección, ya sea por tolerancia, como en la Roma preconstantiniana, o por edictos como el de Constantino.[195] La Ciudad de Dios es una estructura frágil que se levanta intramuros de la pecaminosa Ciudad del Hombre.

Esta circunstancia es la que condujo a los cristianos a confiar la autoridad a determinados pecadores —lo que venimos llamando «política»— y Agustín, aunque piadoso, no era sino un filósofo político. De igual modo se convirtió, según menguaba la autoridad romana, en un obispo autoritario, dispuesto a abrazar males menores (como él mismo decía, «benévolas durezas»[196]) con el fin de ahuyentar los mayores.[197] Los objetivos de Agustín se desviaban de la ortodoxia, que él atacó con celo casi leninista, como si la única manera de hacer avanzar la fe fuese purgarla de todo matiz. Sus ideas, no obstante, eran más amplias que la persecución que ordenó: las implicaciones de este pensamiento resultaron más perdurables, más arrolladoras y, en última instancia, más humanas.

Agustín concluye que la guerra, si es necesaria para salvar al Estado, puede ser menos malvada que la paz y que —esto es importante— pueden fijarse una serie de requisitos procedimentales que definan dicha necesidad. ¿Ha habido provocación? ¿Ha agotado la autoridad competente las alternativas pacíficas? ¿Supondría el recurso a la violencia un medio elegido y no un fin en sí? ¿Será la fuerza empleada proporcional a sus objetivos, para que no destruya lo que debe defender? ¿Podrán estas decisiones humanas —pues Agustín jamás dudó de que eran eso— facilitar el cumplimiento de un designio divino, de modo que las ciudades de Dios y del Hombre puedan coexistir sin romper un mundo plagado de imperfecciones?

IV

Existían, por supuesto, precedentes en el cuestionamiento de la sensatez de la guerra: Artábano, Arquídamo y Nicias se habían preguntado, sin éxito,

por la conveniencia del enfrentamiento bélico. Y los malditos melios de que habló Tucídides habían sembrado dudas intemporales sobre cómo conducir la guerra una vez declarada. Sin embargo, nadie, antes de Agustín, había fijado estándares para que los estados decidieran si ir o no a la guerra. Aquellos solo podían haber aparecido en un monoteísmo inclusivo, pues únicamente un Dios que reclamase para sí la autoridad universal podría juzgar las almas de los gobernantes mundanos. Y solo Agustín, en su tiempo, habló de manera tan convencida en nombre de Dios. El servil autor de las *Confesiones* había recorrido un largo camino.

Agustín dio a esos estándares la forma no tanto de mandamientos como de una moderna «hoja de verificación». Sabía que muy a menudo los profetas habían revelado prohibiciones, para revertirlas después tras recibir nuevas instrucciones de las alturas o simplemente cuando lo consideraban necesario.[198] Por mucha crudeza que mostrara a la hora de desarraigar a los herejes, Agustín optaba por la persuasión en asuntos de paz y de guerra: «¿Habéis pensado en esto?» o «¿No tendría sentido hacer aquello?». No veía necesidad, en este mundo, de amenazar a nadie, y eso, al cabo del tiempo, le ganó seguidores.[199]

La razón: las hojas de verificación se adaptan mejor a los cambios que los mandamientos. Los navegantes recurren a ellas antes de embarcarse. Los militares hacen lo propio cuando planean misiones. Los cirujanos las exigen para asegurarse de que tienen todo el instrumental necesario y no olvidarán nada dentro del paciente. Los pilotos de avión las repasan con rigor para garantizar un vuelo seguro. Los padres recurren a ellas para prever todas las cosas que pueden salir mal en un viaje con niños pequeños. Las hojas de verificación, en efecto, plantean preguntas habituales en situaciones que pueden comportar un elemento imprevisto. Sirven para enfrentarse a ellas y reducen al máximo el factor sorpresa.

La gran incertidumbre de Agustín era la condición de las almas que habitaban la Ciudad del Hombre, pues solo las aptas podrían entrar en la Ciudad de Dios. Las deidades precristianas rara vez hacían ese tipo de distinciones: la otra vida pagana era igualmente lúgubre para los héroes, para los sinvergüenzas y para los que no eran ni lo uno ni lo otro.[200] Con el Dios cristiano, las cosas eran de otra manera: cómo te comportases en vida marcaba enormemente la diferencia tras la muerte. Era fundamental,

así pues, librar la guerra según algunas normas. Difícilmente podría haber algo más importante en juego que la vida.

V

Aun así, las hojas de verificación de Agustín planteaban problemas. Si era tan necesario hacer la guerra siguiendo normas, ¿por qué ocultó a futuros eruditos algunas de las ideas que había expresado sobre ese tema? A otros —Tomás de Aquino, Graciano, Grocio, Lutero, Calvino, Locke, Kant— les llevó siglos localizar, excavar, codificar y aplicar las ideas de Agustín al arte de gobernar.[201] ¿Cómo esperaba salvar estados y almas, si ocultaba los medios para hacerlo? Sus *Confesiones* —y los miles de sermones que pronunció como obispo, muchos de los cuales se conservan— habían demostrado que era capaz de expresarse con luminosa claridad.[202] Tal vez, sin embargo, ese fue el problema.

Agustín tuvo grandes obligaciones episcopales a lo largo de la segunda mitad de su vida. Como obispo, contaba con varios amanuenses, que registraban sus ideas con métodos taquigráficos,[203] y esto le permitía crear documentos muy extensos, lo cual, a su vez, constituía una carga, pues ¿quién tenía tiempo para revisarlo todo, para estructurarlo y hacerlo legible? Los dictados de Agustín lo sepultaron, al igual que las grabaciones del Watergate a Nixon. Si bien las hojas de verificación de Agustín influirían sobre el pensamiento bélico durante cientos de años —los pensadores se toman su tiempo para desentrañar textos crípticos—, no está tan claro que sirviesen para gestionar realmente alguna guerra futura.[204]

Hay, sin embargo, un asunto de mayor calado que ni siquiera una presentación más clara de las ideas podría haber resuelto: Agustín nunca fue un monoteísta en cuerpo y alma.[205] En efecto, adoraba a la Razón tanto como a Dios, pero nunca mostró que este se sometiese más a aquella que, por ejemplo, Júpiter: «Ambas actitudes son del todo incompatibles». En este caso, Agustín sí se sintió incómodo con la contradicción.

¿Por qué, antes que nada, existe la guerra? Esta refleja, naturalmente, la pecaminosidad del hombre, fruto de su condición derivada de la Caída. No obstante, dado que Dios es todopoderoso, las guerras deben estar también

en consonancia con su voluntad, por mucho que, según Agustín, la acción divina demuestre de manera sistemática el amor de Dios hacia el hombre. Este último debe, de algún modo, sacar provecho de la guerra, justificándola quizá como el castigo que un niño recibe por su propio bien o, si muere en ella, como el rápido acceso a un mundo mejor. Si este es el caso, ¿cómo pueden ser unas guerras justas y otras no? ¿Por qué fijar estándares? Las guerras iluminan el camino, sugiere Agustín, por el que los justos que habitan la Ciudad del Hombre dejan atrás a los injustos y se abren camino hacia la Ciudad de Dios.

¿Qué es lo que distingue al justo del injusto? El pacifismo no, desde luego, pues Agustín considera el servicio militar como algo necesario para sostener el Estado, fuera del cual el cristianismo no sobreviviría. El servicio militar es incondicional: los soldados cristianos deben cumplir órdenes, insiste Agustín, y lo único que pueden hacer es esperar a que estas se ajusten al estándar de justicia. El hecho de que dichas órdenes sean o no reflejo de las circunstancias solo puede dirimirlo Dios. Así pues, incluso las guerras injustas, si se libran en nombre de Cristo, pueden volverse justas.[206] Agustín podría haber estado con los atenienses en Melos. Es una especie de doctor Pangloss,[207] que ve siempre lo mejor en lo peor que pueda suceder.

O, en cualquier caso, eso parecería. Quizá las hojas de verificación de Agustín nos ofrecen la posibilidad de ceder, al menos cuando disponemos de espacio para maniobrar. Al escoger entre orden y justicia, guerra y paz, César y Dios, nos escoramos o inclinamos hacia una dirección u otra. Alineamos aspiraciones y capacidades, pues en el pensamiento agustiniano la justicia, la paz y Dios ocupan la primera categoría; y el orden, la guerra y el César, la segunda.

El alineamiento, a su vez, implica interdependencia. La justicia es inalcanzable en ausencia de orden y la paz puede exigir librar la guerra. Si el hombre quiere alcanzar a Dios, debe apaciguar al César (e incluso convertirlo, como en el caso de Constantino). Cada competencia trae consigo una aspiración que está al alcance de la mano, del mismo modo que las prácticas de Sun Tzu constituyen una atadura para los principios del maestro. ¿Cuál es, no obstante, la naturaleza de esta atadura? En mi opinión, tiene que ver con la «proporcionalidad»: el medio empleado debe ser proporcional y ajustado al fin propuesto, o, al menos, no desvirtuar este.

Agustín, así pues, se decanta por una lógica de la estrategia que trascienda el tiempo, el espacio, la cultura, las circunstancias y las diferencias entre santos y pecadores.

VI

Hace mucho que se da por sentado que Maquiavelo está en el infierno y, lo que es peor, que se encuentra bastante a gusto en él.[208] Esta posibilidad no se le habría ocurrido ni a Agustín ni a muchos de sus coetáneos (más bien, a ninguno). Hipona y Florencia, donde nació Nicolás Maquiavelo en 1469 y donde pasó la mayor parte de su vida, no están demasiado alejadas geográficamente; ambas se encontraban próximas a la periferia de un antes mucho más extenso Imperio romano. Llegado el final del siglo XV, no obstante, la situación había cambiado de la noche a la mañana. Los antiguos emperadores se habían convertido en Papas que administraban un imperio notablemente distinto: una Ciudad del Hombre terrenal hasta la médula, confinada en los estados papales del centro de Italia y, por otro lado, la Iglesia católica romana, una supuesta Ciudad de Dios universal que coexistía desazonada con las soberanías seculares de Europa central y occidental, algunas de las cuales extendían sus dominios, bajo el ojo vigilante del Papa, hacia el sur y el sureste de Asia y el recién descubierto continente americano.

Desde su despacho, que daba a la piazza della Signoria, el joven Maquiavelo, funcionario en alza del gobierno municipal, presenció quizá las celebraciones en honor del también florentino Américo Vespucio, a cuya familia conocía. Maquiavelo inicia sus *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*, que empezó a escribir en 1515, tras perder el favor de sus pares, de este modo: «[…] la tarea de buscar nuevos métodos y recursos [ha] sido siempre tan peligrosa como buscar aguas y tierras ignotas». Esto, sin embargo, no se debe a la ira de Dios, sino a la envidia humana. Agustín se preocupó por ambas. Maquiavelo, encarcelado hacía poco y torturado, teme a Dios menos que al hombre.[209]

No es que no creyera, ni que se mostrara irreverente. En sus escritos alude a menudo a Dios, como solía hacerse en su entorno cultural; pero los

dioses de los antiguos y el Dios cristiano, sugiere taimadamente, podrían haber sido los mismos. Rara vez asiste Maquiavelo a misa, lo que suscita rumores e incluso chistes por parte de sus amigos. Maquiavelo nunca se arroga la tarea de hablar por boca de Dios, ni trata de explicarlo, como hizo Agustín. Salvo por una frase específica y muy relevante de *El príncipe*, el libro que supuestamente habría mandado a Maquiavelo al infierno: «Dios no quiere hacerlo todo».[210]

No se explica muy bien lo controvertido de la frase, pues Maquiavelo se preocupa de apostillar: «[…] para no quitarnos el libre albedrío y la parte de gloria que nos incumbe». ¿No fue el libre albedrío una idea de Dios? ¿No se supone que debe conducir a la redención, que, a su vez, significará la gloria? Preguntas como esta, en el pensamiento de Agustín, van contra su creencia en la omnipotencia divina. ¿Cómo puede existir la libertad en un mundo en el que todo está predeterminado? Molesto con la coexistencia de estos contrarios, trató de reconciliarlos, pero fracasó de forma espectacular.[211] Maquiavelo, sin embargo, se muestra más distendido. Si Dios habló de libre albedrío, por algo sería. ¿Acaso no es arrogancia tratar de ceñirlo a los límites de la razón? ¿No sería liberador para el hombre renunciar a eso?

Podríamos concluir de lo anterior, en la estela de Isaiah Berlin, que Agustín era erizo y Maquiavelo, zorro. Quizá reconoceríamos, alentados por F. Scott Fitzgerald, que Maquiavelo tenía una inteligencia de primera clase y que era capaz de mantener los opuestos en su mente y seguir funcionando, y que Agustín, aun siendo diligente, no se encontraba a esa altura. Ninguna de las dos opiniones parece descabellada. Sin embargo, tal vez sea en el temperamento donde resida una distinción más reveladora aún. Apropiándonos del título de la novela de Milan Kundera, Maquiavelo sí soportaba «la levedad del ser». Para Agustín —acaso por su trauma adolescente con el peral— esto resultaba imposible de aguantar.[212]

VII

¿Qué es la «levedad del ser»? Mis estudiantes dirían que consiste en aprender a «no sudar la camiseta sin razón». Maquiavelo dice lo mismo, con otras palabras:

> No me es ajeno que muchos han sido y son de la opinión de que las cosas del mundo estén gobernadas por la fortuna y por Dios, al punto que los hombres, con toda su prudencia, no están en grado de corregirlas, o mejor, ni tienen siquiera remedio alguno. De ahí podrían deducir que no hay por qué poner demasiado empeño en cambiarlas, sino mejor dejar que nos gobierne el azar. […] Pensando yo en eso de vez en cuando, en parte me he inclinado hacia dicha opinión.

Al final, Maquiavelo se resiste a ser arrastrado por el viento como una pluma: «[…] juzgo que quizá sea cierto que la fortuna sea árbitro de la mitad de nuestro obrar, pero que el gobierno de la otra mitad, o casi, lo deja para nosotros». Cincuenta por ciento a la fortuna, cincuenta por ciento al hombre, cero por ciento a Dios. El hombre está dejado a su merced; además, de manera insegura.[213]

Por su conocimiento del río Arno, que atraviesa Florencia, Maquiavelo sabe que las crecidas pueden causar grandes destrozos. Sin embargo, los hombres son capaces de mirar a largo plazo y atenúan ese peligro mediante la construcción de diques y presas.[214] Dios podrá dar o no su aprobación, pero no se ocupa de la hidráulica. Maquiavelo da a entender que los estados actúan de manera parecida. Si son gobernados ineficazmente, la rapacidad del hombre pronto dará al traste con ellos, ya sea mediante rebeliones internas o guerras exteriores. Sin embargo, si se gobiernan con *virtù* —vocablo personalísimo e intraducible por el que Maquiavelo alude a la planificación ajena a la oración—,[215] los estados pueden restringir —si no controlar totalmente— las maquinaciones del azar.

Las habilidades necesarias son la imitación, la adaptación y la aproximación. Maquiavelo recomienda estudiar la historia, pues «caminando por lo general los hombres por caminos abiertos por otros, e imitando con sus acciones las ajenas […] debe el hombre prudente seguir siempre las vías recorridas por los grandes hombres e imitar a los excepcionales, a fin de que, aun si no se llega a su virtud, un cierto aroma suyo al menos sí desprenda». Ese «aroma» es equiparable con la distinción que Tucídides hace entre el reflejo y el aspecto real, algo que el paso del tiempo agudiza. Y ¿qué hay de la «aproximación»? Según señala Maquiavelo, el dirigente debe «hacer, pues, como los arqueros prudentes, los cuales —considerando lejano en exceso el lugar donde golpear y buenos conocedores del alcance de la virtud de su arco— apuntan mucho más alto del blanco elegido, no para alcanzar con la flecha altura semejante, sino

para con la ayuda de tan alta mira lograr sus designios».[216] Pues la flecha puede desviarse debido a la gravedad, el viento y quién sabe qué más cosas, y el blanco, probablemente, esté en movimiento.

Las verdades eternas tienen poco que ver con todo lo anterior, más allá de la seguridad de que las circunstancias cambiarán. Maquiavelo sabe, como supo Agustín, que lo que tiene sentido en una situación puede carecer de él en otra. Se diferencian, no obstante, en que Maquiavelo, esperando ir al infierno, no intenta resolver esas disparidades. Agustín, esperando ir al Cielo, siente una responsabilidad personal hacia ellas. Pese a sus aflicciones, Maquiavelo a menudo hace gala de cierto sentido del humor.[217] Pese a sus privilegios, Agustín carga con el trágico lastre de la culpa. Maquiavelo suda, pero no todo el tiempo. Agustín suda sin parar.

La «levedad del ser», así pues, es la capacidad, si no de encontrar el bien en las cosas malas, sí al menos de mantenerse a flote, de nadar o de navegar entre ellas, e incluso de tomar las precauciones necesarias para no mojarse. No se trata de ubicar la lógica en los infortunios ni de demostrar que estos tienen lugar por nuestro bien, porque reflejan la voluntad de Dios. Ese sería el razonamiento de Agustín el erizo, el pesado doctor Pangloss de su tiempo.

VIII

A pesar de estas diferencias, Agustín y Maquiavelo convienen en que hay que librar guerras y, por supuesto, en que los estados deben ser gobernados según una serie de procedimientos predeterminados. Ambos saben que las aspiraciones no equivalen a capacidades, y prefieren vincular unas y otras mediante hojas de verificación y no por medio de mandamientos.[218] Agustín podía dedicar años a explicar la racionalidad divina, porque tenía un cargo. Maquiavelo perdió el suyo, así que estaba obligado a ser claro, breve y humilde.

Escribió *El príncipe* poco después de salir de prisión, en 1513. Aún le dolían los hombros, porque lo habían arrojado al vacío seis veces con las muñecas atadas a la espalda. Aquellas eran las «penalidades» a las que Maquiavelo aludía en su dedicatoria a Lorenzo de Médicis, aunque en las

cartas que envió a sus amigos se burla de las torturas que le infligieron.[219] Una de sus especialidades era silbar en la oscuridad.

Lorenzo de Médicis probablemente nunca leyó *El príncipe*[220] —no era el más despabilado de su quinta— y tampoco le habría servido de mucho, porque murió en 1519. Maquiavelo siguió sus pasos en 1527, cinco años antes de que se publicara su obra. Para entonces, 1532, la mala fama de esta era ya universalmente célebre. Se decía de *El príncipe* que justificaba tanto la Reforma protestante como la Contrarreforma católica y no en vano fue incluido en el primer Índice papal de libros prohibidos, aparecido en 1559. Inspiró el desdén de Shakespeare, pero también la simpatía de John Locke y de los Padres Fundadores de Estados Unidos. Fue el cimiento, para bien o para mal, de la «ciencia política» tal y como la entendemos en la actualidad. Todavía hoy sigue quitando el sueño a los estudiantes: «¿Es esto lo que tengo que hacer cuando me gradúe?», se preguntan.[221] Si Agustín nos sorprendía por pecar tanto a pesar de su corta edad, *El príncipe*, aun siendo un libro tan breve, sigue causando hoy un enorme impacto.

IX

La escena más recordada de *El príncipe* tiene lugar en la *piazza* de la ciudad italiana de Cesena, a primera hora de un día de 1502. El gobernador municipal, el español Ramiro de Lorqua, ha sido cortado en dos. Entre las dos mitades de su cuerpo, un cuchillo ensangrentado y un trozo de madera. «Espectáculo tan feroz provocó en aquellos pueblos satisfacción y estupor a un tiempo», recuerda Maquiavelo. César Borgia había nombrado a Ramiro de Lorqua gobernador de la Romaña, con la misión de pacificar aquella rebelde provincia. Este cumplió la orden con tal violencia que jamás contó con la lealtad de su gente. Borgia no solo dejó de contar con los servicios de su subordinado, sino que lo descuartizó y lo expuso en público partido en dos. El impacto y el asombro hicieron su efecto: a cambio de una vida, se salvaron otras que se habrían perdido de estallar la revuelta. «Así pues, de reunir yo todas las acciones […], no sabría reprenderlo», concluye Maquiavelo refiriéndose a César Borgia.[222]

Resulta fácil dar por hecho, aunque no lo podríamos saber con seguridad, que Agustín hubiese objetado: si ningún padre castigase a su hijo, «¿cuántos crecerían convirtiéndose en jóvenes insufribles?».[223] Esa «benévola dureza» busca un bien mayor. El acto puede ser violento —lo fue para Ramiro de Lorqua y al niño puede parecérselo el castigo—, pero no es indiscriminado (o no debería serlo). El principio, tanto para Agustín como para Maquiavelo, es reflejo del sentido común: si hemos de usar la fuerza, no destruyamos lo que estamos intentando proteger.[224]

Había cierta macabra proporcionalidad en la exposición a la intemperie de las partes del cuerpo de Ramiro de Lorqua ordenada por Borgia. Esta idea aparece en otros pasajes de *El príncipe*. Maquiavelo alaba a los gobernantes que usaron la violencia como medio para lograr un fin —algunos ejemplos son Moisés, Ciro, Rómulo o Teseo—, pero desprecia a Agatocles de Sicilia, quien amaba tanto la violencia que la convirtió en un fin en sí mismo: «No cabe llamar virtud […] a dar muerte a sus ciudadanos, traicionar a los aliados, faltar a la palabra, a la clemencia, a la religión; procedimientos así permiten adquirir poder, mas no gloria».[225]

Esa «gloria mayor», nos recuerda Agustín, es «detener la misma guerra con una palabra y no aniquilar a un hombre con una espada». Sin embargo, Maquiavelo señala cuán raramente resulta esto posible, pues «un hombre que quiera hacer en todo profesión de bueno […] acabará hundiéndose entre tantos que no lo son». Son, en efecto, muchas las gentes que no son buenas, reconoce Agustín, y por esta razón las que sí lo son deben buscar la paz derramando sangre. El privilegio mayor es ahuyentar «la calamidad que otros necesitan causar». Maquiavelo está de acuerdo, pero matiza que es tan infrecuente que el príncipe goce de este privilegio que, si desea mantenerse en el poder, ha de «aprender a ser capaz de no ser bueno» y usar esa capacidad o no «según las necesidades».[226] Y según la condición del hombre, un ser fruto de la Caída, susurraría Agustín. Como le convenga al hombre, simplificaría Maquiavelo. «No sudes la camiseta sin razón. Sigue adelante.»

Tanto el santo Agustín como el pecador Maquiavelo ven la proporcionalidad como un camino. Para aquel, esta muestra al gobernante —por muy hundido que esté en la iniquidad— el camino de vuelta desde la Ciudad del Hombre hasta la Ciudad de Dios. Maquiavelo, por su parte, no se imagina comunidades «que nadie ha visto ni conocido jamás realmente»,

[227] pero sí busca la *virtù*, es decir, hacer lo necesario cuando es necesario, valga la redundancia, pero no quedar a merced de esa necesidad. Es aquí donde Maquiavelo se muestra más original y más valiente.

Como indica su prologuista y traductor al inglés, Harvey C. Mansfield: «La justicia es tan razonable como la prudencia que permite al individuo saber qué debe adquirir para sí o a lo que debe someterse, pues los hombres no pueden permitirse la justicia en ningún sentido que trascienda la conservación de su integridad».[228] Por sus cualidades literarias, al cauteloso florentino le habría gustado la *Historia de dos ciudades*, de Charles Dickens. Sin embargo, habría tachado de negligente a Sydney Carton, el protagonista, por entregarse de forma tan galante, al final de la novela y al son de las agujas de hacer punto, a su propia decapitación.[229]

X

Los estados no pueden permitirse tal irresponsabilidad, por lo que reclaman estrategias. Estas no pueden depender, insiste Maquiavelo, de que sepamos discernir la voluntad de Dios: es «presuntuoso y temerario» siquiera intentarlo.[230] El hombre debe arreglárselas solo, pero para eso necesita príncipes, y estos, consejeros. El consejero no puede decir al príncipe lo que debe hacer, pero sí sugerir lo que ha de conocer. Para Maquiavelo esto significa buscar patrones en el tiempo, el espacio y la condición mediante la alteración de la perspectiva. «[…] al igual que quienes dibujan el paisaje se sitúan en la llanura para calibrar la naturaleza de los montes y de los lugares elevados, y sobre los montes para calibrar la del llano, del mismo modo es menester ser príncipe para conocer a fondo la naturaleza de los pueblos, pero ser del pueblo para conocer a fondo la de los príncipes.»[231]

Los bosquejos, tal y como los ve Maquiavelo, transmiten complejidad, pero de forma que esta resulte útil. No son la realidad; ni siquiera constituyen representaciones bien terminadas, pero transmiten información esencial —aunque incompleta— a corto plazo. Los bosquejos mejoran el buen juicio, aunque jamás lo reemplazarán. Como las hojas de verificación de Agustín, muestran los rumbos posibles al príncipe y le informan sobre hacia qué lado escorar al equilibrar los opuestos. Los bosquejos «atan» las

prácticas a los principios en un futuro no desconocido y muestran cómo unas y otros estuvieron atados entre sí en un pasado que sí es conocido.

Se puede conquistar un país, argumenta Maquiavelo, «desbaratando» su régimen y «eliminando» el «linaje» de la familia gobernante. El conquistador puede instalarse en él y gobernarlo personalmente. O puede dejar que la gente del país viva «según sus leyes, gravándolos con una renta y creando en su interior una oligarquía que los vincule a tu suerte». Esto tiene mucho sentido, pues «más fácilmente se mantiene una ciudad habituada a vivir libremente por medio de sus ciudadanos que de cualquier otro modo, de desear preservarla».[232]

Maquiavelo no es un adalid de la democracia en su sentido moderno, pero se muestra más inclinado al consenso que a la violencia. Los «notables» —dice, refiriéndose a la nobleza— desearán en todo momento oprimir al pueblo, pero este no desea ser tiranizado. Así pues, ¿en dónde debe situarse el príncipe exactamente dentro de este espectro? La respuesta de Maquiavelo es sencilla e incluso cuantificable: «de enemistarse al pueblo, el príncipe jamás podría estar seguro, por ser demasiados. Con los notables, que son pocos, sí podría».[233]

Eso no implica que haya que hacer la corte a la plebe: en general, «es mucho más seguro ser temido que amado», pues el amor «se mantiene merced al vínculo de la obligación, que la mezquindad de los hombres rompe siempre[…], en tanto al temor lo mantiene el miedo al castigo, del que nunca te logras desprender». La crueldad, no obstante, deberá administrarse de manera expeditiva —de ahí la lógica de choque y temor—, mientras que los «favores deben procurarse paso a paso, a fin de saborearlos mejor». Por eso el príncipe ha de aprender cuándo no tiene que ser bueno: la gestión del tiempo lo es todo.[234]

Maquiavelo, así pues, abraza una moral utilitaria: hay que emprender acciones proporcionales al objetivo, no para seguir avanzando de una neblinosa ciudad a la siguiente, sino porque algunas cosas se han revelado eficaces y otras, no.[235] Agustín es un politeísta que no ha salido de su encierro y hace incómodos malabarismos con las incompatibilidades entre Dios y la Razón. Maquiavelo, por su lado, sale de él y se declara monoteísta para, ante todo, minimizar los daños. Si alaba la duplicidad es porque le resulta útil: ¿de qué otra manera puede uno reconciliar las contradicciones de la propia política o de la propia mente, si no está dispuesto a orar?

Maquiavelo siempre es sincero, pero pocas veces tiene tacto. Como ha escrito uno de sus biógrafos, Maquiavelo es «el hombre menos maquiavélico de todos».[236]

XI

Pero ¿cuál es, entonces, el «objetivo»? En mi opinión, se trata de la visión que Agustín tenía de la justicia, que ha de ser precedida por el orden. Solo el Estado puede aportar la estabilidad necesaria, pero Agustín atribuye esa capacidad únicamente a Dios. Maquiavelo no es ateo, pero su Dios no dirige estados. Que la Iglesia católica siga teniendo un Dios —aunque muy menoscabado en comparación con el de los emperadores romanos cristianos — constituye una realidad que interesa, exaspera y, en ocasiones, divierte a Maquiavelo, pero a la que no sitúa en el futuro. En efecto, este culpa a la Iglesia por dividir la península Itálica, cuando en otras partes se organizan estados a partir no solo de ciudades, sino de culturas, de idiomas o de civilizaciones emergentes.[237]

¿Quién se encargará de vigilar a estos? Lo harán por sí mismos, replica Maquiavelo, mediante el equilibrio de poderes. En primer lugar, se dará un equilibrio entre los estados individuales, a diferencia de lo que ocurre en la tradicional voluntad universalista tanto romana como católica. Maquiavelo anticipa la política de Estado de Richelieu, Metternich, Bismarck, George F. Kennan y Henry Kissinger. Entronizada formalmente en 1648, con el tratado de Westfalia, esta manera de entender la política desdeñaba la configuración interna de los estados y otorgaba importancia únicamente a su conducta en el escenario internacional.[238]

Sin embargo, Maquiavelo da al equilibrio una segunda lectura, más sutil, y expresada en los *Discursos* de manera más explícita que en *El príncipe*:

> Y sin duda [el] bien común no se logra más que en las repúblicas, porque estas ponen en ejecución todo lo que se encamine a tal propósito, y si alguna vez esto supone un perjuicio para este o aquel particular, son tantos los que se beneficiarán con ello que se puede llevar adelante el proyecto pese a la oposición de aquellos pocos que resultan dañados.[239]

Esta idea de equilibrio interno, dentro del cual la competitividad fortalece a la comunidad, no aparecería de nuevo hasta que Adam Smith nos descubriera «la mano invisible» en *La riqueza de las naciones* (1776) y hasta que, luego, los Padres Fundadores escribieran sobre los *checks and balances* —el consabido sistema estadounidense de control y equilibrio del poder público— y los justificaran después en *Los artículos federalistas* (1787-1788). Y reapareció cuando Immanuel Kant vinculó la república con la paz en *Sobre la paz perpetua* (1795). De todo lo anterior surgiría en el siglo XX la idea de un sistema internacional coherente tanto con el orden como con la justicia, algo que, por su parte, Agustín había previsto mucho antes.[240]

No estoy afirmando que Agustín influyese en Maquiavelo, que influyó en el tratado de Westfalia, el cual influyó en el presidente estadounidense Woodrow Wilson: la historia no exige herencias directas. Sin embargo, estos mil seiscientos años buscando justicia —la aspiración— mediante el orden —la capacidad— nos empuja a pensar en un patrón que se repite: Tucídides lo habría considerado una de sus similitudes recurrentes, siendo la naturaleza humana como es.

De lo anterior se concluyó entonces que una destilación de la justicia y el orden, presentada de manera concisa, clara y centrada, permitiría a los estados prepararse para el futuro. Este fue el estándar que mejor cumplía Maquiavelo: *El príncipe*, parafraseando a Pangloss, es el mejor informe sobre políticas; más aún si tenemos en cuenta que su autor jamás en la vida confundió el «poder» (*power*) con el PowerPoint™.

XII

Tanto los siberianos de Kennan como el santo Agustín y el pecador Maquiavelo diseñaron estrategias para la salvación: los primeros para evitar la ventisca, los terremotos, las enfermedades, la hambruna y las luces del cielo nocturno; el santo, para librarse del desorden en este mundo y del fuego del infierno; el pecador, para esquivar a los gobernantes incompetentes y a los estados fallidos que gobernaban. Los siberianos sacrificaban animales para satisfacer a los dioses. El santo buscaba la Razón

en un Dios único. El pecador se las arreglaba sin dioses en general (sin Dios). Los siberianos contaban con rituales propiciatorios no escritos. Agustín cartografió ciudades imaginarias en un gran libro. Maquiavelo confeccionó un informe para un príncipe cuya capacidad de reflexión no se acercaba ni de lejos a la de sus futuros lectores.

Todos ellos eran métodos con prescripciones: «Haz esto y luego aquello». Todos ellos relacionaban el pasado con el futuro: «Esto funcionó en otras ocasiones, así que merece la pena probarlo de nuevo». Todos ellos empleaban hojas de verificación: «Antes de hacer nada, reflexiona sobre lo que estás intentando hacer y cerciórate de que tienes todo lo que necesitas». No puedes ni debes hacerlo todo, en cualquier caso, así que habrás de escoger: «Esto es lo que nos podemos permitir» o «Esto es lo correcto». Hay que establecer una relación proporcional entre aspiraciones y capacidades. Unas y otras se oponen entre sí —las primeras no tienen límites, las segundas están bien acotadas—, pero deben unirse. Y esto ocurre solo cuando somos capaces de darle cabida en nuestra mente de manera simultánea.

No es fácil. Agustín fracasó al intentar demostrar cómo la omnipotencia divina coexistía con la libertad del hombre. Maquiavelo resolvió ese problema —Dios no quería hacerlo todo—, pero creó otro al dejar tan poco que hacer a Dios. Los cabos sueltos siguieron así, lo que generaba un gran desasosiego, hasta que, en 1953, Isaiah Berlin pronunció una conferencia titulada «La originalidad de Maquiavelo».[241] Pese a su título, el ensayo que nació de aquella conferencia quiso reconstruir las ciudades de Agustín sin siquiera mencionarlas.

«¿Por qué había molestado Maquiavelo a tanta gente a lo largo de tantos años?», se preguntaba Berlin. En la Inglaterra isabelina se prohibió unas cuatrocientas veces la impresión de su obra.[242] (En efecto, mis estudiantes no fueron los primeros en perder el sueño por culpa de *El príncipe*.) Maquiavelo carecía de tacto, está claro, pero advierte, pensando en la sensibilidad de algunos lectores, que no «adornará ni recargará» su prosa.[243] Era un hombre con pocas ilusiones, pero fue Hobbes, no obstante, quien calificó la vida de «solitaria, pobre, desagradable, brutal y corta».[244] Maquiavelo no disimulaba las realidades más ásperas, pero fue Agustín quien decía de los bebés que no hacían daño a nadie por «la debilidad de [sus] miembros».[245]

Berlin concluye que la gran transgresión de Maquiavelo fue confirmar lo que todo el mundo sabe, pero nadie quiere reconocer: que los ideales «no pueden alcanzarse». La política de Estado, por tanto, jamás podrá equilibrar realismo e idealismo: solo existen los realismos que compiten entre sí. Y ningún Estado respeta las enseñanzas cristianas con respecto a la salvación de las almas. Las incompatibilidades son irreconciliables. Negarlo es, como Maquiavelo pensaba y como Berlin dijo, «vacilar, quedarse a medias entre una cosa y otra, y acabar sometido al fracaso y la debilidad».[246]

¿Qué hacer entonces? Ayudó que Maquiavelo y Berlin gozasen de cierta levedad del ser, pues su respuesta coincide: no sudes la camiseta sin razón. Aprende a vivir entre contradicciones. Maquiavelo no muestra «ningún rastro de agonía», señala Berlin, y él tampoco: los «anacoretas» siempre pueden practicar sus virtudes en el desierto, mientras que los mártires «obtendrán su recompensa en el más allá». Maquiavelo «se interesa por los asuntos públicos; por la seguridad, la independencia, el éxito, la gloria, la fuerza, el vigor, la felicidad en este mundo y no en el otro; en el presente y en el futuro tanto como en el pasado; en el mundo real, no en uno imaginario».[247]

Y así pues, salvo por los eremitas encaramados en áridas columnas, la Ciudad de Dios de Agustín no existe ya sobre la Tierra. Y la Ciudad del Hombre, que la sobrevive, no es capaz de enfilar la senda de la salvación. «En principio, es falso que pueda descubrirse una solución correcta y objetivamente válida a la cuestión de cómo los hombres deben vivir», razona Berlin. Maquiavelo socavó el cimiento «sobre el cual se levantaban las creencias y la vida occidental». Fue él quien «prendió la mecha fatal».[248]

XIII

¿Fatal para qué? Según muestra Berlin, la fe ha demostrado ser una solución puntual que ha conducido «tanto a católicos como a protestantes, tanto a conservadores como a comunistas, a defender barbaridades que le helarían la sangre a cualquier persona corriente».[249] Maquiavelo tenía la sangre más fría de lo normal (ensalzaba a César Borgia, por ejemplo) y se

negaba a condenar la tortura, pese a haberla sufrido (Agustín tomó una postura similar, pero él nunca fue torturado).[250] Maquiavelo se mostró muy cuidadoso, no obstante, y «relativizó» las barbaridades. Estas solo debían prevenir horrores aún mayores: revoluciones violentas, derrotas bélicas, anarquía, matanzas o lo que hoy llamaríamos «genocidio».

Berlin ve en esto una «economía de la violencia», es decir, el sostenimiento de una «reserva de fuerza en la retaguardia para mantener las cosas funcionando, de manera que las "virtudes" admiradas por Maquiavelo y los pensadores clásicos a los que apela sean protegidas y se les permita florecer».[251] Berlin no usa el plural de manera fortuita, pues, al menos en lengua inglesa, ese plural se acerca más que el singular a la *virtù* maquiavélica, al dar a entender que no existe una única norma según la cual los hombres deban vivir.

«Son muchos los fines que el ser humano puede perseguir sin perder su plena racionalidad y su capacidad de comprensión […] y seguir extrayendo luz unos de otros», insiste Berlin. De no ser así, las civilizaciones coexistirían «en burbujas impenetrables» y resultarían incomprensibles para los foráneos. «La comunicación en el tiempo y en el espacio entre culturas resulta posible solo porque lo que nos hace humanos es común a todas ellas y actúa como puente entre unas y otras. Sin embargo, nuestros valores son nuestros y los de los otros, de los otros.»

Aquí residen, por tanto, las raíces de la tolerancia, «concepto nacido históricamente al concluir que distintas creencias igualmente dogmáticas resultan irreconciliables, siendo improbable en la práctica la victoria total de cualquiera de ellas sobre la otra». Estas raíces se extienden a lo largo del tramo más doloroso —como tratando de alcanzar una espaldera a la que aferrarse— entre lo que exige la vida pública y lo que la vida privada permite: solo los anacoretas, sobre sus columnas, están por encima de la política.

Quizá existen otros mundos en los que todos los principios sigan una armonía, pero «nosotros vivimos en la Tierra, y es aquí donde debemos creer y actuar».[252] Al hacer añicos la certeza, Maquiavelo nos muestra cómo. «Desde que salió a la luz, este dilema ha arrebatado la paz a los hombres», concluye a la ligera Berlin. «Pero hemos aprendido a vivir con él.»[253]

5
LOS PRÍNCIPES PIVOTES

El diccionario define «pivote» de la siguiente manera: «Extremo cilíndrico o puntiagudo de una pieza, donde se apoya o inserta otra, bien con carácter fijo o bien de manera que una de ellas pueda girar u oscilar con facilidad respecto de la otra».[254] La posteridad ha considerado durante mucho tiempo a Agustín y a Maquiavelo pivotes de la historia del pensamiento «occidental», pues ambos cambiaron con efecto duradero las relaciones a largo plazo entre el alma y el Estado. Sin embargo, ninguno de los dos previó nada de esto. Les habría sorprendido mucho saber que eclipsarían con su fama póstuma a los príncipes a quienes servían.

Para estos era imposible pensar en la anonimidad en vida. Hasta sus súbditos más humildes habían oído hablar de ellos. Los nobles se postraban ante su trono. La salud, la estabilidad mental y las hazañas reproductivas de los príncipes podían hacer crecer la fe o que las naciones se desplomaran: fueron las celebridades globales de su tiempo. La sociedad pivotó en torno a ellos durante siglos;[255] pero no de la misma manera.

En algún lugar de Inglaterra, a finales del siglo XVI, un joven noble llega tarde a un banquete. Resollando tras la carrera, se arrodilla ante el invitado de honor, inclina la cabeza, avergonzado, y le ofrece un aguamanil con agua de rosas.

> Era una mano memorable; una mano delgada con largos dedos siempre arqueados como alrededor del orbe o del cetro; una mano nerviosa, perversa, enfermiza; una mano autoritaria también; una mano que no tenía más que elevarse para que una cabeza cayera; una mano, adivinó, articulada a un cuerpo viejo que olía como un armario donde se guardan pieles en alcanfor; cuerpo aún recamado de joyas y brocados, y que se mantenía bien erguido aunque con dolores de ciática; y que no flaqueaba aunque lo ceñían mil temores; y los ojos de la Reina eran de un amarillo pálido.

Efectivamente, es ella, Isabel R., como solía firmar. Aunque se trata de una ficción —la juventud seguirá siendo joven, debido, quizá, a una inesperada transformación de género, hasta bien entrado el siglo XX—, este pasaje de *Orlando*, la biografía-novela de Virginia Woolf, nos acerca a la gran reina madura todo lo que podríamos desear desde nuestra distancia.[256]

Mientras tanto, en España se recuerda a un rey durante su funeral, y se le trata de tejedor manual. Puede parecer este un oficio sencillo, insiste el panegírico, «pero en realidad es muy difícil». Las extremidades deben coordinarse mientras los ojos permanecen enfocados y el cerebro sigue la pista del tejido, ya que cualquiera de los innumerables hilos puede deshilacharse, enredarse o romperse en cualquier momento.

> Siempre trabajó en vida, con las manos escribiendo, con los pies caminando, el corazón repartido en hilos. Un hilo en Flandes, otro en Italia, otro en África, otro en el Perú, otro en la Nueva España, otro en los ingleses católicos, otro en la paz de los príncipes cristianos, otro en las aflicciones del [Sacro] Imperio [Romano Germánico] […] Quebrose el hilo de las Indias, prisa a atarlo; quebrose el hilo de lo de Flandes, correr a su remedio; y con estar tan atento y tan divertido en tantos hilos. […] Oh, excelencia de rey y nunca en otro hallada […]

El rey era Felipe II; la fecha, 1598. El sermón del doctor Aguilar de Terrones, a diferencia del homenaje de *Orlando*, es real.[257] La metáfora de este coincide, sin embargo, con la de Woolf en su evocación del personaje y, de manera implícita, en cuán divergentemente pueden pivotar los mandatos de un príncipe y otro.

Felipe se apresura de crisis en crisis, rara vez descansa y nunca posee el control total. Está achicando agua y las vías se multiplican en el barco. Isabel, en cambio, se niega a darse prisa. Achicará cuando deba —si esa mano se levanta, las cabezas pueden rodar, ya lo sabemos—, pero es ella quien fija los tiempos y los lugares. Se resiste a gastar de manera innecesaria recursos, energía, reputación e, inusualmente en un monarca, la virginidad. Como a Penélope en la *Odisea*, la acosan los pretendientes. Sin embargo, a diferencia de aquella, Isabel teje estrategias, no sudarios.[258]

El rey, agustiniano, ve su imperio como un sudario que une la Ciudad del Hombre con la Ciudad de Dios, de la que ninguna parte es prescindible. «Antes de sufrir la menor cosa en perjuicio de la religión o del servicio de Dios, perdería todos mis estados y cien vidas que tuviese», llega a jurar en cierta ocasión.[259] La reina, más maquiavélica, considera su Estado (que

no es aún imperio) un escenario de actuación más que una reliquia sagrada.[260] «Tened por seguro que seré tan buena con vosotros como lo puede ser una reina […] por la seguridad y tranquilidad de todos no dejaré de verter mi sangre, si fuera necesario.»[261] Felipe promete obediencia a Dios, no a sus súbditos. Isabel sirve a sus súbditos, adaptando a Dios a sus intereses. El rey, mirando al cielo, venera. La reina, con los pies en la tierra, calcula. Las diferencias ponen a prueba las ideas de Agustín y de Maquiavelo frente a las exigencias impuestas por el arte de gobernar en los albores de la Era Moderna.

I

Ambos monarcas habrían asimilado la doctrina agustiniana por medio del catolicismo —Felipe con avidez, Isabel a regañadientes (era, cómo dudarlo, hija de Enrique VIII)— y ambos podrían haber leído a Maquiavelo. Carlos V, emperador del Sacro Imperio Romano Germánico, había estudiado meticulosamente *El príncipe* y las obras del florentino figuraban, sin duda, en la biblioteca de su hijo Felipe II, aunque en la balda de los libros prohibidos por el Papa. Las traducciones al inglés de Maquiavelo le granjearon a este la peor de las famas en Inglaterra durante los años de adolescencia de Isabel, aunque ella, que se desenvolvía bien en distintas lenguas, pudo haberlo leído en el original toscano.[262] Ni ella ni Felipe hablan sobre este libro. Sin embargo, queda bastante claro dónde se ubicaron dentro de cada una de sus respectivas tradiciones.

La princesa Isabel, que no había cumplido aún veinte años, refunfuñaba abiertamente cuando la obligaban a asistir a misa, tras el ascenso al trono de su hermanastra católica María, en 1553.[263] Cuando llevaba reinando cinco años, Isabel dejó de ir a las ceremonias que no le agradaban y corregía en voz alta las homilías que escuchaba. Una de sus primeras decisiones fue reinstaurar el *Libro de Oración Común* escrito por su padrino, Thomas Cranmer, debido al cual la reina María lo había enviado a la hoguera. Como su padre, Isabel no quería abolir el catolicismo inglés, sino «nacionalizarlo» al oponerse a la autoridad papal sobre el Estado que

gobernaba. Después de todo, aquello era —aparte de una colonia irlandesa que ya se resquebrajaba— lo único que tenía.[264]

Cuando Carlos V abdicó (1555-1556), gobernaba en tantos lugares que tal vez no los recordaba todos: España, sus territorios del Nuevo Mundo (los virreinatos de México y del Perú), los Países Bajos, Borgoña, amplios territorios de Italia, Austria, Hungría y Bohemia, así como posesiones a lo largo de la costa norteafricana y lo que más tarde serían las islas Filipinas. Felipe II heredó la mayor parte de estas posesiones,[265] junto con una disculpa de su padre por la brecha «descomunal» que había dejado entre ingresos y gastos. En cualquier caso, el nuevo monarca no debía renunciar a nada y el «honor y reputación» lo eran todo. Al cuadrar este círculo, Felipe hubo de poner su fe en «lo que es más cierto, que es Dios».[266] A este le correspondería encontrar el camino.

«Non sufficit orbis», rezaba la medalla que Felipe mandó acuñar en 1583, después de haberse anexionado Portugal y sus colonias de ultramar.[267] La frase original hablaba de Alejandro Magno, pero, en realidad, describe de manera más certera el mundo de Felipe II, sobre cuyo imperio no se ponía el sol. Pero ¿cómo podría gobernar un solo rey tantas tierras? Felipe controlaba un territorio mucho mayor que Isabel; por esa razón, se esperaría que aquel viese claramente que la mejor solución, en su caso, era la delegación de funciones. Sin embargo, ocurrió al revés. Fue Isabel la que recurrió a esta.

Isabel cedió su autoridad a sus cortesanos favoritos, a miembros complacientes de su Iglesia, a los nobles adinerados, a navegantes emprendedores o a cualquier otro súbdito que le fuera cercano, tanto en asuntos de fe como de opinión.[268] Ni siquiera diseñó un palacio propio: simplemente ocupó o pidió prestados los que le gustaban. En esto siguió al pie de la letra a Maquiavelo: si ni siquiera Dios quería hacerlo todo, ¿por qué iba a querer ella? Bastaba con causar asombro, poner límites y, como Augusto, dejar que las cosas crecieran, conservando la propia autonomía con la mayor habilidad posible y demostrando ferocidad cuando fuese necesario.[269]

Felipe, como Agustín, veía la mano de Dios en todo lo que ocurría a su alrededor, lo que identificaba de manera vitalicia los intereses del creador con los del monarca. La autoridad, por lo tanto, difícilmente podía compartirse, pese a que las órdenes del emperador tardasen meses en

cumplirse a lo largo y ancho de aquel imperio global. ¿Y los palacios? Felipe participó en el diseño del monasterio de San Lorenzo de El Escorial, el más grande habitado jamás por un rey, lo llenó de reliquias y se aisló rodeado de ellas, incapaz de ver más allá de las responsabilidades y de la burocracia que lo asfixiaban.[270]

La gobernante de un micro-Estado que macrogestionaba, por tanto, coexistió con el gobernante de un macro-Estado que microgestionaba. Esto carecía de sentido desde el punto de vista de la geografía, de la logística o de las comunicaciones. Sí lo tenía, sin embargo, como reflejo de la forma de pensar de cada uno y, por tanto, de dos filosofías opuestas sobre el alineamiento de almas y estados, hasta el punto de que el futuro del mundo —aún regido desde Europa— pivotaría en torno a esa oposición.

II

Felipe fue en una ocasión rey de Inglaterra y quiso volver a serlo. La reina María se casó con él en 1554, con la esperanza de obtener un heredero que ligase su Estado a las grandes potencias católicas de Europa. Carlos V, quien seguía siendo Sacro Emperador Romano Germánico, veía con buenos ojos la unión y Felipe, que no era aún rey de España, estuvo, cómo no, de acuerdo. Sin embargo, el único embarazo de María desembocó en un aborto y Felipe, cuya autoridad en Inglaterra le era dada por vía matrimonial, no pasó mucho tiempo en las islas. El matrimonio con un príncipe extranjero había hecho impopular a María, que terminó de ganarse la animadversión del pueblo por mandar a la hoguera a Cranmer y a cientos de herejes y por perder Calais, la última posesión inglesa en la Europa continental, ocupada por los franceses en 1558. María murió al año siguiente y sus exequias fueron breves. Con su muerte, Felipe, gobernante de pleno derecho de un imperio que daba vuelta al planeta, perdía su autoridad nominal sobre aquella pequeña isla poco soleada.[271]

La posición de Isabel había sido muy precaria durante el Gobierno de la reina María. Era hija de Ana Bolena, a quien Enrique VIII había desposado, repudiado y decapitado, y no podía reclamar el trono con argumentos claros. Isabel mostraba poco respeto por el catolicismo romano que María

trataba de restaurar. Tuvo conocimiento de conspiraciones para derrocar a la reina, si bien no participó en ellas. El principal peligro que Isabel planteaba, no obstante, estaba relacionado con la popularidad: la princesa sacaba todo el partido posible a sus diferencias con la reina católica y hacía gala de un carácter propenso a la representación.[272] La reina María la tenía en un limbo: a veces la recibía calurosamente y otras la sometía a arresto domiciliario (en un castillo, eso sí) y llegó a encerrarla en la torre de Londres. Isabel creyó que terminaría en el cadalso, como su madre.

Su protector más influyente fue Felipe. De haber muerto María sin descendencia —o si sus hijos morían en el parto, como era habitual entonces—,[273] el rey español prefería como reina de Inglaterra a Isabel que a su prima, María Estuardo, supuesta heredera al trono escocés. María Estuardo había crecido en Francia, el mayor rival de España, y había estado prometida durante mucho tiempo con Francisco, hijo de Enrique II. También existía la posibilidad, en caso de reinar Isabel, de que Felipe, viudo, pudiera unirse a ella en matrimonio. A medida que empeoraba la salud de la reina María, Inglaterra oscilaba entre dos grandes esferas de influencia: la francesa y la española. Felipe sabía de qué lado quería que terminase.[274]

Y ¿qué sucedía con Isabel? Se sentía muy satisfecha con su condición de princesa soltera,[275] pero, cuando accedió al trono, en noviembre de 1558, todo el mundo esperaba que siguiese el ejemplo de María y se casara, así como que fuese más afortunada que esta y diese a luz a un heredero. El padre de ambas, después de todo, había hecho de la sucesión por el linaje una prioridad tal que le había llevado a ejercer la violencia. La solución que a estos problemas daban en la antigua Roma, la adopción, podría haberle ahorrado muchos quebraderos de cabeza, pero había caído en desuso desde hacía tiempo. Salvo algunas excepciones,[276] la legitimidad solo la otorgaba nacer en una cuna real.

No recurrir al linaje resultaba más infrecuente aún, si cabe, entre las reinas gobernantes. Los matrimonios de Enrique VIII habían sido realmente inciertos para sus consortes, pero no habían puesto la vida del monarca en peligro. Sin embargo, Isabel sabía que arriesgaría su vida en cada potencial embarazo. Si estos fuesen bien, su independencia —que ella valoraba no menos que su padre— chocaría de frente con la presunción casi universal de que las esposas debían ceder ante sus maridos. María, la única con

derecho a reinar, había permitido, por ejemplo, que Felipe la arrastrase a una guerra contra Francia en la que se perdió Calais.

Isabel no podía casarse con un valido inglés sin provocar el enfurecimiento de los demás. Casándose con un extranjero evitaría ese problema, pero originaba otro. El aspecto físico tenía su importancia e Isabel prefería a hombres de apariencia agradable. Sin embargo, la distancia dificultaba que las futuras parejas reales pudiesen verse antes de las capitulaciones matrimoniales. Y los retratos en la era anterior a la fotografía podían resultar desastrosamente engañosos. Recordando la repulsión que sintió Enrique VIII al conocer personalmente a su cuarta esposa, Ana de Cléveris, unos días antes de casarse con ella, Isabel insistió en su desconfianza hacia los «retratistas».[277]

Ella había conocido a Felipe cuando este se encontraba en Inglaterra y sabía —aunque nunca quiso reconocerlo— que él intentaba protegerla.[278] Felipe no perdió tiempo tras la muerte de María y se apresuró a proponer matrimonio a Isabel, pero la nueva reina lo rechazó, señalando muy educadamente que ambos reinos podrían mantener la relación de amistad que él deseaba sin que hubiera una boda de por medio. El rey reveló a su camarilla que su verdadero propósito era «servir a Dios impidiendo que aquella dama cambiase la religión según tenía planeado». El propósito de Isabel era, en efecto, independizarse de Roma. La disparidad se hizo evidente en cuestión de meses, tras la coronación de Isabel. Felipe propuso entonces matrimonio a Isabel de Valois, hija de Enrique II, que se convirtió en su nueva esposa.[279]

Durante el siguiente cuarto de siglo, Isabel recibiría propuestas de una docena de pretendientes,[280] a los que rechazó tras algunos coqueteos de distinta intensidad. Sus motivos siguen sin aclararse. Quizá temía mantener relaciones sexuales o dar a luz. Quizá la atormentaban los matrimonios de su padre. Quizá no deseaba compartir el trono con nadie, por muchos derechos matrimoniales que tuviera. Quizá pospuso la decisión hasta que fue demasiado tarde, pues barajó diversas propuestas hasta entrados los cuarenta.[281] Sin embargo, la explicación más plausible es que Isabel valoraba mucho la capacidad de pivotar. Su estrategia, según el historiador Garrett Mattingly,

> […] consistía en disponer en torno a ella a cortesanos y a consejeros, a diplomáticos y a enviados, a reyes y a poderosos del continente, según un patrón tan historiado como bien trabado, con un equilibrio tan delicado y astuto que cada uno de ellos terminaba solo interactuando con sus vecinos y a ella la dejaban tranquila.[282]

El precio, desde luego, era la soledad: la tirantez de ese cuerpo «asaeteado por mil miedos». Los intereses de Felipe se correspondían, en sus adentros, con los de Dios; de igual modo, los de Isabel eran los de su modesta isla-Estado que, no obstante, pivotaría hasta adquirir relevancia global.

III

Felipe era más alfiletero que pivote. Se enteró de la muerte de María durante unas maniobras para hacer frente a un ataque francés contra los Países Bajos. También su padre, Carlos, acababa de morir en España, al poco de abdicar. El futuro del catolicismo en Inglaterra estaba en juego, pero Felipe había descuidado demasiado tiempo su patria. Desalentaría en gran medida a los neerlandeses, sin embargo, que se marchase sin lograr la paz: «Mi presencia aquí no contribuye en medida alguna para ganarlos a la causa, no obstante […] creo que les placería cualquier otro soberano que no fuese yo». Estos confirmaron la sospecha recortando su contribución a la Corona española, mientras que su hermana Juana de Austria, regente en España, rechazó de plano enviar más fondos. Felipe temió estar siendo objeto de burla y, aun así, como monarca absoluto no tenía por qué reconocer «a ningún superior temporal en esta Tierra».[283]

¿Cómo podía Felipe no tener ningún superior, pero verse paralizado por diferentes limitaciones? Uno de los motivos es que su familia, los omnipresentes Habsburgo, habían potenciado siempre los vínculos dinásticos más que la proximidad geográfica, el interés económico o las afinidades culturales: conquistaban a golpe de matrimonio. Como resultado, Felipe gobernaba sobre un mosaico de gentes que le guardaban poca lealtad y, además, dependía de los impuestos que recaudase de ellas.[284] El hecho de que sus distintos territorios no colindaran complicaba aún más el problema y tampoco ayudaba la reticencia del rey a la hora de delegar. Su mente podía estar en varios lugares a la vez, de ahí los múltiples dilemas.

Ni siquiera Dios podía hacer que el cuerpo del monarca pudiera comportarse de la misma manera.

En el continente europeo, los romanos administraron un territorio europeo mayor que el del Imperio español, así como pueblos igualmente diversos, y podría decirse que lo hicieron con mayor eficacia. Sin embargo, sus territorios colindaban, sus administradores no consideraban la delegación de autoridad una negligencia de índole religiosa y sus únicos competidores eran bárbaros a los que llevó siglos erosionar las fronteras del imperio. Felipe tenía que luchar contra franceses, ingleses, neerlandeses, portugueses y turcos, contra el Papa, contra el Sacro Imperio Romano Germánico y —lo que más disgustos le daba— contra la Reforma protestante, cuya herejía se extendía ya por gran parte del continente. Era mucha agua que achicar y no resulta extraño que, salvo tres meses, el rey se pasara guerreando los cuarenta y tres años de su reinado.[285]

Desde un punto de vista terrenal, Felipe no lo hizo tan mal: no perdió ni uno de los territorios que Carlos V le había dejado. España no renunciaría a los Países Bajos hasta medio siglo después de su muerte y Portugal y sus posesiones de ultramar permanecerían bajo la Corona española durante seis décadas. El dominio de España en el Nuevo Mundo, que se extendía desde la Tierra del Fuego hasta la mitad de América del Norte, sobreviviría hasta principios del siglo XIX y algunos territorios seguirían siendo españoles hasta 1898, una longevidad que rivaliza con la del Imperio británico.[286] Incluso las deudas del monarca, de las que se quejaba constantemente y que dejó de pagar en numerosas ocasiones, fueron bastante soportables en comparación con los estándares modernos.[287]

Felipe, sin embargo, creía estar por encima. Buscaba servir a Dios y al imperio, pero a este solo en la medida en que ayudase a los intereses divinos. El resto de objetivos lo obligaba a «taparse los oídos e incluso los ojos», pues, por definición, eran indignos. «Creedme: este es el camino más sencillo, seguro y tranquilo para todo.» Sin duda, así lo fue mientras Dios proveyó los medios. Para perplejidad de Felipe, no obstante, Dios podía hacer gala de una parsimonia comparable con la de los díscolos neerlandeses. Felipe escribió en 1559 que, dado que todo dependía de la voluntad divina,

> no hay que hazer sino esperar lo que Él será más servido. Y yo espero en Él que […] me dará forma para que yo entretenga mis estados y no se me pierdan por no tener forma de entretenellos, que sería la más triste cosa para mí y que yo sentiría de quantas se pueden pensar, y mucho más que si los perdiese en una batalla.

«Mi único objetivo es hacer las cosas correctamente», lamentaba el rey. «Pero tengo tan mala suerte que cuando deseo algo […] a menudo sale mal. Así es como funciona el mundo.»[288]

Lo que Felipe quería era la lealtad de sus súbditos, la prosperidad en las provincias del reino, la credibilidad entre sus competidores y la vuelta a la ortodoxia donde había estado en peligro. Más vagamente, deseaba un mundo que «no era suficiente». Fracasó a la hora de detectar incompatibilidades y de ahí la necesidad de perseguir ciertos objetivos a expensas de otros. El rey se resistió a priorizar fines, aunque el mismísimo Dios había decidido proveerle de medios muy seleccionados.

Felipe, por su lado, se fustigaba con inquietudes agustinianas. Si el mundo maquinaba contra el agente de Dios —por tal se tomaba Felipe—, ¿cómo iba a reflejar los propósitos divinos? Dios no podía ser incoherente, como lo eran Júpiter, Satán o el mal. Como Agustín había dado a entender, la divinidad podría mostrarse muy pedagógica y podía hacer que los hombres fracasaran para que mejoraran en esta vida o en la otra. Esa fue la base de la gran estrategia filipina: no planear pensando en pivotar, sino sufrir a la manera de los santos mártires, asaetados como alfileteros. «Rezad a Dios que en el Cielo se nos dispense mejor trato», pidió lúgubremente en 1569.[289]

IV

Isabel, al igual que Maquiavelo, ni esperaba consuelo, ni lo necesitaba. Daba las gracias a Dios —no a Felipe— por su supervivencia como princesa, pero mientras gobernó como reina rara vez pidió instrucciones a nadie, ni en la Tierra ni en el Cielo. «Es una mujer muy extraña», observó el conde de Feria, Gómez Suárez de Figueroa, embajador de España, después de ver a la nueva reina relajada, incluso riéndose, como si le hubiera leído

la mente. «Ha debido de ser meticulosamente instruida en cómo dirigía su padre sus asuntos y está decidida a no ser gobernada por nadie.»[290]

El conde de Feria fue uno de los primeros perplejos interlocutores de Isabel, aunque no sería ni mucho menos el último. La reina podía ser infantil o astuta, franca o taimada, valiente o temerosa a la hora de asumir riesgos, compasiva o rencorosa, serena o volcánica, incluso femenina o masculina: «Sé que tengo el cuerpo de una mujer frágil y débil —dijo a sus tropas cuando la Armada Invencible dio la vuelta en 1588—, pero tengo el corazón y el estómago de un rey. Es más, de un rey de Inglaterra». Isabel, que se deleitaba con los opuestos, solo era constante en su patriotismo, en su insistencia en ajustar los fines a los medios y en su determinación de no quedar nunca acorralada, uno de los requisitos para pivotar. [291]

Las esperanzas que Isabel tenía depositadas en la religión reflejaban todo lo anterior. Consciente de las perturbaciones que había sufrido su país —la excomunión de Enrique VIII por parte del Papa, el giro hacia el protestantismo estricto durante el breve reinado de Eduardo VI, la dura vuelta a Roma bajo el reinado de María—, la reina deseaba para su pueblo una única Iglesia con múltiples formas de culto. Ella decía que existía «un único Jesucristo». ¿Por qué no podían existir distintos caminos para llegar hasta él? Las disputas religiosas no eran más que «nimiedades» o, expresándolo con más brusquedad, «cuerdas de arena o limos de mar que conducen hasta la Luna».[292]

Hasta que empezaron a afectar a la soberanía nacional. La Iglesia de Dios, durante el reinado de Isabel, sería incondicionalmente inglesa: que fuera «católica» o «protestante» no importaba tanto como que fuera leal. En esto consistía, en cierto sentido, la tolerancia, pues a la nueva reina poco le interesaba lo que creyeran sus súbditos. Sin embargo, vigilaba de cerca lo que hacían. «Me parece que Su Majestad es incomparablemente más temida que su hermana», advirtió el conde de Feria a Felipe —lo que no era poco, habida cuenta de que a esta se la había conocido como Bloody Mary, María la Sanguinaria—. «Hemos perdido un reino, en cuerpo y alma.»[293]

En la diplomacia y en la defensa también serían autosuficientes. Isabel, bendecida con una isla en lugar de con los desperdigados territorios de Felipe, podía evitar los costes de un ejército permanente, remodelar su armada para la protección o la provocación y alinear su reino en función de las necesidades —y nunca de forma permanente— con los enemigos

continentales de sus propios enemigos. El don de Dios a Inglaterra había sido la geografía, un don que la piedad no podía incrementar, ni su ausencia disminuir.

Irlanda y Escocia (esta última aún un país independiente) seguían siendo llagas sangrantes, y franceses y españoles intentaban explotar la agitación en ambas. Sin embargo, estos rebeldes nunca causaron tantos problemas a Isabel como los que Felipe afrontó al intentar contener a los neerlandeses, que se alzaron en rebelión en 1572 (con la ayuda de Inglaterra, cuando a la reina la parecía). Isabel consiguió mantener el equilibrio entre ingresos y gastos durante todo su reinado y se resistió a los compromisos militares a la vez que imponía el ahorro en los asuntos internos; llegó incluso a cerrar con superávit la segunda y la tercera décadas de su reinado. Al contrario que Felipe, ella nunca se declaró en quiebra.[294]

No se suelen relacionar la responsabilidad fiscal con la levedad del ser, pero en Isabel ambas coincidían. Esa levedad le permitía el coqueteo, el cual costaba menos que las obligaciones, ya fuera con sus pretendientes o con los reinos de estos. Eso conseguía que le resultara más fácil delegar: a la reina le encantaba actuar, aunque también le gustaban las actuaciones de los demás.[295] Esto le servía en sus travesuras estratégicas: cuando le faltaban fondos, Isabel permitía a su armada asaltar los barcos de Felipe cargados de tesoros que regresaban de América: «¿Quizá hayan sido atacados por los piratas?», preguntaba ella por toda respuesta a las quejas.[296]

La levedad de la reina también desarmaba a sus cortesanos, que la dejaban al mando. Una de sus víctimas más recordadas fue el conde de Oxford,[297] quien, un día, al inclinarse respetuosamente ante ella, ventoseó sonoramente. Isabel calló y simuló no percatarse de nada, pero Oxford, humillado, se exilió durante siete años. Finalmente regresó, volvió a inclinarse, en silencio en esta ocasión, y esperó con inquietud. «Mi señor —contestó la reina [me gusta imaginar que tras una breve pausa]—, me había olvidado del pedo.»[298]

Para pivotar hacen falta giroscopios e Isabel contó con los mejores de su época. Compensaba su determinación con imaginación, astucia y humor, eligiendo el momento justo y aplicando una economía de movimientos que, por extravagante que fuera su despliegue, le permitía guardar el equilibrio sobre la cuerda floja por la que avanzaba. Los giroscopios de Felipe, si es

que tuvo alguno, fallaban constantemente. Ella, sin aparente esfuerzo, conservaba la iniciativa en todo lo que hacía. Él se agotaba intentando recuperar el liderazgo en un lugar al mismo tiempo que lo perdía en otro. Ella conseguía con habilidad enfrentar entre sí a sus adversarios. Él parecía trabajar duro para que sus enemigos forjasen alianzas contra él. Ella dirigía un reino pobre, pero solvente. Él, al frente de un rico imperio, mendigaba y pedía prestado. Ella nunca sintió no estar a la altura de su cargo. Él nunca dejó de preocuparse por lo contrario.

Maquiavelo, con su pensamiento giroscópico, aconsejó a su príncipe ser un león y un zorro, el primero para asustar a los lobos y el segundo para detectar las trampas. Isabel fue más allá de los príncipes maquiavélicos y fue al mismo tiempo león, zorro y mujer, una combinación que, quizá, el astuto italiano habría aprendido a valorar. Felipe era un gran león, pero solo eso. Maquiavelo advirtió que tales príncipes pueden, por su diligencia, acabar atrapados; pues, como gobernante: «No puede, en suma, ni debe, un señor prudente mantener su promesa cuando el hacerlo se le vuelve en contra, y han desaparecido las razones que le llevaron a hacerla. […] Nunca faltaron a un príncipe razones legítimas para adobar la inobservancia».[299] Felipe, que rendía cuentas ante un Dios que todo lo ve, pensaba que dar color a la realidad, adobarla, iba más allá de sus capacidades; quizá fuera esa la razón por la que siempre vestía de negro.[300] Isabel, que no rendía cuentas más que ante sí misma, deslumbraba: «La edad no puede marchitarla / ni arranciar la costumbre su variedad infinita».[301]

V

Cuando Maquiavelo escribió sobre la observancia en este contexto, no se refería necesariamente a la religiosa. Su argumento era simplemente que las circunstancias cambian y los príncipes no debían imponer antiguas promesas a nuevas situaciones. No estaba anticipándose a la Reforma protestante; apenas tuvo tiempo, antes de morir en 1527, de saber de la existencia de Martín Lutero.[302] Medio siglo más tarde, sin embargo, el arte de gobernar no podría desestimar tan fácilmente las diferencias religiosas. Isabel y Felipe tenían que decidir en qué casos la observancia de

la fe coincidía con las obligaciones de su reinado principesco, y en cuáles no.

Ambos monarcas mantuvieron una cauta línea divisoria durante la mayor parte de la década de 1560. Felipe estaba consolidando su posición en España y asegurando el Mediterráneo frente a los otomanos. Isabel trabajaba para que la influencia de Inglaterra se expandiera por Escocia, donde la guerra civil francesa había despojado a María Estuardo, entonces reina, de las ayudas del exterior. Para la distensión angloespañola resultaba necesario aislar la religión, y la creciente agitación de los protestantes en los Países Bajos —un delicado asunto estratégico para ambos monarcas— la hacía cada vez más difícil.

Estos problemas obligaron a Felipe a emprender costosas campañas militares que eran al mismo tiempo una amenaza y una oportunidad para Isabel. El éxito de España consolidaría un superpoder católico peligrosamente cerca del canal de la Mancha, aunque no sin tener que hacer frente a enormes costes, que solo el oro y la plata de América podrían cubrir. La armada de Isabel podía interceptar los barcos españoles en cualquier punto de sus largos periplos, lo que la excusaba de tener que reconocer o negar incursiones, pues la distancia retrasaba las comunicaciones. Por otra parte, más cerca de casa, aunque igual de escurridiza, la reina podía dar cobijo a piratas neerlandeses en puertos ingleses. La reina constituía, pues, una amenaza, bastante molesta, aunque no letal, para la posición de Felipe en el norte de Europa.[303]

La religión minaba también la diplomacia. El embajador de Isabel fue expulsado de la corte española por burlarse del Papa y por celebrar oficios protestantes. Ella se negó a reemplazarlo e invocó la inmunidad diplomática. Mientras tanto, el emisario de Felipe en Londres se comunicaba en secreto con María Estuardo, que para entonces había sido depuesta como reina de Escocia, había huido a Inglaterra y había solicitado la protección de Isabel. El propio Felipe garantizó a María, en 1569, su simpatía y apoyo, siempre que mantuviera con firmeza su fe católica (se sabía que empezaba a albergar dudas).

Puesto que los franceses habían abandonado a María, Felipe no temía ya que se uniera a ellos, con lo que decidió volver al proyecto que había suspendido diez años antes: restablecer el catolicismo en Inglaterra. Entonces había esperado recibir la ayuda de Isabel, quizá incluso mediante

el matrimonio. Ahora la había descartado: «Dios debe de estar permitiendo […] sus pecados y su falta de fe, de modo que estará perdida». Era obvio, por lo tanto, que, «después de la especial obligación de mantener mis propios reinos dentro de nuestra santa fe, estoy obligado a hacer todos los esfuerzos posibles por restaurarla en Inglaterra y conservarla allí como en otros tiempos».[304]

Felipe situó estos planes dentro de un resurgimiento, de mayor calado, de las cruzadas católicas, en esta ocasión para liberar Canterbury en lugar de Jerusalén. La obligación agustiniana de servir al reino se había transformado en la de servir a la Iglesia, aunque, en este caso, no consistía en liberar la Tierra Santa de infieles —una causa perdida—, sino en matar a los cristianos europeos que rechazaban la autoridad de Roma. Enrique VIII había convertido a Inglaterra en su principal objetivo y, en 1570, el papa Pío V cumplió con su parte al excomulgar a su hija Isabel I, lo que, a efectos prácticos, no solo daba licencia a los fieles para derrocarla, sino también para asesinarla.[305]

A Fernando Álvarez de Toledo, duque de Alba y comandante de los ejércitos de Felipe II en los Países Bajos, todas estas ideas le parecían poco prácticas: «Aunque los medios principales deben provenir de Dios, tal y como vuestra Majestad virtuosa y devotamente sugiere, parece necesario considerar qué recursos humanos serían necesarios para cumplir vuestros deseos». No estaba en absoluto seguro de poder lanzar un ataque al otro lado del canal, ni tenía ninguna certeza de que dicho ataque pudiera tener éxito, ni de que los súbditos católicos de Isabel fueran a traicionar a su reina, ni tampoco de que, si así ocurría, los ingleses —independientemente de su fe— aceptarían a María como nueva reina. Las contingencias acumuladas alarmaron al duque de Alba, al que le había resultado muy complicado pacificar los Países Bajos, un país mucho más pequeño. Felipe le ordenó, no obstante, que procediera: «Es tan querida [la invasión] para mi corazón, y estoy tan convencido de que Dios nuestro Salvador debe adoptarla como su propia causa, que nada podrá disuadirme. Ni tampoco puedo aceptar ni creer lo contrario».[306]

Sin embargo, tras haberle dicho a Dios lo que debía hacer, Felipe perdió la noción de lo que tenía que hacer él: microgestionar un imperio en el que nunca se ponía el sol solía nublarle la vista. Para alivio del duque de Alba y exasperación de Pío V y, especialmente de su sucesor, Gregorio XIII, el rey

dejó que su gran plan se fuera a pique. Lo único que finalmente logró el rey español fue poner a su homóloga inglesa sobre aviso, con lo que comprendió que ya no podía permitirse ninguna tolerancia. Quizá no fuese tan temida como María la Sanguinaria cuando llegó al trono, pero sabía que ahora debía serlo.

VI

Anne Somerset, biógrafa de Isabel, escribe que el edicto del Papa hacía imposible «ser al mismo tiempo un buen católico y un buen inglés».[307] Y es que, con Felipe conspirando desde el sur con María Estuardo, que estaba en el norte, Inglaterra se encontraba sitiada desde el punto de vista teológico, si bien no militar. Por el momento, claro. Resultaba necesaria una vigilancia estrecha y la venganza era plausible.

Isabel ya había dado rienda suelta a esta última, en 1569, tras una rebelión antiprotestante —mal dirigida y rápidamente reprimida— en el norte de Inglaterra. Preocupada por la posibilidad de que los líderes rebeldes liberasen a la antigua reina de Escocia, que se encontraba bajo arresto en un castillo cercano, Isabel respondió violentamente contra los seguidores de la revuelta: ejecutó a más personas de las que nunca habían condenado a la pena capital Enrique VIII y María Tudor por un único alzamiento. Insistió en matar a «la peor índole de rebeldes», para «aterrorizar a otros», presumiblemente mejores que estos. Los pobres, explicaba la reina, deben «[sufrir] dignamente la muerte».[308]

La vigilancia dio sus frutos al desvelar, en 1571, una maquinación aún más compleja con el objetivo de invadir Inglaterra, deponer a Isabel y colocar a María Estuardo en el trono. Un banquero florentino, Roberto Ridolfi, se presentó como enlace entre Pío V, María, Felipe y el duque de Alba; este último era el único conspirador que cuestionaba la viabilidad de la propuesta. Ridolfi demostró que el duque tenía razón al irse de la lengua y permitir que los espías de Isabel les siguieran la pista y lo descubrieran todo en el momento oportuno. María tuvo suerte de poder conservar la cabeza después de esto, aunque, desde entonces, su posición fue muy insegura.[309]

Al igual que muchos otros líderes que creen que son queridos por su pueblo, Isabel mostraba indiferencia hacia su propia seguridad.[310] Esto preocupaba a sus consejeros, muy conscientes de que no había dado a luz ni designado a un heredero, aunque, en este caso, la delegación dio sus resultados. En 1573, Isabel nombró a sir Francis Walsingham secretario de Estado, con la orden de hacer lo que fuera necesario —sin necesidad de informar sobre ello— para proteger a la reina y al país. Esto era algo que Isabel sí podía aceptar, pues para ella ambas cosas eran lo mismo.

Convencido de que había «menos peligro en temer demasiado que demasiado poco», Walsingham llevó el contraespionaje hasta extremos sin precedentes. Recurrió al soborno, al robo, a las trampas, al chantaje y a la tortura para tejer una red de informadores que se extendía por toda Europa. No tendría sentido decir que todo ello era innecesario: el Papa alentaba al asesinato de forma rutinaria y el propio Felipe había dado su aprobación a la muerte de Isabel, si de este modo María Estuardo se convertía en reina.[311]

Lo que nos gusta recordar como la edad dorada isabelina subsistió solo mediante la vigilancia y el terror: esa fue otra de sus contradicciones, que la reina mantuvo lamentablemente con resignación.[312] Sus instintos eran más humanos que los de sus predecesores, pero había demasiada gente intentando matarla. «Al contrario que su hermana, Isabel nunca quemó a los hombres por su fe», escribe su más reciente biógrafa, Lisa Hilton. «Los torturó y ahorcó por traición.»[313] La tolerancia, podría haber dicho Maquiavelo, se había vuelto contra Isabel. Ella quería ser amada por su pueblo —¿y quién no?—. No obstante, resultaba totalmente más seguro para los príncipes ser temidos que ser amados.

VII

Felipe dio a Isabel aún más razones para temer cuando se hizo con la Corona portuguesa en 1580. Ese país había sido pionero en la navegación oceánica de largas distancias solo un siglo antes y ahora sus barcos y su pericia náutica estaban al servicio de España.[314] Isabel había aprovechado al máximo su pequeña armada al enviar a sir Francis Drake a

un viaje de tres años alrededor del mundo —el primero desde el de Magallanes— para demostrar que no había ningún mar seguro para los tesoros españoles. Sin embargo, aunque la expedición resultó rentable en extremo para Drake, la reina y los inversores, esto no cambiaba el hecho de que, si Felipe decidía unir su flota con el ejército que tenía en los Países Bajos —reconocido como el mejor existente y entonces bajo el mando de Alejandro Farnesio, duque de Parma (sucesor del duque de Alba)—, podría resultar dificilísimo salvar a Inglaterra.[315]

Isabel respondió con más pinchazos, aunque ninguno lo suficientemente doloroso como para invertir el inestable equilibrio del poder que le resultaba tan desfavorable. Incrementó las ayudas que entregaba a los rebeldes neerlandeses y mandó, por primera vez, tropas inglesas a luchar a los Países Bajos. Estas medidas, sin embargo, no fueron un obstáculo para el duque de Parma. Isabel envió a Drake, acompañado de infantería, a las Indias occidentales inglesas, donde saqueó los puertos y se hizo con más botín, pero no consiguió ocupar ninguna base permanente.[316] Mientras tanto, continuaron las conspiraciones contra la reina, que, de tener éxito, no dejarían otra alternativa al trono que María Estuardo. Los agentes de Walsingham sacaron a la luz tres complots solo entre 1583 y 1585.[317]

Después de que el Parlamento decretara que la conversión a la fe romana constituía traición, en Inglaterra se empezó a ejecutar a los sacerdotes católicos de manera habitual. Pese a todo, María seguía siendo una referencia de la Contrarreforma, «el instrumento por el que los peligros crecen», como lo expresó lord Burghley, consejero de Isabel. María, que seguía presa de la reina en el norte de Inglaterra, no había abandonado ni su fe, ni sus ambiciones, ni sus ganas de conspirar.[318] Esto dejaba a Isabel en una posición bastante delicada.

Una cosa era matar a un cura y otra muy distinta, acabar con una antigua reina que podría volver a serlo. Isabel aborrecía el regicidio, al ser consciente de su violento protagonismo en la historia de Inglaterra. Si recurría a él en ese momento, sería más despiadada que María la Sanguinaria, que había permitido a la joven Isabel conservar la vida. Cometer regicidio la asimilaría moralmente a los intentos papales de imponer la ortodoxia mediante el asesinato. Y pondría en riesgo una sucesión incierta, ya que, en ese caso, ¿qué impediría a Jacobo VI, hijo de María Estuardo y, en ese momento, rey de Escocia, educado como

protestante, convertirse al catolicismo, si terminaba creyendo que su madre había muerto de manera injusta?

Al final, Isabel maniobró con gran habilidad. Sobornó a Jacobo para que repudiara a su madre, al tiempo que aprobaba en el Parlamento una disposición que impedía la posibilidad de que pudiera haber un monarca católico. Isabel permitió a Walsingham falsificar unos documentos que implicaron a María en un complot que era lo suficientemente verosímil y María, de manera imprudente, picó el anzuelo. Tras el arresto de los conspiradores, Isabel insistió en que se celebrasen largas ceremonias públicas en cada ejecución. Después, hizo que condenaran a María por traición, expresó su consternación ante el veredicto y preguntó al Parlamento si la ejecución de la reina corrupta era realmente necesaria. Tras la confirmación de que así era, Isabel retrasó la aprobación de la orden de ejecución hasta que sus consejeros, desesperados, la colocaron en una pila de documentos que esperaban su rúbrica. Isabel firmó la condena sin darse cuenta, aunque más tarde insistió en que era totalmente consciente de que aquellos creían, de manera equivocada, haberla empujado a hacerlo mediante engaños.

Temiendo que Isabel cambiase de idea, sus consejeros enviaron rápidamente la orden de ejecución al castillo de Fotheringhay, en el norte de Inglaterra, donde María se encontraba retenida. Se procedió enseguida a su ejecución —el 8 de febrero de 1587— y se informó de inmediato a Isabel. Al principio guardó la compostura, pero poco después protagonizó una de las mayores actuaciones públicas de su vida: empezó a sollozar histéricamente, a decir que la habían engañado y a amenazar con ahorcar a los responsables; al parecer, estuvo llorando durante semanas por la muerte de la reina María. Fue como cuando reconoció, y posteriormente negó, a Drake, solo que, ahora, con más destreza y con mayores consecuencias, se había reconocido y negado a sí misma.[319]

VIII

La ejecución de María, sin embargo, no disuadió a Felipe de prepararse para invadir Inglaterra. Una de las razones era la absorción de Portugal: «Si los

romanos fueron capaces de gobernar el mundo controlando el Mediterráneo —le recordó su capellán—, ¿qué no decir del hombre que reina en los océanos Atlántico y Pacífico, que abrazan el orbe completo?». Otra, la facilidad con la que el almirante de Felipe, Álvaro de Bazán, marqués de Santa Cruz, había expulsado a las fuerzas francesas, inglesas y portuguesas rebeldes de las islas Azores entre 1582 y 1583, lo que parecía demostrar la viabilidad de las operaciones anfibias. Y otra razón provenía del nuevo Papa, Sixto V, que insistía tan firmemente como sus antecesores en que Felipe tenía el deber divino de restaurar el catolicismo en Inglaterra.[320]

A Felipe la presión papal le resultaba exasperante: ¿no se daba cuenta el Papa de que contener a los rebeldes neerlandeses también constituía una causa santa? Dios debía cumplir primero con su parte asegurando esa victoria, tras lo cual España podría conquistar Inglaterra. No era posible hacerlo todo al mismo tiempo. Sin embargo, Isabel fue entonces más allá de los simples pinchazos: habiendo oído rumores sobre una invasión inminente, autorizó a Drake a realizar incursiones en España. Su breve desembarco en Galicia en el otoño de 1585 conmocionó a Felipe, que comprendió que este ataque podía ser el primero de muchos otros. Al considerar la posibilidad de tener que defender toda la línea de costa de la península Ibérica, se autoconvenció de que la única manera de vencer a Drake era atacar su base de operaciones. Con esto en mente, Felipe centró su atención, sin más distracciones, en la «empresa de Inglaterra». La muerte de María solo le convenció de que Dios quería ahora que fuera él quien sucediera a Isabel.[321]

No obstante, Dios tampoco propició esta vez los recursos, circunstancias y eficiencia organizativa que tal empresa requería. La microgestión de Felipe retrasó los preparativos, al igual que hicieron las constantes incursiones de Drake. Ya hacía mucho que aquella operación era un secreto a voces, lo que eliminaba toda esperanza de sorprender al enemigo. La estrategia resultaba confusa: ¿cómo se reuniría la Gran Armada —que ya no estaba bajo el mando del experimentado Santa Cruz, fallecido, sino de Alonso Pérez de Guzmán el Bueno, duque de Medina Sidonia, que carecía de pericia náutica— con el ejército del duque de Parma en los Países Bajos para cruzar el canal de la Mancha? La mayor fuerza naval reunida jamás zarpó de Lisboa en mayo de 1588, pero se cruzó en su camino una tormenta que desperdigó a las distintas naves, lo que obligó a realizar reparaciones y

reabastecimientos en el puerto de La Coruña. Felipe permaneció impertérrito: «Que a ser esta una guerra injusta, pudiera tomarse esta tormenta por señal de la voluntad de nuestro Señor para desistir de su offensa», amonestó al desmoralizado duque; pero «yo tengo ofrecido a Dios este servicio […]. Alentaos, pues, a lo que os toca».[322]

«El mundo nunca ha sido tan peligroso, ni ha estado tan plagado de deslealtades y traiciones como en este momento», le había escrito a Isabel uno de sus favoritos, el conde de Leicester, en una carta enviada desde los Países Bajos meses atrás.[323] Sus puertos estaban mejor preparados para el comercio que para la defensa. La reina no tenía ninguna forma de saber cuántos de sus súbditos seguían siendo católicos en secreto. Farnesio estaba a punto de doblegar a los rebeldes neerlandeses. Y la armada de Isabel, aunque bien entrenada, no se encontraba numéricamente a la altura de la extraordinaria flota dirigida por el duque de Medina Sidonia, que apareció frente a Cornualles el 29 de julio.[324] La reina, pese a todo, había urdido un plan.

En primer lugar, había traído a Drake de vuelta a casa, pues sabía que sus almirantes podrían enfrentarse mejor a la Gran Armada en el canal de la Mancha, por donde no se le ocultaba que tendrían que pasar. No había previsto una gran batalla, como en Salamina o en Accio. En su lugar, su flota perseguiría a las naves españolas y las derribaría una a una, a la espera de que se produjeran ocasiones más propicias, que Felipe, servicialmente, ofreció. Se suponía que los buques de guerra del duque de Medina Sidonia debían proteger las barcazas de Farnesio, mientras estas trasladaban al ejército hasta Inglaterra. Sin embargo, las órdenes del rey no decían nada sobre cuándo debían llevarse a cabo las acciones, ni sobre los medios que emplearían el almirante y el general para comunicarse, ni tampoco sobre cómo permitirían los vientos y las mareas que las dos flotas, provenientes de direcciones opuestas, se reuniesen y cómo, en el momento oportuno, avanzarían en la misma dirección hacia Inglaterra. Habían dejado demasiadas cosas en manos de Dios.

Medina Sidonia echó el ancla frente a Calais el 6 de agosto, dado que no había tenido noticias del duque de Parma; este, junto a la costa de Flandes, se sorprendió al enterarse al día siguiente de la llegada de la Gran Armada. Embarcó rápidamente a sus tropas en las barcazas, pero entonces descubrió que sir Charles Howard, el lord almirante de Isabel, había aprovechado un

viento favorable durante la noche para preparar varios brulotes, lo que obligó a la Gran Armada, presa del pánico, a levar anclas y a dispersarse. Frente a Gravelinas, al día siguiente, la flota de Howard batió a cañonazos a los desorganizados españoles: Farnesio no pudo hacer nada más que limitarse a observar desde la playa, frustrado, lo que ocurría. Inglaterra, de la noche a la mañana, estaba segura. Howard, a sabiendas de que su reina lo aprobaría, había improvisado.

Los ingleses no habían vencido a la Gran Armada, pero la habían doblegado, lo que venía a ser lo mismo. Como durante toda la travesía habían dependido de las provisiones recogidas semanas antes en La Coruña y no tenían posibilidad de reabastecerse en ningún puerto amigo, a los españoles no les quedaba otra alternativa que navegar de vuelta a casa por el camino más largo: cruzando el mar del Norte, rodeando las islas Shetland y bajando a lo largo de las inhóspitas costas occidentales de Escocia e Irlanda. Los primeros barcos no llegaron a España hasta la tercera semana de septiembre: de los ciento veintinueve buques que habían partido a finales de julio, se habían perdido al menos cincuenta, y muchos de los que habían regresado tendrían que ser desguazados. La mitad de los hombres embarcados hacia Inglaterra habían muerto, la mayoría en naufragios, por inanición o por enfermedad. Es posible que el número de víctimas alcanzara los quince mil. Los ingleses, por el contrario, solo perdieron los ocho navíos que habían entregado a las llamas en Calais y unos ciento cincuenta hombres.[325]

IX

«Ojalá Dios no hubiera permitido tanto mal —escribió Felipe tras recibir los primeros informes del desastre— ya que todo se ha hecho para servirlo a Él.» Sin embargo, poco tiempo después empezó a planear otra invasión,[326] convencido de que Dios solo lo estaba poniendo a prueba mediante la adversidad. «Me propongo enfrentarme a todo lo que sea necesario para realizar esta empresa […]. Nunca dejaré de defender la causa de Dios.»[327] Agustín, obviamente, había hecho un razonamiento similar, pero insistía en que lo que Dios pondría a prueba era la proporcionalidad a

la hora de alinear los objetivos con los fines. En Agustín no existió nunca el requerimiento de consumir de forma indiscriminada vidas humanas y tesoros con propósitos divinos.

«Invadir por mar, a través de una peligrosa costa, no estando en posesión de ningún puerto, ni siendo socorridos por terceros, puede ser más propio de un príncipe que presume de su fortuna que de uno que se haya enriquecido mediante el entendimiento», comentaría sir Walter Raleigh tras el fracaso de la Gran Armada.[328] Maquiavelo bien podría haber pronunciado esta frase. Agustín también, aunque sustituyendo «fortuna» por «Dios». Entonces, ¿por qué era Felipe II tan persistentemente desmedido?

Geoffrey Parker, su mejor biógrafo, encuentra una respuesta a esta pregunta en la teoría «prospectiva» de finales del siglo XX, según la cual los líderes arriesgan más para evitar pérdidas que para obtener ganancias.[329] Teniendo en cuenta el imperio que Felipe había heredado y, posteriormente, expandido, el rey tenía mucho que perder. Lo extraño, sin embargo, son los riesgos en los que incurrió para recuperar unos territorios que no había perdido. No era culpa de Felipe que Enrique VIII hubiera roto con Roma, ni que María Tudor no fuese capaz de retractarse de su herejía. Estas desgracias, junto con la Reforma protestante, podrían incluso ser el castigo de Dios por siglos de excesos papales. No obstante, Felipe no lo veía de ese modo. Estaba convencido de que Dios le había confiado no solo la tarea de no perder nada más, sino también la de recuperar para la Iglesia la universalidad de la Antigüedad y de la Edad Media.

«Si Dios hubiera impuesto a vuestra Majestad la obligación de remediar todos los problemas del mundo —sugería el secretario privado de Felipe en 1591—, habría puesto a su disposición el oro y la fuerza para hacerlo.» «Sé que os mueve el gran celo que tiene por servirme —contestó el rey—, pero debe comprender que estos no son asuntos que pueda abandonar una persona tan concienzuda con sus obligaciones como sabéis que soy yo […]. La causa de la religión debe tener prioridad sobre todo lo demás.»[330]

Esta fue una de las numerosas ocasiones en que Felipe recurrió a lo que Parker denomina el «chantaje moral».[331] Cuando le advertían de que sus objetivos excedían sus capacidades, el rey afirmaba que aquellos que le hacían tales advertencias carecían de fe: Dios proveería lo que faltara. Cuando no era así, Felipe insistía en que él seguiría siendo fiel, aunque la

atención de Dios se hubiera desviado. Dios ciertamente puso a Felipe a prueba, pero Felipe tampoco dejó de poner a prueba a Dios.

X

Isabel también puso a Dios a prueba, pero por el patriotismo inglés, no por la universalidad católica. «La resplandeciente Gloria de la autoridad principesca no nos ha deslumbrado tanto —afirmaba la reina ante el Parlamento poco antes de morir— como para que no sepamos bien ni recordemos que nosotros también habremos de rendir cuentas de nuestras acciones ante el juez supremo.» Sin embargo, ella no mostraba ningún indicio de temer el veredicto, pues se mostraba «encantada de que Dios me haya convertido en su herramienta para mantener su verdad y su gloria, y para defender este reino».[332] Del mismo modo que para Isabel la reina y el país eran la misma cosa, para Dios «la verdad y la gloria» eran también el equivalente de defender aquel reino.

No obstante, la certeza no hacía obligatoria la prisa. El historiador A. N. Wilson señala que, desde el momento en que Isabel fue coronada, «sus consejeros y cortesanos la habían instado a que tomara decisiones: ser católica o protestante; casarse; emprender una guerra decisiva y cara ya fuera en Irlanda o en los Países Bajos. En casi todos los casos, Isabel había vacilado, al estilo de Hamlet, y la indecisión, quizá, no había resultado ser la política correcta, pero al menos tampoco la equivocada. En efecto, «Isabel, como Hamlet, preveía los efectos desastrosos de un exceso de precisión y de firmeza en la vida política».

Al principio, apenas se parecían. Al príncipe de Shakespeare, siempre vestido de negro, como Felipe, le falta la levedad de Isabel, salvo en las escenas de locura, en las que finge irresponsabilidad e incluso demencia para poner al descubierto a sus enemigos. Isabel empleó la vacilación, que parece irresponsable, de manera parecida: a fin de recordar a sus consejeros para quién trabajaban, guardar las distancias con sus pretendientes —manteniendo así el equilibrio entre los reinos de estos— y, cuando finalmente la balanza se inclinó en su contra, para atraer a la Armada Invencible hacia el canal de la Mancha, donde, confiando en sus almirantes,

hizo saltar una gigantesca ratonera. La precisión y la firmeza, en cada una de estas situaciones, podrían haberla dejado encerrada en una trampa. «Esta ahijada de Cranmer, el maestro litúrgico de las hendíadis —concluye Wilson— había visto la sabiduría de la contradicción.»[333]

El *Diccionario de términos filológicos* define «hendíadis» como «la expresión de una idea mediante dos sustantivos unidos por una conjunción copulativa». O, para expresarlo con menos lascivia, cómo dos cosas pueden ser o convertirse en una sola. ¿Cómo podía, por ejemplo, una nueva religión, concebida en la lujuria de un rey inglés, sustituir a una fe que las almas habían seguido durante más de mil años? Quizá porque se dirigía a ellas sin condescendencia, en su propia lengua. El *Libro de Oración Común* de Cranmer, explica Wilson, despliega espléndidas hendíadis y aporta una inolvidable claridad a una lengua que era joven y no había dejado ampliarse:

> Omnipotente y misericordiosísimo Padre: Hemos errado y nos hemos extraviado de tus caminos como ovejas perdidas. Hemos seguido demasiado los designios y deseos de nuestro propio corazón […]. Mira a nuestra más graciosa soberana dama, la reina Isabel, […] concédele salud y riqueza para una larga vida; dale fuerzas para que pueda vencer y superar a todos sus enemigos y que, finalmente, tras esta vida, pueda alcanzar la alegría y la felicidad eternas.

Las hendíadis pueden parecer decir lo mismo: «Hemos errado y nos hemos extraviado», «designios y deseos», «salud y riqueza», «vencer y superar», «la alegría y la felicidad». Sin embargo, estas combinaciones introducen también, con tanta habilidad que resulta apenas perceptible, contradicciones: «omnipotente y misericordiosísimo» o «nuestra más graciosa soberana dama».

Que un padre pudiese perdonar; una dama, gobernar y una reina virgen, salvar un reino y dejar un legado constituían posibilidades nuevas propiciadas triunfalmente por Isabel. Del mismo modo que, desde la distancia, la reina alentó a Shakespeare, que salpicó sus obras y poemas no solo de nuevas palabras, sino también de redundancias tan ricas —«¡Qué enojosos, rancios, inútiles e inertes / me parecen los hábitos del mundo!»— que, como expresa Wilson, «expandió la lengua inglesa a lo largo y a lo ancho», al entregar a todos sus hablantes «un vocabulario más amplio y, de ese modo, una mayor capacidad para describir experiencias».[334]

Y por consiguiente, una mayor capacidad también para gestionarlas. Ya que, habida cuenta de que —como señaló Tucídides dos mil años antes— las palabras en crisis pueden perder su significado, permitiendo la «habilidad para ver todos los aspectos de una cuestión», pero produciendo «una incapacidad para actuar sobre cualquiera de ellos»,[335] Shakespeare y su gran reina encontraron seguridad en múltiples significados, algunos de ellos repetitivos, otros opuestos, aunque todos tan interiorizados que su aplicación era impredecible. Las hendíadis situaban a una cultura en contra de la parálisis en un mundo que estaba aún por llegar.

XI

«Una cálida noche de julio del año 1588, en el palacio real de Greenwich, en Londres, una mujer yacía postrada en su lecho de muerte a causa de unas balas asesinas alojadas en su pecho y abdomen. Tenía el rostro arrugado, los dientes oscuros y la muerte no le otorgaba ningún tipo de dignidad; pero su último aliento inició un eco que conmovió a todo un hemisferio.» La noticia llegó hasta los grandes buques y durante todo un día el duque de Medina Sidonia se paseó nervioso por la cubierta. «Fue entonces cuando tomó su decisión; y uno a uno los galeones y las carracas, las galeras y las pesadas urcas giraron en dirección norte, hacia Hastings […], donde la historia había sido escrita hacía ya varios siglos.»

Felipe II vuelve a ser rey de Inglaterra, la Reforma protestante fracasa en toda Europa, España gobierna en toda América del Sur y del Norte, el capitán Cook iza la bandera papal en Australia. «Para algunos, los años que pasaron fueron años de satisfacción, del resurgir definitivo de la Obra de Dios; para otros, en cambio, fueron una nueva vuelta al oscurantismo, obsesionados por cosas algunas muertas, otras quizá olvidadas […]. Por encima de todas las cosas, el largo brazo de los Papas se extendía para castigar y recompensar: la Iglesia Militante ejercía su supremacía.»[336]

Pavana, novela de Keith Roberts de 1968, relata lo que podría haber ocurrido si la historia hubiera pivotado, trescientos ochenta años antes, de manera un tanto diferente. Su versión de la década de 1960 —el momento en el que sitúa su historia— es la de una Inglaterra en la que el transporte se

hace con máquinas a vapor, la iluminación, con velas y la comunicación, con señales, porque Roma ha prohibido el petróleo, la electricidad y la telegrafía. La radio, permitida solo a un gremio hermético, es considerada brujería. Los políticos son autoritarios, la educación, limitada y los recuerdos, borrosos. «Es uno de esos isabelinos menores —explica un personaje, tras recordar, inesperadamente, unas cuantas líneas de *Ricardo III*—. Tuvimos que aprenderlo en la escuela. Siempre olvido su título: solía pensar que era bastante bueno.»[337]

Pavana parece lo suficientemente anticatólica como para haber sido incluida en el Índice de libros prohibidos, si este no hubiera sido abolido en 1966. No obstante, otro personaje advierte, también de forma inesperada: «No menosprecies a tu Iglesia, porque posee una sabiduría más allá de tu entendimiento». Y es que Roma ha contado con tecnología moderna, incluso con conocimientos nucleares, todo el tiempo, pero la retiene hasta que la civilización haya evolucionado lo suficiente y sea capaz de utilizarla de forma prudente. «¿Ahorcó y quemó? Sí, un poco; pero no hubo ningún Belsen, ningún Buchenwald, ni ninguna batalla de Passchendaele.» Solo un antiguo —aunque real— apocalipsis del que provino este conocimiento. [338]

Este último giro convierte a la novela de Roberts en una hendíadis: la Iglesia domina las contradicciones más de lo que nadie sospecha y establece así el vínculo entre las ciudades de Dios y del Hombre. Obviamente, solo se trata de una novela, pero los escenarios contrafácticos que se plantean, como los fantasmas, deberían obsesionar a los historiadores. Está muy bien decir que Agustín está en el cielo y Maquiavelo, en el infierno; pero ¿dónde está Felipe? Si hay un Dios y este realmente es católico, entonces el rey, siempre fiel, sería uno de los mejores estrategas de todos los tiempos.[339] ¿E Isabel? Al menos, Maquiavelo sería para ella una buena compañía para toda la eternidad.

6
NUEVOS MUNDOS

No resulta exagerado afirmar que los acontecimientos ocurridos en 1588 en el canal de la Mancha resonaron con fuerza tiempo suficiente como para «hacer temblar todo un hemisferio».[340] Durante el siglo anterior, los portugueses y los españoles, que hasta entonces no habían alcanzado ese poder sísmico, sacaron buen partido de aquella nueva manera de entender barcos, velas, vientos y corrientes para explorar y conquistar cosas nunca vistas.[341] «Non sufficit orbis», el lema de Felipe II en sus reinos ibéricos y el imperio que conquistó, era muy elocuente; desde luego, Eurasia, el mundo que había dado cabida a todos los viejos imperios de la historia, no era suficiente. Cuando la Armada Invencible zarpó desde Lisboa aquel verano, pocos de los que la despidieron habrían imaginado otra cosa más que la extensión de una perdurable monarquía católica a lo largo y ancho del continente recién bautizado como «América».

En efecto, ¿cómo no iba a estar Dios del lado de los reinos cristianos de Castilla y Aragón, que en un solo año, el de 1492, habían expulsado a musulmanes y a judíos y, casi de rebote, habían expandido el tamaño del planeta? Esos mismos reinos, al año siguiente, ganarían la titularidad de parte de los nuevos territorios, junto con Portugal, por edicto papal. Y después, ya como Reino de España, necesitaron solo tres años para conquistar México y no muchos más para controlar Perú, asegurándose así un suministro ilimitado de oro y plata, gracias al cual se impuso la uniformidad administrativa e incluso arquitectónica en dos continentes distintos. España, además, mostraba el único camino hacia la salvación para todos los habitantes del reino. ¿Cómo no iba a estar Dios de su lado? Logros de esta envergadura exigen algo más que seguridad en uno mismo: es necesario conocer la voluntad de Dios y contar con ella.

No obstante, doscientos treinta y cinco años después de que zarpase la Armada Invencible, un estadista (acérrimo protestante) redactaba una presuntuosa proclama para su jefe de Estado (republicano) desde la cenagosa nueva capital (de un Estado laico): «Que los continentes americanos, por la condición de libertad e independencia que han asumido y mantienen, no sean considerados en adelante sujetos para la colonización por parte de cualquier potencia europea». Cuando John Quincy Adams, secretario de Estado, convirtió la doctrina Monroe en un lema para los «Estados Unidos de América» en 1823, el país carecía de los medios para proteger al «nuevo mundo» de sus «antiguos» amos. Contaba con la misma seguridad en sus propósitos de la que España hizo gala en sus buenos tiempos, y para Adams eso no era suficiente.[342]

«El fracaso de la Armada Invencible abrió las puertas a la invasión y colonización de América del Norte por parte de las potencias de la Europa septentrional e hizo posible la fundación de Estados Unidos», argumenta Geoffrey Parker. Si damos por válido este razonamiento, podríamos decir que todo el futuro de Estados Unidos pivotó en torno a una única tarde y noche (7 de agosto de 1588), gracias a un viento favorable, un inteligente lord almirante y unos pocos barcos impetuosos. De haber triunfado, Felipe habría exigido a Isabel que cesaran todas las travesías inglesas hacia América.[343] Sin embargo, la lenta decadencia de España comenzó en el momento en que los comandantes de la Armada Invencible mandaron levar anclas, y, con él, empezaba a instaurarse un nuevo orden mundial.

I

Los ingleses, en el tiempo de la Gran Armada, apenas habían empezado a expandir sus posesiones de ultramar. Para ellos la palabra «colonia» aludía a Irlanda. «Terranova», cuyas costas habían visitado, significaba «pescado». La «exploración» corría a cargo de sociedades de capital, la primera de las cuales portaba un nombre muy rimbombante —The Mystery, Company, and Fellowship of Merchant Adventurers for the Discovery of Unknown Lands & C.—,[344] pero una misión mal planteada: su objetivo era, en una época de enfriamiento global, abrir rutas comerciales hacia China a través de la

bahía de Hudson, en Canadá, o rodeando Rusia por el norte. La circunnavegación que Drake protagonizó entre 1577 y 1580 dio muestras de la curiosidad de Isabel por los otros mundos. En ese momento, sin embargo, España llevaba medio siglo controlando el Caribe, México y una gran parte de América del Sur. Sir Walter Raleigh no fundó Roanoke, el primer asentamiento inglés en América del Norte, hasta 1584-1585, aunque el proyecto sufrió un fracaso tan inmediato como humillante.[345]

España ejercía el liderazgo e Isabel no se dio prisa. Dejó que sus mercaderes arriesgasen sus barcos y los colonos que transportaban, pero no puso en peligro las flotas ni el tesoro de la Corona. La reina animó a Drake a acosar a los españoles, si bien era muy consciente de que esos ataques no garantizarían la seguridad de su Estado. Buscó la autonomía de las empresas de ultramar, tras intuir las carencias de la microgestión practicada por Felipe. Mostraba interés solo cuando estaba convencida de que los demás tenían motivaciones, sobre todo comerciales (aunque también de otra índole). Fijó así el modelo para la América británica: un batiburrillo de colonias sin propósito común, más unidas al océano y a Inglaterra que entre sí, repartidas a lo largo de una estrecha franja costera, que se extendía por miles de kilómetros entre los actuales estados de Massachusetts y Georgia, y administradas, en su mayor parte, con ligereza, si no con descuido.[346]

Mediado el siglo XVIII, la población de la América española sextuplicaba la de la América británica. La riqueza y extensión de sus territorios eran muchas veces mayores. Sus grandes ciudades, su eficaz red de comunicaciones por tierra y la estandarización administrativa rivalizaban con las del Imperio romano: «descuido» no era precisamente un sustantivo que definiese su gobierno. El historiador J. H. Elliott ha señalado que un caballero de Ciudad de México que visitase Lima, cuatro mil kilómetros al sur, se sentiría como en casa: «Las instituciones civiles eran las mismas; el culto sagrado, idéntico». No sucedía lo mismo en las colonias británicas, «donde los diferentes orígenes, creencias religiosas y trayectorias vitales, así como las distintas motivaciones que habían llevado a los colonos a emigrar, creaban un mosaico de comunidades que, además, se habían asentado en distintos momentos y de múltiples formas».[347] Imaginemos al joven John Adams —padre de John Quincy— dejando su Massachusetts natal para vivir entre propietarios de plantaciones de Virginia o esclavistas

de Carolina del Sur: el choque cultural habría sido tan fuerte como el que pudiera sufrir en Lima.

España, como Roma, imponía la uniformidad sobre la particularidad, con impresionantes resultados. De no haber sido así, difícilmente esos dos imperios hubiesen logrado expandirse tan lejos y de manera tan rápida. El precio que debían pagar, no obstante, era la poca profundidad de las raíces, lo que permitía que las adversidades hiciesen temblar la autoridad.[348] Los ingleses extendieron su influencia más lentamente, pero se adaptaron con más facilidad, en particular en América del Norte. Cuando aparecieron los problemas, en lugar de hundirse, el imperio transfirió parte de su autoridad a una república revolucionaria, hecho que supondría el socavamiento de muchos otros imperios a lo largo y ancho del mundo durante los siguientes dos siglos.

II

¿Cómo podría la ligereza —e incluso el descuido— producir tal resultado? En mi opinión, asentando bien los cimientos en el suelo sobre el que descansan. Con mano dura y un espíritu centrado se puede alcanzar, en apariencia, lo monumental, pero solo alterando un poco la topografía —si no aplanándola directamente—, a la manera de Jerjes (o de las modernas autopistas). La topografía, sin embargo, no puede manipularse hasta donde uno desee, pues las irregularidades de la Tierra reflejan la naturaleza de esta: los continentes se desplazan, sufren corrimientos de tierra, chocan y se deslizan unos sobre otros. Dar por sentada la estabilidad de los cimientos constituye una de las formas en que los edificios terminan desplomándose. La resistencia siempre deja un hueco para lo imprevisto.

Pueden existir razones, así pues, para resistirse a la uniformidad, para respetar la topografía e incluso para vacilar. Isabel gobernaba de esta manera y fue pionera en muchos asuntos: reinó sin llegar a contraer matrimonio, toleró (dentro de un límite) la diferencia religiosa y dejó que el idioma se desarrollara de manera extraordinaria. Cada una de estas decisiones se tomó como respuesta a las circunstancias; ninguna de ellas

reflejaba un designio grandioso. Las sociedades de capital para la exploración eran igualmente flexibles. Como señala Elliott:

> La ausencia de un control minucioso por parte de la Corona británica en los primeros tiempos de la colonización dejó mucho espacio a la evolución de formas de gobierno que parecían más apropiadas para quienes participaban activamente en las empresas de ultramar y en la colonia —tanto los financiadores como los colonos en sí—, siempre que operasen dentro del marco fijado por el correspondiente decreto real.

A diferencia de las colonias españolas del Nuevo Mundo —y de los territorios que Francia había reclamado, aun sin apenas colonizarlos, a orillas de los Grandes Lagos y de los ríos San Lorenzo, Ohio y Mississippi —, en la sociedad angloamericana «era más probable que las instituciones políticas y administrativas evolucionasen de abajo arriba, en lugar de ser impuestas por la autoridad».[349] Esto era lo que hacía de la América británica un batiburrillo, pero también un complejo sistema adaptativo.

Los teóricos afirman que este tipo de sistemas prosperan debido a la necesidad de responder con cierta frecuencia —aunque no demasiada— a los imprevistos. Los entornos controlados alientan la complacencia, lo que dificulta dar la cara cuando los sistemas de control fallan, como, tarde o temprano, siempre ocurre. Las alteraciones constantes, sin embargo, impiden la recuperación: no hay nada que sea benéfico siempre y en todos los casos. Existe en el mundo natural, así pues, un equilibrio entre los procesos integradores y los desintegradores —el límite del caos, por decirlo así—, en el que tiende a darse la adaptación, en particular en forma de autoorganización.[350] Los nuevos mundos políticos funcionan de manera similar.

III

Los británicos de América del Norte vivían simultáneamente con varios límites del caos: uno los separaba de un océano vasto, pero navegable; otros dos eran los de España (al sur) y de Francia (al norte y el oeste); otro, las agitaciones provocadas en la metrópoli por los ineptos sucesores de Isabel, incapaces de manejar el giroscopio. Esta había sabido encandilar, intimidar, engatusar, dar de lado o, simplemente, ignorar al Parlamento, de tal manera

que nunca se produjeron enfrentamientos directos entre esa Cámara y la Corona.[351] Los primeros Estuardo, no obstante, buscaron expresamente conflictos que no podían ganar. Además, difuminaron la distinción que la difunta reina había establecido entre lo que los hombres creían y lo que hacían, lo que equivalía a jugar con fuego, mientras Europa se veía arrastrada hacia una guerra provocada por motivos religiosos, la de los Treinta Años. En 1642 estalló en Inglaterra la guerra civil, en medio de tal confusión que los historiadores de hoy aún siguen debatiendo sobre quién luchó contra quién y por qué razones.[352] Siete años más tarde, en cualquier caso, Carlos I de Inglaterra fue decapitado.

La violencia multiplicaba los motivos para emigrar de las islas, así como la promesa que América ofrecía: oportunidades comerciales, tolerancia religiosa y un gobierno menos estricto. La mano dura en las confusiones internas —también durante el mandato de Oliver Cromwell, aquel fallido experimento republicano— dejaba pocas alternativas, salvo permitir, por parte de Londres, la existencia de aquel «mosaico de comunidades» en ultramar. Cuando, en 1660, Carlos II hizo de la levedad el camino hacia la restauración, la heterogeneidad ya se había consolidado al otro lado del Atlántico.[353]

El «largo, laxo y lascivo» reinado de Carlos II[354] terminó en 1685 con la subida al trono de su hermano, el testarudo Jacobo II, cuyo reinado se caracterizó solo por el último de los anteriores adjetivos. Católico acérrimo, se propuso devolver Inglaterra al control papal y, a la vez, «modernizar» el país mediante un proceso de centralización administrativa, al igual que había hecho Luis XIV en Francia. Las colonias no tardarían en seguir ese camino.[355] Tres años después, el nacimiento de su hijo hizo más que probable una sucesión dentro del catolicismo. Resultado: Guillermo de Orange, protestante y esposo de María, la hermana (también protestante) de Jacobo II, emprendió la invasión de mayor éxito de las islas Británicas desde la protagonizada por otro Guillermo, el Conquistador, en 1066. Jacobo II fue destronado y reemplazado por Guillermo y María, y los americanos quedaron de nuevo a su suerte. La revolución Gloriosa de 1688 garantizó para los colonos una evolución continuada, si bien justificó, por el precedente que sentaba, la resistencia a cualquier intento futuro de revertir los avances conseguidos.

Las lecciones aprendidas en 1688 —como argumentó su ideólogo de cabecera, John Locke— enseñaron que podía existir «un poder supremo, el legislativo, al que están subordinados, porque deben, todos los demás», si bien «sigue residiendo en el pueblo la soberanía suprema de modificar o eliminar el poder legislativo».[356] Estos principios parecen estar enfrentados —¿cómo pueden dos entidades supremas compartir nada?—, pero, según propone el historiador contemporáneo Robert Tombs, en ese rompecabezas se apoyaron las bases de la cultura política inglesa posestuardiana:

> La sospecha que recae sobre utópicos y fanáticos; la confianza en la sensatez y la experiencia; el respeto a la tradición; la preferencia por el cambio gradual, y la opinión de que la cesión o el compromiso son victorias y no traiciones. Estas ideas nacen del fracaso tanto del absolutismo real como del republicanismo devoto: ambos supusieron un costoso, pero fructífero, fracaso.[357]

Ese «aroma» (útil concepto al que aludió Maquiavelo) era isabelino, aunque Su Majestad jamás habría aceptado una monarquía «constitucional». Habría valorado las ventajas, eso sí, del equilibrio de opuestos, pues a diario practicaba ese arte. Además, habría juzgado peligrosamente insensatos los intentos de sus sucesores de conciliar opuestos, pues entendía la horticultura política: las cosas crecen mejor cuando se deja espacio a la diversidad y no se hace mucho caso a las raíces. Quizá habría visto con buenos ojos a Edmund Burke y sus ideas.

IV

Burke se puso en pie en el Parlamento, el 22 de marzo de 1775, para explicar a la Cámara en qué se habían convertido los británicos americanos. En sus palabras, eran «un pueblo nuevo […], empecinado en madurar». Se habían mostrado «duros e industriosos», carácter heredado de la libertad inglesa y alimentado por un republicanismo propio, la diversidad de creencias religiosas, una dependencia rentable, pero incómoda, de la esclavitud, una punzante beligerancia originada por un amplio nivel de alfabetización y la autonomía impuesta «por las tres mil millas de océano […] que separan a Sus Señorías de ellos». Aparte de la «sabia y

conveniente indiferencia […], apenas nos deben nada que pueda ser de nuestro interés. […] Percibo que en sus logros se hunde un completo y poderoso orgullo y que toda presunción se diluye en el conocimiento de las estratagemas humanas. […] Perdono algunas cosas al espíritu de la Libertad».[358]

Esas «estratagemas», desde luego, no se habían prodigado demasiado en la política de los británicos de América del Norte durante la primera mitad del siglo XVIII. Las guerras europeas, que se alargaban indefinidamente e imposibilitaban la toma de decisiones, junto con el auge —en una monarquía debilitada— de «partidos» políticos muy distintos entre sí, dejaba poco tiempo y energía para ambiciosos proyectos coloniales. Mientras tanto, la despreocupación que mostraban los americanos del norte cuando recibían instrucciones, resultaba disuasoria: «Yo me imaginé, como la mayoría de jóvenes principiantes, […] capaz de provocar algún cambio drástico», escribió un escarmentado gobernador colonial en 1737. «Sin embargo, tras conocer un poco a los colonos, y habiendo reflexionado sobre las circunstancias actuales en la metrópoli, he rectificado por completo.»[359]

Aquella laxitud, sin embargo, no podía durar. Las colonias doblaban su población cada veinticinco años, como apuntó Benjamin Franklin en 1751: en un siglo, «habrá más ingleses a este lado de las aguas».[360] Ello los obligaba a expandirse hacia el oeste, aunque los franceses y los nativos les cortaban el paso. En 1754, George Washington, entonces un joven coronel, fracasó en su intento de recuperar un fuerte fronterizo inglés,[361] lo que supuso el estallido de una nueva guerra, la de los Siete Años. El conflicto no tardó en propagarse por Europa, la India y los siete mares. El suceso más tajante fue la pérdida del Quebec francés, que pasó a manos británicas en 1759, lo que a su vez obligó a los franceses a retirarse del resto de América del Norte.

La Paz de París, firmada en 1763, se veía como un triunfo angloamericano, pero, en realidad, no hizo sino alejar aún más, uno de otro, a los vencedores. La guerra instaba a funcionarios y a responsables a centrarse y los ministros del rey Jorge III se preguntaban por qué no habría de darse el mismo fenómeno en la administración colonial de posguerra. Según algunos cálculos, los súbditos americanos eran los que menos

impuestos pagaban. ¿No deberían aportar más a cambio de la seguridad que iban a recibir? ¿Podría la metrópoli acumular deuda de manera indefinida, por mucho que obtuviera astutamente financiación del Banco de Inglaterra? ¿No debería alguien regular los asentamientos más allá de los Apalaches y evitar los choques entre nativos y colonos? ¿Qué sentido tiene poseer un imperio si no se administra?[362]

En efecto, los americanos, acostumbrados a la levedad de trato, intuyeron en la respuesta a tales preguntas una mano dura que, una vez que cayese sobre ellos, no se levantaría jamás.[363] Cobró fuerza entonces el desconcierto y, luego, el resentimiento y, después, con la Ley del Timbre de 1765, la resistencia activa. La gran distancia y las escasas fuerzas del orden estatales obligaron al Parlamento a dar un paso atrás y a conformarse con la Ley Declarativa de 1766, que se reservaba el derecho de restablecer lo que se acababa de derogar. Burke se burló cruelmente de aquella petulancia: «Tras haber aprobado esta ley, deberán redactar otra para hacer cumplir aquella, y se pondrá en marcha así un interminable círculo de vanos y débiles esfuerzos. Toda gran ley de Sus Señorías debe estar vinculada con una ley menor, que, como el escudero, cargue con su armadura».[364]

El problema radicaba en las hegemonías contrarias de Locke: el pueblo debe obedecer al Gobierno, pero este ha de reflejar la voluntad de aquel. Para la pequeña isla, aquello era una cuerda floja. Sin embargo, cuando esta se estiraba hasta alcanzar el otro lado del océano, la cuerda se deshilachaba y quedaba convertida en un manojo de hebras. En efecto, la distancia obstruía la reflexión y daba alas a la desobediencia. Burke percibió esa dificultad ya en 1769:

> Los americanos han hecho un descubrimiento, o eso creen: que nuestro objetivo es oprimirlos. Nosotros hemos hecho un descubrimiento, o eso creemos: que ellos quieren rebelarse. Nuestra severidad ha azuzado su reprochable comportamiento. Nosotros no sabemos cómo avanzar y ellos no saben cómo retirarse.[365]

La única salida era compartir las insatisfacciones: «Todos los gobiernos y todo bien y dicha humanos, así como toda virtud y toda acción prudente, están fundados en la cesión y en la negociación. Equilibramos los inconvenientes; damos y tomamos; renunciamos a ciertos derechos para poder disfrutar de otros. […] No obstante, en todos los tratos justos, lo adquirido debe guardar proporción con el precio pagado». Burke concluyó

su discurso de 1775 con la siguiente apostilla: «Negar a los americanos su participación en la libertad es romper esa única ligazón que originalmente fue la esencia de la unidad del imperio y de la que aún dependemos para preservarlo».[366]

V

David Bromwich, biógrafo de Burke, ha observado, con respecto al discurso pronunciado por George Grenville, primer ministro de Jorge III cuando se aprobó la Ley del Timbre, que el fin de su argumentación «había olvidado su principio».[367] Greenville trataba de demostrar que el imperio podía salvaguardar las libertades de sus periferias a la vez que las restringía. Pericles, en su discurso fúnebre, defendió algo parecido: empezó por loar el respeto de los atenienses por sus colonias, pero terminó encomiando el uso de la fuerza para meter a estas en cintura.[368] Ambos olvidaban, antes de terminar, cómo habían empezado, así como guardar proporción entre lo comprado y lo pagado.

Los revolucionarios americanos habían perdido la memoria. Inmersos como colegiales en los textos clásicos (habitualmente en traducción), consideraban los fracasos de la democracia griega y la república romana lecciones convincentes y afines. Reverenciaban lo que ellos creían el *common law* anglosajón, usurpado por los normandos, y se aferraban a la Carta Magna, puesta en entredicho por los Estuardo y redimida en 1688, aunque a merced aún de la corrupción de reyes, Parlamentos y administradores coloniales. Su Declaración de Independencia daba fuste a varias propuestas intelectuales aparecidas en 1776 y era a la vez reflejo de ellas: *La riqueza de las naciones*, de Adam Smith; el primer volumen de *Decadencia y caída del Imperio romano*, de Edward Gibbon, y, con más fuerza que ninguna, *El sentido común*, de Thomas Paine, en el que se afirma: «Repugna a la razón y al orden universal de las cosas, y contradice todos los ejemplos de la edad antigua, suponer que este continente puede seguir sometido a una potencia foránea».[369]

Paine remachaba que no habían surgido monarquías por el mérito, sino porque habían sobrevivido a la memoria de los tiempos. El primer rey quizá

no había sido más que «un bellaco cabecilla de alguna banda de agitadores». Ciertamente, Guillermo el Conquistador, «un bastardo francés que desembarcó acompañado de bandidos armados y se erigió rey de Inglaterra en contra del consentimiento de los nativos […] no tenía de por sí ninguna divinidad». Si la Naturaleza respetaba la monarquía, no haría de ella «algo ridículo, al entregar a la Humanidad un "asno en el lugar de un león"». ¿Qué sentido tiene que «un joven de veintiún años —Jorge III tenía veintidós cuando ascendió al trono en 1760— niegue la legitimidad de sus leyes a millones de personas de más edad y sabiduría que él»?[370]

La república era una forma de gobierno infrecuente, que habitualmente había regido en territorios poco extensos. Sin embargo, desde los tiempos de Roma, a las repúblicas les había ido mejor que a las monarquías. Al alentar la igualdad, aplacaban la arrogancia y la amnesia que esta trae consigo: los Países Bajos y Suiza prosperaron en paz en una época en que las monarquías se arruinaban en costosos conflictos. Cuando sus estatutos coloniales dieron pie a la constitución de asambleas representativas y empezaron a autogobernarse, los mismos estadounidenses se hicieron republicanos. El trajín comercial y la falta de oro y plata garantizaban «la paz y amistad de todos los países de Europa. […] ¿Qué interés podemos tener en desafiar al mundo?».[371]

La independencia daba miedo solo porque su arquitectura no estaba completa: ¿cómo podrían mantenerse unidas trece repúblicas con ambición continental? Paine se mostraba inseguro a este respecto, pero sabía que su «derecho natural» era «un gobierno propio», que apremiaba alcanzar. «La libertad ha sido perseguida en todo el orbe. Asia y África la expulsaron hace tiempo. Europa la trata como a un extraño y en Inglaterra ya le han advertido que deberá marcharse. ¡Ay! Recibamos a esta fugitiva y preparemos con tiempo un refugio para la humanidad.»[372] Pocos razonamientos evocan en su conclusión de manera tan elocuente sus principios.

El panfleto de Paine era el equivalente literario de los brulotes de Isabel: un dispositivo incendiario cuyo objetivo consistía en perturbar al enemigo, cerrar filas en torno a la retaguardia y hacer pivotar la historia. No todo a la vez, desde luego. Cuando apareció *El sentido común*, en enero de 1776, no estaba nada claro cómo garantizar la independencia estadounidense, algo muy distinto a declararse independiente. Paine, no obstante, consiguió cambiar la mentalidad. Los británicos, como los españoles en 1588, conservarían todavía un tiempo la superioridad militar, pero les sería muy difícil convencer a alguien de que Dios, la historia, la justicia, la razón o la simple disposición del campo de batalla les eran favorables.[373]

La declaración de Thomas Jefferson, seis meses después, remacharía el argumento: «Cuando en el curso de los acontecimientos humanos se hace necesario para un pueblo […] asumir entre los poderes terrenales la condición de independencia e igualdad a que dan derecho la ley natural y el Dios de la Naturaleza, el debido respeto por la opinión del prójimo exige que se aclaren las causas que empujan a ese pueblo a separarse».[374] Aunque habían sido redactadas de forma apresurada, las palabras de Jefferson hicieron enmudecer a los británicos, que solo supieron seguir adelante con lo que habían comenzado en las batallas de Lexington, Concord y Bunker Hill el año anterior: la supresión de las libertades que el rey y el Parlamento habían declarado respetar.

Como ha señalado el historiador Joseph J. Ellis, Jefferson supo disimular muy bien las contradicciones dentro de las abstracciones. El político virginiano que insistía en aquello de que todos los hombres habían sido creados iguales llegó a Filadelfia con varios esclavos de opulenta indumentaria a su servicio.[375] Su declaración vinculaba principios universales con una lista de inverosímil extensión que enumeraba veintisiete ofensas cometidas por el propio Jorge III: ciertamente, el documento no puede ser citado sin que este suene un poco simple. Ni Paine ni Jefferson dijeron nada sobre el tipo de gobierno que podría reemplazar a la tiranía británica. Los pormenores no eran el punto fuerte de ninguno de estos dos patriotas estadounidenses.

De haber entrado más en detalle, la independencia, quizá, no habría llegado nunca, pues el pormenor atenúa la llama necesaria para que el brulote se incendie. Los detalles «desconectan» las conclusiones de los argumentos de sus principios. Por eso, Paine y Jefferson creyeron necesario

escorar la historia primero y solo entonces empezar a hacerla realidad. Su principal herramienta, la retórica, debía ser aún más nítida que la verdad, aun cuando fuera necesario dar la vuelta a esta.[376] Jorge III no era Nerón y Jacobo II, tampoco. Jefferson, no obstante, no acusó al rey de haber apoyado el comercio de esclavos, pues esto habría dañado la reputación del esclavismo y habría socavado el consenso en torno al voto por la libertad.[377]

Como, a base de ceder, terminó ocurriendo. Una declaración ideológicamente coherente habría clamado, no debe extrañarnos, por los «trece estados *desunidos* de América». Tampoco el tono uniforme habría sabido captar las emociones encontradas de los signatarios: el fervor patriótico, la reflexión filosófica, la sombría intuición de la sangre que estaba aún por derramarse, la convicción de que todo el mundo los observaba y el placer casi adolescente de tener el poder sobre las cosas, tal y como Paine lo expresó, «para poder empezar el mundo de nuevo».[378] Fue dentro del espíritu de la independencia cuando John Adams, que solía fruncir el ceño ante las explosiones ajenas a su propio mal genio, pidió que, en el aniversario de esta, tras dar gracias a Dios, «se la celebrara con representaciones, juegos, competiciones, salvas, campanadas, piras y fuegos artificiales desde un extremo de este continente al otro, desde hoy y para siempre».[379]

VII

Que Adams escribiese «continente» en lugar de «país» no fue un *lapsus calami*, pues los padres de la independencia estaban muy al día en cuestiones geográficas. Paine consideraba «absurdo suponer que un continente pudiera ser gobernado por siempre desde una isla». Benjamin Franklin señalaría que los británicos habían gastado tres millones de libras en 1775 para matar «apenas a ciento cincuenta yanquis». Durante ese año, habían nacido sesenta mil más. «¿Cuánto tiempo haría falta para matarnos a todos?», se preguntaba.[380] George Washington, al mando del ejército continental, no tenía un territorio ilimitado al que retirarse —como Kutúzov —, pero sí uno muy extenso. Además, el adversario inglés solo podía

abastecerse por mar. Así pues, Washington confió en «el tiempo, en la precaución y en alimentar la preocupación del enemigo», como explicaría más tarde, hasta poder «proveerse de armas y otros útiles, y contar con tropas mejor disciplinadas», a fin de garantizarse la victoria.[381]

Esto solo podría asegurarlo un Gobierno y los estadounidenses no estaban seguros de cuál querían en 1776. Finalmente no se decidieron por uno, sino por varios, que se ajustarían a los intereses de cada estado. Dichos gobiernos quedarían vinculados con bastante flexibilidad mediante los artículos de la Confederación, que creaban una liga, no una nación. No había jefe del ejecutivo, ni revisión judicial de la legislación y, lo más importante, no había autoridad que impusiera gravámenes.[382] Daba la impresión de que los estadounidenses, con su primera Constitución, habían puesto en práctica la famosa «conveniente negligencia» (*salutary neglect*). (1) Quedaba por ver, sin embargo, si esa levedad que tanto habían apreciado en el viejo Imperio británico los ayudaría a independizarse del nuevo.

También en un continente un ejército puede quedar atrapado y verse obligado a la rendición. Es lo que padecieron los británicos en Saratoga, en 1777, y en Yorktown, en 1781. No cejaron en su empeño tras su primera derrota, pero sí después de la segunda: ¿habrían seguido los estadounidenses luchando en esas circunstancias? El congreso de la Confederación se mostró tan renuente a sustituir al coronel Washington que, cuando se firmó la paz, en 1783, este ya había perdido la fe en él. «Solo conservando la unión como si fuera un imperio se reconocerá nuestra independencia, se tendrá en cuenta nuestro poder y se nos dará credibilidad», advirtió.[383]

La guerra permitió a los estadounidenses ver todo desde un punto de vista maquiavélico: que una monarquía constitucional (como la inglesa) humillase a una monarquía absoluta (como la francesa) podía hacer que, años después, esta rescatase a un advenedizo revolucionario republicano. Resentido aún por haber perdido América del Norte a manos de los británicos en 1763, Luis XVI dio la bienvenida en París a varios emisarios rebeldes en 1776. Los estadounidenses hicieron vagas ofertas comerciales, pero prodigaron apoyo a la venganza francesa: sus anfitriones respondieron agradecidos con financiación y una alianza militar «perpetua». La oportuna llegada de la flota gala a Yorktown forzó la capitulación británica, tras la cual los estadounidenses abandonaron alegremente a su aliado para que

negociase un acuerdo con los representantes de su enemigo, lo que permitió ensanchar los límites de Estados Unidos hasta más allá del río Mississippi.[384]

El resultado desafió cualquier forma de categorización.[385] ¿Había sido una victoria por principios o por conveniencia? ¿Por los derechos del hombre o por las reglas del buen hacer estadista? ¿Por la levedad del ser o por la mano dura? ¿Por una república o, como dijo el propio Washington, por un imperio? Decir «todo a la vez» podría parecer una manera de esquivar la pregunta, pero se trata de una respuesta útil. En efecto, si tuvo razón Burke en que los gobiernos deben saber equilibrar las insatisfacciones; si tuvo razón Isabel al sentar precedentes, en lugar de verse obligada por ellos, y si tuvo razón Maquiavelo prefiriendo la proporcionalidad a la coherencia, entonces los estadounidenses —que, desde luego, no improvisaban— tendrían razón también.[386] Incluso Augusto habría quedado impresionado por lo que los líderes estadounidenses hicieron después: preparar una segunda revolución para corregir los errores de la primera, con tan diestra combinación de persuasión y de disimulo que el país no se enteró de lo que estaba sucediendo hasta que ocurrió.[387]

VIII

Hubo algo en lo que los británicos estadounidenses sí se mostraron coherentes, antes y después de su primera revolución: la profunda desconfianza hacia el Gobierno. Después de tanto tiempo de autonomía, a los colonos les parecía funesta cualquier acción británica que de algún modo les incumbiera: «Hasta los mínimos incidentes se convertían en cuestiones constitucionales de enorme calado que condicionaban las libertades básicas del pueblo», apunta el historiador Gordon Wood.[388] Las alergias severas no desaparecen fácilmente y aquella duró hasta después de que el Reino Unido reconociese la independencia estadounidense, en 1783. Los estadounidenses simplemente empezaron a depender de sí mismos.

Quizá la victoria hizo innecesaria la paciencia. Quizá arrojó luz sobre un asunto que hasta entonces se había eludido: ¿garantizaba la revolución la igualdad de oportunidades (el derecho a alzarse ante la iniquidad) o la de condición (es decir, la obligación de no hacerlo)? Quizá la corrupción de la sociedad británica había infectado, como la viruela, a su homóloga estadounidense. Quizá la legislación, al no ser supervisada, degeneraba siempre en tiranía, ya fuese en Parlamentos o en Confederaciones. Quizá no se podía confiar en el pueblo. Quizá algunos estadounidenses pensaban, sin atreverse a decirlo, que los británicos habrían acertado al intentar sustituir la negligencia por la mano dura.

De cara a la galería, el país progresaba. Pese a la guerra, la población se multiplicaba, como Franklin había predicho. La paz dobló con creces el territorio colonizable y el nuevo país prosperaba por doquier. «Si nos arruináramos, dejaríamos las ruinas más magníficas de todas las naciones del mundo», dijo un ciudadano de Carolina del Sur en la época.[389]

Sin embargo, como las expectativas eran altas y no se había empezado aún el Nuevo Mundo, del que había hablado Paine, surgieron algunos miedos y desconfianzas. Nada preocupaba más a los estadounidenses que la posibilidad de que, tras haber humillado al Reino Unido, no se les tomase en serio como una gran potencia. Si su revolución había dado como resultado apenas una liga de naciones, cuya autoridad se compartía hasta el punto de no tener sede, ¿cómo podrían impresionar a otros países más antiguos, en los que la autoridad estaba muy consolidada? «No pueden firmarse tratados con los estados americanos que obliguen a todos en su conjunto», se lamentaba en 1784 lord Sheffield, editor de *Decadencia y caída del Imperio romano*, de Gibbon. «Podríamos con tanta razón temer las componendas entre los alemanes como las de los estados americanos, y desaprobar tanto las resoluciones de la Dieta de aquellos como las del Congreso estadounidense.»[390]

Se demostró que una isla no podía gobernar un continente. ¿Podría una república? No había existido ninguna de tales dimensiones desde Roma, lo que no constituía precisamente un buen precedente. La ruptura con el Reino Unido se había originado porque se habían visto obligados a pagar impuestos sin gozar de representación parlamentaria, algo difícil con un océano de por medio. Y ¿qué había del océano de tierra?[391] Un panfletista afirmaba:

> Hemos pasado el Rubicón y la cuestión es si deberemos separarnos en clanes y hordas desiguales, cada uno mandado por un caudillo o un reyezuelo, que serán todo lo tiranos que puedan y mantendrán al continente en su conjunto en constante estado de agitación […], o si nos uniremos todos, o la gran mayoría, para establecer un gobierno general eficiente, que incluya todo el territorio cedido a Estados Unidos por el tratado de París de 1783.[392]

Era casi como si los británicos, al conceder esas fronteras, hubieran puesto una bomba con temporizador: ¿podría una república convertirse en un imperio sin reemplazar sus libertades por tiranías, como Gibbon parecía haber demostrado que ocurrió en Roma?

IX

La segunda revolución estadounidense comenzó, al estilo de Augusto, con un esquema piramidal de encuentros que buscaban, deliberadamente, no llegar a ninguna conclusión. El primero tuvo lugar en Mount Vernon, la residencia de Washington, en 1785, y su objetivo consistía, supuestamente, en poner fin a las disputas entre los estados de Maryland y Virginia a cuenta de los derechos de navegación por el río Potomac. El verdadero problema, señalaron los participantes, eran los aranceles internos, asunto que requeriría un congreso más amplio, celebrado en Annapolis en 1786. Los asistentes encontraron necesario hacer mayores enmiendas a los artículos, para lo cual se organizó una «convención constitucional», que tendría lugar en Filadelfia en 1787. Esta, a su vez, tras varias sesiones a puerta cerrada, relegó al olvido los artículos de la Confederación.[393] No se trató de un golpe de Estado, pues fue demasiado lento y respetuoso. Como hecho consumado, sin embargo, se le podría comparar.

El Augusto fue Washington, cuya «meditada reserva a la hora de buscar el poder —como ha sugerido su más reciente biógrafo— le permitió ejercer este en gran medida». Él fue el anfitrión del encuentro de 1785, en el que no se comprometió a nada. Permitió a dos jóvenes Agripas —James Madison y Alexander Hamilton— llevar la voz cantante de cara a la galería y, a la vez, dejó muy clara su postura: «Estos desórdenes son la más clara prueba de que existe el deseo de un gobierno enérgico», indicó el gran hombre (con palabras que sonaban un poco a Jorge III) cuando los agricultores y

ganaderos de Massachusetts se manifestaron para protestar contra un Estado hambriento de impuestos, a finales de 1786.[394] En 1787, Washington aceptó a regañadientes presidir la convención de Filadelfia. Una vez allí, no dijo ni una palabra. No tenía por qué. Él sabía que las presencias augustas obtienen lo que desean simplemente enseñando la cara.[395]

A lo largo del verano siguiente, los delegados darían forma a la Constitución de más larga vida pero menos modificada del mundo, con la cual, no obstante, pocos signatarios quedaron plenamente convencidos.[396] Esto empujó a los Agripas, no sin cierta ayuda de John Jay, a enviar con premura a la imprenta *Los artículos federalistas*, un conjunto de textos que justificaba la aprobación de la Constitución y que tenía una extensión treinta y cuatro veces mayor.[397] Dirigida «al pueblo del estado de Nueva York», contiene ochenta y cinco ensayos, todos firmados por un tal Publius, que, sin embargo, no fueron determinantes para el resultado de la votación. No circularon demasiado fuera del estado Nueva York y, cuando este por fin ratificó la Constitución, en julio de 1788, se habían adelantado otros diez, más que suficientes para la aprobación.[398] La fama de *Los artículos federalistas,* sin embargo, se debe a otras razones: se trata de la obra más imperecedera sobre gran estrategia política desde *El príncipe* de Maquiavelo.

La Constitución y *Los artículos federalistas* comparten diversos rasgos: la fugacidad del tiempo pesó sobre ellos durante la redacción de sus contenidos, pero su perdurable importancia los liberó de esa misma fugacidad. Esta paradoja va al meollo de lo que significa mantener dos puntos de vista opuestos al mismo tiempo y seguir funcionando, y de manera brillante en este caso. ¿De dónde nacía exactamente esa brillantez?

X

No basta atribuirlo al fenómeno señalado por el doctor Samuel Johnson: «Tenga por seguro, señor, que, cuando un hombre sabe que será ahorcado en dos semanas, su mente se concentra maravillosamente bien».[399] Muchos hombres han pasado por el cadalso sumidos en pensamientos dispersos y los Padres Fundadores de la patria estadounidense, pese a la

propensión hacia el humor negro del doctor Franklin,[400] habían dejado atrás el miedo real a terminar en la horca. A lo que sí se enfrentaban —como nueva y débil potencia en un escenario dominado por países más poderosos; como sociedad que no tenía aún claro en dónde residía exactamente su soberanía; como idealistas desilusionados con la naturaleza humana; como realistas que se creían capaces de reformar esta; como historiadores obligados a escribir la historia propia— era la necesidad de alinear aspiraciones incompatibles con capacidades limitadas. Eso es lo que buscaban *Los artículos federalistas*.

«La importancia del problema habla por sí misma, pues, entre las consecuencias que de él se derivan, se incluye nada menos que la existencia de la UNIÓN, la seguridad y el bienestar de las partes que la componen y el hado de un imperio que, en muchos aspectos, es el que más intereses despierta del mundo», anuncia Hamilton en el primer párrafo del primer ensayo.

> Parece que queda reservado a los habitantes de este país, por su conducta y ejemplo, decidir sobre una importante cuestión: si las sociedades humanas son realmente capaces o no de establecer un buen gobierno a partir de la reflexión y la elección, o si están destinadas para siempre a depender del accidente o la fuerza para la fundación de sus constituciones políticas.

Para resolver un problema de tal peso haría falta «estimar juiciosamente nuestros auténticos intereses, sin sesgos, ni confusiones nacidas de consideraciones ajenas al bien común». Sin embargo, Hamilton matiza de manera inquietante: «Esto es algo que deseamos ardorosamente, pero no podemos esperar con seriedad».

> El plan que se ofreció durante la deliberación condiciona muchos intereses particulares e innova en numerosas instituciones locales, de manera que, cuando sea debatido, se aludirá necesariamente a fines ajenos a sus méritos, y surgirán opiniones, pasiones y prejuicios poco favorables al descubrimiento de la verdad.[401]

El mundo observaba y jamás olvidaría, pero los estadounidenses actuaban sin prestar atención. Los medios congregados no estaban en absoluto a la altura de los fines a que se aspiraba. Se avecinaba la crisis.

Los artículos federalistas eran un llamamiento ambivalente. Pues ¿cómo podría darse el caso de que el sumergirse en una UNIÓN —las mayúsculas pertenecen a Hamilton— no supusiera el ahogamiento de sus partes?

¿Cómo podría cualquier imperio operar sin heredar problemas y legitimaciones obligadas? ¿Podrían los intereses locales converger de forma colectiva? ¿De qué servía ese «estimar juiciosamente» los intereses, si estos, aun «ansiosamente» deseados, no tenían visos «serios» de verse satisfechos? Hamilton reconocía que los hombres sabios se equivocaban tan a menudo que podrían impartir lecciones de moderación «a quienes se sienten convencidos de manera perenne de llevar razón». Tal razonamiento dejaba sin sentido la insistente búsqueda de la coherencia: resultaba necesario rehacer la propia lógica. Por eso Hamilton comenzó, como ya lo había hecho Augusto, a desarmar a la resistencia a base de humildad.

XI

Esto justificaba de algún modo que la tarea más complicada de las planteadas por *Los artículos federalistas* —demostrar que una república podía convertirse en imperio sin ejercer la tiranía— recayese en Madison, el padre fundador al que, sin lugar a dudas, más se infravalora.[402] Este estuvo a la altura y fue capaz de unir tiempo, espacio y escala con total éxito.

La historia había demostrado que la «inestabilidad, la injusticia y la confusión» habían dado al traste siempre con los «gobiernos populares», escribe Madison en el décimo ensayo firmado por Publius. La independencia no había librado aún a los estadounidenses de estos peligros.

> Se escuchan quejas por doquier […] de que al bien común se le da de lado en los conflictos entre partes rivales y de que las medidas demasiado a menudo no se deciden según las reglas de la justicia y los derechos de la minoría, sino por la fuerza superior de una mayoría interesada y autoritaria.

Revocar la libertad sería un remedio «peor que la enfermedad». Curar esta con igualdad, sin embargo, no garantizaría la seguridad de nadie:

> Las democracias siempre han sido escenarios de agitación y de disputa, incompatibles con la seguridad personal y con los derechos sobre la propiedad, y, en general, su vida ha sido siempre tan efímera como violentos sus finales.

«Los motivos que llevan a la disensión» son demasiado humanos para que puedan desaparecer. Fue un alivio, no obstante, saber que podrían «controlarse sus efectos.»[403]

Las distancias habían hecho que hasta entonces las repúblicas no tuviesen una gran extensión territorial, porque la representación de la que dependían exigía un atemperamiento de las pasiones que solo podría generar la regular reunión de asambleas deliberativas. Estas no podrían cumplir con sus funciones cuando los territorios se encontraban tan alejados. En efecto, la república estadounidense se extendía ahora a lo largo y ancho de un tercio del continente y era poco probable que se detuviera ahí. La bomba con temporizador regalada por los británicos —el océano de tierra cedido en 1783— explotaría, sin duda, en forma de protestas, ya conocidas, contra los impuestos sin representación. ¿Dónde quedaría, de ocurrir algo así, la UNIÓN de Hamilton?

Madison resolvió estos problemas de tiempo y de espacio mediante la alteración de la escala. Con ello, remedaba, a sabiendas o no, a Maquiavelo.[404] En efecto, solo en las repúblicas, como había observado el florentino, «se logra el bien común». Al multiplicar el número de quienes se beneficiaban de aquel, se reduciría la influencia de los pocos que no se veían favorecidos por él: no todos los participantes, una vez sumergidos completamente, tenían por qué ahogarse.[405] La escala haría las veces de salvavidas, algo que, sin embargo, entrañaba peligros, según admitía el propio Madison:

> Si se amplía demasiado el número de electores, el representante perderá familiaridad con las circunstancias e intereses locales; si se reduce en demasía, el representante se sentirá indebidamente ligado a dichas circunstancias e intereses y no será apto para comprender y perseguir grandes objetivos nacionales.

No obstante, existía «un promedio», a ambos lados del cual residían «los distintos inconvenientes». De este modo, el equilibrio de las facciones —una empresa burkeana— podría dar utilidad a los «inconvenientes» mencionados por Madison:

> Extendamos la esfera y esta incluirá una mayor variedad de partes e intereses; será así menos probable que la mayoría tenga una razón común para conculcar los derechos del resto de ciudadanos; si tal razón no deja de existir, será más difícil que quienes lo esgrimen descubran su propia fuerza y actúen al unísono con sus pares.

La Constitución propuesta «es una feliz combinación a este respecto, pues los grandes intereses colectivos son atendidos por la asamblea legislativa nacional y los locales y particulares, por la de cada estado».[406]

Madison, así pues, desplegó la escala en el espacio con el objetivo de invertir el tiempo. La historia reforzaría a partir de ese momento su república y permitiría que las facciones compitieran en todos los niveles, de manera que el camino de crecimiento divergiera poco a poco del de Roma.[407] El arco dibujado por *Los artículos federalistas* no desembocaba en un Nerón, sino en un Lincoln.

XII

Sin embargo, si lo anterior es cierto, ¿por qué la Unión presidida por Lincoln fracasó de manera tan catastrófica? En resumidas cuentas, ninguna estrategia es capaz de prever todos los imprevistos y, por otro lado, cada solución crea nuevos problemas que, a veces, pueden resultar abrumadores. La respuesta más severa —y, en mi opinión, la más acertada— supone que los fundadores estarían dejando que la Unión se pusiera a prueba a sí misma. Conociendo la necesidad de dar proporcionalidad a aspiraciones y a capacidades, y reconociendo las incompatibilidades en los aspectos positivos de la realidad, decidieron salvar el nuevo Estado y que fuesen sus descendientes quienes salvaran su alma.

Agustín de Hipona y Maquiavelo habían visto en la proporcionalidad una manera de equilibrar las respectivas demandas y reclamaciones de almas y estados: las diferencias entre ambos residen en si ese equilibrio alcanzado exige cuentas o no a Dios. Agustín pensaba que sí y trabajó con ahínco para justificarlo. El Dios de Maquiavelo dejaba en manos del hombre el Estado y su manejo. Los estadounidenses, adoptando posturas infinitamente variadas, como hizo Isabel I, supieron cabalgar esa brecha: podían hacer gala, como sus antiguos amos, de un frío pragmatismo; eran capaces de mostrarse fervorosamente religiosos, como quienes buscaban un renacimiento religioso en el Nuevo Mundo; y, como sus empresarios, sabían asimismo mantener posiciones intermedias. Lo que queda claro, en cualquier caso, es

que pocos durante los primeros años de la república cuestionaban —al menos abiertamente— lo que muchos darían su vida por cambiar más tarde: la anomalía de que la Constitución prometiese «una Unión más perfecta» dando por sentada la legitimidad del esclavismo.[408]

La Constitución reconocía con ello lo que la Declaración de Independencia no podía constatar: que no todos los hombres han sido creados iguales. Los hombres de 1776 temían —Jefferson el que más— quedarse sin Estado si los esclavos eran liberados a la vez que el país. La Constitución expresa en jerga legal este temor en el método de asignación de cada estado en la Cámara de Representantes: se contaría el «número total de personas libres» y a ese número se sumarían «tres quintos de las demás personas». Asimismo, se prohibió durante veinte años cualquier restricción a la «migración e importación de tales personas, en la medida en que consideren adecuada los estados hoy existentes» y se exigió que «ninguna persona obligada a prestar servicio o trabajar en un estado […] que escape a otro estado […] sea exonerada de dicho servicio o trabajo». La palabra «esclavitud» no aparece por ningún lado.[409]

Esa omisión hizo que Madison se agarrase a un clavo ardiendo en *Los artículos federalistas*. «Sin duda sería deseable que el poder de prohibir la importación de esclavos no se hubiese pospuesto hasta 1808 o, más bien, que se hubiese tolerado su inmediata puesta en marcha», escribió con ánimo lánguido. Sin embargo,

> […] el paso del tiempo podría poner fin para siempre, en estos estados, a un tráfico que se ha extendido durante muchos años y lleva a censurar a voz en cuello la barbarie de la política moderna […] ¡Felices serían los infortunados africanos si tuviesen ante sí la misma posibilidad de redimirse de la opresión de sus hermanos europeos!

Una desafortunada hipocresía, sin embargo, para Madison, que había defendido la famosa cláusula de los tres quintos en un extenso y elaborado texto que quería retratar las opiniones de los «hermanos» estadounidenses, quienes veían en los esclavos a personas, pero también objetos de su propiedad:

> Tal es el razonamiento que un adalid de los intereses sureños podría seguir a este respecto. Aunque podría parecer algo retorcido en ciertos puntos, en general he de confesar que me reconcilia por completo con la escala de representación que la Convención [Constitucional] ha establecido.[410]

La búsqueda de equilibrio de Madison exigía la barbarie, así que no resulta extraño que se descubriera retorciendo razonamientos. Las opciones que tenía por delante, sin embargo, eran irreconciliables: los Padres Fundadores podrían alcanzar la Unión o la Emancipación, pero no ambas cosas, al menos no durante su generación. Así pues, eligieron la Unión para posponer la Emancipación y dieron por hecho —algo que no se ha repetido lo suficiente— que esta tendría más posibilidades en un Estado grande y poderoso que en varios estados débiles.[411] Era una apuesta: si se hacía con Dios o con el diablo, dependía del punto de vista.

XIII

Los Padres Fundadores retrasaron el día de la verdad hasta más allá de su tiempo, gracias a la búsqueda de un imperio continental republicano. Hamilton, el más firme de todos en su oposición a la esclavitud, vio, sin embargo, en la expansión de la Unión una oportunidad para convertir el nuevo Estado «en árbitro de Europa en América, y poder inclinar la balanza de las rivalidades europeas desde esta parte del mundo, según dicten nuestros intereses». Madison mostró cómo, al equilibrar los intereses internos, podría ponerse en marcha la expansión externa.[412] Jefferson, tras convertirse en presidente, templó el odio casi patológico que sentía hacia Hamilton[413] con el golpe de suerte que supuso la ganga de Luisiana, comprada a los franceses. La adquisición de este territorio doblaba la extensión de la Unión. «Perder nuestro país por la escrupulosa adhesión a la ley escrita sería perder la propia ley […], lo que supondría el sacrificio de los fines por los medios», razonaría más tarde (y Hamilton, desde el cielo o desde el infierno, esbozaría, cuanto menos, media sonrisa).[414]

En 1811, John Quincy Adams, que entonces contaba cuarenta y cuatro años, informó personalmente a su madre de que las opciones eran, por un lado, «una interminable multitud de clanes y tribus insignificantes y eternamente enfrentados entre sí a cuenta de una roca o un estanque en el que pescar, lo que haría las delicias de los amos y opresores europeos», y,

por otro, «una nación tan extensa como el continente, destinada por Dios y la Naturaleza a ser la más poblada y poderosa de las que jamás se han constituido bajo un contrato social».[415] Volvía así a los fuegos artificiales a ambas orillas del Atlántico que su padre, John Adams, había pedido en 1776.

El joven Adams puso en marcha muchas más iniciativas de las esperables, sobre todo a expensas de España, tras convertirse en secretario de Estado del presidente James Monroe, en 1817. El imperio de Felipe II seguía extendiéndose en los mapas desde la mitad de América del Norte hasta el estrecho de Magallanes, pero la Revolución francesa y el auge de Napoleón —y el ejemplo estadounidense— habían infectado esos territorios con el virus de la independencia.[416] Adams, como un tiburón, sacó tajada de la enfermedad vírica. Comenzó con Florida, donde convirtió en ultimátum un ataque preventivo, lanzado bajo la cuestionable autoridad de Andrew Jackson: España debería estabilizar y asegurar las fronteras de esa provincia o «cederla a Estados Unidos […], pues, de hecho, se encuentra abandonada. En ella puede tomar posiciones cualquier enemigo, civilizado o salvaje, de Estados Unidos, y su existencia no tiene otro propósito en este mundo que el de irritar a nuestra nación».[417]

En 1821, los españoles entregaron Florida a cambio de que los estadounidenses hicieran valer sus derechos (estadounidenses) sobre ese territorio, de la exclusión de Texas como uno de los estados de la Unión (pronto caería en manos de México, de todos modos) y el compromiso de que la frontera norte del Imperio español siguiera siendo el paralelo 42 (aunque los estadounidenses no tenían derechos definidos sobre el territorio al norte de esa línea imaginaria). Fue una desenvuelta y audaz muestra de sentido de Estado, sin parangón hasta que el propio Adams la superó dos años más tarde.[418]

Monroe se dirigió al Congreso en diciembre de 1823, en el tradicional mensaje.[419] Había surgido la oportunidad, tras una discreta oferta del ministro de Asuntos Exteriores británico, George Canning, de colaborar con la exmetrópoli para impedir que Rusia, Prusia, Austria y la Francia posnapoleónica tratasen de restaurar el poder español —casi perdido ya— en el Nuevo Mundo. Canning tenía en mente los intereses comerciales británicos, aunque estaban de sobra bien protegidos por su armada. Contar con la colaboración estadounidense, no obstante, suavizaría las

animadversiones que aún campaban desde la guerra de 1812 y el ataque incendiario contra la ciudad de Washington por parte de los ingleses dos años después.[420] En cualquier caso, Adams vio la oportunidad, tras un inteligente giro, de hacer un pronunciamiento revolucionario.

De aquí se deriva la gran «doctrina» por la que Monroe es sobre todo recordado: que «los continentes americanos, por su condición de libertad e independencia que han de asumir y mantener, no serán considerados en adelante susceptibles de colonizaciones futuras por parte de ninguna potencia europea». ¿Un gesto vacío, quizá? Definitivamente sí, si pensamos en las capacidades existentes en la época, pero no a la luz de las aspiraciones invocadas por Hamilton en *Los artículos federalistas*: desplegar «el poder natural y los recursos del país» por el «interés común» de aplacar «cualquier tipo de envidia europea que motive un intento de restringir nuestro crecimiento». En resumidas cuentas, «convertirnos en el árbitro de Europa en América».[421]

No existiría un interés en ello, sin embargo, si Madison no hubiera demostrado en *Los artículos federalistas* cómo aplacar, antes de nada, las envidias estadounidenses. Ese fue el objetivo del incómodo compromiso de Misuri de 1820, que dividía a partes iguales los futuros territorios entre esclavistas y no esclavistas. Adams siguió la corriente, convencido de que «la negociación entre libertad y esclavitud [en el marco de la Constitución] era moral y políticamente mezquina […], incoherente con los principios en virtud de los cuales solo nuestra Revolución puede justificarse». Adams, sabía, en cualquier caso, que dicha negociación salvaba a la Unión de la guerra civil. Su consecuencia sería, sin duda,

> […] la eliminación de la esclavitud de todo el continente. El devenir de los acontecimientos podrá ser aciago y desolador, pero igualmente glorioso será el resultado final, que, Dios me juzgue, no me atreveré a decir que no es deseado.

Sin embargo —como el joven Agustín podría haber dicho—, aquel no era el momento. La conversión, la emancipación y el mismísimo Dios tendrían que esperar.[422]

¿Cómo pudo una joven república, sumida aún en una época imperial, salirse con la suya y proclamar la hegemonía sobre todo un hemisferio? Tal vez los británicos, como padres agotados, habían aprendido a complacer las travesuras de los niños. Canning condescendió a comienzos de 1824 y reconoció que «el principio, si es que se lo podía llamar así, era nuevo en este gobierno». Sin embargo, este padre fundador en particular se jactaba ante la Cámara de los Comunes con las siguientes palabras: «Llamé al Nuevo Mundo a existir con el fin de restablecer el equilibrio del Viejo». Un iracundo historiador estadounidense se quejaría más adelante de que Canning había superado incluso al pequeño Jack Horner, el niño de la famosa canción infantil inglesa, que se llevaba el mérito de haber hecho un pastel de ciruelas, pero aprovechaba para comérselo a escondidas: «¡Qué tipo tan grande soy!», decía.[423]

Canning, de cualquier modo, tenía en mente más asuntos. Convencido de que América del Norte no iba a dividirse en clanes enfrentados por estanques en los que pescar, miró hacia delante y se preguntó por las consecuencias de lo que ocurría. Aún no figuraba entre ellas la aparición de Winston Churchill, que había nacido en el palacio de Blenheim, cerca de Oxford, en 1874, y cuya madre era estadounidense. El más grande de los ingleses desde la Gran Reina no descuidaba ni los equilibrios de poder ni las buenas citas. A menudo evocaba a Canning y aún se recuerda su discurso ante la Cámara de los Comunes sobre la evacuación de Dunkerque, el 4 de junio de 1940. Churchill juró que no se rendiría jamás, pero…

> […] si esta isla o una parte considerable de ella estuviera sometida y hambrienta, nuestro imperio de ultramar, armado y guardado por la flota británica, llevará adelante la lucha, hasta que Dios disponga que el Nuevo Mundo, con todo su poder, dé un paso adelante y salga al rescate del Viejo para liberarlo.

Tanto Canning como Churchill previeron un cambio en la tectónica de la historia —el ministro de Asuntos Exteriores desde tiempo atrás; el primer ministro ante sus narices— comparable en importancia al que puso en marcha el cambio de vientos a unas pocas millas de la costa de Dunkerque aquella noche de agosto de 1588.[424]

Lo cual nos lleva a preguntarnos: ¿por qué durante los siglos XVIII y XIX un único Estado del Nuevo Mundo acumuló suficiente poder para restablecer los equilibrios del Viejo —no solo una vez, sino tres— en el siglo XX? ¿Cómo surgió tal fuerza de trece colonias británicas divididas y desorganizadas y no de sus equivalentes españolas del sur, más grandes, más ricas y más cuidadosamente gobernadas? Simón Bolívar, el Libertador, sugirió una respuesta ya en 1815: jamás existiría, reconoció, un Estados Unidos de América Latina.[425]

Uno de los motivos tenía que ver con la geografía. Resulta más fácil dirigir un imperio desde sus puertos de mar que desde su interior, pero esto no preparaba a una nación para gobernarse a sí misma: existían demasiadas barreras internas relacionadas con el clima, con la topografía, con los hábitats, con las culturas y con las comunicaciones.[426] «¿Quién sería capaz siquiera de compilar estadísticas completas en tierras como estas?», se quejaba Bolívar. El istmo de Panamá estaba lejos de ser para los sudamericanos «lo que el istmo de Corinto fue para los griegos».[427]

¿Por qué, en cualquier caso, no podía esa variedad convertirse en un punto fuerte, como preconizaba Madison en el artículo federalista, 10? El problema, según Bolívar, era la inmadurez política. España había tratado de atar corto sus territorios para mantenerlos en una «permanente infancia» y para que fueran incapaces de respetarse a sí mismos. «Estábamos privados hasta de la tiranía activa, pues que no nos era permitido ejercer sus funciones.»[428] Antaño el mayor imperio del mundo, España se encontraba ya débil para imponerse al resto y no había formado a nadie para ocupar su lugar.

De ahí que los gobiernos representativos encontraran tantas dificultades para echar raíces: parecía más probable que lo hiciera alguna forma de absolutismo, quizá disfrazada de republicanismo. Sin embargo, no a escala continental, pensó Bolívar, pues los gobiernos autoritarios se resisten por naturaleza a la cooperación. Solo bajo la protección y gracias a la orientación de una gran nación liberal podrían los sudamericanos cultivar «las virtudes y talentos que conducen a la gloria».[429]

Estas palabras inspiraron al congresista Henry Clay —contemporáneo de Adams—, que defendió con vehemencia que Estados Unidos apoyara las independencias sudamericanas y también la de Grecia, que se rebelaba

entonces contra el poder otomano.[430] El propio Adams, no obstante, entendió cuán rápidamente ese tipo de maniobra podría poner en la picota los recursos del país, tanto materiales como morales. Estados Unidos «no debe marchar al extranjero en busca de monstruos que destruir», advirtió en la Cámara de Representantes en un discurso pronunciado el 4 de julio de 1821:

> Estados Unidos desea la independencia y la libertad de todos. No solo es el adalid y el vengador de su propia causa. […] Estados Unidos sabe bien que, si combatieran una sola vez bajo otras banderas […], se involucrarían, hasta no poder desentenderse, en todas las guerras de interés e intrigas motivadas por la avaricia, la envidia y la ambición personales, las cuales usurpan los colores y la bandera de la libertad. Las máximas fundamentales de la política de Estados Unidos cambiarían insensatamente de la libertad a la fuerza. […] El país podría convertirse en dictador del mundo. No gobernaría ya sobre su propio espíritu.[431]

Ahí encontramos un compromiso característico e imborrable de la época: la libertad como principio llevada por fin a la práctica, aun parcialmente. Incluso así, lo primero era la Unión y su exigencia de que los grandes fines se alineasen con los medios disponibles. Solo un Estado en paz consigo mismo podría salvar su alma. Por el momento.

7
LOS MÁS GRANDES ESTRATEGAS

Hay un curioso momento, justo antes de que Lev Tolstói relate la batalla de Borodinó, cuando dos de sus principales personajes, Pierre Bezújov y el príncipe Andréi Bolkonski, salen de una caseta, alzan la mirada y ven a Carl von Clausewitz pasar por delante de ellos a caballo, junto a otro oficial. Uno dice: «La guerra debe prolongarse en el espacio. Tengo esta opinión en muy alta valía». El otro asiente: «El objetivo es debilitar al enemigo, así que no podemos prestar atención a las bajas de civiles». Este comentario disgusta a Andréi, que ya ha perdido sus tierras en el conflicto. «En una cabeza alemana no hay más que razonamiento, lo cual no importa a nadie. […] Le entregaron a él [Napoleón] toda Europa y vienen ahora a enseñarnos a nosotros. ¡Qué estupendos maestros!»[432]

Con esa corta distancia que separa la visión que se tiene montado a caballo de aquella otra a ras de suelo, Tolstói evoca la brecha abierta a todos los niveles entre la teoría y la práctica. Se trata de uno de los numerosos ejemplos que ilustran cómo una pequeña reflexión puede acarrear enormes consecuencias. Los escritos de Clausewitz están plagados de ejemplos así. Muy pocos —quizá nadie— han pensado con más profundidad sobre el tiempo, el espacio y la escala que aquel jinete y los dos hombres de a pie que lo escuchaban. Y nadie ha escrito con mayor perspicacia sobre ese asunto que el novelista ruso que inmortalizó aquel momento.

Pierre y Andréi estuvieron en Borodinó solo en la imaginación de Tolstói, claro está. Clausewitz sí estuvo presente: cuando los franceses invadieron el país, en 1812, renunció a su puesto en el ejército prusiano, se unió a los rusos y luchó en aquella gran batalla.[433] El meticuloso Tolstói lo sabía y quizá leyese *De la guerra* —publicada póstumamente en 1832— antes de escribir su *Guerra y paz*, en la década de 1860.[434] El Clausewitz de su

ficción prefiere la abstracción a la observación, acusación que muchos críticos le hicieron reiteradamente hasta bien entrado el siglo XX.[435] Es posible, sin embargo, que Tolstói no estuviera haciendo un reproche a Clausewitz, sino, más bien, ilustrando lo que los rusos pensaban en ese momento de sus nuevos aliados prusianos. En efecto, no solo Tolstói y Clausewitz tenían una visión similar de la práctica bélica, sino que ambos construían teorías sobre las limitaciones de la propia teoría a partir de sus experiencias militares.

I

«Acompañemos al militar bisoño al campo de batalla», escribe Clausewitz en *De la guerra*, sin dar lugar a la más mínima duda sobre su conocimiento acerca del asunto:

> A medida que nos acercamos a este, el tronar de los cañones se hace más intenso y pronto es acompañado por el estampido de los disparos, que acapara ahora la atención de los inexpertos. Los proyectiles empiezan a batir contra el suelo, cerca de nosotros, por delante y por detrás. Nos dirigimos hacia el cerro donde se encuentra el comandante en jefe y su nutrida escolta. Aquí, el fragor cercano de los obuses y el estallido de las granadas son tan frecuentes que la trascendencia de la vida se impone por encima del cuadro juvenil de la imaginación. De pronto cae alguien que nos es conocido. Una granada explota entre la tropa y causa algunos movimientos involuntarios. Empezamos a sentirnos incómodos e intranquilos, e incluso el más valiente se muestra aturdido, por lo menos hasta cierto punto. Luego nos adentramos más en la batalla que se desarrolla ante nosotros y nos dirigimos al siguiente general de división, tal como si estuviéramos en un escenario teatral. Aquí las balas suceden a las balas y el tronar de nuestros propios cañones acrecienta el grado de confusión.
>
> […]
>
> El militar novato no pasará por ninguna de estas etapas de creciente peligro sin tener la sensación de que la luz de la razón se mueve aquí a través de otros medios, y se refleja por otra forma que cuando se encuentra imbuida por la actividad.[436]

Sin embargo, esta es la visión de Tolstói —que había luchado en la década de 1850 con el ejército ruso en el Cáucaso, los Balcanes y Crimea— sobre Borodinó:

> Desde el campo de batalla, los edecanes que había enviado y los ordenanzas de sus mariscales acudían al galope constantemente a Napoleón para informar sobre el curso de los eventos. Todo cuanto informaban era falso, no obstante: porque en el fragor de la batalla es imposible discernir

qué ocurre en un determinado momento y porque muchos edecanes no llegaron siquiera al lugar real de la batalla, sino que transmiten noticias oídas de otros; y también porque, mientras un edecán cabalgaba la milla que le separaba de Napoleón, las circunstancias cambiaban y las noticias que entregaba eran incorrectas. […] Atendiendo a la gravedad de esos informes inevitablemente falsos, Napoleón daba sus órdenes, que bien habían sido cumplidas antes incluso de que él las diera o no se cumplirían porque era imposible llevarlas a cabo.

Los mariscales y los generales que se encontraban más cerca del campo de batalla, pero que, como Napoleón, no tomaban parte en la batalla en sí, sino que ocasionalmente se topaban con fuego enemigo, daban sus instrucciones y órdenes acerca de hacia dónde disparar y desde dónde, o sobre hacia dónde debía avanzar la caballería y correr la infantería, sin preguntar a Napoleón. Sin embargo, sus instrucciones se hacían realidad con tan poca frecuencia y en tan poca medida como las de Napoleón. La mayor parte de las veces, al final ocurría lo contrario a lo que pretendían sus órdenes. Los soldados que debían avanzar eran atacados con botes de metralla y se daban la vuelta corriendo; los soldados que habían recibido la orden de mantener la posición, de repente veían a los rusos aparecer inesperadamente tras ellos, y a veces corrían en retirada y otras se lanzaban hacia delante a toda marcha, y la caballería galopaba sin orden ni concierto en pos de los rusos que huían. […] En cuanto esos hombres dejaban el lugar por el que volaban balas de rifle y de cañón, sus oficiales los obligaban a formar e imponían la disciplina, cuyo efecto aprovechaban para enviarlos a la zona de fuego, en la que (por temor a la muerte) de nuevo perdían la disciplina y corrían de un lado a otro, según el azaroso ánimo de la muchedumbre.[437]

Ambos pasajes son tan ajenos a la abstracción como cabría imaginar: sí, el lector puede preguntarse tras leerlos adónde conducirá el caos de la batalla. Y aun así, Borodinó —pese a que de allí no saliera un vencedor claro— tuvo numerosas consecuencias.

La batalla debilitó a ambos bandos, pero los rusos tenían todavía más territorio que los estadounidenses hacia el que retirarse, incluso abandonando Moscú, como hicieron. Los franceses, lejos de casa, siguieron avanzando, pues Napoleón no pudo resistirse a tomar la capital, con la intención de abrumar al zar Alejandro I para que firmase la paz. Esto no ocurrió, así que el más grande genio militar desde Julio César se convirtió en un perro que persigue a un coche, pero no es capaz de alcanzarlo. ¿Qué hacer cuando el coche desaparece tras la curva? Entretanto, el invierno se acercaba, algo sobre lo que le habría podido llamar la atención el más humilde recluta de su ejército.

Clausewitz lo llamó el «momento culminante» de la ofensiva napoleónica. Los franceses se habían derrotado a sí mismos por agotamiento.[438] «Blandiendo la espada de la venganza»,[439] los rusos podrían echarlos del país. Mijaíl Kutúzov, el viejo, gordo y parsimonioso general retratado por Tolstói, lo argumenta de manera más certera que Clausewitz: pocas figuras históricas han llevado a cabo tanto aparentando

realizar tan poco. Napoleón, en consecuencia, perdió su ejército y, un año y medio después, su trono. El zar ruso hizo una gira triunfal por París y fue recibido con todos los honores en Londres (incluso cenó en Oxford, en la famosa Cámara Radcliffe, mientras los profesores lo contemplaban boquiabiertos desde las galerías).[440]

«Es seguro que [la guerra] posee su propia gramática, pero no su propia lógica», escribe Clausewitz en *De la guerra*.[441] Con entrenamiento, disciplina y un gran liderazgo, los ejércitos pueden suspender temporalmente el muy humano instinto que empuja a huir del peligro: el combate, como descubrió el militar bisoño que cita Clausewitz, desafía al sentido común. Con el tiempo, no obstante, la lógica rodea, confunde y reemplaza dicha gramática. El heroísmo nos vacía por dentro. Las ofensivas se ralentizan a medida que las líneas de suministro se alargan. Las retiradas invitan a contraatacar. Rusia es grande y sus inviernos son fríos. Los perros que persiguen coches no saben qué hacer cuando se dan cuenta de que no los pueden alcanzar. ¿Por qué, entonces, Napoleón olvidó lo que hasta el más estúpido recuerda?

Quizá porque el sentido común es, en efecto, como el oxígeno: cuanto más alto sube uno, más difícil es servirse de él. Conforme los triunfos se sucedían, tomando cada uno de ellos el lugar del anterior, la gramática de Napoleón se convirtió en su propia lógica. Como César, se elevó tanto por encima de los fundamentos que los perdió de vista por completo. Las ascensiones más o menos rápidas pueden inspirar temor: lo mismo ocurría en su día con los globos de aire caliente. La ley de la gravedad, en cualquier caso, jamás es conculcada.

II

Clausewitz murió en 1831 sin haber terminado *De la guerra*, lo que nos deja un libro enorme, inmanejable y contradictorio, cuya lectura atenta puede causar cierta desorientación. Siempre lo advierto a mis estudiantes: puedes terminar dudando de todo lo que dice el libro, incluso de quién eres. Tolstói sí terminó *Guerra y paz*, en concreto en 1868, pero tampoco tenía muy claro qué había conseguido con ello: «No es una novela, y menos un

poema épico, y menos aún una crónica histórica. *Guerra y paz* es lo que el autor quería y podía expresar, en la forma en que está expresado».[442] Isaiah Berlin detecta en la esquivez de Tolstói «un conflicto interno perturbador» —quizá como el que produce leer con demasiado detenimiento a Clausewitz— entre «la experiencia engañosa del libre albedrío» y «la inexorable realidad del determinismo histórico».[443]

Pero ¿y si Clausewitz y Tolstói no estuvieran agonizando en las contradicciones, sino forcejeando con, incluso disfrutando con, tal vez, ese forcejeo?[444] Ambos ven en el determinismo una ley que no deja excepciones: «Aunque un solo hombre entre millones, a lo largo de un periodo de mil años, haya tenido la posibilidad de actuar libremente, es obvio que un acto libre de ese hombre, contrario a la ley, destruye la posibilidad de que existan leyes de ningún tipo que puedan aplicarse a toda la humanidad».[445] Clausewitz está de acuerdo con la apreciación de que, si la ley no puede contener «la diversidad del mundo real», entonces «la aplicación de principios ensancha la amplitud del juicio». La frase hecha se refiere a la excepción que confirma no «la ley», sino la regla, lo que da a entender que, conforme las abstracciones se acercan a la realidad, permiten «interpretaciones más libres».[446] Esto resultaría coherente para Tolstói, que busca, a fin de cuentas, subvertir todas las leyes.

Clausewitz se queja de que demasiadas teorías se esfuerzan en exceso por convertirse en leyes. Cita, por ejemplo, este reglamento sobre extinción de incendios vigente en Prusia:

> Cuando una casa es presa del fuego, ante todo hay que tratar de proteger el muro derecho del edificio de la izquierda; porque, si se intentara, por ejemplo, proteger el muro de la izquierda del edificio de la izquierda, el muro de la derecha de la propia casa se encontraría a la derecha del muro de la izquierda, y como el fuego está a la derecha de ese muro y del muro de la derecha (porque suponemos que la casa está situada a la izquierda del incendio), el muro de la derecha estará más cerca del fuego que el de la izquierda y el muro de la derecha de la casa podría ser destruido por el fuego, si no fuese protegido antes de que el fuego alcance el muro de la izquierda, que está protegido; en consecuencia, algo que no esté protegido podría ser destruido, y destruido más rápidamente que otra cosa, incluso aunque no estuviera protegido; por lo tanto es preciso abandonar aquel y proteger este. Para representarse la cosa, debemos, además, notar: si la casa está a la derecha del incendio, es el muro de la izquierda y si la casa está a la izquierda, es el muro de la derecha.

Clausewitz promete que *De la guerra* evitará tales «sinsentidos» y, en su lugar, presentará «ideas y convicciones» alcanzadas «tras años de reflexión

sobre la guerra y gracias a una continuada relación con hombres capaces que conocieron el conflicto bélico y a mucha experiencia propia en el campo de batalla». El autor afirma que tratará de transmitir sus conocimientos «condensadamente, en pequeñas pepitas de metal puro». [447]

Estas palabras se hacen eco de Maquiavelo, cuya obra Clausewitz conocía y admiraba.[448] Sin embargo, el militar murió víctima del cólera a los cincuenta y un años, sin tener tiempo para resumir y clarificar su obra. No nos encontramos entre sus páginas, por desgracia, con pepitas de sabiduría, sino con varios pulpos de patas enmarañadas. Esto hace que, como ocurre con la *La Ciudad de Dios* de Agustín, el lector no se detenga demasiado en el texto, a riesgo de quedar atrapado en lo que sir Michael Howard ha llamado la «exasperante incoherencia» de Clausewitz.[449]

Más trabajo cuesta no detenerse en la lectura de *Guerra y paz:* las palabras de Tolstói cautivan demasiado. Sin embargo, también este, hacia el final de la obra, sepulta al lector en largas e incoherentes digresiones sobre la ineficacia de los grandes hombres y la inutilidad de la historia. Resulta útil dejarse llevar por su río de palabras con el fin de dejar atrás estos sermones y volver a ellos más tarde. Encontramos en este Tolstói el reflejo de un Clausewitz mejorado. Veamos, por ejemplo, la «teoría» de Tolstói sobre la historia europea reciente:

> Luis XIV era un hombre muy orgulloso y presuntuoso; tenía queridas aquí y allá y varios validos, y gobernaba mal Francia. Los herederos de Luis fueron también hombres débiles que gobernaron mal su país. También ellos tenían tales y cuales favoritos y tales y cuales queridas. Además, algunos hombres escribían libros en esa época. A finales del siglo XVIII, dos docenas de esos hombres se reunieron en París y empezaron a hablar de que todos los hombres eran libres e iguales. Esto llevó a gentes de toda Francia a asesinarse y a ahogarse entre sí. Esas gentes mataron al rey y a muchos otros. Al mismo tiempo, hubo en Francia un hombre de genio, Napoleón. Napoleón derrotaba a todo el mundo en cualquier lugar —es decir, mató a mucha gente—, porque era un genio. Y se marchó por alguna razón a matar africanos y lo hizo tan bien, haciendo gala de tal astucia e ingenio, que, al regresar a Francia, ordenó a todo el mundo que le obedeciese. Y todo el mundo le obedeció. Tras convertirse en emperador, fue de nuevo a matar a gente en Italia, Austria y Prusia. Mató a mucha gente en esos lugares. En Rusia estaba el emperador Alejandro, que decidió restaurar el orden en Europa y declaró la guerra a Napoleón. Sin embargo, en el año séptimo, hizo las paces con él repentinamente, y, al undécimo, volvieron a reñir y de nuevo empezaron a matar a mucha gente. Y Napoleón llevó a Rusia a seiscientos mil hombres y ocupó Moscú. Sin embargo, a continuación, huyó repentinamente de la capital y, entonces, el emperador Alejandro […] apremió a Europa a unirse en armas contra quien perturbaba la paz del continente. Todos los aliados de Napoleón se convirtieron de un día para otro en sus enemigos y esa fuerza

> armada se volvió contra él, que había reunido una nueva hueste. Los aliados derrotaron a Napoleón, entraron en París, obligaron al emperador a abdicar y lo exiliaron a la isla de Elba, sin privarle de la dignidad de emperador y mostrándole todo respeto (si bien cinco años antes todo el mundo lo juzgaba un bandido y un forajido, y un año después volverían a juzgarlo de igual modo). Así comenzó el reinado de Luis XVIII, de quien los franceses y aliados no habían hecho más que reírse hasta ese momento. […] Seguidamente, habilidosos estadistas y diplomáticos […] se reunieron en Viena. Sus conversaciones hacían al pueblo bien feliz, bien infeliz. De súbito, los diplomáticos y reyes estaban muy cerca de reñir y se sentían dispuestos a ordenar a sus tropas que matasen de nuevo; pero en ese momento llegó Napoleón a Francia con un batallón, y los franceses, aunque lo odiaban, se sometieron a él al instante. Los monarcas aliados, no obstante, montaron en cólera y de nuevo fueron a la guerra con los franceses. Y el genio Napoleón fue derrotado de nuevo y exiliado a la isla de Santa Elena, reconocida ya su condición de delincuente. Allí, exiliado en aquel peñasco rodeado de mar, lejos de quienes le eran queridos y de su amada Francia, fue muriendo poco a poco y legó sus grandes hazañas a la posteridad. Sin embargo, Europa reaccionó y los soberanos empezaron a maltratar de nuevo a sus propios pueblos.[450]

No solemos pensar en Tolstói y en Clausewitz como dos tipos que nos hagan partir de risa. Sin embargo, el hecho de que ambos pudieran ridiculizar las teorías da a entender cierta consideración hacia las anomalías, no una obsesión por disimularlas.

Lo que realmente los obsesionaba, según mi opinión, era la ironía. Los diccionarios la definen como «expresión que da a entender algo contrario o diferente de lo que se dice».[451] Ningún europeo podría haber vivido la era de las guerras napoleónicas sin asombrarse en algún momento. El asombro perseguía a Clausewitz y a Tolstói, como también la convicción de que aquel tenía su origen en el choque entre una ley universal —los fines pueden ser infinitos, pero los medio nunca— y una recurrente peculiaridad humana —para personajes como Napoleón siempre existe un Helesponto que deberá ser cruzado.

III

24 de junio de 1812. Napoleón había cruzado tantos Helespontos hasta esa fecha que el río Niemen, que marcaba el límite entre el ducado de Varsovia —controlado por los franceses— y el Imperio ruso apenas le preocupaba: su Grande Armée contaba más de seiscientos mil hombres y tres pontones (uno más que Jerjes). Aun así, tardaron cinco días en atravesar el río. El siguiente diciembre regresaron a él solo noventa mil franceses.[452] Este

índice de bajas no podía sino volver a plantear la pregunta sobre los persas en Grecia, los atenienses en Sicilia, los romanos en el bosque de Teutoburgo, los españoles en el canal de la Mancha o los británicos en América: ¿en qué estaban pensando? O, dicho de otro modo, ¿qué había olvidado Napoleón?

Clausewitz responde con una serie de sagaces reflexiones que, como las de Agustín sobre la justicia de la guerra, han de ser rescatadas del lugar en que el autor las ocultó. *De la guerra*, por ejemplo, se abre con lo que podría ser una arenga de Patton a sus tropas en la escena que abre la película del mismo título:

> La guerra constituye […] un acto de fuerza que se lleva a cabo para obligar al adversario a acatar nuestra voluntad. […] Se acompañan estas de restricciones insignificantes, que apenas merecen ser mencionadas, las cuales se imponen por sí mismas bajo el nombre de usos del derecho de gentes, pero que, en realidad, no debilitan su poder. La fuerza, es decir, la fuerza física (porque no existe una fuerza moral fuera de los conceptos de ley y de Estado), constituye así el medio; imponer nuestra voluntad al enemigo es el objetivo.

Sin embargo, a continuación leemos lo siguiente: «Este desarme constituye, por definición, el propósito específico de la acción militar». Se habla aquí de definición y, por tanto, de «teoría»; pero ¿cuál sería la «práctica»? «El uso de la fuerza física en su máxima extensión no excluye de ningún modo la cooperación de la inteligencia», nos asegura Clausewitz. Pues, «si constatamos que los pueblos civilizados no liquidan a sus prisioneros, no saquean las ciudades, ni arrasan los campos, ello se debe a que la inteligencia desempeña un papel importante en la conducción de la guerra, y les ha enseñado a aquellos a aplicar su fuerza recurriendo a medios más eficaces que los que pueden representar esas brutales manifestaciones del instinto».[453] Ya nos da vueltas la cabeza y solo llevamos dos páginas de un libro bastante grueso. Patton podría ser muchas cosas, pero hablaba claro.

Así lo hacía, por ejemplo, cuando decía a sus tropas qué debían pensar. Clausewitz, sin embargo, intenta enseñar cómo pensar. El prusiano se muestra convencido de que no se puede saber nada sin antes aprehenderlo en su forma más pura. Se trata de la Idea platónica, que había sido defendida recientemente por un filósofo casi coetáneo de Clausewitz: Immanuel Kant. Este último quiso reconciliar los opuestos y, para ello, lo

primero era exponerlos con claridad. Después vendrían las matizaciones, las clasificaciones y los atenuantes.[454] O, como explicó el propio Clausewitz:

> Si dos ideas forman una exacta antítesis lógica, es decir, si una es el complemento de la otra, entonces, fundamentalmente, una estará implícita en la otra. Si las limitaciones de nuestra mente no nos permiten comprender ambas de manera simultánea o descubrir por antítesis la totalidad de una idea en la totalidad de la otra, cada una arrojará, no obstante, luz suficiente sobre la otra para aclarar muchos de sus pormenores.[455]

Este método, desde luego, no va dirigido a quienes entienden las cosas de manera literal (estos quedarían confundidos), ni para los débiles de corazón (que se escandalizarán). En cualquier caso, si el propósito de Clausewitz es el mismo que el de Virgilio con Dante —o sea, guiarnos a través del infierno—, su método resulta siniestramente apropiado.

IV

En efecto, en la época de Clausewitz, la guerra se había convertido en un infierno y se iba acercando a aquello que las naciones «civilizadas» supuestamente no debían hacer nunca. Las campañas de la Revolución francesa y de Napoleón habían matado a millones de personas, habían asolado vastos territorios y habían derribado monarquías de toda Europa. La tecnología por sí sola no puede explicar estas agitaciones, pues, como ha señalado Michael Howard, las armas no se habían perfeccionado en cien años y el transporte, en más de mil. Sin embargo, la política se encontraba patas arriba y esto, a su vez, había desencadenado la guerra.

Los estadounidenses habían puesto el proceso en marcha de forma involuntaria. Habían recibido de buen grado la ayuda de Luis XVI en su guerra por la independencia —cálculo maquiavélico por parte tanto de este como de aquellos—, pero lo recompensaron mediante la exigencia, de manera muy poco maquiavélica, del cumplimiento de los derechos universales del hombre, que se tomaron menos literalmente que los incendiarios súbditos del rey. Como consecuencia el rey Luis perdió su cabeza y los franceses rechazaron cualquier norma. Su revolución política les había granjeado un enorme ejército, «la terrible herramienta» con la que

el emperador Napoleón conquistará toda Francia y el resto de Europa, según escribe Howard.[456]

Esto condujo a Clausewitz a su primer y más esencial descubrimiento: si la guerra refleja la política en este sentido, debe subordinarse a ella y, por tanto, a las medidas políticas concretas tomadas por los propios políticos.(2) De otro modo, constituye una violencia sin sentido, una abstracción kantiana que no debería existir, pero que, según temía Clausewitz, se encontraba ahora más cerca.[457] La guerra exigía una redefinición, así pues, en cuanto «auténtico instrumento político, continuación de la interacción política, pero con otros medios. […] El cometido de la política es alcanzar objetivos, y la guerra es el medio, y los medios jamás pueden estudiarse aisladamente de su propósito».[458]

Cuando cruzó el río Niemen, Napoleón tenía un propósito político: garantizar que el zar Alejandro I se uniese al bloqueo continental, el embargo contra el Reino Unido que los franceses trataban de imponer en Europa después de que la armada británica cerrase los puertos galos. Su plan era derrotar a los rusos cuanto antes, aceptar su rendición con magnanimidad y atravesar entonces el Niemen en sentido contrario, antes de que empezaran a caer las hojas de los árboles. Mantendría sus fines alineados con sus medios, alcanzando así la proporcionalidad. ¿Qué podría salir mal? Napoleón, después de todo, era un genio.[459]

Sin embargo, lejos de plantar cara, luchar y perder, como habían hecho la mayoría de adversarios de Napoleón hasta entonces,[460] los rusos se retiraron y prendieron fuego a las tierras que dejaban tras de sí (otros estados europeos no tenían tanta tierra; a ellos les sobraba). Eso es lo que el Clausewitz imaginado por Tolstói quería decir cuando se refería a extender la guerra en el espacio para debilitar al enemigo: ningún ejército puede reforzarse si avanza más rápido que sus líneas de suministro. A su vez, la retirada extendía la guerra en el tiempo: cuanto más avanzasen los franceses, más tardarían en regresar. Quizá al caer en esto, Napoleón reconocería su error de cálculo y ordenaría la retirada; pero, como Jerjes, se negó a dar media vuelta: eso habría sido «dejar las cosas sin terminar». Y por ello, Napoleón olvidó la estrategia del inicio: «Mi plan de campaña es una batalla y toda mi política no es sino el éxito».[461]

La batalla acudió a su encuentro a principios de septiembre en Borodinó, pero no así el éxito, pues, pese a las cuantiosas pérdidas, el zar Alejandro I

se negó a negociar. Cuando Kutúzov decidió que no podría defender Moscú, Napoleón mordió el anzuelo, pero encontró solo muros chamuscados.[462] Solo entonces el genio empezó a dudar de sí mismo. Su ejército desconfiaba de él desde hacía mucho. Las dudas trastocaron el equilibrio psicológico, el cual, en momentos así, nos recuerda Clausewitz, condiciona radicalmente el equilibrio militar.[463] Así pues, la guerra tuvo lugar a lo largo y ancho del espacio, del tiempo y de la escala. En torno a esta última giraban los temores y las esperanzas de todos los soldados rusos y franceses, así como los del emperador galo: «La misma seguridad que condujo a Napoleón a Moscú en 1812 lo dejó abandonado allí», concluye Clausewitz.[464]

V

Tolstói atrapa este momento en la parte final de *Guerra y paz*, en concreto en el episodio en que un cosaco hambriento mata una liebre y hiere a otra, a la que persigue hasta el interior de un bosque, donde se topa con un gran campamento militar francés no vigilado. Kutúzov, aunque no esperaba un gran éxito, ordena el ataque, y sus tropas lo sorprenden con una victoria total, la primera desde la invasión napoleónica. «Con el menor esfuerzo y con muy pocas pérdidas, se creó una gran confusión y se obtuvieron los mejores resultados de toda la campaña.» Fue la batalla de Tarutino, librada el 18 de octubre, la que dio «el empujón que el ejército de Napoleón estaba esperando […] para huir».[465]

Así que ¿pivotó la historia entonces, en ese momento y lugar, a causa de una liebre? Probablemente no, al igual que Clausewitz no se paseó a caballo como cuenta la novela. Aun así, es cierto que algunos puntos de inflexión pasan inadvertidos al radar de los historiadores. El hecho de que solo la imaginación sea capaz de evocarlos no disminuye su importancia, pues ¿qué documentos podrían demostrar que tal ejército perdió la confianza en sí mismo de un día para otro? Tarutino fue una batalla mucho menos sangrienta que Borodinó, pero llegó justo cuando Napoleón no sabía ya qué hacer. Cuando dio la orden de retirada, había perdido la autoridad necesaria

para evitar la confusión, después, el pánico y, por fin, la épica y aplastante derrota.[466]

John Quincy Adams escribió a su padre desde San Petersburgo: «La estrategia militar fabiana, que fue un éxito en nuestra guerra revolucionaria, jamás ha pasado una prueba más severa; sin embargo, el moderno Alejandro […] podría estar destinado, como su predecesor, a ser detenido en su carrera de dominación por los escitas». La correspondencia familiar de Adams a menudo parecía una suerte de crucigrama clásico: aquí se refiere a Quinto Fabio Máximo Cunctátor, quien había agotado a Aníbal al permitirle invadir la península Itálica durante la segunda guerra púnica; el «moderno Alejandro» era Napoleón y los «escitas», los rusos, no los nómadas a los que el macedonio había vencido en la Antigüedad. Poco después, John Quincy escribía a su madre sin dejarse en el tintero ningún detalle:

> De la inmensa hueste con que hace seis meses [Napoleón] invadió Rusia, al menos nueve décimas partes han sido hechas prisioneras o son pasto de los gusanos. […] Desde Moscú hasta Prusia, mil trescientos kilómetros de caminos aparecen sembrados de piezas de artillería, carretas cargadas de impedimenta, baúles de munición y hombres muertos o moribundos, todo lo cual el emperador se ha visto obligado a abandonar a su merced, perseguido como está perennemente por tres grandes ejércitos regulares de un enemigo desafiante e iracundo, a los que se suman una innumerable milicia de paisanos azuzados por la destrucción de sus cosechas y casas de labor […] y espoleados por el deseo de vengar a su país, a su religión y a sí mismos.

Dos generales rusos, el general Invierno y el general Hambre, remataron la destrucción, de manera que «la carrera conquistadora de Napoleón» tocaba a su fin. «Francia no podrá ya imponer su ley sobre el continente. […] En Europa amanece un tiempo nuevo.»[467]

VI

«El genio no consiste en un único don adecuado —el valor, por ejemplo—, mientras haga que otras cualidades de la mente o del temperamento […] resulten inapropiadas para la guerra.» En su lugar, el conflicto bélico exige «una combinación armoniosa de elementos, en la que predomina una habilidad o la otra, sin estar ninguna en conflicto con las demás». La guerra requiere, en resumidas cuentas, un buen juicio «ecológico». «El hombre

responsable de valorar el conjunto debe aplicar en su labor ese tipo de intuición que percibe la verdad en todo momento. De otro modo se produciría un caos de opiniones […] que fatalmente confundiría el juicio.»[468]

¿Cómo es posible percibir «la verdad en todo momento»? Clausewitz responde vinculando estrategia e imaginación.[469] Los artistas encaran la verdad «reconociendo al instante» lo que «la mente pasaría por alto de ordinario o percibiría solo tras un largo periodo de estudio y reflexión». Clausewitz lo denomina *coup d'oeil* o «vistazo».[470] Es lo que Maquiavelo denominaba «bosquejo»: dar a la complejidad un formato manejable.[471] La complejidad presentada en toda su escala ocuparía y se alargaría demasiado, confundiendo así el juicio. La complejidad que se ajuste a lo que uno quiere o espera no hace sino confirmar lo que ya se sabe. Hay que buscar algo entremedias.

Así que, cuando tus tropas enfermen, o los caballos empiecen a morir de hambre, o los zares no sigan el guion que les habías escrito, haces un bosquejo de lo que sabes y, a partir de él, imaginas lo que no sabes: esto permite sobreponerse a los imprevistos y seguir adelante. Los estrategas y los artistas hablan, por tanto, el mismo idioma que Clausewitz en este caso. O idiomas, mejor dicho, dado los distintos que manejó.

Sin embargo, ¿cómo puede la planificación prever los imprevistos? Clausewitz mantiene que solo si vivimos en la contradicción: «Todo en la guerra es simple, pero hasta la cosa más simple resulta difícil». Y elabora la idea en un párrafo digno de la pluma de Tolstói:

> Imaginad a un viajero que un día, a última hora, decide cubrir dos etapas más de su viaje, antes de que caiga la noche. Solo cuatro o cinco horas más, por una calzada pavimentada, con casas de postas: un viaje sencillo, en principio. Sin embargo, en la siguiente casa, no hay caballos frescos y los que hay son jamelgos. El paisaje se hace más abrupto, la calzada empeora y cae la noche. Y al final, tras muchas dificultades, lo único que quiere el viajero es llegar a algún lugar en el que descansar, cualquier tipo de alojamiento, por rústico que sea. Lo mismo ocurre con la guerra.

La gramática militar de la disciplina puede, en teoría, superar este tipo de problemas y, en la práctica, lo consigue, al menos durante un tiempo. Al final, sin embargo, se impone la lógica más amplia de lo que Clausewitz denominaba «fricción», que disminuye la operatividad de los numerosos elementos de que dependen los ejércitos: «Una vez las condiciones se

complican, como ocurre cuando hay mucho en juego, las cosas dejan de funcionar como una máquina bien engrasada»:

> La máquina comienza a ofrecer resistencia y, para superar el trance, el jefe tiene que actuar con gran fuerza de voluntad. Tal resistencia no debe interpretarse como una desobediencia o réplica, aunque estas se presenten con bastante frecuencia en los soldados. […] El oficial debe bregar con el impacto que produce la mengua del vigor físico y moral, del espectáculo descorazonador de los muertos y los heridos, primero en él mismo y después en todos los que, directa o indirectamente, depositan en él sus impresiones, sus sentimientos, sus inquietudes y sus esfuerzos. A medida que los individuos, uno tras otro, van agotando sus fuerzas, y cuando su propia voluntad ya no basta para alentarlos y mantenerlos, la inercia de toda la masa comienza a descargar su peso sobre las espaldas del comandante. Serán la fuerza de su aliento, la llama de su espíritu, la firmeza de su propósito las que harán brillar de nuevo la luz de la esperanza en los otros. Solo en la medida en que sea capaz de hacerlo, el jefe dominará a las masas y seguirá dirigiéndolas.

Algo o alguien caerá roto antes o después, pero resulta imposible conocer cómo, cuándo o dónde. Lo que sí sabremos en todo momento es que, por culpa a la fricción, «el objetivo buscado siempre queda fuera del alcance». [472]

VII

Clausewitz, en cierto sentido, no nos cuenta nada nuevo. Las asimetrías entre aspiraciones y capacidades siempre han constreñido las estrategias, y esa es, precisamente, una de las razones por las que las estrategias resultan necesarias. En cualquier caso, su originalidad radica en el concepto de «fricción» y en la demostración de que esta puede darse a cualquier nivel, pues el paso del tiempo y la extensión en el espacio no consiguen sino hacer que sea más probable.[473] Quizá Clausewitz sabía que había que echar agua en los ejes del carruaje de Napoleón durante su avance hacia Moscú para evitar que se calentaran en exceso.[474]

Al igual que el *coup d'oeil* vincula la estrategia con la imaginación, el concepto de «fricción» de Clausewitz vincula la teoría con la experiencia, que «jamás deben desdeñarse o excluirse la una a la otra. Al contrario, se respaldan».[475] Esto enmarca la incertidumbre en un eje de coordenadas universal. Dicho de otro modo: Clausewitz se adelanta en más de un siglo a

la ley de Murphy: todo lo que pueda ir mal, irá mal. O, hablando en plata: «a veces, todo se va a la mierda».[476]

Napoleón, en teoría, lo sabía. Por eso cruzó el río Niemen con ese ímpetu, pese a lo limitado de sus objetivos. Jerjes hizo lo mismo en el Helesponto. Ambos intentaron salvar la fricción intimidando a sus enemigos. Ninguno de los dos se percató, sin embargo, de que la retirada de un adversario puede convertirse en una forma de resistencia, debido al coste cada vez mayor de una persecución prolongada. Por esa razón, ambos terminaron desgastando su maquinaria militar, hasta el punto de que los avances no envalentonaban a sus ejércitos, sino, paradójicamente, a los de sus contrarios. Las Termópilas y Borodinó demostraron que griegos y rusos no tenían miedo. Salamina y Tarutino son la prueba de que persas y franceses acabaron teniéndolo.

¿Dónde se equivocaron Jerjes y Napoleón? Clausewitz argumentaría quizá que no supieron percibir «la verdad en todo momento», lo que, en circunstancias como aquellas, aludía al territorio, a la logística, al clima, a la moral de la tropa y a la estrategia del enemigo. Pasaron por alto lo que sus propios soldados sí entendían: que Grecia y Rusia eran trampas, como lo fue el canal de la Mancha para la Armada Invencible. «El buen general ha de conocer la fricción para intentar evitarla y no esperar un patrón común de rendimiento en sus operaciones que aquella imposibilitaría.»[477]

Pero ¿por qué a Jerjes y a Napoleón les faltó esa visión periférica? Actuaron como caballos con anteojeras. Existen muchos ejemplos, nos cuenta Clausewitz:

> Ha habido muchos hombres que han demostrado una gran determinación en escalas inferiores, pero que han dejado de tenerla en posiciones más elevadas. Mientras que en una ocasión ven la necesidad de obrar con determinación, en otra comprenden los peligros que entraña tomar una decisión errónea y, como no están familiarizados con las cosas que les interesan, su entendimiento pierde la fuerza original y se vuelven tanto más tímidos cuanto más conscientes sean del peligro de la vacilación que los mantiene como petrificados.[478]

Así que, de este modo, siguen adelante, sin escuchar a nadie, temiendo cualquier distracción, aferrados a su mando, aunque los lleve al desastre. Se confirma así, de nuevo, la escasez de sentido común a grandes alturas. En el país de las maravillas del genio agotado, el caballo puede convertirse en un

erizo y luego en un perro confundido que vuelve a casa con el rabo entre las patas.

VIII

«Entonces, si preguntamos qué tipo de mente es la que con más probabilidad puede hacer gala […] de un ingenio militar», escribe Clausewitz, la experiencia y la observación nos dirán que «no es la creativa, sino la inquisitiva; la exhaustiva más que la especializada, la tranquila más que la excitable. A este tipo de mente es a la que confiaremos en la guerra el destino de nuestros hermanos e hijos».[479] En *De la guerra*, Clausewitz no insiste más en la idea, pero Tolstói sí, al confrontar los perfiles de Napoleón y Kutúzov en *Guerra y paz*.

Napoleón aparece en una escena inolvidable inspirada en un acontecimiento verídico: su encuentro con el general Aleksandr Baláshov, ayuda de campo del zar, en Vilna, el 1 de julio, tras cruzar el Niemen. El emperador espera una oferta en las negociaciones, pero, cuando Baláshov insiste en que el zar Alejandro I no hará cesiones de ningún tipo mientras haya un solo soldado francés en suelo ruso, Napoleón empieza a tener tics nerviosos en el rostro y en la pantorrilla izquierda. «Comenzó a hablar en un tono más elevado y más rápido de lo habitual.» Cuanto más habla, menos se controla, y rápidamente alcanza «ese estado de irritación en el que un hombre no puede sino hablar, hablar y hablar, para probarse a sí mismo que tiene razón»:

> Sabed que, si agitáis Prusia y la ponéis en mi contra […], la borraré del mapa de Europa. […] Os perseguiré más allá del Dviná y más allá del Dniéper, y reconstruiré esa barrera cuya destrucción fue permitida por Europa, lo que podría considerarse un delito. Sí, eso os ocurrirá; eso es lo que os habéis ganado al distanciaros de mí.

El emperador camina dando grandes zancadas en torno a la habitación, con gesto iracundo, inhalando rapé. De repente se detiene, mira a Baláshov a los ojos y le dice con tono amenazante, pero melancólico: «¡Qué hermoso reino podría haber gobernado tu señor!».

Tras lo cual, Napoleón convida a su invitado a una cena amistosa, donde no vuelve a hacer alusión a lo ocurrido. Tolstói señala que para él ya no caben errores: «En su mente, todo lo que había hecho era bueno, no porque se ajustase a cualquier noción de lo que era bueno o malo, sino por tratarse de acciones suyas». De modo que Napoleón termina «exaltándose a sí mismo e insultando al zar Alejandro […], lo último que había deseado al principio de la reunión».[480]

Tolstói muestra a Kutúzov llegando a su cuartel general en una escena imaginaria, desmontando con dificultad y resoplando mientras sube los escalones. Se presenta ante el príncipe Andréi, al que besa, pues su padre acaba de morir. El viejo general pide entonces que se le den las noticias que ha ido a recibir, si bien terminan llamando más su atención los sonidos que emite una señorita de compañía en la sala contigua. «No lo sorprendería ninguna cosa de las que el general de servicio pudiera contarle, pues sabía de antemano todo lo que le estaba siendo relatado y lo escuchaba solo porque debía escucharlo, como cuando se escuchan los cantos durante la oración en el templo.»

Sin embargo, cuando se entera de que los franceses —incluso quizá los rusos, durante su retirada— han saqueado las tierras familiares de Andréi, Kutúzov estalla indignado: «¿Ven? […] ¿Ven adónde nos han llevado?»; pero añade: «Es difícil ganar una campaña». Para eso hacen falta «paciencia y tiempo». Ambas cosas, promete a Andréi, obligarán a los franceses a «comer carne de caballo». En ese momento, su único ojo —el otro lo había perdido hacía mucho tiempo en combate— se llenó de lágrimas.

Andréi regresa a su regimiento «aliviado con respecto al curso general de las cosas […] y al hombre en quien había confiado». Sabe que Kutúzov jamás se inventaría nada,

> sino que escuchará y recordará todo, colocará cada cosa en su lugar y no impedirá nada útil, ni permitirá ninguna cosa perjudicial. Kutúzov entiende que hay algo más fuerte y relevante que su voluntad: el curso inevitable de los acontecimientos. Es capaz de ver estos y de comprender su relevancia y, a la vista de esta, puede también renunciar […] a su voluntad personal y dirigirla hacia otro lugar. Y la razón principal por la que lo creemos […] es el temblor de la voz con que dijo: «¿Ven adónde nos han llevado?». Y a continuación, se atragantó cuando dijo que los haría comer carne de caballo.

Kutúzov dirige los ejércitos desde una altura más baja que la de Napoleón, gracias a lo cual el pensamiento no se le nubla. Quizá dé alguna cabezada a deshoras, pero jamás olvida su deber. Por ello, como escribe Tolstói, pese a las dudas del zar, «fue casi unánime la aprobación […] que acompañó a la elección de Kutúzov como general de los ejércitos por parte del pueblo».[481]

IX

Mucho antes de que Virgilio llevase a Dante a atravesar el infierno, instruyó a Octaviano en los rudimentos de la apicultura, la cría del ganado, la rotación de los cultivos y el cuidado de las vides.[482] Virgilio parecía afirmar que los líderes deben tener los pies en el suelo. Clausewitz piensa de manera similar. No esquivaría ninguna conclusión lógica en sus textos, según explica, «pero, cuando el hilo se hace demasiado fino, prefiero romperlo. […] Al igual que, solo si no crecen demasiado alto, algunas plantas dan fruto, las hojas y flores de la teoría deben podarse en la práctica y la planta no ha de alejarse demasiado del suelo, es decir, de la experiencia».[483]

¿Cómo, pues, «podar» la teoría? No exigiéndole demasiado, replica Clausewitz. «Sería muy imprudente deducir —a partir de cualquier realidad particular— leyes universales que gobiernen todos los casos concretos, independientemente del azar y de su influencia.» Sin embargo, quienes nunca se elevan «por encima de la casuística —aquellos que repiten infatigablemente una anécdota tras otra— son igualmente inútiles, pues construyen toda la historia a partir de casos individuales […], ahondando solo cuando les interesa y no llegando jamás a los factores generales que rigen cada asunto».

> La teoría existe para no tener que empezar de nuevo cada vez, ordenando materiales y estudiándolos en detalle. Su objeto es educar la mente del futuro oficial o, más exactamente, guiarlo en la educación autodidacta, y no tanto acompañarlo en el campo de batalla; tal y como el maestro sabio guía y estimula el desarrollo intelectual del joven, pero se cuida de no llevarlo de la mano el resto de su vida.

Para Clausewitz, la teoría es, por tanto, una formación. Es lo que «endurece el cuerpo para los grandes esfuerzos, fortalece el corazón en situación de gran peligro y vigoriza el juicio contra las primeras impresiones». Es el «lubricante» que reduce la fricción e «infunde esa valiosísima actitud, la calma, al húsar, al tirador y al mismísimo general, lo que aligerará la tarea del oficial al mando».[484]

Los problemas no los provoca el principiante que abraza la teoría, sino quien, en su ascenso, se aferra a ella, conducta que «desafía al sentido común». La teoría se convierte así en una excusa con la que «las mentes limitadas e ignorantes […] justifican su incompetencia congénita».[485] Clausewitz desprecia en particular «la jerga, los tecnicismos y las metáforas», que, a grandes alturas, «se multiplican como insectos de un enjambre», «la díscola turba de ideas en absoluto originales», arrancadas de contexto y entronizadas como principios. «A la luz del día normalmente se revelan como pura escoria» que convierte la teoría «en algo muy opuesto a la práctica», y muchas veces «hacen reír a hombres cuya competencia militar está fuera de toda discusión».[486]

Un ejemplo de puesta en práctica de esas ideas fue el antiguo instructor de Clausewitz en la escuela militar prusiana, el general Karl Ludwig von Pfuel, quien en 1812 se convirtió en el principal asesor militar del zar Alejandro. Clausewitz confesó por escrito que Pfuel era «un hombre que desconocía la realidad de las cosas», entre ellas, cuál era la mejor manera de desplegar el ejército ruso para contener a Napoleón.[487] Parece poco probable que Tolstói leyese esta crítica, pero en *Guerra y paz* transmite claramente lo que Clausewitz pensaba de su antiguo mentor:

> Pfuel era uno de esos teóricos tan enamorados de su teoría que terminan olvidando el propósito de esta, es decir, su aplicación práctica; en su amor por la teoría, odiaba todo lo práctico y no quería saber nada de ello. Incluso le complacía el fracaso, porque este, que siempre achacaba a que alguien se había desviado de lo teórico a la hora ponerlo en práctica, no demostraba sino la validez de su teoría.

Tolstói cierra esta escena con Pfuel reconociendo con desdén al respetuoso, pero escéptico, Andréi —un fantasmagórico sustituto de Clausewitz— «que sabe de antemano que todo irá mal y que este hecho ni siquiera le desagrada».[488]

Es este uno de los muchos puntos en que Tolstói parece completar los argumentos expuestos por Clausewitz, como las parejas inseparables que terminan cada uno las frases del otro.[489] Esto queda muy patente en lo que el militar y el novelista afirman sobre el papel del azar en la guerra y en la vida.

X

«Ninguna otra actividad se encuentra ligada al azar de manera tan permanente y universal», escribe Clausewitz al referirse a la guerra. Se trata de una «paradójica trinidad» compuesta por varios elementos: las pasiones que llevan a los combatientes a arriesgar la vida, la habilidad de sus oficiales y la coherencia de los objetivos políticos por los que se libra la guerra. Solo este último factor está plenamente gobernado por el raciocinio; los otros dos habitan los turbios dominios de la emoción, «donde parecen desaparecer los hitos que habitualmente marcan el territorio».[490] Resulta necesaria, así pues, «una teoría que mantenga el equilibrio entre esas tres tendencias, como un objeto suspendido entre tres imanes».[491]

No obstante, cualquiera que haya experimentado con el magnetismo sabrá —como Clausewitz— que la diferencia entre hacer oscilar un péndulo entre dos imanes o entre tres puede compararse con la que existe entre el orden y el caos: el tercer imán alterará el movimiento del péndulo, hasta entonces regular, e introducirá una evidente aleatoriedad. En términos matemáticos, se salta de lo lineal a lo no lineal.[492] Los imanes de Clausewitz nos obligan a preguntarnos, por tanto, cómo una teoría puede equilibrar conductas que parecen no mantener un equilibrio entre sí.

El propio Clausewitz responde: «Sin dar nada por seguro». Y sitúa la teoría dentro de la categoría de reglas para las que puede haber excepciones. La teoría, por tanto, no es ley. Clausewitz valora la teoría como antídoto contra lo anecdótico y como comprensión del pasado que transmite la experiencia y, a la vez, hace pocas afirmaciones sobre el futuro. El oficial prusiano se apoya en la teoría como herramienta de formación, no como instrumento para navegar mares desconocidos. Confía en el *coup d'oeil* más que en lo cuantificable: cualquier intento de reducir la guerra a números

«no soportaría ni por un instante las realidades de la vida». Además, desconfía de los principiantes que, sin teoría, pierden el buen juicio, el cual debe funcionar «como la brújula de un barco» y registrar «las mínimas variaciones» en los rumbos fijados, «por mucho que el mar se encrespe». [493]

Clausewitz nos asegura que el encrespamiento tiene un origen que, si acaso, conocerán «quienes estaban en el lugar apropiado».[494] Puede ser tan difícil prever los movimientos del péndulo entre tres imanes como lo era para los nativos siberianos de Kennan prever las auroras boreales, las ventiscas y los terremotos.[495] La guerra es para Clausewitz justamente eso: tres cuartos de ella «está envuelta en niebla». Su comprensión exige «un juicio y una sensibilidad que permitan discriminar […] y una hábil inteligencia para olfatear la verdad». Estas virtudes, sin embargo, no las brinda la teoría construida únicamente a partir de lo que los teóricos creen que pueden medir con las anteojeras puestas.

Quienes simplifican así las cosas, añade Tolstói, como remate a esta argumentación, son como albañiles que deben enfoscar el muro de una iglesia y que, «aprovechando la ausencia del capataz, en un acceso de celo, embadurnan de yeso las ventanas, los iconos y el andamio», encantados de cómo, «desde el punto de vista de su cometido, el de enfoscar, toda la superficie que tienen ante sí queda lisa y suave»[496]. Tolstói, como novelista, es quizá el que más se aleja de esos albañiles, y otro tanto puede decirse de Clausewitz como teórico de la guerra: en ninguno de los dos encontramos nada liso, ni suave. Todo lo contrario, ambos buscan las irregularidades del límite del caos,[497] el cual se sitúa ya, podría decirse, en los dominios del azar.

XI

Y Clausewitz se muestra muy satisfecho al dejar el caos en su lugar. No sucede así con Tolstói, el bulldog, tan plenamente decidido a seguir atacando que termina por abandonar a sus personajes hacia el final de *Guerra y paz*, para dedicar las páginas finales a la búsqueda implacable y

agotadora del azar y al conocido dilema entre determinismo y libre albedrío. Esta es su conclusión:

> Los nuevos métodos de pensamiento que la historia debería adoptar por sí misma están siendo aplicados a la vez que la autodestrucción hacia la cual se mueve la Vieja Historia, a base de subdividir una y otra vez las causas del problema.
>
> Todas las ciencias del hombre han seguido este camino. Habiendo alcanzado lo infinitamente pequeño, las matemáticas, la más exacta de las ciencias, abandona el proceso de subdivisión y pone en marcha un nuevo proceso de recopilación de los infinitesimales desconocidos. Al renunciar a la idea de causa, las matemáticas buscan leyes, a saber, propiedades comunes a todos los elementos infinitamente pequeños que se conocen.
>
> Otras ciencias, aunque de forma distinta, han seguido este mismo patrón de pensamiento. Cuando Newton formuló la ley de la gravedad, no dijo que el Sol o la Tierra tengan la propiedad de atraer, sino que todos los cuerpos, desde el mayor hasta el más pequeño, presentan la propiedad de la atracción mutua. […] La historia sigue un camino similar. Y si su objeto de estudio son los movimientos de los pueblos y de la humanidad, y no la descripción de episodios de las vidas particulares, se debería dejar de lado la idea de las causas y buscar las leyes comunes a todos los elementos infinitamente pequeños integrantes de la libertad, todos ellos iguales y enlazados de forma inseparable.[498]

Según mi opinión, Tolstói se refiere aquí a: (a) dado que todo está relacionado con todo lo demás, existe una interdependencia ineludible entre tiempo, espacio y escala (olvidémonos ya de discernir las variables dependientes de las independientes); (b) por consiguiente, siempre existirán cosas que no pueden saberse y deconstruirlas no resulta de ayuda, pues siempre hallaremos componentes cada vez más pequeños; (c) como hay cosas que no conocemos, nos creemos siempre «agentes», aunque nuestros actos sean ínfimos; (d) que puede haber leyes que gobiernen esos actos ínfimos, pero estos no supondrán diferencia para nosotros, porque no podremos percibir sus efectos. Por último, y como consecuencia de lo anterior (e), nuestra percepción de la libertad es, en la práctica, la propia libertad misma.

Si no me equivoco, podría decirse que Tolstói recurrió a la escala para resolver un problema antiguo: ¿cómo puede el hombre tener libre albedrío si Dios es omnipotente? Siendo Tolstói como era, su propia respuesta no le satisfizo y no tardó en volver a tener fe en Dios, creencia que antaño había tachado de primitiva. Intentó incluso, sin mucho éxito, primitivizarse.[499] Si lo consideramos como un comentario que se adelanta a la idea de F. Scott Fitzgerald —la capacidad de mantener dos puntos de vista opuestos al mismo tiempo y seguir funcionando—, el razonamiento de Tolstói (como

los de Clausewitz) reviste implicaciones de calado para la estrategia en su sentido más amplio.

XII

Tanto Clausewitz como Tolstói respetan la teoría y también la práctica, sin dejarse esclavizar por ninguna de las dos. Se tiene la impresión de que, en su pensamiento, la abstracción y la especificidad se refuerzan mutuamente, aunque no en proporciones predeterminadas. Cada situación exige un equilibrio, que debe ser inducido por el juicio derivado de la experiencia y por las destrezas adquiridas gracias tanto a la experiencia del pasado como a la instrucción para el futuro.

La teoría reduce las complejidades de la historia a casos puntuales que pueden ser enseñados y aprendidos. No nos referimos aquí al reduccionismo de los albañiles de Tolstói, que aplanaban las irregularidades en su búsqueda de lo previsible. Muy al contrario, la teoría funciona, con respecto al pasado, como los *coups d'oeil* de Clausewitz en el presente, a saber, extrayendo lecciones de una infinita variedad. La teoría sirve para crear bosquejos a partir de lo que uno necesita saber, pero no intenta ofrecer demasiados detalles. En efecto, en el aula y en el campo de batalla el tiempo para recibir instrucción es limitado, de manera que la teoría ha de estar al servicio de la práctica. Cuando esta corrige a aquella —es decir, cuando el teórico se quita las anteojeras—, la teoría devuelve el favor y evita que caigamos por acantilados, que nos hundamos en una ciénaga o que decidamos ocupar Moscú.

El artista, cuando bosqueja, contempla el paisaje y luego su cuaderno, y de nuevo el paisaje, y repite esta acción hasta que aparece una imagen, la cual ilustra lo que tiene ante sí sin duplicarlo. Tanto el paisaje como el propio cuaderno guían la mano del artista, pero no habrá dos que dibujen bosquejos idénticos de una misma escena. Se trata de una reciprocidad subordinada, pero separada, sin la cual no puede darse el equilibrio entre la realidad y su representación.[500]

En el ámbito de la estrategia, hoy se alude al bosquejo con el término *net assessment* («estimación neta» o «valoración comparativa»).[501] Este

término responde a la valoración de los elementos que, contextualizados en sus respectivos entornos, más posibilidades tienen de determinar el resultado (aunque va más allá de una simple lista). Si se lleva a cabo correctamente, la estimación neta tendrá en cuenta «factores conocidos» —geografía, topografía, clima, capacidades propias, objetivos buscados—, «factores probables» —objetivos del adversario, fiabilidad de los aliados, limitaciones culturales, la capacidad del propio país para resistir la adversidad— y, por último, la humildad para reconocer la existencia de «factores no conocidos», que acechan en la intersección entre los dos tipos anteriores.

Como con los imanes de Clausewitz, nos hallamos ante una configuración triangular, aunque únicamente en dos sentidos, pues, cuando equilibramos factores conocidos, probables y no conocidos, lo hacemos por medio del tiempo, del espacio y de la escala. «En la guerra, como en la vida en general, todas las partes de un todo están conectadas entre sí y, por tanto, los efectos que se producen, por mínima que sea su causa, influirán en todas las […] operaciones y modificarán en cierto grado, por ínfimo que sea, el resultado final.»[502] Clausewitz se adelanta así a Tolstói en la cuestión de los «actos ínfimos».

No porque Clausewitz sea capaz de ver el futuro, sino, más bien, porque tanto él como Tolstói miraron a la guerra a los ojos varias veces en el pasado.[503] Ambos saben deducir, de este modo, que los fines, potencialmente infinitos, jamás podrán ser los medios, los cuales son claramente finitos. Por eso la guerra —de manera explícita en Clausewitz e implícita en Tolstói— ha de reflejar las medidas políticas, pues, cuando sucede a la inversa, se debe a que algún erizo de altos vuelos —un Jerjes o un Napoleón— se ha enamorado de la guerra y la ha convertido en un fin *per se.* Solo se detendrán cuando hayan vertido hasta la última gota de su sangre. La culminación de sus ofensivas es la propia derrota.

La sobreexigencia (*overstretch*) —concepto que alude al debilitamiento que aparece cuando se confunden fines y medios— permite al enemigo sacar tajada en forma de maniobras discretas con enormes consecuencias. Temístocles no habría vencido en Salamina sin haber visitado antes el oráculo de Delfos. Isabel I de Inglaterra se fiaba de sus almirantes, que a su vez confiaron en el viento. Kutúzov, por fin, pudo echar una cabezada tranquila tras Borodinó, pues sabía que la geografía, la topografía y el clima

—los factores conocidos a los que Napoleón había hecho caso omiso— expulsarían a los franceses del país, aun cuando los rusos permanecieran cruzados de brazos. La frontera sería «el puente de plata» que el enemigo querría cruzar para volver a casa.[504]

El puente de Kutúzov podría ser el patrón oro de la gran estrategia. En efecto, si los fines deben ajustarse a los medios disponibles, la solvencia y la moral —o sea, el sentido práctico y los principios— exigen minimizar la inversión en recursos y en vidas. «Los medios empleados deben ser proporcionales al alcance del daño», escribe Hamilton en *Los artículos federalistas*,[505] y, por mucho que los extraordinarios hechos de la época asombrasen a Clausewitz y a Tolstói, ambos vieron en sus libros un camino de vuelta a la proporcionalidad. *De la guerra* y *Guerra y paz* equilibran contrarios de manera incesante, a lo largo de cientos de páginas. De ahí nace la proporcionalidad, es decir, la simultánea comprensión de lo contradictorio.[506]

Teoría frente a práctica. Formación frente a improvisación. Planificación frente a fricción. Fuerza frente a política. Situaciones frente a bosquejos. Especialización frente a generalización. Acción frente a inacción. Victoria frente a derrota. Amor frente a odio. Vida frente a muerte. Dirigir con la cabeza entre las nubes frente a no perder el suelo de vista.

Arte y ciencia, sin embargo, no se enfrentan. No es ir demasiado lejos, por tanto, decir que Clausewitz y Tolstói son, por la amplitud, la imaginación y la franqueza con que encararon esta compleja materia, los más grandes estrategas.

8
EL MEJOR PRESIDENTE

John Quincy Adams no aparece en las páginas de *Guerra y paz*, si bien pasó más tiempo en la Rusia de Alejandro I que Clausewitz y Napoleón juntos.[507] Conforme se iban acercando las elecciones presidenciales estadounidenses de 1824, tres espectros shakespearianos se le aparecieron a Adams. Uno era el de Macbeth, cuya «impía ambición» le había ganado a un rey su corona, pero le había hecho perder el alma. Otro, el de Hamlet, para quien la muerte en un momento oscuro es «una consumación que ha de ser deseada devotamente». El tercero era Bolingbroke, en *Ricardo II*: «¿Quién puede en sus manos mantener / llama viva, imaginándose / el gélido Cáucaso, nevado?». «Sabemos tan poco […] de lo que es mejor para nosotros mismos —escribió Adams en su diario— que una de las grandes incertidumbres a la hora de elegir es si hemos de desear el éxito.» Añadió, aun así: «Me juego más […] que cualquier ciudadano de la Unión».[508]

Se refería a que debía mucho a sus padres. Su madre había procurado que John Quincy, con siete años, fuese testigo del derramamiento de sangre de la batalla de Bunker Hill. Su padre le había hecho leer a los clásicos en griego y en latín, así como estudiar francés, cuando aún no era un adolescente. A esos idiomas, añadiría después el castellano, el alemán y el neerlandés (aunque no el ruso). John Quincy Adams fue embajador en los Países Bajos a los veintiséis años y en Prusia a los treinta, y obtuvo un escaño en el Senado a los treinta y seis. Mientras desempeñaba este cargo, aceptó un puesto como profesor de retórica y oratoria en Harvard. Tras sus años en Rusia, participó en las negociaciones del tratado de Gante, que puso fin a la guerra angloestadounidense de 1812, fue embajador en el Reino Unido y, en 1817, se convirtió en secretario de Estado. Adams fue quizá el secretario de Estado más influyente de la historia de ese cargo.[509]

Madison y Monroe saltaron a la presidencia desde la secretaría de Estado y, puesto que la familia de Adams no esperaba menos, Adams había trazado su propio camino desde la infancia.

No obstante, en 1824, el respeto y la sumisión que permitieron la aparición de dinastías de poder en Estados Unidos —como la de los Adams o la de los virginianos—[510] dieron paso a un tumultuoso desacato. Las élites no se desenvolvían demasiado bien ni en las fronteras en expansión, ni en una esfera mediática dominada por periódicos que competían entre sí a degüello, ni entre ciudadanos que acababan de adquirir su derecho al voto. Adams creía que un caballero no debía hacer aspavientos y pelear como un adolescente por el objeto de deseo, pero, a su juicio, no convertirse en presidente constituiría «una censura por parte de la nación a sus servicios pasados».[511] Sería, por extensión, una censura a su padre, hasta entonces el único presidente que había gobernado un único mandato, que aún vivía y que seguía con atención la actualidad desde su Massachusetts natal. Buscar sin proponer —equilibrar la llama y la nieve— le había funcionado a Washington a finales de la década de 1780, pero no era probable que sirviese a Adams a principios de la de 1820.

Así pues, cuando Andrew Jackson, el siguiente gran héroe militar,[512] se hizo con el voto popular, en 1824, pero no con la mayoría de compromisarios del colegio electoral que debía elegir al nuevo presidente, Adams dejó que la nieve se derritiera. La Constitución exigía que la Cámara de Representantes se pronunciase sobre dichas elecciones y para ello los partidarios de Adams aunaron fuerzas con los del aspirante Henry Clay y, gracias a ello, Adams se convirtió en presidente. Este, a su vez, nombró a Clay secretario de Estado. Que realmente hubiera acuerdo o no resultaba irrelevante: todo parecía apuntar a que sí lo había, lo que bastó a Jackson y a sus seguidores para presentar una iracunda denuncia contra «el pacto corrupto». El historiador Sean Wilentz afirma que Adams y Clay, así pues, dieron inicio a su gobierno «con un estrepitoso fracaso en los ámbitos de la inventiva y la inteligencia políticas».[513]

El presidente Adams trató de ponerle arreglo ocupando Moscú. No de forma literal, por supuesto. En su primera alocución anual al Congreso, que pronunció en diciembre de 1825 —sin seguir las recomendaciones de su gabinete—, no supo alinear aspiraciones con medios y cometió un error de proporciones napoleónicas. Arrogándose un mandato tan endeble que solo

él lo percibía, Adams pidió de todo: una universidad nacional, carreteras y canales financiados por el Estado, la uniformización de pesos y medidas, una armada más fuerte y una academia naval, el fomento del comercio internacional y una diplomacia enérgica que apuntalase la doctrina Monroe. Solazándose en su fascinación por la astronomía, Adams exigió la construcción de un observatorio nacional, versión estadounidense de las «faros de los cielos» de los europeos. Empezaron a correr rumores de que el presidente no tenía la cabeza en las nubes, sino entre las mismísimas estrellas.

Adams insistió en que descuidar esas prioridades sería «enterrar el talento que se compromete con nuestro deber». En efecto, «la libertad es poder» y «la nación bendecida con la libertad más amplia deberá, en proporción a sus cifras, ser la más poderosa de la tierra». Una indolencia adormilada, «paralizada por la voluntad de nuestros constituyentes», no podría sino «condenar al país a una perpetua inferioridad».[514] El mensaje de Adams dejó paralizados a los pocos que aún lo apoyaban y le hizo sospechar que su mandato sería, a su vez, único.

Quizá Adams, que había dejado de lado sus principios por llegar a la presidencia, esperaba recuperarlos mediante la renuncia a ella. Quizá siempre había dudado de sí mismo: sus padres lo obligaron a ser ambicioso, pero no estimularon su autoestima. Quizá iba por detrás de su tiempo: el futuro próximo de la política estadounidense se acercaba más al traspaso de competencias que caracterizó el mandato de Jackson que a la concentración de poderes hamiltoniana. O quizá se adelantó a su tiempo: en un futuro más lejano, resurgiría el federalismo para ganar una guerra civil. Probablemente se percató de que la esclavitud sería la chispa que encendería la mecha y esperó posponer el día aciago con maniobras de distracción: conocedor de la fragilidad del compromiso de Misuri, Adams, como la mayoría de sus coetáneos, apenas se atrevía a mencionar la esclavitud.[515] Cualquiera que fuese la explicación, el caso es que Adams dejó el cargo en 1829 como Napoleón había abandonado Rusia en 1812: exhausto, sin aliados y perseguido por sus propios errores de cálculo.

Sin embargo, reorganizó fuerzas de un modo que a Napoleón no podría habérsele ocurrido: se degradó a sí mismo. Acordó presentarse a la Cámara de Representantes por su circunscripción de Massachusetts y se convirtió en el único expresidente en realizar algo semejante. Ganó de calle y tomó

posesión de su escaño en diciembre de 1831. A lo largo de los siguientes quince años solo pidió una cosa: un debate en torno a las miles de peticiones contra la esclavitud que había presentado ante sus colegas. A menudo era el único en desafiar la ley mordaza que la Cámara aplicaba sobre este asunto, pero Adams terminó imponiéndose, con el argumento de que, al igual que la Constitución protegía la esclavitud, su primera enmienda garantizaba la libertad de expresión y el derecho a pedir «una reparación de agravios». Noqueó a sus oponentes con insistencia, lógica y un propósito basado en principios.

Entonces, en marzo de 1841, a los setenta y cuatro años, Adams hizo lo mismo ante el Tribunal Supremo. Tras hablar durante ocho horas en nombre de los hombres y mujeres cautivos en el barco *Amistad* —africanos vendidos para ser esclavos en la Cuba española, que, tras amotinarse, fueron apresados por la armada estadounidense y cuyos compasivos abogados reclamaban su repatriación—, Adams recordó a los jueces que de las paredes que los flanqueaban en ese momento colgaban copias enmarcadas de la Declaración de Independencia. ¿Cómo, sentados entre dichos documentos, serían capaces de no liberar a esas personas? Movido por esa invocación a la moralidad y por su propósito original (y por el diseño de interiores), el tribunal manifestó inesperadamente su conformidad. Con el tiempo también lo haría el país, si bien con un trágico coste.

Más que ningún otro estadounidense antes que Lincoln, fue Adams quien situó la Constitución en el marco de la Declaración de Independencia —«Todos los hombres han sido creados iguales»—, donde sabía que la Constitución entonces vigente no encajaría con facilidad.

I

El 21 de febrero de 1848, la Cámara de Representantes debatía una resolución para mostrar su agradecimiento a los oficiales del ejército que habían servido en la reciente guerra contra México. Ese mismo día se sometería a votación en el Senado el tratado de Guadalupe Hidalgo, que zanjaría el conflicto y en virtud del cual Estados Unidos se expandiría desde

el actual estado de Texas —anexionado en 1845, antes de la guerra— hasta el Pacífico. Sin embargo, pese a sus antiguas ambiciones transcontinentales, Adams, de haber tenido la oportunidad, se habría opuesto a ese acuerdo. Según su opinión, el presidente James K. Polk había provocado un conflicto al incorporar nuevos territorios esclavistas a la unión. La Cámara de Representantes, no obstante, no votaba tratados internacionales y aquella tarde Adams sufrió durante una intervención el ataque que dos días después acabaría con su vida. Abraham Lincoln, congresista por Illinois en el primer mandato de Adams y crítico con la guerra, quizá fue testigo del trágico suceso.[516]

Adams, tras sufrir el ataque, acertó a decir que aquel era «el fin del mundo». También era el de la última generación que había tratado a los Padres Fundadores. Lincoln había nacido en una destartalada cabaña de la frontera de Kentucky en 1809, el mismo año en que Madison envió a Adams a Rusia como embajador. La muerte de la madre de Lincoln y el descuido de su padre hicieron que el muchacho y su hermana casi murieran de hambre en dos ocasiones, a los nueve y a los doce años. Sus ropas no eran más que andrajos y tenían el pelo infestado de piojos: Adams, como secretario de Estado de Monroe, negociaba en ese tiempo la absorción de la Florida española. El pequeño Abraham fue salvado por su madrastra, pero no le abandonó la imperiosa necesidad de huir de su padre, que creía que con un año de escuela bastaba. El adolescente y un amigo se escaparon Mississippi abajo en una balsa, sin haber oído hablar nunca de Huckleberry Finn: era el año 1828 y Adams seguía siendo presidente. Cuando años más tarde se le pidió que explicase en detalle qué tipo de educación había recibido, Lincoln respondió con una sola palabra: «insuficiente».[517]

Ese mismo adjetivo podría haberse aplicado a la mayoría de estadounidenses de la época. Pero ¿qué hacía diferente a Lincoln? En primer lugar, su apariencia o, como él mismo habría dicho, quizá, su escasa buena apariencia. Medía casi un metro y noventa y cinco, así que su cabeza sobresalía por encima de casi todo el mundo. Tenía manos enormes, los brazos demasiado largos y todos los pantalones le quedaban cortos. Se tenía por poco agraciado y por incapaz de domar un cabello díscolo. Se movía con una preocupante y desgarbada torpeza, como si estuviera a punto de chocar con cualquier cosa y tirarla al suelo. Sin embargo, Lincoln nunca hablaba de su aspecto para lamentarse, sino que, por el contrario, se

refugiaba en la autocrítica. Además, sabía muy bien dosificar su intimidante fuerza. Consciente de que le resultaba imposible pasar inadvertido, desde muy pronto se dijo que, por qué no, quizá cayese bien al prójimo.[518]

Perfeccionó para ello sus dotes de representación y actuación: nadie recurrió al humor de manera más ágil, acertada u original. Sus bromas, muchas de ellas escatológicas, fluían con tanta facilidad como el papel en que los inestables bancos de entonces imprimían el dinero. Sus historias, sin embargo, nunca carecían de moraleja o intención, y se decía que Lincoln era «capaz de hacer reír a los gatos».[519] Tras esa máscara, no obstante, se ocultaba una ineludible predeterminación, como si sus actos estuvieran dirigidos por algo o por alguien (él estaba seguro de que no se trataba de Dios).[520] Quizá fuera la sombra de una infancia terrible o la muerte de Ann Rutledge, con quien esperaba casarse, o la exasperante cotidianidad junto a Mary Todd, con quien sí se casó, o la pérdida de dos de sus cuatro hijos. ¿Quién sabe? Quizá tuvieran parte de responsabilidad las complejidades shakesperianas, pues Lincoln representó muchos papeles, no solo los de los espectros que visitaron a Adams (Macbeth, Hamlet y Bolingbroke), sino también los de Falstaff, Enrique V, Bottom, el rey Lear, Próspero y, más adelante, cómo no, Julio César, a ojos al menos de sus enemigos.[521]

El joven Lincoln adoraba recitar a Shakespeare echado a orillas de un río, el Sangamon, cerca de New Salem, el primer pueblo de Illinois en que vivió. Al oeste de ese río se extendía un vacío interminable lleno de posibilidades. Al este, propiedades, carreteras y puentes, el imperio de la ley, el espíritu emprendedor, el derecho a prosperar de todos los ciudadanos sea cual fuere su origen. Lincoln vivió a caballo entre ambas geografías sin comprometerse con ninguna: intentó construir embarcaciones, se dedicó a la navegación fluvial y a la topografía, hizo el servicio militar, levantó empalizadas, codirigió un almacén e incluso ejerció brevemente de jefe de correos de un pueblo —jamás trabajó el campo— antes de, por fin, entregarse al ejercicio de la abogacía y a la vocación política que dicho oficio despertó en él.[522]

Fue autodidacta en ambas disciplinas. Leía vorazmente, memorizaba asuntos prácticos y aplicaba con ingenio las lecciones aprendidas. Su destreza oratoria le allanó el camino desde el derecho hasta la política. Le ayudó el hecho de que no resultara pesado. Tras perder en las elecciones

legislativas estatales de 1832, se presentó de nuevo dos años después y ganó. No volvió a perder nunca unas elecciones.[523] Durante el segundo mandato de Jackson, los partidos políticos habían empezado a organizarse a lo largo y ancho del país.[524] Lincoln escogió a los *whigs,* en lugar de a los demócratas, por respeto a Clay, que con mucho tacto retiró las «mejoras internas» propuestas por Adams. La inmediata prioridad del joven legislador, sin embargo, era mejorar la ciudad de Springfield, adonde se había mudado, y convertirla en capital estatal. Conseguido esto en 1839, y tras la conquista presidencial de los *whigs* en 1840,[525] Lincoln podría imaginar horizontes más amplios.

Fue prudente y se tomó su tiempo. Ganar una elección exigía pactar coaliciones y, en el estado de Illinois, eso significaba esperar el turno. Por esta razón, Lincoln no trató que los *whigs* lo nombraran candidato para la Cámara de Representantes hasta 1846. Y también por esta razón, tras asegurarse el escaño, prometió ocuparlo durante una única legislatura. Llegó a Washington en diciembre de 1847, deseoso de dejar huella. Pidió al presidente Polk que especificara el lugar en que los mexicanos habían derramado sangre estadounidense. El presidente afirmaba que la guerra había sido declarada en defensa propia, pero ¿quiénes entonces, exactamente, se habían estado defendiendo a sí mismos? Polk hizo caso omiso a su pregunta y Lincoln se ganó el apodo de Spotty.(3) Esa vez, Lincoln sí movió ficha demasiado pronto, error que había evitado en el pasado y trataría de eludir de nuevo en el futuro.[526]

Lincoln regresó a Springfield en 1849, tras habérsele escapado un puesto influyente —el de inspector de la Dirección General del Catastro— que lo habría retenido en Washington. Su trabajo en el Congreso —aparte de la resolución sobre el famoso lugar del derramamiento de sangre— pasó sin pena ni gloria. Durante su ausencia, William Herndon, su socio, había estado haciendo uso del bufete común, pero Lincoln lo encontró tan descuidado que las semillas que guardaba para enviar como regalo a los votantes de su circunscripción (costumbre de los congresistas estadounidenses de mediados del siglo XIX) se habían esparcido por el suelo y algunas incluso habían germinado. Él tenía cuarenta años y también le faltaba muy poco para germinar.[527]

II

En cuestión de cinco años, Lincoln había abrazado una causa, se había hecho con una brújula y había fijado un rumbo y un objetivo, los mismos que había tenido aquel hombre mayor de cuya muerte fue testigo en la Cámara de Representantes: recordar a los estadounidenses la incómoda decisión que habían debido tomar, obligados por sus Padres Fundadores, para poder formar la Unión. La única excusa para la esclavitud era la «necesidad», insistía Lincoln en 1854, y sus compatriotas solo avanzaban «hasta donde esta los llevase». Los estadounidenses habían heredado el esclavismo de los británicos y sabían que, sin él, no tendrían nación, pero esperaban que desapareciese por sí sola. Así pues, incluyeron esa institución en la Constitución sin nombrarla, «tal y como el hombre enfermo esconde el lobanillo o la buba que no se atreve a cortar de cuajo por miedo a morir desangrado. […] Nuestros padres no PODÍAN hacer menos de esto; y jamás HABRÍAN HECHO MÁS».[528]

El esclavismo, sin embargo, no iba a desaparecer. Donde era legal cada vez se hacía más rentable. La regla de los tres quintos, que definía cómo establecer el recuento de la población negra a la hora de adjudicar escaños y compromisarios, antepuso esta postura en la política nacional; gracias a aquella podría muy bien propagarse, por invitación o por imposición, a los nuevos territorios ganados a México, que pronto se convertirían en estados. El compromiso de 1850, cuyo fin consistía en la consolidación del esclavismo en los nuevos territorios, era aún menos sólido que el de 1820, inestable ya de por sí.[529] Donde la esclavitud era ilegal, la ley federal permitía a los amos capturar a los esclavos prófugos. «El Cuatro de Julio no decae —afirmó Lincoln con desdén en 1855—. ¡Sigue siendo un gran día para lanzar fuegos artificiales!»[530]

Nadie avivó más las llamas del debate en torno a la esclavitud que el hombre que había intentado extinguirlas, abusando, quizá, de su ingenio. Stephen A. Douglas, veterano senador por Illinois, era otro abogado de Springfield que solía departir con Lincoln y al que, pese a ser demócrata, entusiasmaba tanto como a los *whigs* el desarrollo económico. Douglas y Lincoln trataron de situar al estado de Illinois a medio camino entre la

innovación del este y las oportunidades del oeste. Ambos favorecieron, como primer paso, un ferrocarril transcontinental, que debería tener su centro en Illinois. Ambos sabían también que haría falta apoyo financiero federal, concesiones de tierras y protección militar. Ambos, además, esperaban que los sureños, que querrían tener sus propias rutas ferroviarias, exigieran compensaciones. Sin embargo, solo «el juez Douglas», como lo llamaba Lincoln, se creía en posesión de la verdad.

¿Por qué no revocar todas las restricciones impuestas desde el Congreso en el vasto territorio que se extendía entre Kansas y Nebraska —hasta las Montañas Rocosas al oeste y hasta la frontera con Canadá hacia el norte— y dejar que los colonos decidieran su futuro? La libre determinación, después de todo, había sido consagrada en la Declaración de Independencia, pero la topografía y el clima garantizaban que la esclavitud jamás prosperase en los nuevos territorios. Douglas conseguiría dos cosas a la vez: la ley Kansas-Nebraska, propuesta por él y aprobada por el Congreso en mayo de 1854, sería oportuna y, a la vez, estaría fundada en principios morales.[531]

Sin embargo, la ley saltó por los aires, «lanzando clavos al rojo vivo en todas las direcciones», como escribió Harriet Beecher Stowe.[532] Los compromisos de 1820 y 1850 habían equilibrado «intereses reconocidos». Douglas, no obstante, estaba haciendo malabarismos con «procesos desconocidos» —pautas en la colonización, resultados de elecciones e incertidumbres provocadas por el traslado a tierras ignotas— en una era de extrema agitación política; pero tampoco era eso lo peor, según Lincoln apuntó, pues la doctrina de la «soberanía popular» de Douglas desafiaba el legado de los propios Padres Fundadores.

Estos habían visto en la esclavitud un mal necesario que había de ser tolerado, dentro de los límites preexistentes, hasta que desapareciese. Douglas, por su parte, estaba a favor de la neutralidad: si los habitantes de los nuevos territorios querían esclavismo, deberían poder tenerlo, incluso indefinidamente. Lincoln, que habitualmente hacía gala de una gran templanza, apenas pudo contener su furia cuando, ese mes de octubre, ambos compartieron estrado en Springfield:

> No puedo sino detestar este desinterés que, según mi opinión, no es más que un auténtico, pero disimulado fervor, en pro de la expansión del esclavismo. Lo detesto por la enorme injusticia que

> supone el esclavismo en sí. Lo detesto porque impide que nuestro ejemplo republicano ejerza una influencia justa en el mundo, pues permitirá a los enemigos de las instituciones libres tacharnos, con razón, de hipócritas y hará que los verdaderos amigos de la libertad duden de nuestra sinceridad. Lo detesto, en particular, porque obliga a muchos hombres verdaderamente buenos a librar una guerra abierta contra los más fundamentales principios de la libertad civil: criticar la Declaración de Independencia e insistir en que no hay ningún principio de acción correcto más que el propio interés.[533]

¿Por qué, de todos modos, Douglas o cualquier otro tendrían que preocuparse por lo que Lincoln detestara? Tras su única legislatura como congresista no había hecho nada más. Para la opinión pública era un tipo larguirucho de voz alta y chillona que se había alzado contra un poderoso senador: el «Pequeño Gigante», como gustaba a Douglas que lo llamaran, era de corta estatura, pero elegante, de voz grave y contundente. Lincoln no era un don nadie, pero, por el momento, había hecho poco para llegar a ser alguien.

III

En cualquier caso, la política en el estado de Illinois tendía a suavizar los desequilibrios. No bastaba con que los políticos publicaran discursos en los periódicos: la oratoria era prolija; las fuentes tipográficas, diminutas, y no todo el mundo sabía leer. Aun así, cualquiera podía asistir a actos públicos. No había mucho que hacer en los pueblos pequeños. Los tribunales colegiados de circuito —jueces y abogados recorrían la jurisdicción estatal para dirimir casos— se convirtieron en un espectáculo itinerante de acrobacias retóricas.[534] Solo faltaba un paso para llegar a los mítines políticos en espacios abiertos, que la ciudadanía escuchaba embelesada durante horas, y otro más para pasar de estos a los debates, gracias a los que el juez Douglas, de nuevo haciendo gala de un exceso de agudeza, hizo famoso a Lincoln.

Lincoln iniciaba sus discursos muy despacio. Al principio parecía rebuscar pensamientos y palabras. Podría decirse incluso que trataba de reconciliarse con las extremidades más alejadas de su propia anatomía. Cuando entraba en calor, su gestualidad adquiría carácter, su voz comenzaba a comunicar y su argumentación se desplegaba como una

retahíla de trampas mortales, de un modo tan eficaz que los fascinados reporteros se olvidaban incluso tomar notas.[535] Como John Quincy Adams, Lincoln había estudiado a Euclides —Adams en Harvard; Lincoln, en su casa—[536] y ambos tomaron del griego una implacable lógica geométrica. A continuación, ofrecemos un ejemplo de nota redactada por Lincoln, quizá para su discurso pronunciado en Springfield:

> Si A. puede demostrar, de manera más o menos concluyente, que puede tener el derecho de esclavizar a B., ¿por qué no podría B. arrebatarle sus argumentos y demostrar, de igual manera, que puede esclavizar a A.? Ustedes afirmarán: A. es blanco y B. es negro. Lo importante es, por tanto, el color. ¿El de color más claro tiene derecho a esclavizar al de color más oscuro? Seamos prudentes. Según esta regla, podríamos ser esclavos del primer hombre que nos topemos con piel más clara que la nuestra. Entonces, ¿no es justo el color lo importante? ¿Quieren decir que los blancos son intelectualmente superiores a los negros y, por tanto, tienen el derecho a convertirlos en sus esclavos? Seamos prudentes, de nuevo. Por esta regla, podríamos ser esclavizados cuando nos encontremos con un hombre de intelecto superior al nuestro. Sin embargo, dirán: se trata de un problema de intereses. Si está a favor del nuestro, tendremos el derecho a esclavizar al otro. Muy bien. Y si está a favor del suyo, ese otro podrá hacernos esclavos a nosotros.[537]

A continuación, en ese mismo discurso, Lincoln cita la Declaración de Independencia: «Todos los hombres han sido creados iguales». ¿Consideraba el juez Douglas hombres a los esclavos? ¿Qué serían, si no? Por supuesto, no eran cerdos, los cuales no tenían una representación en el Congreso determinada por la regla de los tres quintos. Si los esclavos eran hombres, la «soberanía popular» ¿no les garantizaba el derecho a la libre determinación? Y ¿cómo un hombre podría elegir ser esclavo? Los hombres huían de la esclavitud en busca de la libertad, no al revés. Las opiniones de Douglas, concluía Lincoln templando el tono, «no parecían descansar sobre una base demasiado firme, y casi me atrevería a decir que es consciente de ello».[538]

Así, la lógica exigía entrar en algunas disputas y aplazar otras. Lincoln se abstuvo de poner en entredicho las garantías constitucionales existentes, la regla de los tres quintos y las leyes sobre esclavos prófugos. Sin embargo, sí utilizó a Jefferson,[539] propietario de esclavos, redactor de la Declaración de Independencia, fundador del Partido Demócrata —al que pertenecía Douglas— y autor también del Decreto de 1787, que prohibía el esclavismo en los territorios que más adelante se convertirían en los estados de Ohio, Indiana, Illinois y Wisconsin. ¿Por qué no anular entonces tales

restricciones en la ley Kansas-Nebraska? Tampoco el hecho de plantear esa pregunta convertiría a Lincoln en abolicionista: aquella afirmación parecía «muy simple».

> Mantente en pie junto a quien se mantenga en pie por una causa JUSTA […] y ALÉJATE de él cuando yerre. Mantente en pie CON los abolicionistas, restaurando el compromiso de Misuri y CONTRA ellos cuando traten de derogar la ley sobre esclavos prófugos. […] ¿Cómo interpretar esto? No dejarás de llevar la razón, en ningún caso. […] De ambas maneras estarás oponiéndote a extremos peligrosos.

El caso era negar la neutralidad moral en torno al esclavismo, devolverlo a la legalidad que los Padres Fundadores le habían reconocido con reticencias y, de este modo —como ellos—, preservar la Unión. Por ella «millones de personas libres, felices y prósperas se alzarán en todo el mundo y nos bendecirán».[540]

IV

Douglas se retorcía por dentro cuando Lincoln vinculaba pragmatismo con principios, razón con pasión, respeto por el pasado nacional con visión del futuro colectivo. El senador prefería repartir en la misma proporción, no sondear las polaridades. Lincoln, por el contrario, extraía fuerza de las contradicciones, quizá por contener tantas en él. Estas le procuraban una intensidad física, intelectual y moral de la que su rival carecía.[541] Douglas no podía negarse a debatir con Lincoln sin perder credibilidad política, pero, con cada encuentro, crecía la del larguirucho y caía la del «Pequeño Gigante». En 1858, Lincoln perseguía ya el escaño de Douglas en el Senado como candidato de un nuevo Partido Republicano antiesclavista, al que Douglas, en otro error de cálculo, había allanado el camino.

Lincoln recordó a la convención del estado que lo hizo candidato en junio que el «objeto declarado» y la «promesa segura» de la ley Kansas-Nebraska había sido poner fin a la «agitación en torno al esclavismo». A lo largo de los cuatro años anteriores, sin embargo, había ocurrido lo contrario.[542] Colonos en favor del esclavismo se habían asentado en Kansas y habían implantado soberanías muy impopulares tanto allí como en el resto de los estados libres. Esto dividió a demócratas y a *whigs* en facciones

norteñas y sureñas, lo que multiplicó las oportunidades para los republicanos. Entonces, en 1857, el Tribunal Supremo ensanchó esas divisiones, al dirimir, en el marco del caso Dred Scott contra Sandford, que el Congreso carecía de autoridad para regular el esclavismo en cualquiera de los nuevos territorios: la Declaración de Independencia, se añadió de manera gratuita, no podía referirse también a los africanos, libres o esclavos, cuando decía que «todos los hombres han sido creados iguales». [543] Douglas no había previsto nada de esto. Sus planes se le hicieron añicos.

Lincoln escribió a los republicanos de Illinois, en 1858, lo siguiente: «Si pudiéramos saber primero en dónde nos encontramos y hacia dónde nos dirigimos, podríamos juzgar con más sentido qué hacer y cómo hacerlo». [544] Para ello hacía falta una brújula, y la de Douglas se ajustaba solo a sus propias maquinaciones.[545] Douglas volvía la vista atrás demasiado a menudo para tapar sus huellas y, por ello, caía en todas las ciénagas, agujeros y matorrales que se presentaban en el camino. Lincoln también maniobraba —él sí era político—, pero su brújula se ajustaba a principios intemporales, como, por ejemplo: «Si una casa está dividida contra sí misma, esa casa no podrá subsistir».[546]

Resultaba lógico pues, deducir que aquel gobierno no podía «perdurar por siempre, a medias a favor del esclavismo, a medias en su contra». Los Padres Fundadores habían permitido una contradicción provisional, que se había prolongado por más tiempo del que habrían deseado, pues siempre habían deseado para el esclavismo una trayectoria en continuo menoscabo. Douglas ratificaba el dominio esclavista: como habría expresado Burke, la finalidad de su alegato no reflejaba sus principios (los del país). Era imposible que ambos caminos se cruzaran. «No espero que la Unión se disuelva. No espero que la casa caiga, pero sí que deje de estar dividida.»

> Será o una cosa o la otra, pero lo será en su conjunto. Bien los contrarios al esclavismo detendrán su expansión y lo relegarán a la extinción definitiva; bien sus defensores lo impulsarán, hasta que sea legal tanto en los antiguos estados como en los nuevos, tanto en el norte como en el sur.[547]

Los siete debates celebrados entre Lincoln y Douglas en 1858 —memorables por su extensión, contenido y pirotecnia retórica—[548] pasaron de puntillas, sin embargo, por la posibilidad de que la Unión

pudiese realmente disolverse, como alternativa a convertirse, en su totalidad, en una cosa o en la otra. Se trataba de un tema demasiado candente como para expresarlo con claridad y determinación.

En su lugar, Lincoln se centró en mostrar lo poco que el Tribunal Supremo había respetado la «soberanía popular», que comparó con un caldo hecho «de la sombra de un raquítico pichón». Preguntó entonces a Douglas si habría alguna manera de que los colonos de un territorio pudieran prohibir legalmente el esclavismo. Golpeado, el juez hubo de reconocer que solo podrían hacerlo si conservaban el derecho a proteger a los propietarios de los esclavos y sus tierras, el cual consagraban hasta entonces las leyes sobre los esclavos prófugos. Fingiendo asombro, el larguirucho se apresuró a preguntar a su rival si se había hecho de repente abolicionista.[549]

La respuesta de Douglas no satisfizo a nadie, ni siquiera a él, pero la mayoría demócrata de Illinois votó para que conservara su puesto en el Senado.[550] En cualquier caso, la opinión general era que Lincoln se había llevado el gato al agua en los debates y eso le granjeó cierto protagonismo nacional: su nombre se barajó como uno de los posibles —aunque no el que más— para las candidaturas presidenciales republicanas de 1860.

Lincoln había demostrado lo práctico que resulta una norma moral en política. Con «norma moral» hago alusión a un marco externo de referencia que configure intereses y acciones, no a uno interno que solo los refleje, como en el caso de Douglas. La norma de Lincoln no nacía de la fe, ni de la ética aceptada, y ni siquiera del derecho, cuyo ejercicio práctico resulta imprescindible en la búsqueda de la justicia. Su marco de referencia surgía de lo que la experiencia le había enseñado, de la educación autodidacta que había ensanchado dicha experiencia y de la lógica sobre la que fundamentaba su brillante oratoria. La amoralidad del juez Douglas, así pues, no solo estaba errada, sino que incumplía los requisitos más básicos del sentido común.

V

Pese al mote Rail Splitter, puesto por sus partidarios, Lincoln se vio obligado en política a «acumular», no a «dividir». Lo de romper partidos se

lo dejó a Douglas.[551] Los republicanos habían competido por la presidencia por primera vez en 1856: perdieron, pero, a diferencia de los divididos demócratas y de los casi extintos *whigs*, estuvieron de acuerdo unánimemente en oponerse a la expansión del esclavismo.[552] Su problema, en 1860, consistía en que había demasiados aspirantes: la revista *Harper's Weekly* señalaba once, de los que el principal era William H. Seward, veterano senador por el estado de Nueva York.[553] Lincoln hubo de ganarse su lealtad sin mermar la decisión del partido. «Mi nombre es nuevo en estas listas y supongo que para mucha gente no represento la primera opción. Nuestra política será, por tanto, no ofender a los demás y propiciar un estado de ánimo que los atraiga a nosotros, si es que se les puede persuadir de que abandonen a su primer amor.»[554]

De este modo pasó a ocupar el centro de gravedad del partido. Empezó por hablar en público, con un éxito repentino, en lugares tan alejados como Wisconsin, Ohio, Nueva York o Nueva Inglaterra.[555] A continuación, llevó la convención para la candidatura a Chicago, para que sus rivales tuvieran que girar en torno a él y no al revés. Vigiló sus movimientos discretamente desde Springfield, para evitar que pareciese que se estaban sellando pactos.[556] Tras garantizar la candidatura, en la tercera votación hizo campaña, como era tradicional, solo desde su despacho y desde el pisoteado jardín delantero de su casa. No obstante, autorizó biografías de promoción, posó para los fotógrafos y estuvo en contacto por correo postal y telegráfico con los organizadores del partido de cada uno de los estados en los que confiaba en ganar. Para su época, fue todo un entendido en tecnología.[557] Como los otros dos partidos continuaban divididos, se ganó claramente a la mayoría de compromisarios del colegio electoral en noviembre, aunque no el voto popular.[558]

Como presidente electo, reclutó a un gabinete de «primeros amores frustrados» o, en palabras de la historiadora Doris Kearns Goodwin, a un «equipo de rivales». Entre ellos figuraban sus principales competidores de Chicago —un decepcionado e indignado Seward como secretario de Estado; el claramente ambicioso Salmon P. Chase, de Ohio, como secretario del Tesoro; el corrupto, pero políticamente ineludible, Simon Cameron, de Pensilvania, como secretario de la Guerra; el fiable y firme Edward Bates, de Misuri, como fiscal general— y un incondicional, Gideon Welles, de Connecticut, como secretario de la Marina. Quizá terminarían devorándose

unos a otros, reconoció Lincoln a su joven asesor John Nicolay, pero necesitaba a los mejores hombres de que pudiera disponer. Era imprescindible que «el riesgo de disensión fuese mayor que el de rebelión».[559]

El presidente saliente, James Buchanan, se había negado a arriesgar, de ahí su aterrada impasibilidad cuando siete estados esclavistas decidieron separarse de la Unión, tras la elección de Lincoln, y se apropiaron de infraestructuras federales. Los impacientes senadores —entre ellos, Seward, Douglas y John Crittenden, de Kentucky— intentaron forjar acuerdos, pero, tras considerar brevemente unos cuantos borradores, Lincoln volvió a lo esencial:

> No firmaré ningún acuerdo que asista o permita la expansión de la esclavitud en suelo que pertenezca a la nación. Los ardides encaminados a que en cualquier nuevo territorio adquirido por la Unión pueda surgir una autoridad local que permita el esclavismo en dicho territorio son tan detestables como otros.[560]

Ciertamente, Lincoln infravaloró la determinación del sur: «Calculo que bastarán unos dos o tres regimientos para hacer cumplir todas las leyes de Estados Unidos en los estados rebeldes», aseguró a un escéptico visitante en enero de 1861. «Me ocuparé de que este cometido se cumpla, sin importar la fuerza que sea necesaria para ello.»[561]

Por el momento, sin embargo, Lincoln dio una última oportunidad a la lógica. En su discurso de investidura, pronunciado el 4 de marzo, tomó la palabra a los secesionistas, que afirmaron estar defendiendo la Constitución: ¿qué derechos, en concreto, habían sido vulnerados? Desde luego, no el de tener esclavos en propiedad donde era legal, ni tampoco el de recuperarlos, aunque pasasen a otro estado. Tampoco el respeto al Tribunal Supremo, cuyas sentencias particulares no exigían que la ciudadanía en general se sometiera a ese «eminente tribunal». Por fin, tampoco la responsabilidad que los presidentes debidamente elegidos tenían de hacer cumplir fielmente la ley federal en todos los estados. Solo había una realidad que podría discutirse: «Una parte de nuestro país cree que el esclavismo es legítimo y debe expandirse; la otra mitad cree que no lo es y que no debe hacerlo».

Sin embargo, ¿merecía la pena la separación, dada su improbabilidad geográfica, dado el absurdo de una Unión que legislase en favor de su

propia extinción y dado el resto de factores desconocidos que influirían sobre una empresa tan inaudita como aquella?

> Antes de tratar un asunto tan serio como la destrucción de nuestro tejido nacional […], ¿no sería más prudente determinar con precisión por qué lo hacemos? ¿Se arriesgarían a dar un paso a la desesperada, mientras haya alguna posibilidad de que no existan realmente al menos algunos de los males de los que huyen? ¿Se arriesgarían, sabiendo que los males, estos muy reales, con los que se toparán en esa huida son más graves que aquellos de los que escapan?

Nada de valor podría perderse, insistía, «dándonos un tiempo».[562] Ningún secesionista, sin embargo, debería tener dudas sobre la postura del presidente: «No se puede participar en un conflicto sin ser o el agresor o el agredido. Ustedes no han jurado ante Dios destruir al Gobierno, pero yo sí he jurado solemnemente "preservarlo, protegerlo y defenderlo"». Así pues, Lincoln esperaría a que «el coro de la Unión» —¿los frustrados primeros amantes?— se dejase conmover «por nuestra natural condición de hombres justos, como, sin duda, ocurrirá».[563]

VI

Los hombres justos, sin embargo, no siempre reaccionan ante la lógica, como tampoco hicieron los secesionistas. Los Estados Confederados de América lanzaron un ataque de artillería contra Fort Sumter, en el puerto de Charleston —en el que se estaban recibiendo suministros y no armamento, según había informado Lincoln—, el 12 de abril de 1861. Se había declarado la guerra y el sur cargaría para siempre con el estigma de haber disparado el primer cañonazo.[564] El firme propósito de Lincoln durante los cuatro años siguientes fue restablecer la Unión, con el fin de garantizar que su país viviera la futura grandeza mundial que él le auguraba. Jamás la alcanzaría, juzgó también Lincoln, sin redimir ese inevitable pecado del esclavismo.[565] Hasta donde sé, Lincoln no leyó las disquisiciones de Agustín de Hipona y de Maquiavelo sobre las exigentes demandas de almas y estados. Sin embargo, pocos se manejaron de forma más diestra en esa polaridad.

Los once estados que comprendían la Confederación —cuatro más se unieron a la secesión tras Fort Sumter— ocupaban lo que en estrategia se

conoce como «líneas internas» del campo de batalla, lo cual constituía una ventaja. Sin embargo, su economía agrícola, sostenida en el esclavismo, no podría afrontar una guerra moderna como la que se avecinaba. La geografía permitía aplicar una estrategia de movilidad, ingenio y sorpresa, que la escasez de recursos, de cualquier modo, hacía obligatoria. Estas virtudes convergían en el genio militar del general confederado Robert E. Lee.[566] La Unión tenía más hombres y más industria y mejor logística, pero la gestión de las líneas externas confundía a sus oficiales, que desde el principio rehuyeron el riesgo y actuaron con parsimonia. Las ofensivas lanzadas desde una línea externa contra otra interna fracasaban «en noventa y nueve casos de cada cien»; esa fue la advertencia hecha por el general Henry Halleck a Lincoln en enero de 1862. «Todas las autoridades militares que he leído a lo largo de mi carrera habrían rechazado un ataque de este tipo.»[567]

Sin embargo, Lincoln sabía que a veces hay que librar batallas que no se ajustan a lo que cuentan los manuales. Así pues, compartió con los militares una «idea general», que no se sentía preparado aún para emitir en forma de orden, sobre cómo desplegar el poder de la Unión para hacer frente a las destrezas con que contaba la Confederación:

> Los números están de nuestra parte, pero el enemigo tiene la facilidad de concentrar fuerzas en los puntos de choque. Fracasaremos, a menos que de algún modo hagamos que nuestra ventaja sea superior a la suya. Esto solo se puede conseguir amenazando al enemigo con una fuerza superior en diferentes puntos y simultáneamente, para que podamos atacar con seguridad en uno o varios de esos puntos. Si el enemigo no hace ningún cambio y retira las fuerzas de un frente para reforzar otro, habremos de abstenernos de atacar este último y ocupar y asegurar el debilitado, que ganaremos para nosotros.[568]

¿Acaso no podía la Unión contrarrestar las concentraciones de fuerzas de la Confederación en distintos momentos y puntos geográficos con otras múltiples y simultáneas? ¿Acaso no podía equilibrar sus «números» con la «facilidad» de la Confederación? ¿Acaso no podía pensar y actuar dentro del tiempo, el espacio y la escala?[569]

Afortunadamente, Lincoln no estudió en West Point, pues estas preguntas podrían haber provocado su expulsión. En efecto, vulneran la ortodoxia profesional de un ejército aún centrado en la ocupación, la fortificación y la defensa de posiciones fijas. Aunque intrigado por las tácticas militares de

Napoleón, el ejército estadounidense anterior a la guerra de Secesión estaba mejor preparado para la ingeniería que para el combate: no se había vivido aún la experiencia de una nación que se levantaba en armas. La autoridad más respetada era el estratega suizo Antoine-Henri Jomini, conocido por su forma de entender la guerra al modo geométrico. Clausewitz no se tradujo al inglés hasta 1873.[570]

Lincoln, no obstante, intuyó a Clausewitz, aunque le llevaría tres años dar con un general que entendiera sus puntos de vista: el nada cautivador, pero letal, Ulysses S. Grant.[571] La estrategia del presidente consistía en destruir las fuerzas enemigas donde estas estuviesen en todas las oportunidades que se presentaran. En resumidas cuentas, y ante todo, luchar.[572] Las reservas humanas, territoriales y tecnológicas de la Unión excederían con el tiempo las de la Confederación, el derramamiento de sangre empujaría a los ejércitos sudistas a rendirse y, con ello, acabaría la rebelión. La guerra fue para Lincoln, aunque jamás hubiese leído esta frase, «un acto de fuerza que se lleva a cabo para obligar al adversario a acatar nuestra voluntad».[573]

VII

Esta frase, como recordarán, aparece en la primera página de *De la guerra*. Tras ella, los razonamientos de Clausewitz comienzan a alambicarse. Al igual que el mando militar para Lincoln, que sabía, sin haber leído a Clausewitz, que las guerras, aun siendo brutales, deben servir a los estados que las libran y no consumirlos. La guerra nunca podrá ser un fin en sí mismo, pero sí el medio por el que un Estado en peligro se salve. Lincoln advirtió que una guerra civil —cuya declaración él se vio obligado a consentir— podría también permitir que Estados Unidos, manchado por la esclavitud, salvase su alma.

Salvar al Estado, no obstante, constituía lo principal. Dar prioridad al alma era un asunto de profetas, no de políticos. Lincoln habría de mantener unida aquella Unión truncada frente al sacrificio que en el camino les esperaba. Eso quería decir conservar la lealtad de Misuri, Kentucky, Maryland y Delaware, cuatro estados leales donde la esclavitud era legal.

Perderlos significaría «consentir la secesión de inmediato y también la rendición de este capitolio», reconoció el presidente. Según dicen, apostilló que «deseaba a Dios de su parte, pero necesitaba ante todas las cosas a Kentucky».[574]

Así pues, Lincoln ordenó a sus oficiales que no se arrogaran la potestad de liberar a los esclavos que capturasen: solo el presidente podía hacer algo así y él no se encontraba aún preparado. Ratificó una Ley de Confiscación aprobada por el Congreso, la cual autorizaba a aprehender propiedades rebeldes, sin excluir los esclavos, pero se abstuvo de aplicarla. Decidió mantenerla en suspenso y resolver más tarde qué hacer con ella. Sin embargo, cuando los simpatizantes proesclavistas del norte intentaron impedir el reclutamiento y el traslado de tropas al frente, Lincoln no dudó un instante en aplastarlos: mandó detener a los agitadores, les negó el *habeas corpus* y, cuando el Tribunal Supremo protestó, se enfrentó a él.[575]

El objetivo de Lincoln, en cada uno de estos ejemplos, consistía en equilibrar ley y necesidad militar, a la espera de que el paso del tiempo y el éxito de sus ejércitos asentarían ese equilibrio. «Si el esclavismo no es ilegítimo, nada lo es —escribió en 1864—. No recuerdo si en algún momento he pensado o sentido de otro modo. Aun así, jamás he creído que la presidencia me confiriese derechos ilimitados para actuar oficialmente de acuerdo con ese juicio y sentimiento.» Sí le impuso el deber, no obstante, de preservar la Unión, aun por medios desesperados.

> En general, la ley obliga a proteger la vida y también las extremidades del cuerpo; sin embargo, a menudo resulta necesario amputar una extremidad para salvar la vida, y nadie con un mínimo sentido común actuaría de modo diferente. Tuve la impresión de que ciertas medidas que de otro modo serían inconstitucionales podrían legitimarse si fueran indispensables para preservar la nación. Esté en lo correcto o no, asumí esta premisa y ahora la reconozco.[576]

Lincoln, en este caso, manifiesta con más transparencia que Clausewitz uno de los fundamentos característicos del militar prusiano: que no tiene sentido salvar una parte para perder el todo. De ahí que tuviese sentido concluir que «el cometido de la política es alcanzar objetivos, y la guerra es el medio, y los medios jamás pueden estudiarse aisladamente de su propósito».[577]

VIII

En su historia sobre la proclamación de la emancipación, Allen C. Guelzo propone que «el don del *coup d'oeil*» permitió a Lincoln «asumir la situación general de un vistazo y deducir casi de manera automática la mejor forma de proceder». Guelzo no indica que Clausewitz usara ese término, pero sí describe, con una precisión que Tolstói habría envidiado, en qué consiste dicha habilidad:

> Se trata de una actitud más paradójica que trágica, en la que el cálculo de los costes no resulta ni relevante ni secundario: es primordial. Dicha actitud prefiere el avance gradual a las soluciones tajantes […], pero, a diferencia de la mera moderación, imprime un dinamismo con un fin determinado y rechaza el estancamiento que produce la preocupación, que transforma en acción, incluso a pesar de ser consciente de que no existe un objetivo tan fácil de alcanzar […] como justificar la completa anulación del proceso.

Lincoln calculó los costes con ojo crítico, sin restarles importancia —como Napoleón en Rusia—, pero tampoco temiéndolos hasta caer en el inmovilismo —como los generales de la Unión antes de Grant—. El presidente no dedujo de forma teórica, a partir de categorías aprendidas, lo que supuestamente debía funcionar, sino que se apoyó en una experiencia ganada poco a poco para demostrar lo que realmente funcionaba. Respetó los procedimientos —también en el sentido estrictamente jurídico—, sin olvidar que lo arriesgado era mostrar respeto cuando hay mucho en juego. A lo largo de la guerra se comprometió de forma decidida con la Unión y, al final de aquella, con la emancipación, si bien con una exquisita gestión de los tiempos: nadie se ciñó con más destreza a las demandas no negociables de cada acuerdo, que a su vez esgrimió de manera selectiva. Lincoln, además, entendió en todo momento la gran paradoja de Clausewitz: «Todo en la guerra es simple, pero hasta la cosa más simple resulta difícil».[578]

El general George B. McClellan, el oficial que más tiempo estuvo al servicio de Lincoln durante la primera mitad de la guerra, no vio más que la segunda parte de la paradoja y la convirtió en principio. McClellan, apodado el Joven Napoleón —solía posar como este en los retratos—, reunió un gran ejército, pero lo infrautilizó: sus hombres estaban, en palabras del historiador James McPherson, «casi preparados para movilizarse siempre, pero, realmente, nunca del todo».[579] Aquello frustró

la estrategia propuesta por Lincoln, basada en concentrar fuerzas en varios lugares. «Si el general McClellan no quiere recurrir al ejército, yo se lo pediré prestado», estalló el presidente en una ocasión.[580] Lincoln sabía, sin embargo, que no podría hacer algo así y, al mismo tiempo, dirigir el país, de modo que, mientras ponía a prueba a una retahíla de generales igualmente inmovilistas, empezó a buscar otras formas de ganar la guerra. Una era convertirse, por fin, en abolicionista.[581]

Dar ese paso demasiado pronto le habría valido, quizá, perder la guerra. Lincoln, no obstante, se percató de que la experiencia de la lucha estaba alterando la finalidad de esta. Las medidas políticas, imbricadas en esa finalidad, podrían también cambiar. El presidente prohibió a sus oficiales que liberaran a los esclavos capturados, pero no protestaba cuando se les ordenaba trabajar para procurar víveres al ejército. Fue entonces cuando empezó a tener cierto sentido armar a algunos de ellos y, hecho esto, llamarlos a filas, algo que muchos deseaban. Esta medida incrementó el efectivo de la Unión y produjo inquietud en el sur, que siempre había temido las revueltas de esclavos. Una vez que los antiguos esclavos habían luchado por la Unión, ningún nordista pudo manifestarse en favor de esclavizar a esos hombres: el sentido práctico inducía a liberarlos, aunque todavía no hubiera un decreto presidencial que obligase a ello.[582]

Lincoln sabía lo que estaba ocurriendo, pero no intentó evitarlo y, a la vez, guardó una cuidadosa distancia. Aseguró públicamente al histriónico abolicionista Horace Greely lo siguiente en agosto de 1862:

> Mi objetivo prioritario en esta lucha es salvar la Unión, no salvar ni destruir el esclavismo. Si pudiera salvar la Unión sin liberar a ningún esclavo, lo haría, y si pudiera salvarla liberando a todos los esclavos, también lo haría; si pudiera salvarla liberando a algunos y a otros no, también lo haría. […] Haré menos cuando crea que lo que hago perjudica a la causa, y haré más cuando crea que haciendo más contribuiré a la causa. Intentaré corregir errores cuando se me demuestre que estos lo son; acataré una nueva visión sobre las cosas en cuanto se me pruebe que es la correcta.

Lincoln añadió que su deber «oficial» era dejar abiertas todas estas opciones: «Mi intención no es alterar mi deseo personal, que en muchas ocasiones he hecho público, de que todos los hombres puedan ser libres en cualquier lugar». ¿Qué dijo realmente, entonces? «Que estaba preparándose

para dar un paso drástico», concluye su biógrafo, Richard Carwardine y «que, como dijo, no tenía esa intención».[583]

Sin embargo, Lincoln ya había encontrado la manera de convertir su deseo en un deber: aboliría la esclavitud por necesidad militar. En julio afirmaría ante Seward y Welles que la abolición resultaba «absolutamente esencial para salvar la nación». No propuso actuar mediante la aplicación de la Ley de Confiscación aprobada por el Congreso, sino desde los poderes, previstos por la Constitución, que se derivaban de su cargo como comandante en jefe del ejército. Nadie había aclarado qué poderes eran exactamente, pero Adams, en la Cámara de Representantes, había reclamado dos décadas antes dicha autoridad «para ordenar la emancipación universal de los esclavos». Lincoln supo de esta opinión expresada por Adams —¿un susurro al oído desde el más allá?— poco después del estallido de la guerra de Secesión, pero, a diferencia de Adams, el presidente tenía el don del *coup d'oeil*. Así que se limitó a esperar el momento justo.[584]

Este llegó cuando McClellan obtuvo por fin un contundente triunfo militar en la batalla de Antietam, librada a orillas del río de ese nombre, en Maryland, el 17 de septiembre de 1862. Esta batalla, como la de Borodinó, terminó en un sangriento empate, pero el hecho de que McClellan atacase y Lee se retirara —con su ejército intacto, para disgusto de Lincoln— constituyó toda una victoria psicológica unionista, que permitió al presidente pronunciar las siguientes palabras, cinco días después, no como medida desesperada, sino como demostración de fuerza:

> El primer día de enero del año de nuestro Señor 1863, todas las personas esclavizadas en cualquiera de los estados o territorios que sean considerados parte de la población de un estado rebelado contra Estados Unidos serán considerados hombres libres, de aquí en adelante y para siempre.[585]

Lincoln no especificó nada sobre los esclavos de los estados leales: obviamente, si no se había declarado la guerra a dichos estados, no podría hacer uso de los poderes de guerra.[586] En cualquier caso, sabía, además, que no tenía por qué: cuanta más sangre vertiese la Unión, más justa —y por tanto, más legítima— sería la emancipación. La proclamación fue, en este sentido, el Tarutino de Lincoln: parecía que, sin más esfuerzo que los trazos de su pluma, el norte había arrebatado definitivamente la iniciativa al

sur. La Confederación no se retiró como Napoleón de Rusia, pero pasó a tener desde entonces una actitud defensiva.

IX

El 1 de diciembre de 1862, el presidente Lincoln dirigió su segundo mensaje anual al Congreso, durante la tercera sesión de la trigésima séptima legislatura. Como la mayor parte de alocuciones de este tipo, el presidente recogió en ella un sinnúmero de trivialidades. Propuso compensar a Noruega por un barco ilegalmente aprehendido durante el bloqueo del puerto de Charleston, dio la bienvenida a un nuevo tratado comercial con el Imperio otomano y recomendó mejoras en la financiación del servicio postal. Sin embargo, en dicho discurso también pidió una enmienda constitucional que legalizase *sine die* la abolición del esclavismo decretada durante la guerra. El presidente remató sus palabras con este sonoro *coup d'oeil*:

> Afirmamos que apoyamos a la Unión. El mundo no olvidará lo que acabamos de afirmar. Sabemos cómo salvarla y el mundo sabe que lo sabemos. […] Otorgando la libertad al esclavo, garantizamos la libertad de los hombres libres, que somos honorables tanto en lo que damos como en lo que preservamos. Con nobleza salvaremos o echaremos por tierra mezquinamente la última y mejor esperanza del mundo.[587]

No fue este un episodio que supusiera una revelación ni algo nuevo para Lincoln: «La última y mejor esperanza del mundo depende de que la unión de estos estados continúe adelante», había afirmado ya en un encomio dedicado a Henry Clay en 1852.[588] Durante los debates con Douglas en Illinois, el presidente había invocado a menudo al resto de países del mundo, que no dejarían ya nunca de prestar atención a Estados Unidos.[589] En 1861, además, tras acceder al cargo que tanto Clay como Douglas habían anhelado, Lincoln definió de la siguiente forma la responsabilidad de su nación:

> Mantener en el mundo un gobierno cuya forma y contenido tengan como objeto principal elevar la condición de los hombres: descargando pesos artificiales de sus hombros; allanándoles el camino para que emprendan una loable actividad para todos; permitiéndoles oportunidades justas, sin lastres, y una línea de salida común en la carrera de la vida.[590]

Se probaba así, agregaría Lincoln en privado en aquella ocasión, «que el gobierno popular no es ningún disparate».[591]

Según argumentaría en su mensaje de 1862, el disparate sería una Unión deshecha, pues «tenemos espacio de sobra, el ancho territorio de nuestra patria, nuestro recurso más abundante». Los puertos garantizaban el acceso de todos los ciudadanos estadounidenses a cualquier océano. Las cifras de tráfico de los puertos estadounidenses sobrepasarían, en 1925, las de los europeos. La emancipación garantizaría el crecimiento al acortar la guerra en curso y, en consecuencia, multiplicaría «la riqueza del país». Por el contrario, de tener éxito la secesión, nacerían más secesiones, cuyo resultado sería «desmedido y ultrajante».[592] No está claro si Lincoln recordaba o si conocía al menos el mensaje dirigido al Congreso por Adams en 1825. Ambos coincidían, no obstante, en un argumento principal: que «la libertad es poder» y que «la nación bendecida con la libertad más amplia deberá, en proporción a sus cifras, ser la más poderosa de la tierra».[593]

Con ese fin, Lincoln aprovechó las oportunidades que la secesión ofrecía cuando expulsó de Washington a los sudistas que se oponían al desarrollo económico nacional. Lincoln había sido *whig* antes que republicano. De haber vivido antes, podría haber sido un federalista de la cuerda de Hamilton. Por eso, Lincoln pidió y obtuvo algo que Adams y Clay habrían envidiado: el ferrocarril al Pacífico, la venta a bajo precio de terrenos públicos para su colonización en el oeste, universidades estatales subvencionadas e incluso, mientras duró la guerra, un impuesto federal sobre la renta. Solo los bancos y los impuestos tenían en ese momento utilidad militar. El resto del país se dedicó a construir los cimientos sobre los que se levantaría un poder sin el cual el Nuevo Mundo no podría haber rescatado al Viejo más de una vez a lo largo del siglo XX.[594]

X

No sabemos con certeza si Lincoln leyó a Marx. Es posible: el autor del *Manifiesto comunista* fue, hasta 1861, el corresponsal en Londres de *The New-York Daily Tribune,* diario propiedad de Greely que circulaba por todo

Estados Unidos. El historiador Kevin Peraino imagina a Lincoln despatarrado sobre el polvoriento sofá de su bufete, en Springfield, leyendo el periódico e incordiando a su socio, Billy Herndon, con proclamas revolucionarias. Puede que conociese la predicción hecha por Marx, que vaticinó que el norte ganaría la guerra civil, aunque con un elevado coste, gracias a sus bienes materiales, pero también a la posibilidad de poner en marcha una revuelta de esclavos en el sur.[595]

Los bienes materiales estaban del lado nordista, pero los intereses materiales podrían dar al traste con el vaticinio de Marx. Los Padres Fundadores habían querido disuadir a las grandes potencias europeas de regresar a América del Norte, pero el capitalismo global del algodón hacía subir las apuestas: ¿podrían las revoluciones industriales permitir que su principal suministrador de algodón —la autoproclamada Confederación— quedase aislada por el bloqueo unionista? ¿Podrían las medidas puestas en marcha para sofocar la secesión otorgarle una legitimidad internacional? [596] «No sé nada de diplomacia —reconocía Lincoln—. Se me dará muy bien meter la pata».[597]

En realidad, cometió muy pocos errores. Poco antes del bombardeo de Fort Sumter, desesperado aún por poner coto a la desunión, el secretario de Estado, Seward, llegó a proponer una maniobra de distracción consistente en provocar una serie de crisis con países como España, Francia, el Reino Unido y Rusia. Si el presidente no se sentía a la altura de esta tarea, algún otro miembro del gabinete —quizá el propio Seward— se encargaría de ello.[598] Lincoln jamás se manifestó sobre este inverosímil plan, pero hizo saber a Seward que, si era necesario hacer algo, debería encargarse personalmente.[599] Esto hizo que Seward diera un paso atrás para alejarse de las meteduras de pata que él sí había tenido y, a partir de entonces, trabajaron armoniosamente codo con codo.

Su colaboración adquirió un valor especial en noviembre de 1861, cuando Charles Wilkes, comandante del buque de Estados Unidos *San Jacinto*, abordó, por cuenta propia y en aguas internacionales, un navío que transportaba correo británico, el *Trent*, y detuvo a dos diplomáticos de la Confederación, James Mason y John Slidell, que viajaban en él a Europa para obtener el reconocimiento de Londres y de París. Lincoln, complacido en un primer momento, se retractó cuando vislumbró la posibilidad de que se produjera una guerra angloestadounidense. Seward lo ayudó a salvar la

cara al calificar la maniobra del comandante Wilkes como ajustada a la figura jurídica del *impressment* o leva, práctica británica contra la que los estadounidenses protestaron yendo a la guerra en 1812. Ahora que ambas naciones habían hecho lo mismo, argumentó Lincoln con exitosa mano izquierda, no había razón para otro conflicto de ese tipo. O, como justificó a su gabinete: «Las guerras, una a una».[600]

Mientras tanto, el emperador francés, Napoleón III —vanidoso sobrino nieto del primero de ese nombre— se había propuesto sacar tajada de la debilidad estadounidense mediante la invasión de México para sentar a otro emperador aún más cuestionable, el archiduque austriaco Maximiliano I, en un trono que ni siquiera existía. Lincoln y Seward se limitaron a presentar protestas por vía diplomática, pese a las presiones recibidas —algunas de sus propios partidarios— para que se firmase la paz, se invocara la doctrina Monroe y se enviara un ejército aliado de unionistas y confederados más allá de Río Grande. No obstante, ambos entendieron que las victorias de la Unión sobre la Confederación darían al traste con las pretensiones francoaustriacas más rápidamente, a la vez que abundaban en el propósito de la única guerra que entonces les merecía la pena afrontar. La Unión venció en las batallas de Vicksburg y Gettysburg, libradas en julio de 1863, y a partir de entonces empezaron a prodigarse las victorias.[601]

Lincoln proclamó la emancipación sobre todo por razones militares, pero las implicaciones morales de este acto se hicieron evidentes y simplificaron su labor diplomática. Dieron a la Unión, en efecto, mayores motivos de concienciación:[602] al igual que ningún nordista volvería a esclavizar a antiguos esclavos que hubieran servido en su ejército, tampoco ningún país podría, a mediados ya de 1864, reconocer la Confederación, construida sobre el esclavismo, y mucho menos intervenir en su nombre.[603] Tras esta premisa, la mayor población de cultivadores de algodón del mundo puso en marcha lo que el historiador Sven Beckert considera una «insurrección agraria» sin parangón en cuanto a su rapidez y su alcance. Este levantamiento aceleró la victoria de la Unión, a la vez que le aseguraba una economía integrada, la del algodón, la única que le serviría para dar esperanza al mundo y también a la revolución proletaria pronosticada por Marx.[604]

Lincoln insistía en que las prerrogativas militares podían constitucionalizar lo inconstitucional: la emancipación había sido la mayor confiscación de propiedad privada sin indemnización de la historia estadounidense.[605] Sin embargo, Lincoln parecía no haberse planteado nunca cancelar o posponer las elecciones constitucionalmente obligatorias, en las cuales, según él mismo reconoció, podría perder ante un candidato demócrata al que él mismo había apartado de su cargo, el exgeneral George B. McClellan. En cuyo caso, informó el presidente a su gabinete en agosto de 1864, sería su deber «cooperar con el presidente electo, para salvaguardar la Unión entre el día del voto y el de la investidura»; pues, según añadió Lincoln, «se habrá asegurado la elección con una base que no podría obviar más adelante».[606]

El peligro de una derrota militar había quedado atrás hacía mucho, pero no el del *impasse*. Los generales de Lincoln que seguían sobre el terreno —Grant en Virginia, William Tecumseh Sherman en Tennessee y el norte de Georgia y Philip Sheridan en el valle del Shenandoah— estaban desgastando a la Confederación; pero no había, sin embargo, un final claro a la vista, así que el peaje humano, material y político se hacía insostenible. Esto dio vuelo a la campaña presidencial de McClellan y también a las inquietudes de Lincoln, que temía que una paz negociada salvase el esclavismo y se tradujese en el sacrificio de la Unión.[607]

Sin embargo, el 2 de septiembre Sherman tomó Atlanta. No fue un Tarutino ni un Borodinó, pero el estallido en tierra de los brulotes isabelinos extendió las llamas por toda la Confederación hasta el mar. La confianza de Lincoln se elevó por los aires, como las columnas de humo, y dos meses después fue reelegido con un gran triunfo: perdió solo tres de los veintidós estados. «Habiendo pasado las elecciones sin pena ni gloria, se trata de una victoria que vale más al país que cualquier batalla ganada —escribió Grant —. Los rebeldes y Europa así lo entenderán.»[608] Marx escribió desde Londres, con gran énfasis, en un mensaje al presidente: «El triunfante grito de guerra de su reelección es la muerte de la esclavitud». «Los obreros de Europa […] ven una señal de la era que viene en Abraham Lincoln, decidido hijo de la clase trabajadora, destinado a liderar este país en una

lucha sin precedentes por la emancipación de una raza encadenada y por la transformación del régimen social.»[609]

John Quincy Adams había entendido, mientras Lincoln era aún niño, que una guerra civil podría eliminar la esclavitud «de todo el continente», con un resultado «tan glorioso» que, incluso con costes «desastrosos y dolorosos», no se atrevía a decir que no fuese «deseada».[610] Nunca sabremos qué costes habrían parecido demasiados para Adams, pero sí los que Lincoln tuvo que pagar: más de tres millones de hombres llamados a filas en el norte y en el sur y al menos setecientos cincuenta mil muertos.[611] Aquel cálculo hecho en 1861, según el cual «dos o tres» regimientos podrían sofocar la secesión —al final hicieron falta más de tres mil— nos parece ahora sorprendentemente ingenuo, salvo por el hecho de que también dejase claro que se ocuparía de la misión «sin importar la fuerza que sea necesaria para ello».[612]

Esto ampliaba las opciones de Lincoln: podría simplemente tratar de asustar a su adversario o llegar a infligir toda la destrucción de que el hombre era capaz en esa época. Supo mantener a todo el mundo dentro de los niveles de tolerancia física, emocional y moral del momento, lo que le permitió ensanchar los objetivos de la guerra para poder incluir entre ellos la abolición, aunque solo tras convencerse de que esto facilitaría la gestión de la contienda. La sensibilidad con que Lincoln analizaba la evolución de los contextos —y su capacidad para dejar que se desarrollasen debidamente hasta sus aspectos más letales— mantuvieron el carácter clausewitziano del conflicto: la brújula de Lincoln no dejó de apuntar hacia la salvación del Estado, pese a la espectacular ampliación de los medios que aplicó a dicha tarea.[613] A lo largo del siguiente siglo, los ejércitos estadounidenses se redujeron o agrandaron cuando necesitaron una cosa u otra. En época de Lincoln, nadie podía conocer las circunstancias en que esto ocurriría. Lo que Lincoln demostró, sin embargo, fue que podía realizarse.[614]

Lincoln no se veía como un hijo de la clase trabajadora, sino como un hijo de los Padres Fundadores: «Hace cuarenta y siete años, nuestros padres […]». Estos últimos, sorprendentemente, no tuvieron hijos tan distinguidos como ellos, a excepción, quizá, de John Adams, lo que da sentido al hecho de que Lincoln presenciara la última aparición pública de John Quincy y de que Adams hijo lo guiase póstumamente hacia la razón constitucional que justificaba la emancipación. Esto, a su vez, impulsó a la república hacia «un

renacimiento de la libertad», de manera que «el gobierno de la gente, por la gente, para la gente, no desapareciese de la faz de la tierra».[615]

XII

El más riguroso de los biógrafos actuales de Lincoln ha llegado a la siguiente conclusión: «De algún modo, Lincoln consiguió tener una voluntad de hierro sin ser obstinado, ser recto sin instalarse en la superioridad moral, ser moral, pero no moralista», lo cual le procuró una «madurez psicológica única en la historia de la política estadounidense».[616] Decir esto no es sino afirmar que sabía manejar las polaridades, en lugar de dejar que estas lo manejasen a él. Sin embargo, ¿cómo fue posible con una educación tan «insuficiente»? La respuesta radica, creo, en el sentido común que Lincoln fue capaz de extraer de un muy poco común sentido de la escala, el espacio y el tiempo.[617]

La escala fija el espectro dentro del cual se acumula la experiencia. En el marco de la evolución, los límites del caos hacen que la adaptación florezca y dé fruto. A lo largo de la historia, la adaptación fortalece la resistencia del individuo; en este, dicha resistencia permite asimilar lo «desconocido» de manera más ágil que la rigidez. Si partimos de esta base, resulta razonable pensar que la expansión gradual de dichos límites del caos puede preparar a los líderes para lo inesperado mejor que una expansión repentina que cause impacto y deje poco tiempo para adaptarse o que ese otro tipo de expansión heredada, que más bien crea privilegios y arrogancia.

Para entender la diferencia, comparemos la vida de Lincoln con la de John Quincy Adams: las grandes expectativas inspiraron, persiguieron y atormentaron a Adams, pero, en el momento crítico, le negaron cierto sentido común. Las sobreestimaciones de los otros —que él, además, magnificaba— colocaban los objetivos fuera de su alcance: solo degradarse a sí mismo le trajo alguna satisfacción hacia el final de la vida. A Lincoln no le tentaban las expectativas, aparte de las que se había fijado para sí mismo: comenzó poco a poco, ascendió lentamente y, solo cuando estuvo preparado, asaltó la cumbre. Sus ambiciones fueron creciendo a tenor de sus

oportunidades y supo ajustar ambas a sus circunstancias. Buscaba que lo infravalorasen.

El espacio es donde se cruzan las expectativas y las circunstancias. Tanto Adams como Lincoln vieron en la expansión hacia el oeste el poder que garantizaría la libertad, aunque también temieron los peligros que entrañaría. Madison había mostrado en el artículo federalista, 10, que una república que equilibrase los intereses podría convertirse en un imperio; se refería a muchos intereses, pero estos eran regionales, casi de provincias. Los hijos de los Padres Fundadores tuvieron que equilibrar una única disyuntiva —si extender o no el esclavismo a los nuevos territorios— de la que había llegado a depender la unidad nacional. La resistencia se había vuelto rígida: cualquier decisión acarrearía costes inaceptables para cualquiera de las dos partes.[618] La pérdida de la presidencia y la muerte ahorraron a Adams tener que decidir, pero Lincoln, al parecer, recibió ese dilema con los brazos abiertos.

Lincoln, así pues, recurrió al espacio en la guerra para restaurar la Unión. Hizo caso omiso de lo establecido, se volcó en los mapas y determinó su contenido. Este demostraba que las fortalezas nordistas eran las famosas líneas externas, a lo largo de las cuales las nuevas tecnologías —telégrafo, ferrocarril, armamento fabricado en serie— podrían combinarse con nuevos planteamientos teóricos, a fin de permitir tanto la movilidad de fuerzas como su concentración. Lo único que Lincoln necesitaba era, por un lado, generales que quisieran librar batallas y, por otro, tiempo: el necesario para agotar a la Confederación. Tras lo cual, el país controlaría el continente, como habían imaginado los Padres Fundadores.

Y por fin, sí, el tiempo. Lincoln lo tuvo siempre de su lado: supo cómo esperar, cuándo actuar y en dónde buscar consuelo y alivio. Antes de asumir responsabilidades se había acercado al agnosticismo: conforme estas crecieron, también lo hizo su fe, pero de una manera poco convencional.[619] Lincoln parecía haber establecido un diálogo entre el hombre y su «Hacedor» (en sus propias palabras). Este preguntó, en una ocasión, a un grupo de ministros seguros de sí mismos por qué Dios iba a revelarles su voluntad a ellos y no directamente a él.[620]

Lincoln parecía convencido de que Dios se manifestaba en el curso de los acontecimientos y no por medio de revelaciones divinas. El presidente opinaba que la victoria de McClellan en la batalla del río Antietam fue la

señal de que debía seguir adelante hasta conseguir la emancipación.[621] Sin embargo, a Lincoln le seguía preocupando que la guerra se alargase: «Cada bando afirma actuar según la voluntad de Dios —escribió en una nota personal—. Cualquiera de los dos puede estar en lo cierto, pero uno necesariamente se equivocará. Dios no puede estar a favor de una cosa y en su contra al mismo tiempo». Muy pronto, no obstante, se percató de aquella irreverencia, pues Dios, aún más que sus ángeles, se encontraba por encima de cualquier lógica mundana. «Es muy posible que el propósito de Dios sea distinto al de uno y otro bando.» Quizá «Dios desea esta contienda y desea que no termine aún».[622]

Aun así, Lincoln explicó al mundo, en su segundo discurso de investidura, pronunciado el 4 de marzo de 1865, que quizá Dios quisiera que la guerra continuase «hasta que se volatilice toda la riqueza acumulada por los doscientos cincuenta años de trabajo no recompensado del humilde y hasta que la última gota de sangre arrancada a latigazos sea vengada, espada en mano, por otro, como se hacía hace tres mil años, para que no deje de ser cierto que "las disposiciones del Señor son siempre ciertas y justas"».[623] Sin embargo, Lincoln estaba convencido de que aquella no era la voluntad de Dios: gracias a él, al presidente y a sus generales, en cinco semanas se habría ganado la guerra.[624] Así pues, ¿quién se encontraba al mando? Lincoln habría dicho, no me cabe ninguna duda, que no tenemos por qué saberlo.

Tolstói nos da a entender, en las últimas páginas de *Guerra y paz*, que la interdependencia entre tiempo, espacio y escala refleja de manera simultánea la necesidad y la posibilidad de elegir: la «ilusión» de poder intervenir nos lleva a creer en la libre voluntad, incluso cuando leyes inexorables nos niegan dicha posibilidad. Lincoln no leyó *Guerra y paz*, como tampoco otras muchas obras —*De la guerra*, por ejemplo—, pero, al igual que intuyó a Clausewitz, se anticipó a Tolstói y creyó descubrir la voluntad de Dios en el curso de la historia. Esto lo acerca al novelista ruso, para quien la historia refleja leyes que están más allá de nuestra capacidad de percepción. Y en esa crisis de fe que sufrió poco después de terminar su mejor novela, Tolstói fue mucho más allá que Lincoln al atribuir los fenómenos terrenales a la vigilancia divina.[625]

A Lincoln le bastaba con afirmar en una carta enviada a un amigo en 1864: «Puedo decir que no he controlado los acontecimientos. Confieso

abiertamente que estos me han controlado a mí».[626] Al Tolstói de *Guerra y paz* le habría satisfecho la aclaración. A nosotros, quizá, también debería.

9
LA ÚLTIMA Y MEJOR ESPERANZA

Una noche, durante la guerra de Secesión, Georgina Cecil se despertó y vio a su marido de pie, dormido pero agitado, ante la ventana abierta del segundo piso. Parecía esperar la aparición de invasores, «supuestamente soldados federales, o los cabecillas de una turba revolucionaria». De manera extraña, esto ocurría en Inglaterra, y el sonámbulo era lord Robert Talbot Gascoyne-Cecil, descendiente de lord Burghley, el leal consejero de la reina Isabel. Tercer marqués de Salisbury, Cecil llegaría a servir en tres ocasiones a la reina Victoria como primer ministro. Jamás, al menos que su esposa recordara, había sufrido «tal extremo de depresión y nerviosismo como en aquella época».

Andrew Roberts, biógrafo de Salisbury, afirma que Estados Unidos le inspiraba terror. Nunca había viajado al otro lado del océano y no aprobaba el esclavismo, pero sentía un total desprecio por la democracia, hasta tal punto que simpatizaba con la Confederación y juzgó el asesinato de Lincoln un acto legítimo de resistencia. Ante todo, a Salisbury le preocupaba que la persecución con fines ideológicos por parte de la Unión, que se valía de ingentes medios militares, reviviera las ambiciones napoleónicas en Europa. Salisbury murió en 1903, no sin antes sufrir pesadillas que auguraban las trincheras, los tanques, los campos sembrados de muertos e incluso los bombardeos aéreos de la Gran Guerra (1914-1918). «Si hubiéramos intervenido, habría sido posible reducir el poder de Estados Unidos a proporciones razonables. No obstante, ninguna nación dispone de dos oportunidades de ese calado a lo largo de su historia», escribió en el último año de su vida, refiriéndose a la guerra de Secesión.[627]

Durante la mayor parte de la vida de Salisbury, los estadounidenses habían sido de todo, salvo napoleónicos. Aun cuando ello supusiera

debilitar las emancipaciones por las que había luchado la Unión, los estadounidenses, anhelando sanar las heridas de guerra, devolvieron a los estados la mayor parte del poder que Lincoln había centralizado, desmantelaron su ejército —uno de los más importantes del mundo en ese momento— y se centraron en poblar los territorios, desarrollarlos y sacar provecho de aquella república continental, que había crecido aún más después de que Seward firmase en 1867 la compra de Alaska a los rusos.[628] La seguridad nacional dejó de constituir una preocupación: según escribe el historiador Robert Kagan, Estados Unidos era «demasiado grande, rico y populoso; ni siquiera las mayores potencias del mundo de entonces se sentían tentadas a invadirlo».[629]

Era esto en particular lo que alarmaba al sonámbulo Salisbury, pues ¿qué podría ocurrir en el Dominio británico de Canadá, con su extensa e indefendible frontera sur? Desde luego, no podía confiar indefinidamente en la contención estadounidense. El estratega Salisbury, sin embargo, distinguía entre depredar —lo que los países poderosos hacen con los débiles— y atormentar —lo que los adolescentes hacen con sus padres—. Tolerar lo segundo podría prevenir lo primero. «Nuestra mejor opción para aspirar a una mera cortesía —concluyó Salisbury, cuando era ministro de Asuntos Exteriores en 1888— sería que en Washington hubiera un Gobierno decididamente antibritánico.»[630]

Sin embargo, incluso el primer ministro Salisbury vio excesivo que, en 1895, Richard Olney, secretario de Estado estadounidense del presidente Grover Cleveland, convirtiese una vieja disputa fronteriza entre Venezuela y la Guyana británica en una precipitada reafirmación de la doctrina Monroe. «Europa es monárquica en su conjunto —anunció, sin ninguna necesidad—. América, por el contrario, se ha consagrado al principio diametralmente opuesto; a saber, la idea de que todos los pueblos tienen el derecho inalienable de gobernarse a sí mismos. […] Hoy, Estados Unidos es casi soberano en este continente.»[631] Pese a no quedar muy claro cuál era su objetivo —¿los derechos de la Confederación? ¿La geografía de Venezuela? —, la nota que Olney redactó para Londres (el cual Cleveland llamó con jactancia «el cañón de veinte pulgadas») cogió a Salisbury con el paso cambiado.

Cinco años antes, el inexperto káiser alemán, Guillermo II, había prescindido de su legendario canciller, Otto von Bismarck, que había

unificado al país mediante la incitación a la guerra, pero que más adelante supo garantizar la paz con un equilibrio de rencores.[632] Guillermo II carecía de esta destreza: «Existe el peligro —advirtió Salisbury cuando se agudizó la crisis de Venezuela— de que haya perdido completamente el juicio».[633] En ese momento, mientras Salisbury trataba de calmar a los estadounidenses, el káiser felicitó a los bóeres sudafricanos por haber frustrado una incursión que los británicos podrían (o no) haber autorizado. De súbito, una nación mostraba pretensiones de índole napoleónica y hacía gala de un potencial militar e industrial sin precedentes desde la guerra de Secesión estadounidense. Recurriendo a la analogía de Cleveland: había empezado a disparar sin ton ni son, y desde más cerca, un cañón más grande que el de las veinte pulgadas de Olney.[634]

Dividido entre dos frentes, Salisbury no cedió ante ninguno de los dos. «No existen las políticas fijas —observó—. La política, como cualquier otra entidad orgánica, está haciéndose permanentemente.»[635] Así, tanto él como sus sucesores empezaron a anular de manera metódica y unilateral todos los motivos de tensión con Estados Unidos. No solo cedieron en el asunto de Venezuela (en el que los estadounidenses no tardaron en perder el interés y aceptaron un arbitraje), sino que hicieron lo propio en la guerra hispanoestadounidense (en la que el Reino Unido se mantuvo neutral), en las islas Filipinas (Salisbury apoyó la anexión estadounidense en lugar de la alemana), en el futuro canal de Panamá (el Reino Unido renunció a derechos de los que teóricamente gozaba desde hacía mucho tiempo) y con respecto a la frontera entre Canadá y el estado de Alaska (Canadá se sacrificó por un bien mayor).[636] Quizá aquello no fuera una verdadera reconciliación,[637] pero suavizó las relaciones entre ambas potencias. Como Gorbachov casi un siglo más tarde, Salisbury se propuso ahorrarle un enemigo a su enemigo.[638]

Salisbury era un meticuloso estudiante de historia,[639] así que sin duda conocería las palabras del antiguo primer ministro George Canning, que en 1826 había dicho aquello de «Llamé al Nuevo Mundo a existir con el fin de restablecer el equilibrio del Viejo».[640] Salisbury no era propenso a la autocomplacencia, pero había hecho lo suficiente como para colgarse la medalla. Lo cual hizo, con mucho tacto, felicitándose ante la reina —maniobra que su ancestro lord Burghley habría admirado— durante la celebración de las seis décadas de su reinado:

> El impulso de la democracia, que nació en otro país y en otras tierras, se ha hecho sentir en nuestro tiempo, y se han producido, de manera casi imperceptible, profundos cambios en el centro de poder y en la extensión de la responsabilidad, sin perturbar, ni obstaculizar el progreso y el próspero desarrollo de la nación.[641]

El sonámbulo Salisbury seguía lamentando la derrota de la Confederación y, en consecuencia, la pérdida de equilibrio de poder en América del Norte. Salisbury, sin embargo, no olvidaba que «somos como peces» y «solos no podemos hacer nada para evitar una tiranía tierra adentro».[642] Así pues, el Reino Unido aprendió a convivir con una democracia que dominaba un continente. Eso es algo que Salisbury tenía que agradecer a Lincoln, con todas las ambivalencias que puedan encontrarse en ello.

I

La tarde del 25 de enero de 1904, transcurridos cinco meses desde la muerte de Salisbury, Halford Mackinder, nombrado hacía poco director de la Escuela de Economía y Ciencia Política de Londres, leyó un artículo sobre «El pivote geográfico de la historia» ante la Royal Geographical Society. En él aseguraba que los historiadores del futuro llamarían «era Colombina» a los cuatro siglos inmediatamente anteriores al recién iniciado y concluía que dicha era había tocado a su fin «poco después de 1900». Había finalizado el tiempo de la exploración marítima —ya quedaban pocas tierras por descubrir—, pero los avances en el continente apenas habían comenzado. El desarrollo no viajaría ya en barco, sino en ferrocarril, medio de transporte mucho más rápido y eficiente. La línea transcontinental de Lincoln se completó en 1869 y su homóloga canadiense, en 1885, mientras que la última traviesa del transiberiano ruso, que cubría más de nueve mil kilómetros entre las ciudades de Moscú y Vladivostok, se colocó el año en que Mackinder impartió su conferencia. Este predijo también que Eurasia no tardaría en estar «surcada por ferrocarriles», lo que convertiría sus vastos territorios, de «incalculable potencial», en «la región pivote de la política mundial», como en los días de las hordas mongolas.[643]

La superioridad marítima de Inglaterra se había sustentado, desde la época de los Tudor, en las rivalidades intracontinentales, lo cual evitaba que los estados continentales proyectasen su poder más allá de sus orillas. Ahora, sin embargo, Mackinder afirmaba que esas disputas estaban siendo remplazadas por procesos de «integración» que darían lugar a entidades políticas que ocuparían continentes enteros. Si aquellas decidían construir flotas, podrían aspirar a un «imperio mundial». Quizá, Rusia lo dirigiría; o quizá Alemania, aliada con Rusia: o quizá China, compinchada con Japón para destronar a Rusia, «el peligro amarillo contra la libertad del mundo». Una alianza así añadiría «un frente oceánico a los recursos del gran continente asiático, ventaja con la que no contaba aún Rusia, vigente titular de esa región pivote».[644]

Mackinder concluyó su discurso con esta inesperada incursión en asuntos más relacionados con la discriminación racial y la propiedad de la tierra. Sus vaguedades no hicieron sino acentuar las inquietudes. No importaba que las hordas mongolas del pasado no hicieran pivotar gran cosa más allá de sus caballos; o que Alfred Thayer Mahan hubiera demostrado recientemente, y de manera más sistemática, la importancia del poder marítimo en la historia; o que Mackinder desdeñase en su conjunto el potencial de la aviación, del que se había hecho una precaria demostración un mes antes, cuando los hermanos Wright echaron a volar por primera vez un aeroplano en Carolina del Norte. Ni tampoco que asumiera una determinación comparable con la prusiana con respecto a una Rusia a la deriva, que sería derrotada en tierra y mar por Japón. En consecuencia, estallaría una revolución tan peligrosa como poco conclusiva: en poco menos de un año, llegaría el «domingo sangriento» de San Petersburgo.

La alocución y posterior artículo de Mackinder fue el equivalente académico del «cañón de veinte pulgadas» de Olney: mal apuntado, argumentado sin ninguna lógica, pero lo bastante sorprendente como para dejar al descubierto lo que muchos no habían visto aún, a saber, que el ferrocarril, a lo largo del pasado medio siglo, había convertido a Europa y a Asia en un único continente; que el Reino Unido, a lo largo del medio siglo siguiente, podría perder el control del mar, y que, a partir de esos auges y caídas, podría surgir una nueva lucha por el mundo entre formas de gobierno y estilos de vida incompatibles en potencia.[645]

II

Pero ¿cómo y por qué? Correspondió a Eyre Crowe, uno de los paladines del Ministerio de Asuntos Exteriores británico, aclarar las neblinas extendidas por Mackinder en un informe entregado al rey Eduardo VII en 1907, el cual circuló rápidamente y fue muy debatido entre las altas esferas. Como el «largo telegrama» enviado desde Moscú a principios de la Guerra Fría del que habló en su día George F. Kennan, el «informe Crowe» se hizo famoso antes de llegar al gran público. Tanto uno como otro obligaron a los altos cargos gubernamentales a frotarse los ojos.[646]

Crowe comenzó donde Mackinder lo había dejado. El Reino Unido era una isla frente a la costa de un continente, pero poseía «vastas colonias y dependencias en ultramar».[647] Para sobrevivir, necesitaba el «preponderante dominio marítimo» que durante tanto tiempo había ostentado. Tal poder la convertía en «vecina de cualquier otro país accesible por mar del mundo», condición que podría provocar «envidias y miedo» —Crowe conocía bien a Tucídides—, si no «armonizaba» sus intereses con «deseos e ideales comunes a toda la humanidad».

> El principal interés de todos los países es la preservación de la independencia nacional. De aquí se deduce que Inglaterra, más que cualquier otro poder no insular, tiene un verdadero y claro interés en el mantenimiento de la independencia de las naciones y, por tanto, ha de ser el enemigo natural de cualquier país que amenace la independencia de los demás y el defensor natural de las comunidades más débiles.

La supremacía marítima, por tanto, exigía no solo el equilibrio de poder en los continentes sobre el que había hecho hincapié Mackinder, sino que los estados con acceso al mar tuvieran la seguridad de que la principal y única potencia marítima respetaba tanto sus propios intereses como los de dichas naciones.

Los británicos lo habían logrado, según Crowe, promoviendo «el derecho al libre intercambio y comercio entre los mercados del mundo». Esto favorecía sus propios intereses, dado el rechazo al mercantilismo que había acompañado a la industrialización. Además, el Reino Unido lograba con ello reforzar el «control sobre la amistad interesada de otras naciones» y hacía que «temiesen menos» su preeminencia naval. En efecto, estos

estados no podían gobernar los mares por sí mismos y preferían una «Inglaterra librecambista» a una «potencia proteccionista que ejerciese su poder». Crowe, como Pericles, no veía ninguna contradicción en granjearse y afianzar amistades en ultramar.[648]

¿Por qué no iba a alimentar ese tipo de relaciones un Estado continental que proyectase su poder? Según Crowe, porque solo podría hacer algo así extendiendo primero su poder sobre todo un continente e integrando a este. Y esta posibilidad era lo que producía pesadillas a Salisbury y había dado origen a la artillería de Mackinder. Se trataba de algo a lo que tal Estado no podría llegar sino anexionándose o, al menos, aterrorizando a sus vecinos.[649] Muy pocos países, careciendo del poder para controlar un continente, habrían deseado que algún otro lo hiciera a base de intimidación y de violencia.

Esto es lo que el joven Bismarck, aún se recuerda, había prometido.[650] Crowe había nacido, de hecho, en Prusia, conocía bien el alemán e interpretó el surgimiento de un moderno imperio teutónico en Europa como un patrón de «ensanchamiento territorial sistemático alcanzado sobre todo espada en mano». Por decirlo con palabras pronunciadas más adelante, Alemania no estaba ni mucho menos protagonizando un «auge pacífico». Bismarck lo sabía y trató de garantizar a los vecinos supervivientes que, tras alcanzar la hegemonía, la nueva potencia armonizaría los intereses propios con los ajenos. Sin embargo, los anhelos despertados no fueron tan fáciles de saciar como él pensaba.[651]

La solución de Bismarck fue rebuscar entre las colonias que otros países no habían querido: ¿podría un imperio contentarse, como los buitres, con despojos? Cuando Bismarck se marchó, sus sucesores dejaron claro que seguían hambrientos. Crowe se ocupó de transmitir sus opiniones:

> Debemos tener colonias de verdad, en las que puedan asentarse inmigrantes alemanes y donde poder extender los ideales nacionales de la madre patria. Debemos tener también una flota y puertos de aprovisionamiento de carbón para mantener unidas a las colonias que, sin duda, adquiriremos. […] Un Estado sano y poderoso como Alemania, con sus sesenta millones de habitantes, ha de expandirse, no puede permanecer inmóvil, y debe contar con territorios en los que su desbordante población pueda emigrar sin renunciar a su nacionalidad.

La Alemania de Guillermo II no estaba muy segura —quizá no quería estarlo— de cuándo decir basta y parecía recibir con los brazos abiertos

aquel «mundo lleno de desafíos». En efecto, «la reunión bajo un mismo poder estatal de los más grandes ejércitos y el mayor poderío naval empujará al mundo a unir sus fuerzas para librarse de tal fuerza del mal». [652]

III

O eso, al menos, daba a entender la teoría derivada del pensamiento de Crowe. La historia, no obstante, discurrió de un modo que ni él (ni nadie con cierta autoridad) supo prever. Las garantías de Bismarck —una red de alianzas políticas cambiantes en torno a él— cristalizaron tras su muerte en dos ententes militares que competían entre sí, tan vinculadas con los horarios de transportes y los calendarios de movilizaciones —algo que no inspiraba mucha confianza— que, una vez puestas en marcha, se desentendieron de las causas de la guerra y dejaron de guiarse por ellas. [653] Fue así como el asesinato de dos miembros de la realeza acaecido en Sarajevo el 28 de junio de 1914 desembocó en la muerte de entre ocho y diez millones de soldados y entre siete y ocho millones de civiles en el periodo transcurrido entre ese día y el 11 de noviembre de 1918.[654] El mundo de Crowe, unido contra la «fuerza del mal», se convirtió en una Europa devastada y dividida contra sí misma.

La Gran Guerra fue testigo de todo tipo de intenciones proyectadas más allá de las capacidades, causa habitual de los desastres bélicos en el pasado. Sin embargo, las capacidades, en este caso, también superaron a las intenciones. Como explicó Henry Kissinger, quienes estaban al mando infravaloraron con mucho lo mortíferas que eran las maniobras que dirigían.

> Parecían haber olvidado el elevadísimo número de bajas de nuestra aún reciente guerra de Secesión y esperaban un conflicto breve y decisivo. No se les ocurrió en ningún momento que el fracaso a la hora de vincular sus alianzas con objetivos políticos racionales conduciría a la destrucción de la civilización tal y como les era conocida. […] En vez de ello, las grandes potencias se las arreglaron para construir una máquina del fin del mundo diplomática, sin ser conscientes de lo que habían hecho.[655]

En la guerra de Secesión, los estadounidenses sabían al menos por qué luchaban. Los contendientes de este nuevo conflicto tenían que buscar un

fin por el que morir antes de que la guerra acabase con ellos. La evolución del Reino Unido desde el «somos como peces» a las «hordas euroasiáticas» de Mackinder, y de ahí al «mundo lleno de desafíos» de Crowe, da a entender la razón. En efecto, si la guerra ha de reflejar la política, como había sostenido Clausewitz en su día, ¿qué política en concreto había llevado al Reino Unido a entrar en esa guerra? ¿Mantener la supremacía marítima? ¿Tratar de encontrar un equilibrio de poder en tierra firme? ¿Eliminar todas las fuerzas del mal, dondequiera que estas surgiesen? La Triple Entente de 1907 con Francia y Rusia no obligaba de manera clara a luchar contra Alemania cuando, en julio de 1914, comenzaron los combates.[656] Y aun así, la invasión alemana de Bélgica, el 4 de agosto siguiente —en su plan de atacar Francia, Alemania ignoró las garantías internacionales que desde hacía tiempo procuraban a Bélgica su neutralidad—, condujo al Reino Unido a entrar en la guerra e incluso a abandonar una aversión de siglos a presentar batalla en suelo continental. En ese suelo el Reino Unido perdería, a lo largo de los cuatro años siguientes, más hombres que la Unión y la Confederación juntas en la guerra de Secesión.[657]

Casi podría apuntarse que este compromiso continental se había firmado, como antaño se había dicho del Imperio británico, «en un momento de poco juicio».[658] Sin embargo, si tratamos de encontrar un vínculo entre las preocupaciones de Crowe, Mackinder y Salisbury, surgirá una lógica más amplia. Crowe afirmaba que existía una relación entre el poder marítimo y el derecho de autodeterminación, por un lado, y entre el poder en tierra firme y el autoritarismo, por el otro. Esa conexión supondría que la «integración continental» sobre la que Mackinder había advertido podría poner en peligro no solo el control del mar, sino el propio futuro de la libertad.[659] Lo cual nos lleva a Salisbury y a aquello de que «el Reino Unido no podría por sí mismo evitar una tiranía tierra adentro».

Salisbury quizá quiso decir que era necesario dar carpetazo a la vieja desconfianza británica hacia las alianzas. De hecho, al final, su hazaña diplomática fue una primera muestra de ese cambio de actitud: el tratado anglojaponés de 1902;[660] o, quizá, se refería a que hacía falta, más bien, un eje europeo similar a la posterior Triple Entente; o, quizá, a que el Reino Unido no podía permitirse ya el consabido «espléndido aislamiento» que caracterizó la crisis de Venezuela de 1895-1896.[661] En un mundo intercomunicado, el despotismo continental, definitivamente, exigía

contención. Y eso hizo que, quienes aún lo recordaban, regresaran al pensamiento de Canning.

En efecto, Salisbury era capaz de equilibrar el dominio democrático de América del Norte con la autocracia que podría terminar apoderándose de Europa, por lo que, a efectos prácticos, estaba dando al Nuevo Mundo la responsabilidad de restaurar el equilibrio de poder en el Viejo. Mackinder alarmaba a la ciudadanía con las hordas euroasiáticas que no llegarían a Europa a caballo, sino en tren, pero no veía ese mismo peligro en el homólogo continental americano, lo cual, de algún modo, suponía hacer lo mismo que Mackinder, aunque de otra forma. Por su parte, Crowe auguró una coalición de estados ahítos que combatían contra otro hambriento —posibilidad que un presidente estadounidense haría explícita poco después — y ese presagio se levantaba sobre los cimientos construidos por Mackinder, Salisbury y Canning. Todos estaban especulando con futuros todavía confusos.

IV

Todos dieron por hecho, en cualquier caso, que Estados Unidos jugaría un papel muy importante en ese futuro al que terminaría por dar forma. Su producción manufacturera excedía ya en 1914 la del Reino Unido y Alemania juntos y fabricaba el doble de acero que Alemania, la cual, a su vez, producía el doble que el Reino Unido, Francia y Rusia. Nadie podía rivalizar con sus innovaciones tecnológicas, su superávit de alimentos abastecía a gran parte de Europa y sus siempre favorables balanzas comerciales le habían permitido acumular un tercio de las reservas de oro del mundo. Aunque su armada seguía siendo menor que las del Reino Unido y Alemania, los estadounidenses inauguraron el canal de Panamá el mismo mes en que comenzaba la guerra en Europa, gracias al cual podrían navegar entre un océano y otro en menos tiempo. Como apunta el historiador Paul Kennedy, Estados Unidos se había convertido en una gran potencia, pero aún no formaba parte del gran sistema de poderes.[662]

La hegemonía continental que los estadounidenses habían adquirido en la década de 1840, que supieron conservar pese a la guerra de Secesión, los

condujo hasta los albores del siglo XX con pocas necesidades claras de seguir adquiriendo nuevas responsabilidades. No existían inequívocas amenazas externas y en las islas Filipinas habían descubierto que el colonialismo presentaba más problemas que ventajas. La diplomacia permitía adquirir posturas sin comprometerse, como fue el caso de la política de «puertas abiertas» llevada a cabo con China durante los años 1899 y 1900. Estados Unidos podía incluso fomentar la paz, como ocurrió con el tratado de Portsmouth (Nuevo Hampshire), cuya firma auspició el presidente Theodore Roosevelt para zanjar la guerra rusojaponesa en 1905 (a pesar de tener un ejército más reducido que el de países como Bulgaria o Serbia).[663] Todo ello eximía a los estadounidenses de cualquier responsabilidad, con independencia del estallido de la Gran Guerra en 1914.

La guerra tenía mucho más que ver con Estados Unidos de lo que los propios estadounidenses habían previsto. Las nueve décadas posteriores a la proclamación de la doctrina Monroe y la reclamación de paternidad de Canning coinciden casi con los cien años sin grandes hostilidades en Europa, de 1815 a 1914. Sin embargo, en tres ocasiones previas (la guerra de los Siete Años, las de la Revolución francesa y las napoleónicas), los estadounidenses sí habían entrado en combate a través de conflictos subsidiarios: la guerra francoindia de 1754-1763, la cuasiguerra contra Francia de 1798-1800 y la guerra de 1812 contra el Reino Unido, que terminó justo en 1815. Lo mismo ocurriría entre 1917 y 1918 y entre 1941 y 1945. La Guerra Fría, que jamás llegó a adquirir la temperatura suficiente, trajo consigo la más prolongada de las participaciones estadounidenses en un conflicto de ultramar y, quizá por esa razón, no hubo que cambiarle el nombre jamás (a diferencia de la Gran Guerra).

Al igual que los peces no se percatan de la expansión y contracción de los océanos, no se trataba de que los estadounidenses no se hubieran integrado en el gran sistema de poderes entre 1823 y 1914, sino que hicieron caso omiso de él. Esta generalización debe matizarse, además, en los casos de Lincoln y Seward.[664] El sistema podría caracterizarse de la siguiente manera: desde la época de Isabel, Inglaterra había extendido su cultura mucho más por el resto del mundo que por Europa.[665] Esto hacía necesario equilibrar a los potenciales enemigos europeos y, en consecuencia, temer lo que Crowe había denominado «ensanchamiento

territorial sistemático alcanzado sobre todo espada en mano». Lo cual, cuando ocurrió, también alarmó a los vástagos del Reino Unido en ultramar, pues ¿qué sería de ellos sin la protección de la mayor flota del mundo? Por muy groseramente que los estadounidenses se burlasen de su viejo progenitor, no podían ya rechazar gran parte de lo que habían heredado en lo referido a idioma, instituciones, religión, defensa y empresa, herencia que tendrían que deshilar y rehilar en torno a un ADN propio. Así pues, para bien o para mal, cuando el Reino Unido adquirió su «compromiso con el continente» también estaba comprometiendo a Estados Unidos.

V

La primera respuesta de Woodrow Wilson fue llamar reiteradamente a la neutralidad «de obra, así como de palabra», a la imparcialidad «en el pensamiento y en la acción» y a la «contención de las emociones».[666] Sin embargo, si Alemania ganaba, según advirtió a su asesor más íntimo, Edward M. House, Coronel, «cambiaría el curso de la civilización y Estados Unidos se convertiría en una nación militarizada». Después de todo, habían sido los alemanes, y no los británicos ni los franceses, quienes habían vulnerado la neutralidad belga, al saquear ciudades y universidades (incluidas antiguas bibliotecas con obras insustituibles). Durante una intervención, Wilson, el antiguo rector de Princeton expresó el temor de que ese tipo de violencia «hiciera retroceder el mundo tres o cuatro siglos». [667]

Sin embargo, como presidente de Estados Unidos, Wilson no consideró urgente tomar partido. No existía consenso nacional al respecto. Las exportaciones de alimentos y armamento al Reino Unido y a Francia se habían multiplicado de forma exponencial, de manera que, cuando los importadores ya no pudieron pagar, Wilson rescindió el límite de crédito. Mientras la armada británica negase a Alemania la igualdad de oportunidades, Wilson podría profesar la neutralidad en público, aunque en privado le pareciera bien que no la hubiese.[668] Retrasar la entrada en la guerra permitiría también a Wilson poder elegir el momento adecuado para hacerlo: House le aseguró que, si calculaba correctamente, estaría en

posición de determinar el resultado de la guerra militarmente, así como sus secuelas, para poder diseñar un nuevo sistema internacional que sustituyese al que había permitido que la guerra se produjera.[669]

Gracias a los consejos de House, Wilson estableció numerosísimos supuestos a tenor de los cuales los contendientes deberían luchar. Uno de ellos daba a entender que, si Estados Unidos entraba en la guerra, sería para dar un golpe en la mesa: la envergadura alcanzada en su guerra de Secesión proporcionaba algunas pistas del poder militar del que podría hacer uso en este nuevo conflicto. Otro de los supuestos hacía referencia a que, cuanto más durase la guerra, más probable sería que Estados Unidos se sumara a ella, pues un estancamiento sobre el campo de batalla produciría bloqueos marítimos cada vez más agresivos. Un tercer supuesto tenía que ver con los submarinos, una tecnología tan dañina en comparación con los viejos usos de la guerra en el mar como lo habían sido los ferrocarriles para la temida integración continental.[670]

Alemania consideraba los submarinos como una respuesta legítima a la superioridad del Reino Unido en la superficie del mar: el problema consistía en que dentro de un submarino no resultaba fácil detectar los navíos, hacerse con los botines o determinar la nacionalidad de los pasajeros, prácticas, todas ellas, habituales en los bloqueos marítimos. Se ponía en peligro, así pues, el derecho de los países neutrales a comerciar con los beligerantes, el cual había sido defendido acérrimamente en anteriores guerras estadounidenses (incluso, al final, por Lincoln). Los submarinos planteaban una amenaza a las exportaciones al Reino Unido y a Francia en tiempos de guerra y también para las liquidaciones anticipadas de préstamos de guerra. Lo peor de todo era que asimismo ponían en peligro a los civiles: Wilson estuvo a punto de declarar la guerra en mayo de 1915, cuando ciento veintiocho estadounidenses murieron a bordo del transatlántico *Lusitania*, tras ser este torpedeado por los alemanes.[671]

El presidente Wilson dio el paso, el 2 de abril de 1917, cuando los alemanes levantaron las restricciones impuestas a sus submarinos tras la crisis del *Lusitania*. La apuesta alemana era que el Reino Unido y Francia se viesen obligados a firmar la paz antes de que Estados Unidos pudiese enviar un ejército a Europa. Wilson dudaba, no obstante, de que la opinión pública apoyase ir a la guerra «sin importar cuántas vidas estadounidenses se perdieran en el mar».[672] Haría falta algo más, pero, durante las

semanas anteriores al mensaje en que hizo pública la declaración de guerra, los alemanes le proporcionaron ese «algo».

Alemania había acompañado la reactivación total de su flota de submarinos con una propuesta hecha secretamente a México: si, como se esperaba, los estadounidenses entraban en la guerra europea, México podría aprovechar para recuperar los territorios perdidos de Texas, Nuevo México y Arizona, con ayuda alemana y japonesa. La inteligencia británica interceptó el mensaje, lo desencriptó y filtró a Washington y Wilson lo hizo público. Esto dejó en entredicho a Alemania con respecto a los derechos de neutralidad y sacó a la palestra un asunto mucho más espinoso y volátil: el de la integridad territorial de Estados Unidos.[673]

Entonces, en marzo, estalló una imprevista revolución en Rusia, la tercera pata de la coalición anglofrancesa. Los revolucionarios derrocaron a la dinastía Románov y acabaron con la autocracia —al menos en apariencia — de un Estado que iba a convertirse en aliado de Estados Unidos. Tal acontecimiento dejaba a Wilson las manos libres para, en el anuncio de la declaración de guerra a la ciudadanía, hacer suya una misión aún más elevada: la de convertir el mundo en un lugar «seguro para la democracia».

El presidente no proponía que Estados Unidos acometiera en solitario esa tarea.[674] Wilson, no obstante, sí pidió, a una nación que no había visto necesario actuar como gran potencia tras el estallido de la guerra, que ejerciese una influencia decisiva sobre el curso de esta, sobre su resultado y sobre sus secuelas. Como Wilson anunció en su segundo discurso de investidura: «Ya no somos unos provincianos».[675]

VI

Hasta entonces, se las había arreglado bien. El presidente Wilson afirmaba que la mejor manera de estar preparados era evitar las hostilidades y empezó a crear un ejército sin provocar posturas antibélicas que pudieran hacerle perder la reelección en 1916. Esperó a que las prioridades militares de los alemanes volvieran a subvertir sus intereses políticos, como había ocurrido con la neutralidad belga: este momento llegó cuando Alemania quitó de nuevo la correa a sus submarinos e inoportunamente cortejó a

México. Wilson transformó una revolución en Rusia en un objetivo bélico para Estados Unidos, de modo que los aliados no tuvieron oportunidad de objetar. Y entonces, envió a su ejército a Francia, a tiempo para convertir la fallida ofensiva alemana de la primavera de 1918 en un derrocamiento que traería la victoria final el otoño siguiente. Tras firmarse un armisticio ese mes de noviembre, el propio presidente cruzó el Atlántico —el primero en la historia en hacerlo en el desempeño de su cargo— y fue recibido triunfalmente, como un general romano, en París, Londres y (era lo que correspondía) Roma.[676]

House había avisado a Wilson de que su ascendiente alcanzaría el punto más alto conforme se acercase el final de la guerra. La negociación de la paz, en la que pretendía participar, exigiría más diplomacia que gestión y Wilson no estaba muy preparado para algo así. Estados Unidos se había ausentado durante mucho tiempo del sistema internacional y eso había dejado una exigua nómina de expertos en relaciones exteriores: Wilson no contaba con ningún Bismarck, ni con ningún Salisbury, y tampoco con un Eyre Crowe. Tenía, eso sí, a House, que había afinado sus habilidades en la política texana y que, en ese momento, se encontraba, como el presidente, «redibujando el mapa del mundo como a nosotros nos convenía».[677]

Recibieron alguna ayuda de The Inquiry, el grupo de reflexión, formado por asesores académicos, contratado para aportar ideas con respecto a un acuerdo posbélico: Wilson destiló sus conclusiones en los famosos «Catorce puntos» expuestos en el Congreso el 8 de enero de 1918. Sin embargo, ni Wilson ni los asesores académicos indagaron lo suficiente en cómo esos puntos, por bienintencionados que fueran, podrían alinearse con la historia, la cultura y los precedentes que había. «No era muy ducho en política europea —recordó más tarde un diplomático francés— y se dedicó a perseguir teorías que guardaban escasa relación con las necesidades más apremiantes del momento.»[678]

¿Qué querría decir «conducir la diplomacia siempre de manera transparente y a la vista de la ciudadanía»? ¿O «garantizar una libertad absoluta de navegación, salvo cuando los mares se cierren total o parcialmente debido a acciones internacionales»? ¿O «dar igual peso en las disputas coloniales a los intereses de todas las poblaciones»? Los fines de Wilson parecían flotar en libertad por encima de los medios existentes, y el ejemplo más claro fue su convencimiento de que, para resolver las

rivalidades en los Balcanes —las que habían prendido la mecha de la guerra —, solo hacía falta «dar consejo amistoso, según premisas históricamente conocidas en lo referido a nacionalidad y lealtades». Su grandilocuente conclusión fue: «En dicha rectificación de lo ilegítimo y reafirmación de lo legítimo, nos sentimos colaboradores cercanos de todos los gobiernos y pueblos que se asocien para hacer frente a los imperialistas. […] Juntos nos mantendremos hasta el final».[679]

Se notaba cierto tufo interesado, pues el discurso de Wilson —como uno anterior de David Lloyd George, el primer ministro británico— tuvo lugar dos meses después de que llegase la revolucionaria sorpresa rusa: el golpe bolchevique de noviembre de 1917, que amenazaba con la retirada de los rusos de la «imperialista» guerra anglofrancoestadounidense, a la vez que urgía al proletariado de todo el mundo a deponer a sus amos capitalistas.[680] Wilson respondió con un metafórico banco de niebla, a través del cual pidió

> […] la evacuación de todo territorio ruso y que todas las cuestiones concernientes a ese país se diriman de manera que quede garantizada la cooperación mejor y más libre entre el resto de naciones del mundo, con la intención de ofrecer a Rusia la oportunidad de, sin obstáculo ni coerción, determinar de manera independiente su propio desarrollo político nacional, y también para dar a ese país una sincera bienvenida a la Sociedad de Naciones libres, mediante las instituciones de su elección. Más que una bienvenida, se le habrá de procurar cualquier asistencia que pueda necesitar o desear.

¿Quiénes, podría uno preguntarse, pensaba Wilson que eran «los imperialistas»? Lenin y Trotski al menos decían lo que realmente pensaban.

A raíz de ahí, Wilson siguió confundiéndolo todo. Envió tropas estadounidenses al norte de Rusia, como parte de un esfuerzo multinacional dirigido en apariencia a que este país no abandonase el conflicto, pero cuya verdadera finalidad era expulsar del poder a los bolcheviques.[681] Tras lo cual, Wilson los salvó, sin embargo, al derrotar a los alemanes en Francia, lo que anulaba la victoria de aquellos en el frente oriental y echaba por tierra la paz cartaginesa que habían impuesto con el tratado de Brest-Litovsk.[682] La destreza con que Wilson había metido a Estados Unidos en la guerra pareció abandonarlo en su intento de evitar que Rusia saliera de ella. Aquello presagió un problema mayor: los principios wilsonianos para la paz, que querían ser intemporales, resultaron estar muy condicionados

por el paso del tiempo y se vieron literalmente zarandeados por la volatilidad y los acelerados cambios que se estaban produciendo. En efecto, mientras Wilson trataba de crear un mundo más seguro para la democracia, la democracia hacía de la guerra algo muy poco seguro para el mundo.[683]

VII

Cuando Clausewitz afirmó que la guerra refleja la política, fijó un modelo del que la guerra de los Treinta Años y las guerras napoleónicas serían excepciones que no habrían de repetirse durante las ocho décadas posteriores a la aparición de *De la guerra.* Se libraron contiendas entre estados, pero con objetivos específicos y a pequeña escala. Los conflictos posnapoleónicos más sangrientos tuvieron lugar en Estados Unidos y en China (la rebelión Taiping).[684] Sin embargo, la Gran Guerra fue una regresión a tiempos preclausewitzianos: de haber previsto sus costes, ¿habrían entrado en la guerra los países que la provocaron?[685]

Y aun así, muchedumbres en toda Europa dieron la bienvenida a la guerra en agosto de 1914, con la espontaneidad democrática de una asamblea ateniense. Cuando Pericles trató de reformar ese espíritu en su discurso fúnebre, no fue con intención de conseguir la paz. Desconocemos qué pérdidas habría estado dispuesto a asumir, pues la peste se lo llevó antes de descubrir lo que Lincoln sí supo en 1865. Lo que tenemos claro es que Atenas, ejemplo para todas las democracias posteriores, terminó derrotándose a sí misma, pues soportaba mejor las muertes que las preguntas sobre el propósito de sus guerras.[686]

El discurso titulado «Paz sin victoria», que Wilson dirigió al Congreso tres meses antes de entrar el país en la guerra,[687] suscitó varias preguntas de ese tipo. ¿No debían las guerras, supuestamente, proporcionar seguridad a sus estados, en lugar de agotarlos o de provocar su desaparición? ¿Quedaría ese papel solo para acuerdos, compromisos y cesiones? ¿Servían de algo las masacres? Los esfuerzos mediadores de Wilson y los de otros gobernantes habían fracasado, porque ninguno se había atrevido a decir a la «democracia» que dirigían que aquella guerra apenas había conseguido nada.[688] Todo el mundo esperaba que un último y novedoso armamento,

una última ofensiva, un último lanzarse al ataque desde lo alto de la última trinchera, darían a la guerra el sentido que, en efecto, había perdido.

Después de declarar la guerra, Wilson renunció a ejercer de mediador. La nación no lucharía por nada más que por la victoria total, de eso estaba seguro. Sin embargo, el presidente no apoyaría tampoco una paz injusta, así que trató de incluir en los consabidos «Catorce puntos» las ideas de victoria y de justicia, a riesgo de hacerlos aún más contradictorios entre sí. El último de ellos, sin embargo, proponía una herramienta para el arbitraje, «una asociación general de naciones, formada en virtud de alianzas específicas, con miras a ofrecer garantías recíprocas de independencia política e integridad territorial a los estados, tanto grandes como pequeños».[689]

Esta idea tenía múltiples raíces,[690] y una de ellas era la visión del mundo unido contra la «fuerza del mal» que Eyre Crowe había prefigurado en 1907. Sir Edward Grey, entonces ministro de Asuntos Exteriores, había respaldado el informe de Crowe cuando apareció; en 1915, propuso al presidente Wilson, con la ayuda de House, la creación de una liga de naciones tras la guerra, para aliviar los trabajos de mediación; solo participando en la guerra en curso podrían evitarse guerras en el futuro, mantuvo entonces.[691] «Grey conocía la naturaleza del hombre», observaría más adelante Henry Kissinger. «Desde su juventud, Wilson estuvo convencido de que las instituciones federales estadounidenses deberían ser el modelo para la creación, en última instancia, de un "Parlamento del Hombre".»[692]

De cualquier modo, Wilson pasó por alto una ambivalencia de la democracia estadounidense que se retrotraía a sus orígenes *whig* ingleses: el propósito de tales instituciones ¿era ejercer el poder o, más bien, proteger contra sus abusos?[693] Los estadounidenses se convencieron de manera voluntaria, en abril de 1917, de que solo la guerra podría restablecer la seguridad en su país, y hasta su honor y su dignidad. Eso no quería decir, no obstante, que, tras lograr la victoria, se comprometiesen a garantizar la seguridad de nadie más. La democracia estadounidense buscaba el poder, pero también desconfiaba en gran medida de él.

La democracia anglofrancesa presentaba también sus propias contradicciones. Atormentados por los sacrificios de la contienda, británicos y franceses insistían en que los alemanes admitieran su culpa y pagasen las reparaciones de guerra, si bien esto hacía imposible una paz mediante la

reconciliación, como la lograda, en circunstancias democráticas, durante el Congreso de Viena, en 1815. Tampoco podría conciliarse, a todos los efectos, el derecho a la autodeterminación con las «rectificaciones» de fronteras que Wilson había detallado en los «Catorce puntos», ni con la continuidad de los imperios coloniales británico y francés.[694] Y por fin, nadie, ni siquiera Wilson, estaba dispuesto a reconocer a Alemania o a la Rusia soviética como miembros fundadores de esa nueva Sociedad de Naciones, pese a lo mucho que ambos países dependerían de ella para solventar la falta de equidad provocada por el tratado de Versalles.[695]

Wilson, de nuevo, había elevado las expectativas, aunque no tenía los medios para satisfacerlas. Quizá, como los atenienses después de Pericles, confundió fortalezas con esperanzas.[696] O quizá se mostró demasiado proclive en posponer lo que no podía solucionar. O quizá no captó la paradoja del intento de poner a las democracias en contra de sus representantes electos. O quizá su dolencia, que se agudizaba, cegó su sensibilidad política (cayó enfermo mientras recorría el país en busca de apoyos para la Sociedad de Naciones el otoño de 1919 y nunca se recuperó). O quizá no había entendido la democracia desde el principio, pese a los muchos años que había pasado estudiando e impartiendo clases sobre ese asunto en Princeton. O quizá, simplemente, perdió, con su ascensión a la grandeza, el lastre gravitatorio del sentido común.

Sea cual fuere la explicación, el Senado se negó a aprobar el tratado de Versalles e impidió que Estados Unidos formase parte de la Sociedad de Naciones. Tal desenlace no solo desarmó a Wilson, sino que desmadejó el ovillo de esperanzas cuyo hilo había tejido Canning por medio de Lincoln, Salisbury, Mackinder, Crowe, Grey, House y el propio Wilson, que esperaban que algún día el Nuevo Mundo corrigiese los desequilibrios del Viejo Mundo. Contrariamente a lo que los atenienses dijeron a los melios, [697] «los fuertes» en ese tiempo no habían hecho lo que habían podido, lo cual dotó de libertad a «los débiles» para hacer lo que quisieran: en el caso de Rusia y Alemania dar una nueva forma a la realidad para que se ajustase a la teoría y, a partir de ella, levantar sus dictaduras.

Vladímir Ilich Uliánov, Lenin, vivía exiliado en Zúrich cuando dio comienzo la Revolución rusa, en marzo de 1917. No fue este un error suyo, sino de la propia revolución. En efecto, la especialidad de Lenin era transformar lo imprevisto en algo que venía determinado con antelación. [698] Sus certezas provenían de Marx, que afirmó que el capitalismo llevaba en sí la semilla de su propia destrucción: la Gran Guerra, declarada, librada y ganada con toda seguridad por capitalistas, confirmaba esa conclusión. La sorpresa llegó de Rusia, donde Marx y otros marxistas posteriores habrían anticipado que la revolución no estallaría. Solo Lenin vio la oportunidad en esa anomalía. Como más adelante explicaría:

> Mientras no hayamos ganado todo el mundo, mientras desde el punto de vista militar y económico sigamos siendo más débiles que el resto del mundo capitalista, habremos de saber cómo explotar las contradicciones y antagonismos que se producen entre los capitalistas. Si no nos hubiéramos atenido a esta regla, haría tiempo que estaríamos colgando todos de las farolas.[699]

En lugar de una farola, a Lenin le dieron un tren, a bordo del cual los alemanes lo enviaron de vuelta a San Petersburgo, recientemente rebautizado como Petrogrado. Desde allí, como tenía planeado, derrocó al gobierno provisional y sacó a Rusia de la guerra. También había predicho durante su viaje de vuelta a Rusia que «los cabecillas bolcheviques de la revolución serían mucho más peligrosos para el poder imperialista alemán y el capitalismo que los Kérenski y Miliukov».[700]

Lenin entendió incluso mejor que Marx que la dependencia de los capitalistas de las ganancias inmediatas los desviaba del camino hacia objetivos a largo plazo. Tal y como lo habría expresado Lincoln —al menos, así lo hace en la película de Spielberg[701]—, miraban tanto la brújula que no veían ni las ciénagas ni los acantilados. La presión estadounidense, británica y francesa para que Rusia no abandonase la guerra desacreditó a sus nuevos líderes, lo que allanó el camino a Lenin en su misión revolucionaria. Tampoco los capitalistas aprendieron de los errores: ¿por qué otra razón habrían salvado los estadounidenses a los bolcheviques, al anular la desmembración del nuevo Estado soviético a manos de los alemanes en el tratado de Brest-Litovsk?

Lo mismo ocurriría de nuevo cuando la hambruna golpeó a Rusia entre 1921 y 1922: el archicapitalista estadounidense Herbert Hoover terminó

reconociendo que las ayudas internacionales por él lideradas habían terminado reforzando al régimen bolchevique. La Nueva Política Económica (NPE) de Lenin, encaminada a consolidar la revolución en Rusia, ofrecía concesiones a los empresarios estadounidenses, pero las retiraba con fruición instantáneamente y los dejaba con un palmo de narices. «Ningún país del mundo está en mejores condiciones para ayudar a Rusia», concluyó Stalin tras la muerte de Lenin en 1924. «La tecnología estadounidense es la más avanzada del mundo y las necesidades de nuestro país y su ingente población procurarían a los estadounidenses grandes beneficios si cooperasen.»[702]

Algunos, en efecto, siguieron cooperando a gran escala. El primer plan quinquenal de Stalin supuso la importación de fábricas enteras desde Estados Unidos, así como de sus métodos de producción en masa. El mismísimo Henry Ford encabezó esa iniciativa. Estados Unidos exportó más bienes a la Unión Soviética que a cualquier otro país del mundo a finales de la década de 1920. Los rusos se habían convertido en el mayor comprador de equipamiento agrícola e industrial estadounidense.[703] Sin embargo, los gobiernos de Harding, primero, y de Coolidge, después, sorprendieron a Stalin al mantener en pie la política wilsoniana del no reconocimiento diplomático, mediante la cual —sin obvias paradojas— se quería advertir sobre los subversivos fines del comunismo internacional. Los intereses materiales no siempre determinan la conducta capitalista.

Estados Unidos, en cierto sentido, era más poderoso que nunca: su producción industrial excedía ya a las del Reino Unido, Alemania, Francia, Rusia, Italia y Japón juntas. Sin embargo, la desconfianza hacia el poder que fijaba su Constitución privaba a los líderes del país de la autoridad necesaria para desplegarlo, al menos en tiempos de paz. Lenin lo habría considerado otro fracaso de la democracia: sin dictadura no podría haber vanguardia, ya fuera proletaria o de cualquier otro tipo. Como queriendo confirmar esto, la mayoría de los estadounidenses de la época opinaba que las políticas de asuntos exteriores resultaban innecesarias.[704]

En cualquier caso, el mundo no podría permitirles indefinidamente ese lujo: el potencial de Estados Unidos condicionaba ya los acontecimientos de forma inesperada.[705] Por ejemplo, mediante el cruce, en un único y extraño lugar, de las viejas ambiciones alemanas con sus nuevos resentimientos. A diferencia de Lenin, Adolf Hitler había vivido la Gran

Guerra en las trincheras. La derrota alemana se había debido, sin duda, a la combinación del poder marítimo británico con el poder sobre tierra estadounidense, coordinados ambos —y de esto dudaba aún menos— por una conspiración judía internacional. Convencido de que Estados Unidos volvería a intentar desplazar a todos sus rivales, Hitler vio en la retirada poswilsoniana de Europa la última oportunidad alemana para garantizar el espacio y los recursos que necesitaba para competir, sobrevivir y vencer. «La guerra era inevitable. La pregunta no era si habría guerra, sino cuándo», creía Hitler, según el historiador Adam Tooze.[706]

Nada de esto habría tenido importancia si Hitler se hubiese quedado en uno de los *putsche* de aficionado, como el de Múnich en 1923. Tras un encarcelamiento sin muchas complicaciones, se embarcó en una firme y ascendente carrera política dentro de una democracia cada vez más tensa, la Alemania de Weimar. Los problemas del país empeoraron con el crac bursátil de Wall Street, en octubre de 1929, que arrastró a la economía estadounidense y de otros sistemas capitalistas industriales a una catastrófica depresión. El Gobierno de Herbert Hoover, que llevaba en el cargo menos de un año y tenía otros tres por delante, no tenía ni idea de qué hacer, al igual que el resto de gobernantes de la mayoría de las democracias.[707]

«El sistema económico capitalista ha entrado en una inestable situación de bancarrota», aseguró Stalin al Partido Comunista de la Unión Soviética en una alocución el 7 de enero de 1933, en la que informó sobre el éxito que estaba teniendo su primer plan quinquenal tras cuatro años de funcionamiento. El capitalismo, en palabras de Stalin, «había dejado atrás su momento y debía abrir paso a otro sistema económico más avanzado, el socialismo soviético». Este «no teme a las crisis y es capaz de superar las dificultades que el capitalismo es incapaz de resolver».[708] Tres semanas después, respetando la ley constitucional, Hitler se convertía en canciller de Alemania, cargo desde el que se dispuso a desmantelar esa ley. Cinco semanas después, Franklin Delano Roosevelt juraba su cargo como nuevo presidente de Estados Unidos, tras aplastar a Hoover en las votaciones de 1932. La larga sombra de Lincoln se cernía sobre todos ellos, pues era el momento de poner a prueba, como nunca antes, la mayor de las apuestas del republicano: que libertad y poder pueden coexistir.

«Ideologías aparte, quien fuera joven en la década de 1930 y viviera en democracia, quien tuviera una mínima humanidad y la más tenue chispa de idealismo social, o un mínimo amor por la vida, debió de sentir […] que todo se oscurecía y se acallaba, y que más allá de las fronteras se producía una gran reacción: nadie se agitaba y nada se resistía.» La gama de opciones parecía estrecharse hasta «quedar en lúgubres extremos: el comunismo y el fascismo, el rojo o el negro», con una única luz, la del New Deal de Roosevelt. No importaba que este llevase adelante su plan económico «con un aislacionismo que desdeñaba el mundo exterior», pues aquella era la tradición del país y quizá su fuerza; lo que contaba era que Roosevelt «tenía toda la energía, el carácter y la habilidad de los dictadores y estaba de nuestro lado».[709]

Roosevelt no era realmente aislacionista. Era primo en quinto grado del expresidente Theodore Roosevelt y su sobrino político. Había sido vicesecretario de la Marina con Woodrow Wilson y candidato a la vicepresidencia demócrata, además de participar en una plataforma en favor de la Sociedad de Naciones en 1920. El aislacionismo, en efecto, no era de esperar en un político con tal trayectoria. Tras acceder a la presidencia en 1933, no obstante, este Roosevelt insistió en anteponer Estados Unidos a todo lo demás. Con los bancos estadounidenses hundiéndose, un 25 por ciento de la población en paro y la confianza duramente golpeada, Roosevelt dio prioridad absoluta a la recuperación. Pese al camino hacia el autoritarismo emprendido por Hitler en Alemania —así como la conquista japonesa de Manchuria dos años antes y la italiana de Etiopía dos años después—, a lo largo del primer mandato de Roosevelt, Estados Unidos se mostró incluso más reticente a implicarse internacionalmente que durante el mandato de Hoover.[710]

Salvo por un asunto: en noviembre de 1933, Roosevelt reconoció diplomáticamente a lo que, desde hacía una década, venía autodenominándose la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. El no reconocimiento, según señaló el presidente, había fracasado en su objetivo de derrocar o aislar a los bolcheviques. Las inversiones y exportaciones

estadounidenses habían florecido gracias a ellos y Stalin prometió poner coto a las actividades —irrelevantes, por lo demás— del minúsculo Partido Comunista de Estados Unidos. No hubo más explicaciones públicas del presidente, que, no obstante, tenía otro objetivo más reservado: normalizar las relaciones con la Unión Soviética podría permitir algún día aliarse con ella para luchar contra las agresiones de la Alemania nazi y del Japón imperial.[711]

La pureza ideológica no era tan importante para Roosevelt como la geografía, los equilibrios de poder y la necesidad de una armada. Roosevelt había trabajado para el presidente Wilson, pero su referente había sido siempre su familiar, el también presidente Theodore Roosevelt. Ambos Roosevelt habían leído a Mahan y el más joven se deleitaba en viajar cuando le era posible al canal de Panamá para inspeccionar el avance de las obras.[712] Gracias a sus contactos con los británicos en tiempos de guerra, había podido absorber el contenido —pero no las razones— de las advertencias de Mackinder y Crowe acerca de la integración continental euroasiática. Una de las primeras iniciativas de Franklin Delano Roosevelt como presidente fue modernizar y ampliar la armada (si bien juzgó prudente presentar esta iniciativa como un proyecto de obras públicas destinado a crear empleo).[713] En efecto, Roosevelt también dudaba de que su país estuviera dispuesto de nuevo a comprometerse en ultramar. El presidente sabía que aquel había sido el legado involuntario de Wilson: la perspectiva de una futura incapacidad estadounidense, que obligaría a las debilitadas democracias europeas a navegar por sí solas en el futuro más próximo.

Si Alemania y Japón se rearmaban —lo que parecía probable, pues habían dejado la Sociedad de Naciones en 1933—,[714] ambos podrían encontrarse muy pronto en disposición de dominar casi toda Europa y gran parte de China, e incluso desafiar la supremacía naval estadounidense en el hemisferio occidental.[715] Dado que la Unión Soviética, como el antiguo Imperio ruso, no tenía acceso directo al océano, la posibilidad de que llegase a controlar Eurasia resultaba menor y no alarmaba tanto a Roosevelt; de hecho, Stalin le propuso, en 1936, construir un navío de guerra en un astillero de Estados Unidos y el presidente aceptó (ese barco terminó torpedeado por la armada estadounidense).[716] No venía mal, en cualquier caso, un aliado autoritario que ocupaba un espacio descomunal,

justamente entre alemanes y japoneses, dos naciones que estaban hambrientas de recursos. Si Alemania y Japón decidían avanzar en sentido contrario al gigante comunista, el Ejército Rojo podría socavar sus fuerzas por la retaguardia. Si decidían avanzar hacia él, igualmente podría desgastarlos retirándose, como ya hizo Kutúzov. De las dos maneras, las democracias de ambos lados del Atlántico saldrían beneficiadas.

Roosevelt jamás dio explicaciones sobre esto y disimuló sus objetivos incluso con mayor pericia que Lincoln. Sin embargo, si el republicano larguirucho, cuya única experiencia militar fue la guerra del Halcón Negro (Black Hawk), librada contra los nativos en 1832, superó a sus generales de West Point al diseñar la estrategia de la guerra de Secesión,[717] sería verosímil que Roosevelt, que había estado al cargo de la armada durante la Gran Guerra,[718] contase con destrezas comparables. Con toda seguridad, Lenin le habría reconocido ese mérito, pues advertiría de inmediato el aprovechamiento, preconizado por él, de las «contradicciones y antagonismos», en este caso, entre líderes autoritarios. Los dictadores, desde luego, seguirían estando a la «vanguardia»; pero Roosevelt supo ver que los acuerdos que firmaban eran pocos y perecederos.

X

Roosevelt no se encontraba al mando de una dictadura, así que no podía encajar a todo su país en su propia ideología, como sí había hecho Stalin y estaba haciendo Hitler: dado lo poco que los economistas de Roosevelt habían descubierto sobre las causas de la Gran Depresión, quizá habrían aceptado poner en marcha un plan quinquenal si él lo hubiera pedido.[719] Sin embargo, improvisó, avanzó enérgicamente donde era posible, se rezagó donde fue necesario; procuró hacer ver que siempre se hacía algo; jamás cedió a la desesperanza y recordó en todo momento lo que Wilson había olvidado: que nada saldría bien sin un apoyo ciudadano amplio y continuado. «Es terrible mirar hacia atrás cuando estás tratando de sacar algo adelante y ver que nadie te sigue», reconoció Roosevelt en una ocasión.[720]

Sus precauciones se extendieron a la política exterior. Pese a las inquietudes con respecto a Alemania y Japón, Roosevelt no intentó frustrar las iniciativas del Congreso para legislar una neutralidad que Wilson solo había pretendido: el presidente sabía que esa era una batalla perdida. Habló con firmeza un día sobre la necesidad de poner a los agresores en cuarentena, pero al siguiente se retractó. Su flexibilidad hizo que en Londres y en París perdiera credibilidad, lo que disminuyó su capacidad a la hora de oponerse a la política anglofrancesa encaminada a apaciguar a Hitler. En 1937, además, envió a Moscú a Joseph E. Davies, donante de campaña y esposo-florero de la heredera del imperio alimentario General Foods, en calidad de secretario de embajada, lo que cerca estuvo de provocar una revuelta entre los funcionarios que trabajaban al servicio del embajador titular (William C. Bullitt), que habían comenzado a documentar meticulosamente las purgas estalinianas, cada vez más arbitrarias, de supuestos enemigos internos.[721]

¿Podría Roosevelt ser calificado entonces de político apaciguador? Desde luego, él se consideraba débil: no podía, a duras penas, mostrarse más fuerte de lo que era su país y su poder parecía no alcanzar más allá de donde llegase su ingenio. Hasta cierto punto, las capacidades podrían estar a la altura de las aspiraciones: no obstante, eso no podría ocurrir hasta que los estadounidenses percibieran el peligro, reactivaran su economía y recuperasen la fe. Mientras, Roosevelt debería jugar a la geopolítica lo mejor que supiese. Por eso nombró secretario de embajada a Davies.

Roosevelt no desconfiaba de los expertos, sino que, más bien, lamentaba su estrechez de miras. Le irritaba que sus propios subordinados —los diplomáticos y agregados militares de la embajada de Moscú, los funcionarios que leían los informes de estos en Washington y hasta su amada marina de guerra— estuvieran cerca de creer aún más dañino a Stalin que a Hitler y que no fueran capaces de ver las múltiples posibilidades que traía consigo una visión más amplia de la realidad. Si la autocracia soviética había de ayudar a la democracia estadounidense a minimizar los peligros para ambas, Roosevelt no necesitaría ya a ese tipo de especialista que conoce demasiados detalles, lo cual puede impedirle tener amplitud de miras, sino a negociadores como Davies, con más profundidad de análisis.[722]

Sin embargo, ni siguiera Davies fue capaz de desviar a Stalin de su trayectoria geopolítica. Tras comprobar que las democracias tenían poco que ofrecerle, cerró su propio acuerdo con Hitler el 23 de agosto de 1939, lo que desencadenó lo que muy poco después se convertiría en la Segunda Guerra Mundial. El pacto de no agresión entre nazis y soviéticos no cogió a Roosevelt de sorpresa: Davies, antes de marchar de Moscú, ya lo había presagiado, y la embajada, tras la partida de este, había hecho un seguimiento de las negociaciones por medio de un agente infiltrado.[723] El presidente admitió a principios de 1940 que resultaba ya muy difícil no considerar a la Unión Soviética «una dictadura tan absolutista como cualquier otra del mundo».[724]

En primavera, la *Blitzkrieg* hizo en tres meses lo que los ejércitos del káiser no habían logrado en cuatro años —conquistar Dinamarca, Noruega, los Países Bajos, Bélgica y Francia— y dio la impresión de que se hacía realidad la peor pesadilla de Mackinder y de Crowe: una única «fuerza del mal» controlaba un supercontinente. Hitler y Stalin gobernaban ya «desde Manchuria hasta el Rin», señalaba un consternado consejero a Roosevelt. «Tanto como Gengis Kan en su día y sin nada que detenga a las fuerzas rusoalemanas, salvo, quizá, la cordillera del Himalaya.»[725]

Roosevelt, sin embargo, mantuvo la calma. Sabía que, desde hacía tiempo, Stalin veía en Hitler a un capitalista-imperialista y también que Hitler siempre había considerado a Stalin un agente de la conspiración judía global. Roosevelt sospechaba que los éxitos militares alemanes en el frente occidental habían sorprendido al dictador soviético, que quizá imaginó que estos podrían reproducirse en el oriental. El respeto que ambos mandatarios se tenían, por tanto, no podía ser profundo ni duradero: tarde o temprano se devorarían entre sí. Así pues, Roosevelt dejó una puerta abierta para que Stalin la cruzase cuando creyese necesario.[726] Algo parecido a lo que Salisbury había hecho cuatro décadas antes para los estadounidenses.

XI

En mi opinión, el hecho de que Roosevelt se anticipase a un aliado autocrático ayuda a explicar por qué su confianza aumentaba, mientras,

durante la primavera de 1940, las democracias europeas caían una tras otra. Roosevelt había prometido, cuando estalló la guerra, que intentaría mantener a su país fuera de la contienda, pero no había pedido la neutralidad real de Wilson, ni tampoco la imparcialidad de pensamiento o la contención de las emociones. Roosevelt ya había mantenido contacto secretamente con los británicos y, hasta que cayó París, con los franceses. Había puesto en marcha un programa de rearme que parecía, al menos, fomentar el empleo. Dejó que su partido lo «reeligiese» ese verano (la farsa funcionó, pero fue irrelevante), para presentarse a un tercer mandato, algo sin precedentes, y vio con buenos ojos la candidatura republicana de un internacionalista desconocido, Wendell Willkie, contra quien, no obstante, hizo una enérgica campaña electoral ese otoño. La víspera de su tercer discurso de investidura, en enero de 1941, Roosevelt recibió al oponente al que acababa de derrotar en la Casa Blanca y le comunicó que había decidido enviarlo a Londres.

Durante esa reunión, escribió a mano y, al parecer, de memoria este fragmento de un poema de Henry Wadsworth Longfellow de 1849:

> *Sail on, O Ship of State!*
> *Sail on, O Union, strong and great!*
> *Humanity with all its fears,*
> *With all the hope of future years*
> *Is hanging breathless on thy fate!*(4)

Era un «maravilloso don», había subrayado Lincoln al leer estos mismos versos poco después de estallar la guerra de Secesión «saber estimular así a los hombres».[727] En efecto, estos versos transcritos por Roosevelt fueron también un don de este último a Winston Churchill, por medio de Willkie. [728]

Churchill se había convertido en primer ministro ocho meses antes, con Francia a punto de caer, el Reino Unido a punto de ser bombardeado y el idioma inglés a punto de enriquecerse un poco más gracias a la recientemente perfeccionada radio de onda corta. «¿Qué respuesta daré en vuestro nombre a este gran hombre, tres veces elegido mandatario de su nación, poblada por ciento treinta millones de personas?», preguntó Churchill a sus compatriotas tras leer el poema en voz alta, con los estadounidenses también a la escucha. Entonces, en un crescendo

despacioso, con un escalofriante gruñido, exclamó: «¡Dadnos las herramientas y terminaremos el trabajo!».[729]

La herramienta más importante, según acordaron ambos gobernantes, fue la Ley de Préstamo y Arriendo, aprobada por el Congreso en marzo de 1941, que autorizaba el apoyo militar a cualquier país cuya defensa fuera considerada vital, por el presidente, para la propia seguridad de Estados Unidos. El Reino Unido sería el principal beneficiario, pero Roosevelt insistió en no hacerlo explícito. Los críticos protestaron, pues, así redactada, la ley permitiría incluso prestar ayuda a la Unión Soviética; sin embargo, aquello parecía tan improbable que las objeciones se desestimaron. No obstante, Roosevelt recibía ya en esas fechas noticias —la última, por medio de la embajada estadounidense en Berlín— de que Hitler planeaba atacar la Unión Soviética la primavera siguiente. Tras contrastar la información con Churchill, Roosevelt mandó alertar al embajador de Stalin en Washington; si uno u otro agradecieron la información, no lo demostraron. En su lugar, Stalin, instalado aún en la ilusión, firmó otro pacto de no agresión, esta vez con Japón.

Así fue como Stalin se dejó sorprender cuando Alemania atacó la Unión Soviética, el 22 de junio de 1941, lo cual tuvo un coste enorme y fue totalmente innecesario. Roosevelt y Churchill, que sabían muy bien lo que iba a ocurrir, se plantearon aceptar la mayor impureza ideológica: un pacto con el diablo. Recordaron, quizá, cómo Wilson y Lloyd George se habían arrepentido de no haber tomado en consideración a un diablo menor, el zar Nicolás II, después de marzo de 1917. Paralizado por la sorpresa, Stalin pronto se recuperó y reclamó lo que su ideología le imponía como deber: pedir ayuda a sus diablos, las democracias capitalistas, como si el pacto entre nazis y soviéticos nunca hubiera existido.

Roosevelt, aparcando aún más recelos diplomáticos y militares, despachó a otros dos negociadores a Moscú: Harry Hopkins, que se convertiría en su coronel House particular, y W. Averell Harriman, magnate del ferrocarril que había explotado concesiones mineras de manganeso en el Cáucaso en la década de 1920. Entretanto, Davies, a petición del presidente, mandó a imprenta a toda prisa *Misión en Moscú*, una crónica descafeinada, pero de gran éxito, de su labor como embajador en la capital soviética entre 1937 y 1938. Tras convencerse, por esta fuente y otras, de que Stalin no iba a rendirse, Roosevelt proclamó —veinticuatro años y un día después del

golpe bolchevique y un mes antes del ataque japonés contra Pearl Harbor— que la seguridad de la Unión Soviética resultaba vital para Estados Unidos. Había sucedido tanto hasta ese momento que apenas nadie prestó atención. [730]

XII

«Así que ¡habíamos ganado, después de todo!», recordó un exultante Churchill al recibir las noticias de Hawái. «Estados Unidos estaba en guerra, hasta el cuello y hasta la muerte.» «Los necios» habían juzgado a los estadounidenses como demasiado blandos, charlatanes y paralizados por su política como para representar poco más que «una vaga neblina en el horizonte de cualquier amigo o enemigo».

> Yo había estudiado la guerra de Secesión estadounidense, en la que se luchó hasta el extremo por el último puñado de tierra. La sangre de ese país fluye por mis venas. Recordé una reflexión compartida con Edward Grey hacía más de treinta años: que Estados Unidos es «como una gigantesca olla a presión. Una vez encendido el fuego, puede generar una energía ilimitada».

Y de este modo, «saciado de emociones y sensaciones, me acosté y dormí el sueño de los justos y agradecidos».[731]

Churchill tenía demasiado tacto para mencionar que el fuego encendido en tiempos de Grey se había apagado de forma inesperada tras ganar una guerra. Haría falta un cuarto de siglo para volver a encenderlo, además de una crisis más peligrosa que la de 1917 y una coordinación entre medios y fines más minuciosa que la puesta en práctica por Wilson. Así que Roosevelt se tomó su tiempo. Churchill solo podía esperar —con elegancia, eso sí— que transcurrieran veintisiete de los sesenta y ocho meses que el Reino Unido estuvo en guerra.

Roosevelt esperó a que ocurrieran tres cosas. En primer lugar, a que el rearme estadounidense devolviera la prosperidad, permitiese apoyar de forma particular a determinados aliados y ayudase a mantener la esperanza —jamás la promesa— de no tener que entrar en la guerra. En segundo lugar, a tener garantías de que la Unión Soviética sobreviviría y ejercería como aliado continental entre las grandes amenazas que presentaban dos

países periféricos más pequeños, Alemania y Japón; despojada de alternativas por las malas decisiones de Stalin, la autocracia soviética habría de luchar más que ninguna para salvar las democracias británica y estadounidense. Y en tercer y último lugar, Roosevelt necesitaba su propio Fort Sumter, la autoridad moral que confiere ser atacado, lo que silenciaría las exigencias internas de no romper la paz. Al final, consiguió dos de las tres: el ataque de Japón en Pearl Harbor y la declaración de guerra de Hitler cuatro días después.

Durante los siguientes cuatro años, fue Roosevelt, más que ningún otro, quien rescató la democracia y el capitalismo: no por todas partes y en todos los ámbitos, pero sí de manera que tanto una como el otro recuperasen su estabilidad. Los reveses sufridos en la primera mitad de siglo xx podrían revertirse durante la segunda. Roosevelt hizo dos guerras, en las antípodas una de otra, en las que obtuvo dos victorias casi simultáneas. Solo el 2 por ciento de las bajas de ambas guerras fueron estadounidenses.[732] El país que presidía surgió entonces con la mitad de la capacidad para fabricar del planeta, dos tercios de sus reservas de oro, tres cuartas partes del capital invertido, la armada y fuerza aérea más grande del mundo y las primeras bombas atómicas.[733] En todo ello jugaron su papel, desde luego, varios pactos con diversos diablos: la estrategia, como la política, jamás es inocente. Sin embargo, como han señalado los historiadores Hal Brands y Patrick Porter: «Si aquello no fue una grandiosa estrategia de éxito, entonces no sabemos cuál lo ha sido».[734]

XIII

Franklin D. Roosevelt, según escribió Isaiah Berlin diez años después de la muerte del presidente, había sido «un hombre atractivo, encantador, alegre, muy inteligente y audaz», cuyos críticos le echaban en cara múltiples taras. Lo acusaban de «ignorante, poco escrupuloso e irresponsable», así como de «traidor a su clase». Se había rodeado de «aventureros, oportunistas taimados e intrigantes» y había «jugado despiadadamente con las carreras profesionales de la gente e incluso con sus vidas». Había hecho «promesas contradictorias, con cinismo y descaro». Se había valido de su «vasto e

irresistible encanto público» para compensar sus irresponsabilidades. «Todo esto se decía de él, y algo quizá se ajustase a la realidad.» Sin embargo, Roosevelt poseía «poco comunes y estimulantes virtudes que compensaban todo lo anterior».

> Era un hombre de gran corazón y con amplios horizontes políticos. Poseía una fértil imaginación y entendió el tiempo que le había tocado vivir y las nuevas y poderosas fuerzas —tecnológicas, raciales, imperialistas y antiimperialistas— que interactuaron durante el siglo xx. Estuvo a favor de la vida y del cambio y trató de que los deseos del mayor número posible de seres humanos pudieran verse satisfechos con la mayor generosidad posible. No estuvo a favor del exceso de prudencia, del atrincheramiento y del inmovilismo. Sobre todo, fue un hombre valiente de verdad.

En consecuencia —algo inusual entre los gobernantes de su país o de cualquier otro—, dio siempre la impresión de «no tener ningún miedo al futuro».

Wilson, durante sus paseos triunfales por París, Londres y Roma, había transmitido algo similar a lo anterior, pero solo por poco tiempo: «Desapareció rápido y dejó una horrible sensación de desencanto». Había sido el tipo de líder que, poseído por un «sueño coherente y magnífico […], no es capaz de entender ni los acontecimientos ni a las personas», y, por tanto, puede «vivir en la ignorancia de una gran cantidad de asuntos que ocurren a su alrededor». Los débiles y los indecisos encontrarán, quizá, «alivio, paz y fuerza» en seguir los pasos de una persona así, «para quien todos los temas son claros, cuyo universo está pintado en colores primarios, la mayor parte en blanco y negro, y que marcha rumbo a su objetivo sin mirar a izquierda o derecha». Entran también en esta categoría, sin embargo, «peligrosos malhechores como Hitler».

Roosevelt presenta un sorprendente contraste, pues fue uno de esos políticos equipados con «antenas muy sensibles, que le permitían percibir […] los contornos siempre cambiantes de los acontecimientos, de los sentimientos y de las actividades humanas». Dotadas de la capacidad de «captar hasta las impresiones más sutiles», esas antenas logran absorber y deducir los motivos y las intenciones —como hacen los artistas— de una ingente cantidad «de pequeños detalles escurridizos y fugaces».

> Los estadistas de esta índole saben qué hacer y cuándo para alcanzar sus fines. Estos, en general, no se originan en un mundo interior y privado ni en la introspección emotiva; son, por el contrario,

la cristalización y la nítida definición de aquello que un gran número de conciudadanos piensa y siente de forma deslavazada y poco clara, pero persistente.

Lo cual permite a ese tipo de líderes transmitir a esos conciudadanos «cierta idea que les permita entender sus necesidades interiores, cierta respuesta a sus impulsos más profundos, una manera de ser capaces por sí mismos de organizar el mundo conocido según pautas que están buscando a tientas, de manera instintiva». De este modo, concluye Berlin, Roosevelt hizo que los estadounidenses «estuvieran más orgullosos de sí mismos que nunca. Fue capaz de elevar la condición de sus compatriotas ante sus propios ojos, en un ascenso vertiginoso a ojos del resto del mundo».

En efecto, Roosevelt demostró «que el poder y el orden […] no son una camisa de fuerza para la doctrina» y que «resulta posible reconciliar la libertad individual —el vago tejido de la sociedad— con el mínimo indispensable de organización y autoridad». En esa coexistencia de opuestos reside «lo que el mejor de los predecesores de Roosevelt había descrito en una ocasión como "la última mejor esperanza de la tierra"». [735]

XIV

La fecha es 26 de mayo de 1940. El lugar, Trinidad, Colorado, en el antiguo camino de Santa Fe. Atardece, el sol acaba de ponerse tras las montañas. Un coche se ha detenido en el arcén de la carretera. Dentro hay sentados dos hombres que tratan de sintonizar una emisora de radio. Uno tiene treinta y nueve años; el otro, veintidós. Están viajando en coche por todo el país. [736] Unos lugareños se acercan al vehículo y les preguntan si pueden escuchar también: para los viajeros, estos son «mexicanos», si bien sus ancestros habían poseído antaño todas las tierras que se divisaban alrededor. Todos encienden cigarrillos mientras una voz conocida comienza a hablar con estática de fondo: «Amigos míos…».

Los hombres que viajan son Bernard DeVoto, profesor de inglés de Harvard que ha hecho negocio como contrabandista, ha fracasado como novelista y pronto triunfará como historiador; y Arthur Schlesinger, Jr., su asistente y chófer. DeVoto ha crecido en Utah y quiere reanudar el contacto

con el Oeste estadounidense. Tras el viaje, pondrá punto y final a su épico ensayo *The Year of Decision. 1846*, que aparecerá en 1943. Sin embargo, esa tarde, ellos, como los «mexicanos», tienen otros asuntos en la cabeza.

En efecto, Francia está a punto de caer y pronto, quizá, llegue el turno de Inglaterra. Como Schlesinger escribiría a sus padres unos días después: «El mundo en el que yo me había preparado para vivir ha desaparecido». DeVoto, que había luchado en Francia con el ejército estadounidense durante la Gran Guerra, sabía de lo que hablaba: «Éramos la generación de la guerra y algunos nos llamaron la generación perdida. Luego fuimos la generación de la depresión y ahora regresamos a nuestra condición primera». DeVoto y Schlesinger han leído y debatido el artículo aparecido en el número de junio de *Harper's Bazaar* —en el que aquel firma una columna—, titulado «Enter Atomic Power».[737] En él no se habla de sus aplicaciones militares, pero los dos hombres que viajan en el coche no pueden evitar preguntarse «si con un puñado de aquello […], se podría impulsar un tanque».

Aun así, conforme han ido cruzando el país en su viaje, este se ha ido haciendo más seguro. Han recorrido tres mil kilómetros de casas sólidas, jardines cuidados y flores de vivos colores: «Rompeolas contra la erosión de los tiempos que marcan un espacio en el que las raíces se hunden hasta el fondo para asegurar el suelo». Las escuelas tienen mejor aspecto que nunca; la gente, «habituada a la paz», se muestra siempre amable. Nunca jamás, jura DeVoto, «criticaré la radio». En efecto, de repente, «entre los anuncios de lociones de afeitado y cereales para el desayuno, aparece una herramienta para la democracia». Nadie, en nuestro tiempo, podrá decir «que los estadounidenses no sabían en qué se habían metido, ni por qué».

Ese discurso de Roosevelt no es de los mejores. En él presenta demasiadas estadísticas sobre el rearme, que pronto se verán muy eclipsadas por las que hablan de lo que el país conseguirá si va a la guerra. Lo que el presidente quiere hacer saber a todos los estadounidenses, sin embargo, es que su seguridad no vendrá dada solo por la distancia oceánica. Las nuevas tecnologías utilizadas en los «barcos» —los que surcan la superficie del mar o viajan bajo ella— hacen imposible el aislamiento. Sin embargo, desde dentro de sus fronteras, el país llevará a cabo lo que sea necesario para proteger a sus ciudadanos.

> Los estadounidenses llevamos más de tres siglos construyendo en este continente una sociedad libre, en la que la promesa del espíritu humano puede verse cumplida. […] Y hemos construido bien.[738]

Cuando finaliza el discurso, el coche está lleno de humo de tabaco y se produce un breve silencio, tras el cual uno de los «mexicanos» dice: «Parece que América declarará la guerra pronto». «Eso parece», reconoce DeVoto. Y después se despiden y continúan su viaje hacia Trinidad, Colorado.

10
ISAIAH

«Odio las interrupciones de todo tipo», escribió Isaiah Berlin a su amigo, el novelista y poeta Stephen Spender, en 1936. «Lo cual es una forma de decir que tardo mucho en asentarme y odio el desarraigo […]: en consecuencia, defiendo apasionadamente los grupos sociales pequeños, las disciplinas fijas, etcétera, lo cual es simplemente una racionalización de mi amor al útero materno, creo yo (un útero con vistas, un útero propio, etcétera).»[739] Sin embargo, cuando estalló la guerra, tres años más tarde, el Oxford de Berlin se volvió claustrofóbico incluso para él. Exento del servicio militar debido a una lesión en el brazo producida por el parto y excluido de los servicios de inteligencia por su origen letón y ruso, reconoció, tras la caída de Francia, que «la esfera privada de la vida se ha agrietado por varios sitios. Me encantaría ayudar de alguna manera al gran proceso de la historia».[740]

Esta carta iba dirigida a Marion Frankfurter, esposa de Felix Frankfurter, exprofesor de Derecho en Harvard y asesor de Franklin Delano Roosevelt, que hacía poco le había designado para el Tribunal Supremo: Berlin conoció a los Frankfurter el año que pasaron en Oxford.[741] A Berlin, su tendencia habitual al arraigo, y quizá también su situación económica, no le habían permitido conocer Estados Unidos. Por fin cruzó el charco el verano de 1940, a los treinta y dos años, y lo hizo, como Colón, a causa de un error y tras un arriesgado viaje.

Otro de sus conocidos, Guy Burgess, del Ministerio de Asuntos Exteriores, aseguraba haber encontrado un trabajo para Berlin en la embajada británica de Moscú. Dado su dominio del ruso y su anhelo por ser de utilidad, aceptó de inmediato. A mediados de julio, zarparon juntos rumbo a Quebec en un barco que surcó el Atlántico en zigzag para evitar a

los submarinos alemanes. Tras una breve escala en Nueva York, planeaban continuar por Japón y Siberia, pero Burgess, un tipo no demasiado fiable y reconocido bebedor —más tarde se descubrió que espiaba para los soviéticos—,[742] no había concretado el asunto del puesto de Berlin con sir Strafford Cripps, el embajador británico en la Unión Soviética. Cuando supo que estaban de camino, este se negó a recibirlos. Los superiores de Burgess le ordenaron que regresara a Londres y dejaron a Berlin, «que no está al servicio del gobierno de Su Majestad», en Estados Unidos, con libertad para hacer «lo que considere oportuno».[743]

«Tengo que buscarme un trabajo por mi cuenta», escribió a una amiga. «No me puedo imaginar lo mal que seguramente se me dará esto.»[744] Empezó a crear una red de contactos, para lo cual tenía una gran habilidad. Comenzó por los Frankfurter y convenció a un invitado de estos, el teólogo Reinhold Niebuhr, para que escribiera a Cripps y le pidiera que reconsiderase su decisión. Más adelante, Berlin encontró alojamiento en Washington, gracias a sus amistades de Oxford, y poco después consiguió reunirse con el embajador soviético. Durante el almuerzo, preguntó a su anfitrión por qué Stalin había anexionado Letonia no hacía mucho, a lo que el dignatario murmuró, mientras le autorizaba el visado, que se trataba de un New Deal para los estados bálticos.[745] Finalmente, Berlin no necesitó el visado, pues Cripps no cambió de opinión. Y además, se le ofreció un trabajo que no había buscado.

«Nunca había visto a Isaiah, […] ni siquiera había oído hablar de él», confesaría más adelante John Wheeler-Bennett, de la embajada británica. Sin embargo, recordó, «estábamos sentados en el jardín con nuestras bebidas y en ese mismo momento me hechizó con su desbordante inteligencia». Pese a llevar solo unos días en Estados Unidos, Berlin transmitía la sensación de «conocer el país como si viviera allí toda la vida».

> Nunca dejaba de hablar, pero nunca aburría, aun cuando a veces nos costaba un poco entenderle […]. Era absolutamente brillante, pero ni uno solo de los que le escuchábamos nos sentíamos abrumados o excluidos. Una de las cualidades más valiosas de Isaiah es que suscita la genialidad en los demás […], les hace sentir que son más brillantes e ingeniosos de lo que creían.

Sabiendo que el nuevo primer ministro británico, tras la evacuación de Dunkerque, había reavivado una antigua profecía, según la cual Dios

dispondría «que, con todo su poder, el Nuevo Mundo» diera un paso adelante y saliese «al rescate del Viejo para liberarlo»,[746] Wheeler-Bennett y sus compañeros conspiraron para que Berlin se quedase en su lado del océano. Para ellos, era «una respuesta a sus plegarias».[747]

Su trabajo, decidieron, sería explicar el «Nuevo Mundo» al «Viejo». Cuando Pearl Harbor fue atacado, Berlin ya elaboraba «resúmenes políticos semanales» de cientos de palabras que se centraban en la actualidad de Washington, aunque también hablaban de otros temas. Estos informes confidenciales se enviaban por correo —o, cuando resultaba necesario, por telegrama— y estaban a medio camino entre las comunicaciones de alto secreto y las noticias generales.[748] Aportaban un contexto muy necesario y, para su confección, Berlin debía sacar el máximo partido de sus habilidades sociales. Ahora ya podría ir con la conciencia tranquila a todas las fiestas que quisiera, pues estaría contribuyendo a alcanzar la victoria.

I

«Siempre debemos basarnos en la idea de que los estadounidenses son extranjeros para nosotros, y nosotros, para ellos», escribió Berlin en uno de sus primeros informes, a principios de 1942. Mientras que Gran Bretaña había suspendido la actividad política (no hubo elecciones generales entre 1935 y 1945), Estados Unidos «siguió funcionando en gran medida como siempre». Roosevelt continuó nombrando a diversas personas para los cargos habituales. Los congresistas se ocupaban de sí mismos, como de costumbre, con su sistema de favores mutuos. Los asuntos locales y las lealtades automáticas condicionaban las elecciones tanto como las circunstancias del mundo exterior o más: ni siquiera después de Pearl Harbor representaba una vergüenza ser aislacionista, pues «la mitad [de quienes votaban] ha hecho lo mismo o algo peor y la otra mitad nunca ha oído hablar de nada parecido».[749]

Mientras tanto, «el esfuerzo productivo de este continente sigue ganando fuerza y velocidad, y los efectos se aprecian en que los estadounidenses son conscientes de su propio poder». Estos admitían ya que «meterse en una guerra pudo haber sido una cuestión de mala suerte, pero entrar en dos ha

de deberse a algún fallo del sistema». Un error que no sabían muy bien aún cómo solventar. ¿Seguirían los estadounidenses a «reformistas liberales criados en el campo», como el vicepresidente, Henry A. Wallace, hacia un New Deal global, sin limitación de nacionalidad, de raza o de clase? ¿O adoptarían el «imperialismo económico» del editor Henry Luce, que ya había proclamado que aquel sería el siglo «estadounidense»? En cualquier caso, Roosevelt gobernaría «con habilidades políticas infinitamente mejores, aunque con una fuerza moral menos convincente que la de Wilson».[750]

Esto se debía en gran parte a que Roosevelt, a diferencia de Wilson, tendría que plantar cara a la Unión Soviética. «Stalin podría ser el diablo en la paz hacia la que avanzamos —informaba Berlin—, pero Estados Unidos creen tener una cuchara lo bastante larga como para poder comer con él.» Trataría, por supuesto, de evitar resultados extremos: que los rusos «arrasen cuanto encuentren en Europa y establezcan el comunismo en todas partes» o que «se detengan en su propia frontera y firmen la paz con los alemanes». En cualquier caso, ninguno de esos resultados, y tampoco sus términos medios, dejaría espacio para «las naciones pequeñas sobre las cuales Rusia impondría duras exigencias».[751]

El precio de la victoria, por tanto, era negar la justicia, porque el precio de la justicia podría ser, a la inversa, negar la victoria. Berlin confirmó esto con una estremecedora murmuración:

> Según fuentes fiables, el embajador griego afirmó que, en su última entrevista con el presidente, este le dijo que el Gobierno de Estados Unidos no pondría el grito en el cielo a raíz de la incorporación de los estados bálticos a la Rusia soviética. […] El embajador griego preguntó por Polonia. Según nuestro informante, el presidente hizo un fingido aspaviento de exasperación y dijo que estaba muy cansado del problema de Polonia, que se lo había comunicado al embajador de forma clara y que le había avisado personalmente de las posibles consecuencias si continuaba la agitación en su país.
>
> […] La sensación general, visible en la prensa y en las conversaciones entre el joven y vehemente gobierno de Washington y otros ejecutivos […] es que Rusia está dando los únicos pasos lógicos para un gran poder continental en crecimiento, que los recursos de Estados Unidos permiten que actúe de este modo y […] que, con frialdad y pragmatismo, ambos países podrán ponerse de acuerdo tras un intenso forcejeo, sin la mediación de Gran Bretaña o de cualquier otro «viejo» poder en declive. No niegan que […] los ideales de Wilson estén desapareciendo, pero, como así lo desean los rusos, puede que este sea el camino que inevitablemente tome el mundo, y sería un insensato lujo seguir mostrando una actitud amenazante ante Rusia en nombre de ideales que Estados Unidos sabe que no impondrá nunca por la fuerza.

> Se dice que el gobernador [Alf] Landon [candidato republicano a la presidencia derrotado en 1936] llamó hace poco al secretario de Estado, [Cordell] Hull, para preguntar por qué no se habían obtenido garantías para Polonia en la conferencia de Moscú [celebrada en octubre de 1943]. Se dice que Hull le sugirió que fuese él mismo a Moscú y defendiera la causa de los polacos ante el mariscal Stalin en nombre del gran Medio Oeste. Landon preguntó a Hull si de verdad pensaba que algo así salvaría a los polacos. Hull le rogó que de ninguna manera olvidase obtener de los republicanos el compromiso de apoyar la declaración de guerra inminente si los rusos se obstinaban en no respetar la integridad de Polonia, y lograr la promesa clara del ejército y de la armada de Estados Unidos de que ofrecerían su apoyo. Se dice que Landon, que al principio se había tomado en serio las palabras de Hull, está profundamente dolido por los irónicos comentarios de este y se encuentra de muy mal humor en Kansas.[752]

Para que sus informes no resultaran demasiado deprimentes, Berlin hizo lo que pudo por alegrarlos:

> Al salir de la cena por el aniversario del nacimiento de Washington, se oyó a un demócrata comentar [que] «el día del aniversario de Lincoln, [Roosevelt] se creyó Lincoln. Hoy se creía que era Washington. ¿Qué dirá en Navidad?».
>
> El coronel [Robert] McCormick [editor aislacionista del *Chicago Tribune*] […] tiene la intención de [solicitar la] incorporación de Australia, Nueva Zelanda, Canadá, Escocia, Gales, etcétera, a Estados Unidos. No ha de desdeñarse el mucho entretenimiento que puede procurar esta campaña, pues se nos asegura que el coronel lo dice muy en serio.
>
> El apasionado deseo de Wallace de asegurarse de nuevo su reelección para la vicepresidencia [en 1944] es único en la historia de Estados Unidos: este peculiar espectáculo se observa con pena o alegría según el lado del que esté el observador.
>
> El senador [Hiram] Johnson [de California] recibió un vago apoyo, en términos más suaves, del senador [Walter] George [de Georgia]. Se dirigió a él con su acento georgiano nativo.
>
> La ligereza de trato de Roosevelt, al que con frecuencia recurría para salir de aprietos, pone a prueba en ocasiones la sinceridad de sus propios seguidores.[753]

No ocurría lo mismo con Berlin, cuya ligereza no ponía a prueba a sus lectores londinenses, para los que, más bien, suponía un alivio, aunque fuese momentáneo, de la pesimista realidad del rescate y la liberación del Viejo Mundo.

La admiración de una lectora provocó el caso de confusión de identidad más famoso de los años de la guerra. El 9 de febrero de 1944, Winston Churchill invitó al autor de los resúmenes semanales, «I. Berlin», a comer al número 10 de Downing Street. El primer ministro, perplejo, se encontró almorzando con un invitado de honor igualmente desconcertado, Irving Berlin, el compositor de «White Christmas». Corrió la voz, lo cual hizo que Isaiah Berlin se convirtiera, según su biógrafo, Michael Ignatieff, «en una celebridad menor por error».[754]

II

Los resúmenes de Berlin lo catapultaron desde las ceñidas conversaciones de Oxford hasta las mucho más amplias de una república envuelta en una guerra total, salto facilitado por su ojo de lince y por su fluida expresión. «¿Quién habría pensado que acabaría interesándome con esta avidez en la política estadounidense?», escribió a sus padres. Quizá Estados Unidos fuese un Oxford a mayor escala: en ambos lugares, las instituciones tenían menos importancia que las relaciones individuales, «cuyos rituales […], por supuesto, siempre me han fascinado». Sea cual sea la explicación, Berlin recordaría sus años en Washington como un «último oasis […] después del cual la juventud acaba y empieza la vida normal».[755]

Llegó a Moscú por fin en septiembre de 1945, esta vez con la aprobación del Ministerio de Asuntos Exteriores; esperaban de él, contó Berlin a sus amistades, un conciso informe que «orientase de manera definitiva las políticas británicas».[756] Sin embargo, se dio cuenta de que allí las cosas no funcionaban como en Estados Unidos. La policía secreta le seguía a todas partes, limitaba sus movimientos, vigilaba sus conversaciones y hasta algunas veces daba la impresión de leerle el pensamiento. Sus conocimientos de ruso no hicieron sino avivar más aún las sospechas.[757]

A Berlin, por primera vez, se le quedó la lengua trabada. Entendía lo que la gente le contaba, pero no se atrevía a hablar con ellos por miedo a causarles problemas. Había familias que contaban al oído, entre susurros, lo que habían soportado a lo largo de una década de purgas y de guerras. Los poetas, dramaturgos, artistas, cineastas y novelistas que deberían haber encarnado la cultura rusa contemporánea parecían recién salidos del estómago de la ballena de Jonás: estaban vivos, pero descoloridos, agotados y exangües.[758] Los chismes ya no eran algo inocente, sino un arma mortal. Había que pedir disculpas solo por el mero hecho de haber sobrevivido.

El silencio de la Rusia de Stalin afectó a Berlin —algo de esperar en alguien que tan pocas veces callaba— al menos tanto como la cacofonía de Estados Unidos. Casi no había oído hablar de Anna Ajmátova, cuando entró

en una librería de Leningrado una tarde de noviembre, cogió uno de sus poemarios y preguntó si seguía viva. Le dijeron que sí, que residía cerca de allí, que si quería visitarla. Respondió que nada le gustaría más, así que la llamaron, ella le invitó a su casa y charlaron durante toda la noche y la mañana del día siguiente.[759] Recordaría esta experiencia como la más importante de su vida.[760]

A Ajmátova, conocida en Occidente como poeta prerrevolucionaria, no se le había permitido publicar nada importante desde 1925. Su primer marido había sido ejecutado durante el mandato de Lenin, su segundo marido y su hijo habían pasado años en el gulag y ella había sobrevivido al asedio de Leningrado porque Stalin autorizó que no muriese de hambre. Tras regresar de la evacuación ordenada por este, vivió sola en su apartamento casi vacío, de una sola habitación y sin ascensor, con pocos motivos para pensar que algún día su anonimato acabaría.

A Berlin le pareció una persona desafiante, con ademanes de «reina trágica». Ella solo había conocido, según reconoció, a un extranjero desde la Primera Guerra Mundial, aparte de él. Berlin, veinte años más joven, se esforzaba por satisfacer su curiosidad sin revelar que no había leído su poesía. Se veían el uno al otro como parte de un mundo inaccesible: él provenía de una Europa de la que ella había quedado aislada; ella había nacido en la Rusia que Berlin debió abandonar de niño. Lo que escuchó aquella noche, recordaría años más tarde, «iba mucho más allá de cualquier cosa que me hubiesen descrito antes en palabras».[761] Ella le describió un futuro en un poema:

> […] no será mi esposo amado,
> pero seremos juntos tan temibles
> que el siglo veinte se conmoverá de raíz.[762]

Maquiavelo podría haber dicho que aquella noche ambos la dedicaron a bosquejar: quisieron perfilar al menos las formas de cosas que no tendrían tiempo de conocer. Clausewitz habría visto los *coups d'oeil*, los «ojos interiores», que comprendían verdades para las que normalmente habría hecho falta una larga reflexión. Sin embargo, solo Tolstói podría haber retratado un instante así: dos vidas pivotando sobre un solo punto; una liebre real y nada imaginaria en el bosque de Tarutino.

Para Ajmátova, esa noche significaría otra década de aislamiento, pues la invisible presencia que los había acompañado en su apartamento no era sino el propio Stalin, cuyos agentes lo mantenían bien informado. Para Berlin, aquel encuentro supuso un giro completo en la equidistancia moral con que había visto hasta el momento la inminente Guerra Fría: dos grandes potencias que hacían lo que siempre han hecho las grandes potencias. Empezó a ver que Estados Unidos y Rusia eran diferentes, no solo en cuanto a geografía, cultura y capacidades, sino también, de forma esencial, por los ecosistemas que necesitaban. Estados Unidos prosperaba en el ruido. La Unión Soviética exigía silencio.

III

«Lo que está ocurriendo [en la Unión Soviética] es […], de un modo indescriptible, sórdido y detestable», escribió Berlin a un amigo en noviembre de 1946: «La lenta humillación de poetas y músicos resulta más atroz, en cierto modo, que matarlos a tiros».[763] Pero ¿no habían sufrido siempre los rusos bajo el mando de los tiranos? Sí, admitiría más adelante, pero, al intentar reprimir la creatividad, los zares la habían concentrado: con ellos, Rusia se había convertido en un semillero de ideas que «se tomaban más en serio y jugaban un papel más importante y peculiar [allí] que en ninguna otra parte».[764] Atormentado por el contraste entre la historia que conocía y el presente que había visto, Berlin se dispuso a relacionar la Rusia del siglo XIX «con el mundo moderno y con la condición humana en general».[765]

El vínculo sería el marxismo del siglo XX, que era tan hijo de los revolucionarios rusos como del propio Marx. Los planteamientos tradicionales del juicio crítico, ilustrados o no, habían calibrado cada situación según sus propias cualidades y no según ideas preconcebidas «sobre las que ninguna conclusión objetiva […] puede tener ningún efecto». Sin embargo, los marxistas afirmaban «saber de antemano si el punto de vista de un hombre era correcto […] con solo averiguar su condición o su entorno social o económico». Asumían «la irrefutabilidad de [su] propia teoría».[766] Berlin aplicó también este argumento al fascismo,

«culminación y quiebra del patriotismo místico» que había enardecido a los nacionalistas europeos del siglo XIX. Esto significaba que las dos grandes rupturas de su tiempo, la Segunda Guerra Mundial y la Guerra Fría, eran el resultado de un claro propósito «totalitario» de eliminar las contradicciones «por medios distintos a la reflexión y el diálogo».[767]

Los racionalistas creían desde hacía tiempo que las contradicciones contienen la semilla de su propia resolución. Los conservadores hallaban dicha semilla en el paso del tiempo, lo cual reducía antiguas controversias al encajarlas en circunstancias nuevas: encarnaban esta tradición Bismarck y Salisbury. Los liberales la buscaban en estructuras asumibles para los bandos enfrentados: los «Catorce puntos» de Wilson, por ejemplo. Ambas partes compartían la creencia, «de forma demasiado obvia como para percibirse de una manera clara», de que los problemas podían resolverse mediante «la aplicación consciente de verdades con las cuales podrían estar de acuerdo todos los hombres con suficientes facultades mentales».[768]

Pero ¿y si el tiempo no pasaba con la necesaria rapidez? ¿Y si no existían las citadas «verdades»? ¿Y si existían, pero era imposible detectarlas? Estas fueron las subversiones con las que los radicales rusos del siglo XIX infectaron el siglo XX: «Si la revolución lo exigía, se le debía ofrecer todo —la libertad, la democracia, los derechos individuales— como sacrificio». Marx, quería creer Berlin, fue «demasiado europeo» como para llegar tan lejos. Lenin no tenía los mismos escrúpulos:

> Las masas estaban demasiado aturdidas y ciegas como para permitirse elegir en qué dirección avanzar […]. Solo podían salvarse mediante órdenes despiadadas emitidas por líderes que habían adquirido la capacidad de organizar a los esclavos libertos en un sistema racional y planificado.

De ahí las «barbaridades» que, como dijo Berlin en su conferencia de 1953 sobre Maquiavelo, «le helarían la sangre a cualquier persona corriente». Y ¿de dónde provenía esa «capacidad»? De lo que Marx había aportado con todo su entusiasmo: una teoría de la historia que daba a aquellos que la conocieran la confianza de no temer nunca al futuro.[769]

Sin embargo, Berlin diría esto mismo también de Franklin Delano Roosevelt en 1955, sin querer dar a entender que el difunto presidente hubiese leído siquiera el capítulo dedicado al materialismo dialéctico y el materialismo histórico de *Historia del Partido Comunista (Bolchevique) de la U. R. S. S.*, obra de Stalin publicada en 1938. Roosevelt no era un conservador bismarckiano, ni un liberal wilsoniano, ni un marxista-leninista, ni un nazi. Sin embargo, tenía una absoluta confianza en sí mismo:

> En un mundo sin esperanzas, que parecía dividido entre fanáticos crueles y condenadamente eficaces a la hora de destruirlo todo a su paso y una ciudadanía desorientada en constante huida, mártir involuntaria de una causa que no sabía definir, Roosevelt confiaba en su propia destreza para aplacar esa terrible marea, siempre y cuando estuviera al mando.

Esto, para Berlin, convertía a Roosevelt en «el mejor líder de la democracia, el mayor defensor del progreso social del siglo XX».[770] ¿De dónde provenía la confianza de Roosevelt?

Seguramente, no buscaba la verdad en la forma de las nubes, como Polonio. Sin embargo, tampoco la encontró en la reconciliación o en la eliminación de las contradicciones: Roosevelt era a la vez demasiado cínico y demasiado humano como para decantarse por ninguna de estas opciones. Y quizá, era uno de esos líderes que había «aprendido a vivir», como decía Berlin, y al estilo de Maquiavelo, con «alternativas incompatibles en la vida pública y en la privada».[771] «Soy un malabarista —admitió el propio Roosevelt en 1942—, nunca dejo que mi mano derecha sepa lo que hace la izquierda.»[772]

A los asesores presidenciales esto les resultaba frustrante e incluso frívolo, y algunos historiadores han estado de acuerdo;[773] pero estudiemos la metáfora con más detenimiento: ¿cómo se evita que una mano sepa lo que hace la otra sin tener una mente que dé diferentes instrucciones a ambas? «Puedo ser totalmente contradictorio —explicaba Roosevelt—, si eso ayuda a ganar la guerra.»[774] Así pues, la coherencia en su gran estrategia no era tanto una cuestión lógica como de escala: lo que no tenía sentido para sus subordinados podía tener bastante sentido para él, pues veía mejor que nadie las relaciones entre todos los asuntos y, además, no compartía sus reflexiones con nadie. En lugar de esto, irradiaba una

serenidad supuestamente natural, pese a que durante toda su presidencia, la más larga de la historia estadounidense, y el último tercio de su vida no fue siquiera capaz de controlar sus propias piernas.[775]

Es el 8 de marzo de 1933, por la tarde. Una limusina se detiene frente a una casa en Georgetown. El recién investido presidente de Estados Unidos se baja con ayuda, es conducido al interior de la casa en silla de ruedas y toma el ascensor que sube a la biblioteca del primer piso. El juez del Tribunal Supremo, Oliver Wendell Holmes, Jr., que acaba de jubilarse, duerme una siesta en su dormitorio. Se recupera de la fiesta que le han organizado por su nonagésimo segundo cumpleaños, celebrada ese mismo día. Sin embargo, Felix Frankfurter —que aún no conoce a Isaiah Berlin— ha preparado una sorpresa. «No seas idiota», le gruñe Holmes a su secretario, cuando este le despierta: «¿Cómo va a venir el presidente a verme?». Sin embargo, ahí está, esperando pacientemente en la biblioteca. El veterano, herido tres veces en la guerra de Lincoln, se prepara para saludar al último sucesor del Gran Emancipador. La charla que mantienen a continuación es agradable e informal. No tanto lo que Holmes dice una vez que Roosevelt se ha marchado: «Una mente de segunda con un temperamento de primera».[776]

V

«Para ser llevada a cabo con cierta perfección —escribe Clausewitz—, toda actividad de carácter especial exige cualidades especiales de entendimiento y carácter. Cuando estas cualidades poseen un alto grado de excelencia y se ponen de manifiesto mediante logros extraordinarios, se distingue al espíritu al cual pertenecen con el término de "genio".»[777] Entiendo que Clausewitz se refiere a los ajustes constantes del «entendimiento» —el cual marca el camino— al «temperamento» —que determina cómo se recorre este—, puesto que, de la misma forma que no hay política pura del todo, no existe ninguna «gran estrategia» que no se vea afectada por lo inesperado.

¿Por qué nunca vemos a funambulistas sin sus pértigas? Porque estas ayudan a equilibrar y resultan tan esenciales para alcanzar el objetivo como los pasos que se dan hacia él. Sin embargo, las pértigas funcionan mediante

la intuición, no mediante el pensamiento: si solo piensa en ella, el funambulista terminará cayéndose. El temperamento funciona de forma similar, según creo, en el marco de la estrategia. No es una brújula, pues esa función la cumple la inteligencia; pero sí un giroscopio estabilizador: un oído interno que complementa al «vistazo» de Clausewitz. Como las pértigas en el funambulismo, el temperamento marca la diferencia entre una caída y un final de recorrido a salvo.

Jerjes no fue capaz de dominar sus ambiciones y Artábano no supo controlar sus miedos: ambos sucumbieron, de forma diferente, a la falta de temperamento. Pericles pasó de la tolerancia a la represión en un solo discurso y Atenas no tardó en tomar el mismo camino. Octaviano prosperó mediante el aprendizaje del autocontrol; Marco Antonio fracasó por olvidarlo. Agustín y Maquiavelo legaron la mano dura y la mano blanda con que Felipe II e Isabel I darían forma a diferentes mundos nuevos. Napoleón perdió su imperio por confundir aspiraciones y capacidades, y Lincoln salvó a su país esquivando esa confusión. Wilson, el constructor, decepcionó a su generación; Roosevelt, el malabarista, superó las expectativas de la suya. Parafraseando el chiste del poni que contaba Ronald Reagan,[778] aquí debe de haber un patrón por alguna parte.

Quizá pueda encontrarse ese patrón en lo que Philip Tetlock propone: que hemos sobrevivido como especie combinando los rasgos de los animales de Berlin. Los zorros se adaptan más fácilmente a los cambios rápidos, pero los erizos prosperan en tiempos estables.[779] Esto sumaría a la idea de «inteligencia de primera clase» de Scott Fitzgerald la capacidad de mantener opuestos tanto en la conducta como en el intelecto. Esto nos lleva de nuevo a la teoría de Tetlock sobre el «buen juicio» como un «acto de equilibrio» que requiere «volver a pensar supuestos esenciales», a la vez que se «conserva la visión del mundo existente».[780] O, en términos más sencillos, aplicar el sentido común a cualquier altura.

VI

Todo lo anterior, no obstante, supondría, valga la metáfora, una cuerda floja de equidistancia moral. Caer de ella, por cualquiera de sus lados, tendría

efectos igualmente nefastos. Sin embargo, Berlin veía la política, ya en 1950, como una polaridad en cuyos extremos se hallaban ideas de libertad no equivalentes.[781]

Una de ellas ofrece al ser humano liberarse de la necesidad de tomar decisiones, cediéndolas a una autoridad superior, ya sea esta un colectivo, un partido, un Estado, una ideología o incluso una teoría. La otra idea de libertad ofrecía la posibilidad de tomar esas decisiones. Berlin llamaba al primero «libertad positiva», pero no de forma halagadora: esta libertad, si se lleva hasta el extremo, desemboca en la tiranía, donde las contradicciones se eliminan a base de silencio. El segundo, la «libertad negativa», fomenta las contradicciones e incluso el ruido: sin guías, podemos perder en ella el rumbo, caer en la estrechez de miras y, en última instancia, provocar la anarquía.

La libertad positiva, en este libro, son los erizos cuando intentan guiar a los zorros: el viejo Pericles, Julio César, Agustín de Hipona, Felipe II, Jorge III, Napoleón, Wilson y los dictadores del siglo XX, que sabían cómo funcionaba el mundo con tal certeza que prefirieron aplanar la topografía en lugar de moverse por ella. Esto aplanaba también a la población, que disfrutaba de una «libertad» acotada, la cual llevaba a situaciones que iban desde el desencanto y el despojo —en el mejor de los casos— hasta la esclavitud o el genocidio —en el peor—.

La libertad negativa pertenece a los zorros con brújula: el joven Pericles, Octaviano, Maquiavelo, Isabel I, los Padres Fundadores de Estados Unidos, Lincoln, Salisbury y, en especial, Roosevelt, que eran lo bastante humildes como para no saber nunca con seguridad lo que estaba por venir, poseían la flexibilidad para adaptarse a ello y el ingenio para aceptar e incluso aprovechar las incoherencias. Respetaban la topografía, meditaban decisiones complejas dentro de ella y las valoraban con atención una vez tomadas.

Ambos tipos de libertad requerían atravesar hasta el otro lado. Y como ocurre con la cuerda floja, en un pontón o en un barco, no existe travesía sin riesgo. La libertad positiva afirma haber reducido estos riesgos o, al menos, haberlos aplazado: en cualquier caso, los nuevos mundos del otro lado serán siempre la tierra prometida. La libertad negativa no ofrece nada de ese tipo: reconoce los límites, rebaja las expectativas y prefiere métodos probados

para alcanzar objetivos factibles. La libertad positiva no requiere más pruebas que las que ofrece la teoría, ya que, si los fines son compatibles, los medios convergerán de forma automática. La libertad negativa no espera ni compatibilidad ni convergencia, pero valora la experiencia y somete la teoría a sus correcciones.

Esto requiere lo que Berlin llama «pluralismo»:[782] un reconocimiento consciente de los males que persisten —«la condición derivada de la Caída», lo podría haber denominado Agustín—, pero también del bien que puede traer el hecho de equilibrar dichos males —«la condición de ser humano», habría contestado Maquiavelo—. Todo esto, si no sufrimos demasiado al vivir con las contradicciones que, como dijo Berlin, «no me dejan descansar desde entonces».[783]

VII

16 de febrero de 1962. Estamos en la Universidad de Indonesia, en Yogyakarta. Robert F. Kennedy, fiscal general de Estados Unidos, responde a la pregunta de un alumno sobre la guerra mexicanoestadounidense: «Quizá haya gente en Texas que no esté de acuerdo, pero creo que fue injustificada. No creo que debamos sentirnos orgullosos de aquel episodio». Hubo muchos en Texas que no estuvieron de acuerdo, en efecto, hasta el punto de que Kennedy tuvo que prometer a su hermano mayor que consultaría cualquier observación futura sobre aquel estado con el entonces vicepresidente, Lyndon B. Johnson, texano de nacimiento.[784] Unos meses más tarde, en mi primer año de carrera en la Universidad de Texas, en Austin, asistí a una conferencia grabada del historiador especializado en diplomacia Samuel Flagg Bemis, de Yale, un hombre de opiniones claras sobre la relación del pasado con el presente. Bemis, incapaz de resistirse a comentar la afirmación de Kennedy, empezó moderadamente, pero terminó con un memorable: «No querría tener que devolverlo todo, ¿verdad?».

Pues no, siendo completamente sinceros, la mayoría de nosotros no querría, ni siquiera en estos tiempos más políticamente correctos. En este caso, hacer justicia no solo alteraría el presente y el futuro, sino también el pasado: ¿no tendrían entonces los mexicanos que devolverlo todo a los

españoles, y estos a las poblaciones nativas que diezmaron, y estas a la flora y fauna que desplazaron al cruzar desde Siberia miles de años antes? El argumento es absurdo, pero solo porque rechaza la coexistencia de contradicciones en el tiempo o en el espacio; confirma, por tanto, la afirmación de Berlin de que no todo lo encomiable es a la vez posible y de que aprender a vivir en estas condiciones —llamémoslo «historia»— requiere adaptarse a lo incompatible.

Aquí es donde puede ser de ayuda la gran estrategia. Pues «en todos los tratos justos», recordaba Burke a sus compañeros parlamentarios en 1775, «lo adquirido debe guardar proporción con el precio pagado».[785] La proporcionalidad se origina en aquello que es la propia esencia de la gran estrategia: el alineamiento de aspiraciones potencialmente infinitas con capacidades necesariamente limitadas. ¿Y la justicia? Yo diría que nace cuando se inclina dicho alineamiento hacia la libertad. O, como habría señalado Berlin, hacia la «libertad negativa».

A esto se refería Clausewitz cuando hablaba de subordinar la guerra al poder político, pues ¿qué libertad podría traer la violencia total? Es lo que Agustín buscaba al intentar hacer las guerras «justas». Y lo que reconoció Sun Tzu con una cordialidad poco habitual en él: «La ira puede convertirse en alegría y la cólera puede convertirse en placer. Sin embargo, una nación jamás puede ser reconstruida y una vida no puede volver a nacer».[786]

La contradicción entre la vida y la muerte es la mayor a la que nos enfrentaremos, intelectual o espiritualmente, sea cual fuere el «presente» en que nos encontremos. Todos (o casi) merecemos respeto, sin importar el lado de la cuerda floja en que estemos.

ÍNDICE ALFABÉTICO

Abido
Accio, batalla de
Acheson, Dean
Adams, Abigail
Adams, John
Adams, John Quincy
  carrera diplomática de
  caso del barco *Amistad*
  como abolicionista
  doctrina Monroe formulada por
  en las elecciones de 1824
  extensión de la Unión y
  Lincoln comparado con
  muerte de
  presidencia de
  sobre la invasión napoleónica de Rusia
Agatocles de Sicilia
Agripa, Marco Vipsanio
Agripa Póstumo
Agustín de Hipona, san
  como erizo
  como maniqueo
  como obispo de Hipona
  como un pivote de la historia del pensamiento
  demandas de reconciliación entre la fe y el Estado
  infancia y adolescencia de
  Maquiavelo comparado con
  omnipotencia de Dios según
  razón y
  sobre la guerra justa
  sobre la justicia y el orden
  sobre la necesidad de los Estados
  Confesiones
  La Ciudad de Dios
aislamiento, estrategia de
Ajmátova, Anna
Alaska

Alba, Fernando Álvarez de Toledo, duque de
Alcibíades
Alejandro I, zar de Rusia
Alejandro Magno
Alemania n.
Alemania de Weimar
Alemania nazi
  invasión de la Unión Soviética
  pacto de no agresión con la Unión Soviética
Alemania Occidental
Alemania Oriental
Ambrosio, obispo de Milán
América
  gobierno español en
  véase también América del Norte
América del Norte
  colonias británicas en, *véase* colonias británicas en América
  colonias francesas en
América del Sur, independencia en
Amistad, caso del barco
Ana Bolena
Ana de Cléveris
Aníbal
Antietam, batalla de (1862)
Antonio, Lucio
Antonio, Marco
  Augusto y
  Cleopatra y
  en el triunvirato
  matrimonio con Octavia
  suicidio de
  victoria en Filipos
Aquiles
árabe-israelí, guerra
Aristófanes: *Los acarnienses*
Aristóteles
armada estadounidense, modernización por Roosevelt de la
Armada Invencible española
  estrategia de Isabel para derrotar
Arno, río n.
Arquídamo, rey de Esparta
Arquíloco de Paros
Artábano
  como zorro
artículos de la Confederación
Asquith, Julian Edward George, segundo conde de Oxford
Atenas, atenienses
  aliados

como poder marítimo
cultura agraria de
democracia en
evacuación de tierras alrededor de
evacuación de, en las guerras persas
Pericles revitaliza la cultura de
plaga en
Sicilia invadida por
Temístocles condenado al ostracismo por
temor espartano al poder de
Ática, invasión espartana de
Atos, península de
Augusto, emperador de Roma
Alejandro comparado con
asignación de tierras a soldados veteranos
astuto a la hora de juzgar el carácter
búsqueda de un sucesor
César como mentor de
como cultivador
como navegante
confianza en los generales más experimentados
ejecución de prisioneros rebeldes por
en el triunvirato con Marco Antonio y Lépido
en la batalla de Filipos
Eneida encargada por
enfermedad de
historial de
invasión de Sicilia por
lealtad del ejército ganada por
Marco Antonio y
muerte de
paso de una estrategia reactiva a proactiva
riesgos tomados por
Austen, Jane

Baláshov, Aleksandr
Báltico, estados del, y la Unión Soviética
Bates, Edward
Beard, Mary
Beckert, Sven
Bélgica
Bemis, Samuel Flagg
Berlin, Irving
Berlin, Isaiah
contraste entre el concepto de erizo y el de zorro
encuentro con Ajmátova
pluralismo según

reconciliación entre zorros y erizos
resúmenes políticos de Estados Unidos, durante la Segunda Guerra Mundial
sobre el viaje de 1945 a Moscú
sobre F. D. Roosevelt
sobre la dramatización
sobre la economía de la violencia
sobre la elección
sobre la humillación de artistas y escritores soviéticos
sobre la libertad negativa frente a la positiva
sobre Maquiavelo
sobre marxismo y fascismo
Bezújov, Pierre, personaje
Bismarck, Otto von
bolcheviques
Bolingbroke, personaje
Bolívar, Simón, el Libertador
Bolkonski, príncipe Andrei, personaje
Borgia, César
Borodinó, batalla de (1812)
bosquejos
Maquiavelo sobre
véase también coup d'oeil
Brands, Hal
Brest-Litovsk, tratado de (1918)
Broch, Hermann
Bromvich, David
Brundisium
Bruto, Marco
Buchan, John
Buchanan, James
Bullitt, William C.
Bunker Hill, batalla de (1775)
Burgess, Guy
Burghley, lord
Burke, Edmund

Calvino, Juan
Cameron, Simon
Canadá
Canning, George
capacidades, *véase* medios, ajustar los fines con los
capital intelectual
Carlomagno, emperador
Carlos I, rey de Inglaterra
Carlos II, rey de Inglaterra
Carlos V, emperador
Carwardine, Richard

Casio
católicos, catolicismo en Inglaterra
Cecil, Georgina
Cerdeña
César, Julio
Cesarión
Cesena
Chase, Salmon P.
checks and balances, sistema estadounidense de
China, antigua
China, moderna
Churchill, Winston
Cicerón
Clausewitz, Carl von
  definición de guerra
  Lincoln intuye a
  sobre el «entrenamiento»
  sobre el genio
  sobre fricción frente a estrategia
  sobre la derrota de Napoleón en Rusia
  sobre la distancia entre teoría y práctica de la guerra
  sobre la elección
  sobre la guerra como instrumento de la política
  sobre la interconexión de las causas
  sobre la reconciliación de ideas opuestas
  sobre la vinculación entre estrategia e imaginación
  sobre las teorías y su conversión en leyes
  De la guerra
Clay, Henry
Cleón
Cleopatra, reina de Egipto
Cleveland, Grover
colonias británicas en América
  control de Isabel I sobre las
  crecimiento de la población de
  diversidad social y política de
  impacto del fracaso de la Armada Invencible en
  políticas de Jorge III sobre
Concord, batalla de
conocimiento, universal frente a local
Constantino, emperador
Constitución de Estados Unidos
  esclavitud y
Contrarreforma católica
Cook, capitán
Coolidge, Calvin
Corea, guerra de
Corea del Norte

Corea del Sur
Corinto, corintios
coup d'oeil
de F. D. Roosevelt
de Lincoln
crac bursátil de 1929
Cranmer, Thomas
Libro de Oración Común
Cripps, Stafford
cristianismo, cristianos n.
Crittenden, John
Cromwell, Oliver
Crowe, Eyre

Dante Alighieri
Darío, rey de Persia
Davies, Joseph E.
Declaración de Independencia
igualdad y
Decreto de 1787
determinismo, libre albedrío frente a
DeVoto, Bernard
The Year of Decision. 1846
Dickens, Charles: *Historia de dos ciudades*
Diódoto
dogmatismo
Dostoievski, Fedor
Douglas, Stephen A.
doctrina de la soberanía popular de
en debates con Lincoln
Drake, sir Francis
dramatizaciones, historia y
Druso
Dunkerque, evacuación de (1940)

Eduardo VI, rey de Inglaterra
Eduardo VII, rey de Inglaterra
educación, aceleración de la
Egesta
Eisenhower, Dwight D.
elección
Agustín sobre
Berlin sobre
impredecibilidad de
libertad y
véase también libre albedrío
elecciones en Estados Unidos

de 1824
de 1860
de 1864
de 1932
Elliott, John H.
Ellis, Joseph J.
emancipación, proclamación de la
Emancipación, Unión y
emociones, estrategia y
empresas, planificación y
Enrique II, rey de Francia
Enrique V, rey de Inglaterra
Enrique VIII, rey de Inglaterra
nacionalización del catolicismo inglés por
entrenamiento
Clausewitz sobre
en competiciones
teoría como
Epidamno
equilibrio
de facciones
de factores conocidos, probables y no conocidos
de las ideas opuestas
entre el caos y el orden
entre estados, *véase* poder, equilibrio de
entre la ley y las necesidades militares
entre la razón y la emoción
entre los estados y la fe
Isabel I como maestra en mantener el
Erasmo de Róterdam
erizos
autoconfianza de
como pronosticadores políticos
concepto de Berlin sobre zorros y
dan prioridad a los fines sobre los medios
líderes como
reconciliación de las ideas de los zorros con los
véase también zorros
escala
expansión de la guerra y
interdependencia del tiempo, espacio y
reconciliación de las ideas opuestas a través de
esclavos, esclavitud
Constitución y
expansión de
Lincoln sobre
prófugos
Escocia

espacio
  conciliación de ideas opuestas en
  expansión de la guerra en
  interdependencia de escala, tiempo y
español, Imperio
Esparta, espartanos
  armada ateniense derrotada por
  cultura militar de
  debate entre corintios y atenienses en
  en las Termópilas
  invasión de Ática por
  Pericles se desentiende de su consejo a
  temor al crecimiento ateniense
Esquilo
Estados
  equilibrio de poder entre, *véase* poder, equilibrio de
  necesidad de los
  religión y
  y la necesidad de guerra
Estados Unidos
  aislamiento en
  como gran potencia
  economía de
  exportaciones a la Unión Soviética
  ferrocarril transcontinental en
  hegemonía sobre América del Norte y del Sur
  informes de Berlin sobre la Segunda Guerra Mundial
  Ley de Préstamo y Arriendo y
  Primera Guerra Mundial y
  protestas contra la guerra en
  reconocimiento diplomático de la Unión Soviética y
  revueltas racistas en
  Segunda Guerra Mundial y
Estenelaidas
estrategia
  del aislamiento
  emociones frente a pensamiento racional en
  fricción frente a
  imaginación y
  pérdida de credibilidad y
  temperamento y
  véase también bosquejos; *coup d'oeil*; gran estrategia
Estuardo, dinastía de los
Euclides
Europa, Tolstói sobre la historia de
expansión hacia el oeste

Fabio Máximo Cunctator, Quinto
falta de temperamento
fascismo
Felipe II, rey de España
  como agustiniano
  como incapaz de ajustar los fines con los medios
  delegación de autoridad y
  expansión del imperio de
  gran estrategia de
  invasión de Inglaterra planificada por
  limitaciones de
  matrimonio de María I con
  Países Bajos y
  rechazo de Isabel al matrimonio con
  restauración del catolicismo inglés como objetivo de
  servir a Dios como objetivo de
Feria, conde de
Filipinas
Filipos, batalla de
fines, ajustar los medios y los, *véase* medios, ajustar los fines y los
Fitzgerald, F. Scott
Florencia
Florida, cesión de España de la
flota ateniense
  derrota contra los espartanos
  victoria en Salamina
Ford, Henry
Francia
  colonias en América del Norte de
  invasión de México por
  ocupación alemana de
  retirada de la OTAN
  Revolución americana y
Francisco, hijo de Enrique II de Francia
Frankfurter, Felix
Frankfurter, Marion
Franklin, Benjamin
fricción, teoría de Clausewitz de la
Fulvia, esposa de Marco Antonio

Gante, tratado de (1814) n.
Gayo, hijo de Agripa
genio, Clausewitz sobre
George, Walter
germánico, Imperio
  México y el
  violación de la neutralidad belga

Gettysburg, batalla de (1863)
Gibbon, Edward
Decadencia y caída del Imperio romano
Gobierno, desconfianza de los americanos con el
Goethe, Johann Wolfgang von
Goodwin, Doris Kearns
Gorbachov, Mijaíl
Graciano
Gran Bretaña n.
colonias en América, *véase* colonias británicas en América
en la guerra de 1812
en la Primera Guerra Mundial
en la Segunda Guerra Mundial
Ley de Préstamo y Arriendo y
política exterior de
Revolución americana y
véase también Inglaterra
Gran Depresión
gran estrategia
escala, espacio y tiempo en
hechos inesperados y
para ajustar los fines y los medios
sentido común para sostener la
véase también estrategia
Grant, Ulysses S.
Grecia, antigua
invasión de Jerjes de
rivalidades entre las ciudades
véase también guerra del Peloponeso
Grecia, moderna, rebelión contra el gobierno otomano en
Greeley, Horace
Gregorio XIII, papa
Grenville, George
Grey, Edward
Grocio
Guadalupe Hidalgo, tratado de (1848)
Guelzo, Allen C.
guerra
ajuste de medios y fines en; *véase también* estrategia; gran estrategia
como instrumento político
definición de Clausewitz de
democratización ateniense de la
distancia entre teoría y práctica de la
dudas trastocan el equilibrio psicológico en
escala en expansión de
espacio en la expansión de la
paz *versus*
tiempo en la expansión de la

guerra civil inglesa
Guerra de 1812
guerra de Secesión
  causas de
  costes de
  estrategia de Lincoln en
  inicio de
guerra del Peloponeso (431-404 a.C.)
  expansión espartana de Ática en
  guerra de Vietnam comparada con
  invasión ateniense de Sicilia en
  Mégara en
  melios en
  miedo de los espartanos al crecimiento del poder ateniense
  papel de Pericles en
  plaga ateniense en
  revuelta de Mitilene en
  Tucídides sobre las causas de
guerra entre España y Estados Unidos
guerra entre Estados Unidos y México
Guerra Fría
guerra justa
  Agustín sobre la
  Maquiavelo sobre
Guerra Mundial, Primera
  ataques con submarinos en
  las capacidades superan las intenciones durante
  Estados Unidos y
  estallido de
Guerra Mundial, Segunda
  Blitzkrieg alemán en
  Estados Unidos y
  estallido de
guerra púnica, segunda
guerra rusojaponesa (1905)
Guerras Médicas
  véase también Jerjes, rey de Persia
guerras napoleónicas
Guillermo I el Conquistador, rey de Inglaterra
Guillermo II, káiser alemán
Guillermo III de Orange, rey de Inglaterra

Habsburgo, dinastía de los
Halcón Negro (Black Hawk), guerra del
Halleck, Henry
Hamilton, Alexander
  Los artículos federalistas

Hamlet, personaje
Harding, Warren G.
Harper's Weekly, revista
Harriman, W. Averell
Helesponto
Herndon, William
Herodes
Heródoto
  Historia
Hilton, Lisa
Hircio, cónsul romano
historia
  dramatizaciones en
  Maquiavelo recomienda estudiar la
  Tucídides sobre la utilidad de
historiadores, brecha entre teóricos y
Hitler, Adolf
  declaración de guerra de Estados Unidos y
  pacto de no agresión con Stalin
  política anglofrancesa para apaciguar a
Hobbes, Thomas
hojas de verificación
  mandamientos frente a
Holmes, Oliver Wendell, Jr.
Homero
  Ilíada
  Odisea
Hoover, Herbert
Hopkins, Harry
House, Edward M.
Howard, Charles
Howard, Michael
Hull, Cordell

ideas contrarias, reconciliación de
  cambios de escala en
  Clausewitz sobre
  coexistencia de
  en el espacio
  equilibrio de
  Maquiavelo sobre
  Roosevelt y la
  Sun Tzu sobre
Iglesia católica romana
Ignatieff, Michael
igualdad
  de oportunidades frente a la de condición

Declaración de Independencia e
república e
visión conflictiva de Pericles sobre
véase también esclavitud y esclavos
imaginación, estrategia e
imperio, conflicto entre igualdad e
improvisación
de F. D. Roosevelt
planificación frente a
Índice de libros prohibidos
Inglaterra
colonias de América de, *véase* colonias británicas en América
como nación en una isla
conversión al catolicismo como traición en
deseo de Felipe de restaurar el catolicismo en
ejecución de sacerdotes católicos en
planificación de Felipe para la invasión de
revolución Gloriosa de 1688 en
véase también Gran Bretaña; guerra civil inglesa
Inquiry, The
intelecto, temperamento e
intenciones, *véase* medios, ajustes de fines con
Irlanda
ironía
Isabel I, reina de Inglaterra
ajustar los fines y los medios y
autoridad delegada por
como maquiavélica
complots católicos contra
control ligero ejercido sobre las colonias por
ejecución de María Estuardo y
estrategia de pivotación de
excomulgación de
Hamlet comparado con
hendíadis y
levedad de
mantenimiento del equilibrio por
Parlamento y
personalidad compleja de
pretendientes de
rebeldes holandeses ayudados por
rechazo de matrimonio con Felipe II
reinstauración de la nacionalización de la Iglesia de Inglaterra de Enrique VIII
servicio a sus súbditos como objetivo principal de
Isabel de Valois, reina de España

Jackson, Andrew

Jacobo II, rey de Inglaterra
Jacobo VI, rey de Escocia
Japón
  en el ataque a Pearl Harbor
  expansionismo de
Jefferson, Thomas
Jerjes, rey de Persia
  como erizo
  fracaso para ajustar los medios con los fines
  invasión de Grecia de
Johnson, Hiram
Johnson, Lyndon B.
Johnson, Samuel
Jomini, Antoine-Henri
Jorge III, rey de Inglaterra
Joyce, James
Juana de Austria
Julia, hija de Augusto
justicia
  Agustín considera necesario el orden para la
  Maquiavelo sobre la
  orden frente a la

Kagan, Robert
Kahneman, Daniel
Kant, Immanuel
  Sobre la paz perpetua
Kennan, George
  Tent-Life in Siberia
Kennan, George F.
Kennedy, John F.
Kennedy, Paul
Kennedy, Robert F.
Kérenski, Aleksandr
Kim Il-sung
Kissinger, Henry
  sobre la Primera Guerra Mundial
Kundera, Milan
Kushner, Tony
Kutúzov, Mijaíl
  retrato de Tolstói de

Landon, Alf
Lee, Robert E.
Leicester, conde de
Lenin, Vladímir Ilich Uliánov
  Nueva Política Económica (NEP) de

Leningrado, asedio de
Leonardo da Vinci n.
Leónidas
Lépido
Lesbos, isla de
«levedad del ser»
Lexington, batalla de (1775)
Ley de Confiscación
Ley Declarativa (1766)
Ley del Timbre (1765)
Ley Kansas-Nebraska (1854)
leyes, teoría frente a las
libertad
  necesidad de elección y
  positiva frente a negativa
libre albedrío
  determinismo frente a
  véase también elección
líderes, liderazgo
  ajuste de los medios con los fines y
  como combinación de zorro y erizo al mismo tiempo
  como cultivadores
  como navegantes
  fricción y
  Maquiavelo sobre
  pensamiento de erizo y
  persuasión frente a confrontación en
  sentido común y
  Sun Tzu sobre los
  teoría y
límites
  véase también medios, ajuste de fines con; obstáculos
Lincoln, Abraham
  adopción gradual del abolicismo
  ajuste de los fines y los medios por
  apariencia de
  asesinato de
  carrera política de
  como autodidacta
  como combinación de zorro y erizo
  como congresista
  coup d'oeil de
  discurso de investidura
  en las elecciones de 1860
  en las elecciones de 1864
  en los tribunales colegiados de circuito
  enmienda constitucional para abolir el esclavismo
  equilibrio de la ley y de la necesidad militar

escala, espacio y tiempo según
estilo de debate de
estrategia en la guerra civil de
fatalismo de
ferrocarril transcontinental y
gabinete de
infancia de
J. Q. Adams comparado con
necesidad de retener los Estados fronterizos y preservar la Unión como objetivo de
primeros trabajos de
principios de Clausewitz intuidos por
proclamación de la emancipación
segundo discurso de investidura
sentido común de
sobre el libre albedrío frente al determinismo
sobre la esclavitud
uso del humor
Lincoln, Mary Todd
Lincoln, película
Lincoln-Douglas, debates (1858)
Livia, esposa de Augusto
Lloyd George, David
Locke, John
Longfellow, Henry Wadsworth
Lorqua, Ramiro de
Luce, Henry
Lucio
Luis XIV, rey de Francia
Luis XVI, rey de Francia
Luis XVIII, rey de Francia
Luisiana, venta de la
Lusitania, hundimiento del
Lutero, Martín

MacArthur, Douglas
Macbeth, personaje
Macedonia
Mackinder, Halford
«El pivote geográfico de la historia»
Madison, James
sobre la conciliación de ideas opuestas
Los artículos federalistas
Magallanes, Fernando de
Mahan, Alfred Thayer
Manchuria, conquista japonesa de
maniqueas, ideas

«mano invisible»
Mansfield, Harvey C.
Maquiavelo, Nicolás
  aconseja a su príncipe ser un león y un zorro
  Agustín comparado con
  Berlin sobre
  como pivote en la historia de las ideas
  como zorro
  encarcelamiento de
  moralidad utilitaria de
  sobre Dios
  sobre el ajuste de los medios y los fines
  sobre el amor frente al temor
  sobre el equilibrio de poder
  sobre el libre albedrío
  sobre el liderazgo
  sobre justicia
  sobre la guerra justa
  sobre la Iglesia católica romana
  sobre la utilidad de la historia
  sobre la violencia como medio para un fin
  sobre los bosquejos
  sobre los gobiernos republicanos
  Discursos sobre la primera década de Tito Livio
  El príncipe
Maratón, batalla de
Marcelo
María I Tudor, reina de Inglaterra
María II, reina de Inglaterra
María Estuardo, reina de Escocia
  ejecución de
  y los complots para destituir a Isabel
Marx, Karl
  Manifiesto comunista
Mason, James
Mattingly, Garrett
Maximiliano I, emperador de México
McClellan, George B.
  en las elecciones de 1864
McCormick, Robert
McPherson, James
Médicis, Lorenzo de
Medina Sidonia, duque de
medios, ajuste de los fines con los
  a través del tiempo
  equilibrio en
  erizos en el
  F. D. Roosevelt y

fracaso de Felipe II en
fracaso de Jerjes en
fracaso de Napoleón en
fracaso de Wilson en
gran estrategia como
Isabel I y
Lincoln y
Maquiavelo sobre
véase también proporcionalidad
Mégara
melos, melios
Metternich, Klemens von
México
Miliukov, Pavel
Misuri, compromiso de (1820) n. n.
Mitilene, mitileneos n.
Mónica, santa
Monroe, doctrina
Monroe, James
moralidad política y
Moscú, Conferencia de (1943)
Moscú, Napoleón y la conquista de
muro Atenas-Pireo
Mutina, batalla de

Napoleón I, emperador
como erizo
fracaso en ajustar medios y fines
Moscú capturado por
retrato de Tolstói de
Rusia invadida por
Napoleón III, emperador
napoleónicas, guerras
Naval War College, seminarios sobre estrategia del autor en
navegación, liderazgo como
neoplatonismo
Nerón, emperador
net assessment («estimación neta»)
véase también bosquejos; *coup d'oeil*
New Deal
Newton, Isaac
Nicias, general
Nicolás II, zar de Rusia
Nicolay, John
Niebuhr, Reinhold
Niemen, río n.
Nietzsche, Friedrich

Nixon, Richard

Octavia, hermana de Augusto
Octavio, *véase* Augusto, emperador de Roma
Okinawa
Olney, Richard
orden
  Agustín sobre el, como necesario para la justicia
  justicia frente a
Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN)
otomano, Imperio, rebelión griega en
overstrecht (sobreexigencia)
Oxford, Universidad de

Padres Fundadores
Paine, Thomas
  El sentido común
Países Bajos, gobierno español en
Panamá, canal de
Pansa, cónsul romano
París, Paz de (1763)
París, tratado de (1783)
Parker, Geoffrey
Parlamento de Inglaterra
Parma, Alejandro Farnesio, duque de
Partido Comunista de Estados Unidos
Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS)
Partido Demócrata, demócratas n.
Partido Republicano, republicanos
Patton, George S.
Pearl Harbor, ataque japonés sobre
Peloponeso, guerra del
Peraino, Kevin
Pericles
  conflicto entre igualdad e imperio y
  decreto contra Mégara de
  discurso fúnebre de
  guerra del Peloponeso y
  muerte de
  reconstrucción de la cultura ateniense como objetivo de
  se desentiende del consejo dado por él mismo a los espartanos
  temor a hacer concesiones
Perú, conquista española de
Perugia, asedio de
Pfuel, Karl Ludwig von
Pío V, papa
Pitio, rey de Lidia

pivotes
  en la historia de las ideas
  príncipes como
plaga, en Atenas
planificación
  improvisación frente a
  sorpresas y
  véase también estrategia
Platea, batalla de
Platón
pluralismo, concepto de Berlin de
Plutarco
poder, equilibrio de
  Maquiavelo sobre
  tratado de Westfalia y
poderes de guerra
política, guerra como instrumento de
políticos, moralidad y
Polk, James K.
Polonia, y la Unión Soviética
Polonio, personaje
Pompeyo, Gneo
Pompeyo, Sexto
Porter, Patrick
Portsmouth, tratado de (1905)
Portugal, gobierno español en
prácticas
  ataduras y
  brecha entre teorías y
predicciones políticas, zorros y erizos en
Préstamo-Arriendo, Ley de
Primavera de Praga (1968)
probabilidades, estrategia y
proporcionalidad
protestantes, protestantismo
Proust, Marcel
Pushkin, Aleksandr

Quebec
Quirón

radio, como instrumento de la democracia
Raleigh, sir Walter
Reagan, Ronald
Reforma protestante
religión
  arte de gobernar y

como irreconciliable
Estados y
monoteísta
politeísta
república
igualdad y
Maquiavelo sobre el equilibrio de poder en
Revolución americana
Revolución francesa
Revolución rusa
Richelieu, cardenal
Ridolfi, Roberto
Roberts, Andrew
Roberts, Keith: *Pavana*
Roma
piratería sobre los alimentos en
saqueo de (410)
romano, Imperio
caída del (476)
legado del
Románov, dinastía
Roosevelt, Franklin D.
Berlin sobre
como gran estratega de éxito
coup d'oeil de
discurso en la radio (1940)
en la planificación de la entrada de Estados Unidos en la guerra
en las elecciones de 1932
impresión de «no tener miedo al futuro»
improvisación de
Ley de Préstamo y Arriendo
modernización y ampliación de la armada
necesidad para ajustar los fines y los medios
New Deal de
programa de rearme de
reconciliando ideas opuestas
sobre el pacto germanosoviético
Unión Soviética y
Roosevelt, Theodore W.
Royal Geographical Society
Rufo, Quinto Salvidieno
Rumsfeld, Donald
Rusia
invasión de Napoleón de
véase Unión Soviética
ruso-japonesa, guerra (1904-1905)
Rutledge, Ann

Salamina, batalla de
Salisbury, Robert Gascoyne-Cecil, tercer marqués de
Sangamon, río
Santa Cruz, Álvaro de Bazán, marqués de
Santa Elena, isla de
Sarajevo, atentado en (1914)
Saratoga, batalla de (1777)
Sardes
Schlesinger, Arthur, Jr.
Senado de Estados Unidos, rechazo del tratado de Versalles por
Séneca: *Sobre la brevedad de la vida*
sentido común
  de Lincoln
  entrenar el
  gran estrategia apuntalada por
  liderazgo y
  para reconciliar las ideas del erizo y del zorro
Seward, William H.
Shakespeare, William
  lengua inglesa difundida por
  Hamlet
  Ricardo II
  Ricardo III
Sheffield, lord
Sheridan, Philip
Sherman, William Tecumesh
Siberia
Sicilia
  invasión ateniense de
  invasión de Augusto de
Siete Años, guerra de los
simplicidad, complejidad como coexistente con la
Siracusa
Sixto V, papa
Slidell, John
Smith, Adam: *La riqueza de las naciones*
Snyder, Timothy: *On Tyranny*
soberanía
Sociedad de Naciones n.
sociedades de capital
Somerset, Anne
Spender, Stephen
Spider-man, película n.
Spielberg, Steven: *Lincoln*
Springfield
Stalin, Josef

Stevens, Thaddeus
Stowe, Harriet Beecher
submarinos
Sudáfrica
Sun Tzu
  El arte de la guerra

Taiping, rebelión
Tarutinó, batalla de (1812)
Temístocles
  muralla Atenas-Pireo construida por
  ostracismo ateniense de
temperamento
teoría
  como entrenamiento
  distancia entre práctica y
  leyes frente a
teóricos, distancia entre historiadores y
Termópilas, batalla de las
Tesalia
Tetlock, Philip E.
  Expert Political Judgment
Tiberio, emperador
tiempo
  ajuste de los fines y los medios a través del
  conciliar conflictos a través del
  expansión de la guerra a lo largo del
  interdependencia del espacio, escala y
Todd, Mary, *véase* Lincoln, Mary Todd
Tolstói, Lev
  comparación de Napoleón con Kutúzov por
  historia europea según
  ironía y
  reconciliación de las ideas opuestas y
  sobre el libre albedrío frente a determinismo
  sobre la distancia entre la teoría y la práctica en la guerra
  sobre la interdependencia entre tiempo, escala y espacio
  Guerra y paz
Tomás de Aquino
Tombs, Robert
Tooze, Adam
Tracia
Treinta Años, guerra de los
Tribunal Supremo de Estados Unidos
  caso del barco *Amistad* y
  caso Dred Scott, decisión de
Triple Entente

Trotski, Leon
Troya
Truman, Harry S., guerra de Corea y
Tucídides
  acomoda ideas opuestas
  guerra de Vietnam y
  sobre la naturaleza humana
  sobre la utilidad de la historia
  sobre las causas de la guerra del Peloponeso
Turner, Stansfield

Unión, de Estados Unidos
  ajuste de fines y medios en
  compromiso y
  Emancipación y
  Los artículos federalistas y
  preservar la, como objetivo de Lincoln
  separación de los Estados del Sur de
Unión Soviética
  alianza con Reino Unido y Estados Unidos
  en el pacto de no agresión con Alemania
  Estados bálticos y
  exportaciones estadounidenses a
  invasión de Alemania de
  Polonia y
  reconocimiento estadounidense de
  represión de artistas y escritores en
  Roosevelt y

vándalos
Varo, Publio Quintilio
Varsovia, ducado de
Venezuela, crisis de (1895)
Versalles, tratado de (1918)
Vespucio, Américo
Vicksburg, batalla de (1863)
Victoria, reina de Inglaterra
Viena, Congreso de (1815)
Vietnam, guerra de
  bajas estadounidenses en
  comparación con la guerra del Peloponeso
  pérdida de credibilidad de Estados Unidos en la
Vietnam del Norte
Vietnam del Sur
violencia
  como medio para un fin
  economía de la

Virgilio
Eneida
Geórgicas
virtù

Wallace, Henry A.
Walsingham, sir Francis
Washington, George
Waterloo, batalla de
Welles, Gideon
Wellington, duque de
Westfalia, tratado de (1648)
Wheeler-Bennett, John
whigs
Wilentz, Sean
Wilkes, Charles
Williams, John
Willkie, Wendell
Wilson, A. N.
Wilson, Woodrow
«Catorce puntos»
como erizo
discurso «Paz sin victoria»
fracaso en ajustar los medios con los fines
política de neutralidad de
Revolución rusa y
Sociedad de Naciones y
Wood, Gordon
Woolf, Virginia n.
Orlando
Wright, hermanos
Yale, Universidad de, seminario del autor sobre estrategia en
Yorktown, batalla de (1781)

zorros
concepto de Berlin de los erizos y los
dudan de sí mismos
flexibilidad de, entre los fines y los medios
mejores que los erizos en las predicciones políticas
reconciliación de las ideas de los erizos con
véase también erizos

NOTAS

PREFACIO

[1] Para conocer el plan de estudios sobre estrategia y política del Naval War College, véase <www.usnwc.edu/Faculty-and-Departments/Academic-Departments/Strategy-and-Policy-Department>. Para la asignatura que se imparte en Yale, véase <www.grandstrategy.yale.edu>; véase también Linda Kulman, *Teaching Common Sense. The Grand Strategy Program at Yale University*, Westport, Connecticut, Prospecta Press, 2016.
[2] A algunos lectores quizá les preocupe que haya pasado por alto la Guerra Fría. En absoluto: simplemente ya he dicho todo lo que tenía que decir sobre ese tema. Véase la edición revisada y más reciente de mi obra *Strategies of Containment*, Nueva York, Oxford University Press, 2005, y mi artículo «Grand Strategies in the Cold War», en Melvyn P. Leffler y Odd Arne Westad, *The Cambridge History of the Cold War,* Nueva York, Cambridge University Press, 2010, vol. 2, pp. 1-21.
[3] Debo agradecer en especial a Anthony Kronman, exdecano de la facultad de Derecho de Yale, por darme a conocer la relevancia de esta gran estrategia.

1. CRUZANDO EL HELESPONTO

[4] Heródoto, *The History,* VII, 1-56. He empleado la traducción de David Grene, Chicago, University of Chicago Press, 1987, pp. 466-490. [En cast. puede consultarse, entre otras: *Historia*, Madrid, Gredos, 1995, trad. y notas de C. Schrader.] Para un trabajo reciente sobre Heródoto, véase Robert D. Kaplan, «A Historian for Our Time», *The Atlantic*, enero-febrero de 2007.
[5] Michael Ignatieff, *Isaiah Berlin*, Nueva York, Metropolitan Books, 1998, p. 173. [Hay trad. cast.: *Isaiah Berlin. Su vida,* Barcelona, Taurus, 2018.] Véase también Ramin Jahanbegloo, *Conversations with Isaiah Berlin,* 2.ª ed., Londres, Halban, 1992, pp. 188-189 [hay trad. cast.: *Conversaciones con Isaiah Berlin*, Barcelona, Arcadia, 2009], e Isaiah Berlin, *Enlightening. Letters, 1946-1960*, Henry Hardy y Jennifer Holmes, eds., Londres, Chatto and Windus, 2009, p. 31n. La inspiración podría haber llegado por medio de C. M. Bowra, «The Fox and the Hedgehog», *The Classical Quarterly,* 34, enero-abril de 1940, pp. 26-29.
[6] El último libro de Stephen Jay Gould, *The Hedgehog, the Fox, and the Magister's Pox. Mending the Gap Between Science and the Humanities*, Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press, 2011, pp. 1-8, presenta una breve historia del aforismo. [Hay trad. cast.: *Érase una vez el zorro y el erizo. Las humanidades y la ciencia en el tercer milenio*, Barcelona, Crítica, 2004.]
[7] Isaiah Berlin, *The Hedgehog and the Fox,* Henry Hardy, ed., Princeton, Princeton University Press, 2013, p. 91. [Hay trad. cast.: *El erizo y el zorro. Tolstói y su visión de la historia,* Barcelona,

Península, 2016.] También he consultado el ensayo de un exalumno, Joseph Carlsmith, «The Bed, the Map, and the Butterfly. Isaiah Berlin's Grand Strategy of Grand Strategy», realizado para el seminario Estudios sobre la Gran Estrategia, celebrado en Yale en 2011.

[8] Isaiah Berlin, «The Hedgehog and the Fox. An Essay on Tolstoy's View of History», en su *The Proper Study of Mankind. An Anthology of Essays*, Henry Hardy y Roger Hausheer, eds., Nueva York, Farrar, Straus & Giroux, 1998, pp. 436-437, 498.

[9] A. N. Wilson, *Tolstoy. A Biography*, Nueva York, Norton, 1988, pp. 506-517.

[10] I. Berlin, *The Hedgehog…,* pp. XV-XVI.

[11] Heródoto, I, 12, p. 38.

[12] Ibíd.*,* VII, 8, 10, pp. 469, 472. Véase también Tom Holland, *Persian Fire. The First World Empire and the Battle for the West*, Nueva York, Doubleday, 2005, p. 238. [Hay trad. cast.: *Fuego persa. El primer imperio mundial y la batalla por Occidente*, Barcelona, Ático de los Libros, 2017.]

[13] Heródoto, VII, 8, 22-24, pp. 469, 478-479; T. Holland, *Persian Fire…,* pp. 212-214.

[14] Para conocer en profundidad la distinción entre Aquiles y Ulises en el ámbito de la estrategia, véase Lawrence Freedman, *Strategy. A History*, Nueva York, Oxford University Press, 2013, p. 22. [Hay trad. cast.: *Estrategia. Una historia*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2016.]

[15] No literalmente, por supuesto. Heródoto sería un bebé o ni siquiera habría nacido.

[16] Philip E. Tetlock, *Expert Political Judgment. How Good Is It? How Can We Know?*, Princeton, Princeton University Press, 2005, en especial las pp. XI, 73-75, 118, 128-29. [Hay trad. cast.: *El juicio político de los expertos*, Madrid, Capitán Swing, 2016.] Para la popularización de los descubrimientos de P. E. Tetlock, véase Dan Gardner, *Future Babble. Why Expert Predictions Are Next to Worthless, and You Can Do Better*, Nueva York, Dutton, 2011. P. E. Tetlock y D. Gardner han colaborado, turnándose, en una actualización: *Superforecasting. The Art and Science of Prediction*, Nueva York, Crown, 2015. [Hay trad. cast.: *Superpronosticadores. El arte y la ciencia de la predicción,* Buenos Aires, Katz Editores, 2017.]

[17] Heródoto, VII, 101, 108-126, pp. 502, 505-510.

[18] John R. Hale, *Lords of the Sea. The Epic Story of the Athenian Navy and the Birth of Democracy*, Nueva York, Penguin, 2009, pp. 36-39, 55-74; véase también Barry Strauss, *The Battle of Salamis. The Naval Encounter That Saved Greece—and Western Civilization*, Nueva York, Simon and Schuster, 2005. [Hay trad. cast.: *La batalla de Salamina. El mayor combate naval de la Antigüedad*, Barcelona, Edhasa, 2006.]

[19] Esquilo, *The Persians*, 819-820, Seth G. Benardete, trad., Chicago, University of Chicago Press, 1956, p. 77. [En cast. puede consultarse, entre otras: *Tragedias*, «Los persas», Madrid, Gredos, 1986, trad. y notas de Bernardo Perea Morales.] Para el rumor sobre Temístocles, véase Plutarco, *Lives of the Noble Grecians and Romans,* John Dryden, trad., Nueva York, Modern Library, s. f., p. 144. [En cast. puede consultarse, entre otras: *Vidas paralelas*, II, «Temístocles-Camilo», Madrid, Gredos, 2008, trad. y notas de Aurelio Pérez Jiménez.]

[20] Victor Parker, «Herodotus' Use of Aeschylus' *Persae* as a Source for the Battle of Salamis», *Symbolae Osloenses. Norwegian Journal of Greek and Latin Studies,* 82, 1 (2007), pp. 2-29.

[21] Heródoto, VII, 8, p. 469.

[22] Hay ejemplos relacionados más recientes en Victor Davis Hanson, *The Savior Generals. How Five Great Commanders Saved Wars That Were Lost—from Ancient Greece to Iraq*, Nueva York, Bloomsbury Press, 2013, p. 11.

[23] Heródoto, VII, 38-39, pp. 483-484.

[24] F. Scott Fitzgerald, «The Crack-Up», *Esquire,* febrero de 1936. [Hay trad. cast.: *El hundimiento,* Madrid, Funambulista, 2013, trad. de Max Lacruz e Isabel Lacruz.]

[25] Jeffrey Meyers, *Scott Fitzgerald. A Biography*, Nueva York, HarperCollins, 1994, pp. 261-265, 332-336.

[26] Mi colega de Yale Charles Hill, también llamado Delphic, es aficionado a citar en los seminarios el aforismo, sin explicarlo, a los atónitos estudiantes.
[27] Se trata de un resumen de tres grandes ensayos de Berlin: «Two Concepts of Liberty» (1958), «The Originality of Machiavelli» (1972) y «The Pursuit of the Ideal» (1988). Todos están incluidos en *The Proper Study of Mankind*..., en especial las pp. 10-11, 239, 294 y 302. La metáfora del niño en Halloween es mía.
[28] R. Jahanbegloo, *Conversations...,* pp. 188-189. Véase también I. Berlin, *The Hedgehog...,* p. 101, cita de una entrevista con Michael Ignatieff.
[29] O, como en una ocasión dijo Berlin, en lechos de Procusto. J. Carlsmith desarrolla esta observación en «The Bed, the Map, and the Butterfly…».
[30] Véase la crítica de Anthony Lane: «House Divided», en *The New Yorker*, 19 de noviembre de 2012.
[31] IMDb, *Lincoln* (2012), citas en <www.imdb.com/title/tt0443272/>.
[32] El vol. 2 de Michael Burlingame, *Abraham Lincoln. A Life*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 2008, p. 834, concluye con el tributo de Tolstói.
[33] He tomado prestadas partes de este párrafo y del anterior de mi artículo «War, Peace, and Everything. Thoughts on Tolstoy», *Cliodynamics. The Journal of Theoretical and Mathematical History,* 2 (2011), pp. 40-51.
[34] I. Berlin, «The Hedgehog…», p. 444.
[35] P. E. Tetlock, *Expert Political Judgment...,* pp. 214-215; Daniel Kahneman, *Thinking, Fast and Slow*, Nueva York, Farrar, Straus & Giroux, 2011, en especial pp. 20-21. [Hay trad. cast.: *Pensar rápido, pensar despacio,* Barcelona, Debate, 2015.] Para el texto de D. Kahneman incluido en P. E. Tetlock, *Expert Political Judgment...,* véanse las pp. 218-220.
[36] La cita se hizo famosa por la película, *Spider-Man* (2002), pero ha aparecido en otras películas y cómics de la franquicia. Aunque resulte extraño, algo parecido habría dicho Roosevelt en el discurso que tenía preparado para la cena del día de aniversario de Jefferson, el 13 de abril de 1945, si hubiera vivido. <www.presidency.ucsb.edu/ws/?pid= 16602>.
[37] Homero, *The Iliad,* XIV, 60-61, Robert Fagles, trad., Nueva York, Penguin, 1990, p. 371. Homero, por supuesto, registraba los acontecimientos en la memoria, pues los griegos a su edad ya habrían olvidado escribir. [En cast. puede consultarse, entre otras: *La Ilíada,* Madrid, Ediciones Ibéricas, 1965, p. 266, trad. de Juan B. Bergua; incluimos esta trad.]
[38] Debo esta sugerencia a mi antiguo alumno Christopher R. Howell, que la incluyó previamente en «The Story of Grand Strategy. The History of an Idea and the Source of Its Confusion», un ensayo presentado en 2013 como trabajo de fin de curso para la obtención de un grado superior de Humanidades en Yale, p. 2. Véase también L. Freedman, *Strategy...,* pp. 3-7.
[39] Para conocer más detalles sobre sus lecturas, véase Richard Carwardine, *Lincoln. A Life of Purpose and Power*, Nueva York, Random House, 2006, pp. 4-10, así como Fred Kaplan, *Lincoln. The Biography of a Writer*, Nueva York, HarperCollins, 2008. Los únicos otros presidentes con el mismo tipo de educación parecen ser Zachary Taylor y Andrew Johnson.
[40] Henry Kissinger, *White House Years*, Boston, Little, Brown, 1979, p. 54.
[41] Véase Michael Billig, *Learn to Write Badly. How to Succed in the Social Sciences*, Nueva York, Cambridge University Press, 2013. [Hay trad. cast.: *Aprenda a escribir mal. Cómo triunfar en las Ciencias Sociales,* México, La Gaya Ciencia, Editorial del Colegio de Postgraduados, Fundación COLPOS, 2013.] Presté especial atención a la relación entre historia y teoría en mi libro *The Landscape of History. How Historians Map the Past*, Nueva York, Oxford University Press, 2002. [Hay trad. cast.: *El paisaje de la historia. Cómo los historiadores representan el pasado,* Barcelona, Anagrama, 2004.] James C. Scott trata la distinción entre «conocimiento universal» y «local» en su

Seeing Like a State. How Certain Schemes to Improve the Human Condition Have Failed, New Haven, Yale University Press, 1998.
[42] Nicolás Maquiavelo, *The Prince,* Harvey C. Mansfield, trad., 2.ª ed., Chicago, University of Chicago Press, 1998, pp. 3-4. [En cast. puede consultarse, entre otras: *El príncipe*, Madrid, Gredos, 2011, trad. y notas de Antonio Hermosa Andújar, p. 3.]
[43] Carl von Clausewitz, *On War,* Michael Howard y Peter Paret, eds. y trads., Princeton, Princeton University Press, 1976, es la edición inglesa de referencia [Hay trad. cast.: *De la guerra* (edición abreviada), Madrid, Tecnos, 2010.]
[44] Donald Rumsfeld, *Known and Unknown. A Memoir*, Nueva York, Penguin, 2011, en especial las pp. XIII-XIV.
[45] Para la historia de esta famosa cita errónea, véase Elizabeth Longford, *Wellington*, Londres, Abacus, 2001, pp. 16-17.

2. LOS MUROS LARGOS

[46] Victor Davis Hanson, *A War Like No Other. How the Athenians and Spartans Fought the Peloponnesian War*, Nueva York, Random House, 2005, p. 66.
[47] Mi descripción de los muros atenienses proviene sobre todo de Tucídides. He empleado, para este autor, una edición de Robert B. Strassler, *The Landmark Thucydides. A Comprehensive Guide to the Peloponnesian War,* versión revisada de la traducción de Richard Crawley, Nueva York, Simon & Schuster, 1996, I, 89-93 [en adelante Tucídides, seguido de libro y párrafo]. [En cast. puede consultarse, entre otras: *Historia de la guerra del Peloponeso*, Madrid, Gredos, 1990-1992, 4 vols., trad. y notas de Juan José Torres Esbarranch.] Véase también Brent L. Sterling, *Do Good Fences Make Good Neighbors? What History Teaches Us About Strategic Barriers and International Security*, Washington, D. C., Georgetown University Press, 2009, pp. 15-16; y David L. Berkey, «Why Fortifications Endure. A Case Study of the Walls of Athens During the Classical Period», incluido en la edición de Victor Davis Hanson, *Makers of Ancient Strategy. From the Persian Wars to the Fall of Rome*, Princeton, Princeton University Press, 2010, pp. 60-63. Los comentarios de Plutarco en *Lives of the Noble Grecians and Romans* fueron traducidos al inglés por John Dryden, Nueva York, Modern Library, s. f., pp. 191-193. [En cast. puede consultarse, entre otras: *Vidas paralelas*, II, «Pericles-Fabio Máximo», Madrid, Gredos, 2008, trad. y notas de Aurelio Pérez Jiménez.]
[48] Victor Davis Hanson, *The Savior Generals. How Five Great Commanders Saved Wars That Were Lost—from Ancient Greece to Iraq*, Nueva York, Bloomsbury Press, 2013, pp. 33-34.
[49] Donald Kagan, *Pericles of Athens and the Birth of Democracy*, Nueva York, Free Press, 1991, pp. 4-5.
[50] Tucídides, I, 18, p. 14. Véase también ibíd. I, 10, p. 8; y Heródoto, VI,107-108, pp. 450-451.
[51] W. D. Hanson, *The Savior Generals…,* pp. 18-22, 29.
[52] Imagen utilizada con frecuencia para describir las posiciones de Francia y Gran Bretaña después de las batallas, ambas en 1805, de Austerlitz y Trafalgar. Para la caracterización que hace Pericles de las dos estrategias, véase Tucídides, I, 143, p. 83.
[53] W. D. Hanson, *The Savior Generals…,* pp. 10-12, proporciona un sorprendente número de datos sobre la destrucción.
[54] Tucídides, I, 21-22.

[55] D. Kagan, *Pericles…,* p. 10. El profesor Kagan habla de «atenienses», pero creo que no le importará que amplíe el término.
[56] Tucídides, I, 89-92, pp. 49-51. Véase también Plutarco, *Lives of the Noble Grecians…,* p. 145.
[57] W. D. Hanson, *The Savior Generals…,* pp. 34-36.
[58] La biografía clásica de Pericles es la de Plutarco, *Lives of the Noble Grecians…,* pp. 182-212 y la mejor biografía moderna es la escrita por D. Kagan, *Pericles…*
[59] W. D. Hanson, *The Savior Generals…,* p. 18.
[60] W. D. Hanson, *A War Like No Other…,* pp. 38-45. Sobre la oferta de Pericles, véase Tucídides, II, 13, p. 98.
[61] W. D. Hanson, *A War Like No Other…,* pp. 236-239, 246-247; D. Kagan, *Pericles…,* p. 66. Para un contexto más amplio, véase también John R. Hale, *Lords of the Sea. The Epic Story of the Athenian Navy and the Birth of Democracy*, Nueva York, Penguin, 2009.
[62] Plutarco, *Lives of the Noble Grecians…,* p. 186.
[63] Todas las citas referidas a Pericles en esta sección pertenecen a Tucídides, II, 34-46, pp. 110-118. Sobre el asunto de la singularidad y de la universalidad, véase Donald Kagan, «Pericles, Thucydides and the Defense of the Empire», en W. D. Hanson, *Makers of Ancient Strategy…,* p. 31.
[64] D. Kagan, *Pericles…,* pp. 49-54, describe cómo funcionaba la asamblea. Véase también Cynthia Farrar, «Power to the People», en Kurt A. Raaflaub, Josiah Ober y Robert W. Wallace, con Paul Cartledge y Cynthia Farrar, *Origins of Democracy in Ancient Greece*, Berkeley, University of California Press, 2007, pp. 184-189.
[65] W. D. Hanson, *A War Like No Other…,* p. 27.
[66] Sobre la importancia de la confianza como medida disuasoria, véase Michael Howard, *The Causes of Wars,* 2.ª ed., Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press, 1984, pp. 246-264.
[67] D. Kagan, *Pericles…,* pp. 102-105.
[68] Ibíd., p. 86.
[69] Tucídides, I, 24-66, 86-88, pp. 16-37, 48-49. Véase también J. E. Lendon, *Song of Wrath. The Peloponnesian War Begins*, Nueva York, Basic Books, 2010.
[70] La cita es, al parecer, de Bismarck.
[71] Baso esta generalización en *Pericles…,* de D. Kagan, p. 192, y W. D. Hanson, *A War Like No Others…,* pp. 10-12.
[72] Tucídides, I, 67-71, pp. 38-41.
[73] Ibíd., I, 72-79, pp. 41-45.
[74] Ibíd., I, 79-85, pp. 45-47.
[75] Ibíd., I, 86-87, p. 48.
[76] D. Kagan, *Pericles…,* pp. 206, 214.
[77] Trato este tema en mayor detalle en mi libro *Landscape of History. How Historians Map the Past*, Nueva York, Oxford University Press, 2002, pp. 116-118. [Hay trad. cast.: *El paisaje de la historia. Cómo los historiadores representan el pasado,* Barcelona, Anagrama, 2004.]
[78] Tucídides, I, 144, pp. 83-84; Plutarco, *Lives of the Noble Grecians…,* p. 199. Véase también *Pericles…,* de D. Kagan, pp. 84, 92, 115-116.
[79] Tucídides, I, 77, p. 44.
[80] Ibíd., I, 140-144, pp. 80-85. He seguido el análisis de D. Kagan del decreto sobre Mégara en su *Pericles…,* pp. 206-227.
[81] Tucídides, II:12, p. 97.
[82] Plutarco, *Lives of the Noble Grecians…,* pp. 194-195; Tucídides, I:127, p. 70.
[83] D. Kagan, *Pericles…,* p. 207.
[84] Véase W. Shakespeare, *Troilo y Crésida,* acto I, escena 3, versos 112-127.
[85] Tucídides, II, 59, p. 123.

[86] Ibíd., II, 60-64, pp. 123-127.
[87] Ibíd., III, 82, p. 199.
[88] Ibíd., III, 2-6, 16-18, 25-26, 35-50, pp. 159-161, 166-167, 171, 175-184. Los mitileneos no escaparon al castigo. Los atenienses ejecutaron a los cabecillas de la revuelta, derribaron los muros de la ciudad, tomaron sus barcos y expropiaron tierras. Sin embargo, eso era mucho menos de lo que Cleón había exigido.
[89] Ibíd. V, 84-116, pp. 350-357.
[90] Ibíd., III, 82, p. 199.
[91] Para ahondar en este asunto, véase John Lewis Gaddis, «Drawing Lines. The Defensive Perimeter Strategy in East Asia, 1947-1951», en J. L. Gaddis, *The Long Peace. Inquiries into the History of the Cold War*, Nueva York, Oxford University Press, 1987, pp. 71-103. Taiwán no estaba incluida, porque los nacionalistas chinos habían huido. La Administración temía que defenderlos fuese considerado una intervención en la guerra civil china, que había esperado evitar.
[92] Las cifras de víctimas figuran en Britannica Online, «Korean War» <www.britannica.com>.
[93] Carl von Clausewitz, *On War,* Michael Howard y Peter Paret, eds. y trads., Princeton, Princeton University Press, 1976, p. 471. [Hay trad. cast.: *De la guerra* (edición abreviada), Madrid, Tecnos, 2010.]
[94] Plutarco, *Lives of the Noble Grecians…,* pp. 204-207; D. Kagan, *Pericles…,* pp. 221-227.
[95] Tucídides, VI, 6, p. 365.
[96] Ibíd., VI, 9-26, pp. 366-376. También había un tercer comandante, Lámaco, de quien Tucídides nos habla brevemente.
[97] Ibíd., VII, 44, 70-87, pp. 453, 468-478.
[98] D. Hanson, *A War Like No Other…,* pp. 205, 217.
[99] Henry Kissinger, *White House Years*, Boston, Little, Brown, 1979, p. 1049.
[100] Véase <www.archives.gov/research/military/vietnam-war/casualty-statistics.html>.
[101] Para conocer datos más específicos, véase Ilya V. Gaiduk, *The Soviet Union and the Vietnam War*, Chicago, Ivan R. Dee, 1996; Qiang Zhai, *China and the Vietnam Wars, 1950-1975*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 2000, y Lien-Hang Nguyen, *Hanoi's Wars. An International History of the War for Peace in Vietnam*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 2012.
[102] John Lewis Gaddis, *The Cold War. A New History* Nueva York, Penguin, 2005, pp. 149-155. [Hay trad. cast.: *La Guerra Fría*, Barcelona, RBA Libros, 2008.]
[103] Tucídides, I, 140, p. 81; Kennedy a la Cámara de Comercio de Fort Worth, 22 de noviembre de 1963, *Public Papers of the Presidents. John F. Kennedy, 1963*, Washington, D. C., Government Printing Office, 1964, p. 889.
[104] A quienes estoy agradecido por haber inspirado mi libro *Strategies of Containment. A Critical Appraisal of American National Security Policy During the Cold War,* ed. revisada y ampliada, Nueva York, Oxford University Press, 2005, así como por el seminario Estudios sobre la Gran Estrategia de Yale, impartido desde hace tiempo.

3. PROFESORES Y ATADURAS

[105] Sun Tzu, *The Art of War,* Samuel B. Griffith, trad., Nueva York, Oxford University Press, 1963, pp. 66, 89, 95, 109. [En cast. puede consultarse, entre otras: *El arte de la guerra*, Madrid, Trotta, 2017.] Estoy en deuda con Schuyler Schouten por la comparación con el marketing.

[106] *Hamlet,* acto III, escena 2. [En cast. puede consultarse, entre otras: *Hamlet,* Madrid, Espasa-Calpe, 1994, p. 145, trad. de Ángel-Luis Pujante.] La intervención de Polonio sobre prestatarios y prestamistas aparece en el acto I, escena 3 [*Hamlet…,* p. 79].
[107] Sun Tzu, *The Art of War…,* pp. 63-64, 66, 89, 95, 129.
[108] Ibíd., pp. 91-92.
[109] He consultado principalmente esta referencia y la siguiente en torno a la crianza y educación de Octaviano: Anthony Everitt, *Augustus. The Life of Rome's First Emperor*, Nueva York, Random House, 2006, pp. 3-50 [hay trad. cast.: *Augusto. El primer emperador*, Barcelona, Ariel, 2008], y Adrian Goldsworthy, *Augustus. First Emperor of Rome*, New Haven, Yale University Press, 2014, pp. 19-80. [Hay trad. cast.: *Augusto*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2014.] A. Goldsworty usa los nombres de Augusto como títulos para las cinco secciones de su libro. Los augurios aparecen en Suetonio, *The Twelve Caesars*, Robert Graves, trad., Nueva York, Penguin, 2007 [1957], II, 94, pp. 94-95. [En cast. puede consultarse, entre otras: *Vidas de los doce Césares*, 2 vols., Madrid, Gredos, 1992, trad. de Rosa María Agudo Cubas.]
[110] Mary Beard explora la paradoja de un imperio republicano en la primera parte de su *S. P. Q. R. A History of Ancient Rome*, Nueva York, Norton, 2015. [Hay trad. cast.: *S. P. Q. R. Una historia de la antigua Roma,* Barcelona, Crítica, 2016.]
[111] La referencia más reciente es de Barry Strauss, *The Death of Caesar. The Story of History's Most Famous Assassination*, Nueva York, Simon & Schuster, 2015. [Hay trad. cast.: *La muerte de César. El asesinato más célebre de la historia*, Madrid, Ediciones Palabra, 2016.] La observación de Plutarco aparece en su *Lives of the Noble Grecians and Romans,* John Dryden, trad., Nueva York, Modern Library, s. f., p. 857. [En cast. puede consultarse, entre otras: *Vidas paralelas*, VI, «Alejandro-César», Madrid, Gredos, 2007, trad. y notas de Jorge Bergua Cavero.]
[112] John Williams, *Augustus*, Nueva York, The New York Review of Books, 2014 [1971], pp. 21-22. [Hay trad. cast.: *El hijo de César*, Madrid, Ediciones Pàmies, 2016.] Sobre las probables intenciones que César tenía con respecto a Octaviano, véase Adrian Goldsworthy, *Caesar. Life of a Colossus*, New Haven, Yale University Press, 2006, pp. 497-498 [hay trad. cast.: *César*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2016], y B. Strauss, *The Death of Caesar…,* pp. 45-46.
[113] En ese momento, dejó de usar el nombre Octaviano y comenzó a llamarse César. Para evitar confusiones, he seguido la práctica de A. Everitt y de la mayoría de historiadores —aunque no de A. Goldsworthy— y he continuado refiriéndome a él como Octaviano, hasta que tomó el sobrenombre de Augusto.
[114] Comentario de Tu Mu, en Sun Tzu, *The Art of War…,* p. 65.
[115] La mejor pista es la, en apariencia, auténtica sorpresa de Octaviano al conocer las voluntades de César. Incluso si César hubiese revelado sus intenciones, ni él ni Octaviano podrían haber previsto el poco tiempo que a César le quedaba.
[116] Véase la carta de Isaiah Berlin a George F. Kennan, 13 de febrero de 1951, en I. Berlin, *Liberty,* Henry Hardy, ed., Nueva York, Oxford University Press, 2007, pp. 341-342.
[117] A. Goldsworthy, *Augustus…,* pp. 87-101. Para los cambios de opinión de Cicerón, véase Anthony Everitt, *Cicero. The Life and Times of Rome's Greatest Politician*, Nueva York, Random House, 2003, pp. 273-296. [Hay trad. cast.: *Cicerón*, Barcelona, Edhasa, 2007.]
[118] John Buchan, *Augustus*, Cornwall, Stratus Books, 2003 [1937], p. 32. [Hay trad. cast.: *Augusto*, Madrid, Espasa-Calpe, 1942.]
[119] A. Goldsworthy, *Augustus…,* pp. 105-107.
[120] Bien descrito en Plutarco, *Lives of the Noble Grecians…,* pp. 1106-1107.
[121] A. Everitt, *Augustus…,* p. 76. Sobre las intenciones de Octaviano, véase también Ronald Syme, *The Roman Revolution*, Nueva York, Oxford University Press, 1939, p. 3. [Hay trad. cast.: *La revolución romana*, Barcelona, Crítica, 2011.]

[122] A. Everitt, *Augustus…,* pp. 32, 45, 88-91, 110, 139, 213.
[123] A. Goldsworthy, *Augustus…,* pp. 115-125. Marco Antonio afirmaría más tarde que Octaviano escapó de la batalla de Mutina (Suetonio, *The Twelve Caesars…*, II, 10, p. 47).
[124] R. Syme, *The Roman Revolution…,* p. 124.
[125] Más tarde inmortalizado como un don nadie en *Julio César* por Shakespeare.
[126] El episodio anticipa el tratado de Tilsit [Sovetsk], firmado por el emperador Napoleón I de Francia y el zar Alejandro I de Rusia en el río Niemen en julio de 1807, discutido en el capítulo 7. No se encontraban en una isla, sino en una barcaza.
[127] A. Everitt, *Cicero…,* pp. 313-319. Para conocer los antecedentes sobre el destierro, véase R. Syme, *The Roman Revolution…,* pp. 187-201.
[128] A. Goldsworthy, *Augustus…,* p. 122.
[129] Existía una relación. La fortaleza de Filipos recibió su nombre de Filipo II de Macedonia, el padre de Alejandro Magno, quien la construyó en el año 356 a. C. La primera filípica —un conjunto de cuatro discursos pronunciados poco después por el orador griego Demóstenes— estaba dirigida contra Filipo II. Cicerón ideó sus catorce filípicas siguiendo ese mismo patrón.
[130] A. Goldsworthy, *Augustus…,* p. 142; A. Everitt, *Augustus…,* pp. 88-94.
[131] Apiano, *The Civil Wars*, John Carter, trad., Nueva York, Penguin, 1996, V, p. 287. [*Historia romana*, II-III: *Guerras civiles* (I-V), Madrid, Gredos, 1985, trad. y notas de Antonio Sancho Royo.] Véase también A. Everitt, *Augustus…,* pp. 98-99.
[132] Ibíd., pp. 100-103; véase también R. Syme, *The Roman Revolution…,* p. 215.
[133] A. Goldsworthy, *Augustus…,* pp. 144-147.
[134] Suetonio, *The Twelve Caesars…*, II, 15, p. 49; véase también A. Everitt, *Augustus…,* pp. 104-105.
[135] Ibíd., pp. 108-113. Marco Antonio también informó a Octaviano de la deslealtad de un viejo amigo suyo, Quinto Salvidieno Rufo, quien, con motivos poco claros, se había puesto en contacto con los agentes de Marco Antonio en la Galia. Octaviano lo mandó ejecutar enseguida (Apiano, *The Civil Wars…,* V, 65, pp. 312-313).
[136] Observación de R. Syme, *The Roman Revolution…,* p. 114.
[137] Véase, a este respecto, el capítulo 2.
[138] Plutarco, *Lives of the Noble Grecians…,* p. 1106.
[139] A. Goldsworthy, *Augustus…,* pp. 156-159.
[140] El relato más completo se encuentra en Apiano, *The Civil Wars…,* V, 85-92, pp. 322-326.
[141] A. Everitt, *Augustus…,* pp. 129-130.
[142] Apiano, *The Civil Wars…,* V, 98-126, pp. 328-342.
[143] La reclamación de los romanos se remonta a la derrota contra los partos de Marco Licinio Craso y su ejército en la batalla de Carras en el 53 a. C., que supuso la pérdida de varios estandartes de las legiones romanas. Julio César planeó vengar tal humillación, pero fue asesinado en el 44 a. C.; tal misión recayó en el joven Octaviano y fue entrenado para ello; más adelante Marco Antonio continuó con la misión, después de su victoria contra Filipo, dos años más tarde.
[144] Fue también, a la manera egipcia, monarca junto con su madre con el nombre de Ptolomeo XV. A. Goldsworthy, *Caesar…,* pp. 496-497, proporciona un análisis plausible respecto a la paternidad de César.
[145] A. Everitt, *Augustus…,* pp. 145-153.
[146] A. Goldsworthy, *Augustus…,* pp. 186-188.
[147] Plutarco, *Lives of the Noble Grecians…,* p. 1142.
[148] Una hipótesis bien documentada sobre el origen de esta historia es la de Adrian Tronson, «Vergil, the Augustans, and the Invention of Cleopatra's Suicide—One Asp or Two?», *Vergilius,* 44 (1998), pp. 31-50. Debo a Toni Dorfman esta referencia.

[149] Observación hecha en Stacy Schiff, *Cleopatra. A Life*, Nueva York, Little, Brown, 2010, pp. 101, 108, 133. [Hay trad. cast.: *Cleopatra,* Barcelona, Destino, 2011.]
[150] Dión Casio, *The Roman History. The Reign of Augustus,* Ian Scott-Kilvert, trad., Nueva York, Penguin, 1987, LI, 16, p. 77. [Hay trad. cast.: *Historia de Roma*, Madrid, Gredos, vol. 4 (L-LX), 2011, trad. y notas de Juan Manuel Cortés Copete.]
[151] Para un enfoque diferente, véase A. Goldsworthy…, *Augustus,* p. 207.
[152] Robin Lane Fox, *Alexander the Great*, Nueva York, Penguin, 2004 [1973], pp. 369-370, 461-472. [Hay trad. cast.: *Alejandro Magno. Conquistador del mundo,* Barcelona, Acantilado, 2007.]
[153] Sun Tzu, *The Art of War…,* p. 106. La distinción se suele atribuir, en la era moderna, al estratega británico B. H. Liddell-Hart, pero ha reconocido que Sun Tzu se le adelantó (Sun Tzu, *The art of War…,* prólogo, p. VII).
[154] Sun Tzu, *The Art of War…,* pp. 66-68, 70.
[155] Para una novelización de este principio aplicado a la escritura poética, véase J. Williams, *Augustus…,* pp. 38-39.
[156] *The Georgics of Virgil*, II, David Ferrya, trad., Nueva York, Farrar, Straus & Giroux, 2005, p. 89. [En cast. puede consultarse, entre otras: Virgilio, *Geórgicas. Bucólicas*, Madrid, Alianza, 1981, trad. de Bartolomé Segura Ramos.]
[157] Ibíd., p. XIX. En la Wikipedia alguien parece haber contado los hexámetros.
[158] J. Buchan, *Augustus…,* p. 114. Hay debates más amplios sobre Virgilio en A. Everitt, *Augustus…,* pp. 114-16, y A. Goldsworthy, *Augustus…,* pp. 307-317.
[159] A. Everitt, *Augustus…,* pp. 199-211; A. Goldsworthy, *Augustus…,* pp. 217-238.
[160] M. Beard, *S. P. Q. R…,* pp. 354-356, 368-369, 374; véase también A. Goldsworthy, *Augustus…,* pp. 476-481.
[161] *Eneida,* Robert Fagles, trad., Nueva York, Viking, 2006, VIII, 21-22, p. 242. [En cast. puede consultarse, entre otras: Virgilio, *Eneida*, Madrid, Alianza, 1986, trad. de Rafael Fontán Barreiro.]
[162] Ibíd., VI, 791, p. 208.
[163] Hermann Broch, *The Death of Virgil,* Jean Starr Untermeyer, trad., Nueva York, Vintage Books, 1995 [1945], pp. 319, 321. [Hay trad. cast.: *La muerte de Virgilio*, Madrid, Alianza, 1995, versión de J. M. Ripalda sobre la trad. de A. Gregori, pp. 320 y 318.] Mi colega de Yale Charles Hill fue quien llamó mi atención sobre la importancia de las *Geórgicas* y de H. Broch. Su comentario sobre este aparece en Charles Hill, *Grand Strategies. Literature, Statecraft, and World Order*, New Haven, Yale University Press, 2010, pp. 282-285.
[164] M. Beard, *S. P. Q. R…,* pp. 415-416. Para dos relatos recientes sobre cómo la ley de la herencia podría arruinar vidas y poner en peligro a los estados, véase Geoffrey Parker, *Imprudent King. A New Life of Philip II*, New Haven, Yale University Press, 2014 [hay trad. cast.: *El rey imprudente. La biografía esencial de Felipe II*, Barcelona, Planeta, 2015]; y Janice Hadlow, *A Royal Experiment. The Private Life of King George III*, Nueva York, Henry Holt, 2014.
[165] John Williams retrata a Julia con particular detalle en su novela *Augustus*.
[166] No del matrimonio con Marco Antonio.
[167] *Eneida*, VI, 993-1021, p. 211, R. Fagles, trad. Se dice que Octaviano se desmayó cuando escuchó a Virgilio leer estos versos.
[168] Para una explicación más detallada de las complejidades genealógicas provocadas por Augusto, véase M. Beard, *S. P. Q. R…,* pp. 382-383.
[169] A. Everitt, *Augustus…,* p. 302.
[170] A. Goldsworthy, *Augustus…,* p. 453.
[171] Dión Casio, *Augustus*, LVI, 30, p. 245; Suetonio, *The Twelve Caesars…*, II, 99, p. 100.
[172] J. Williams, *Augustus…,* p. 228.

[173] El término procede de Greg Woolf, cuyo *Rome. An Empire's Story*, Nueva York, Oxford University Press, 2012, proporciona en sus capítulos introductorios una sucinta descripción del legado romano.
[174] Un vuelco muy bien descrito por J. Williams en *Augustus…,* p. 305.
[175] Véase, a este respecto, G. Woolf, *Rome…,* pp. 216-217; M. Beard, *S. P. Q. R*…, pp. 412-413.

4. ALMAS Y ESTADOS

[176] George F. Kennan, *Tent-Life in Siberia and Adventures Among the Koraks and Other Tribes in Kamtchatka and Northern Asia*, Nueva York, G. P. Putnam and Sons, 1870, pp. 208-212. Para obtener más información sobre G. F. Kennan, véase Frederick F. Travis, *George Kennan and the American-Russian Relationship, 1865-1924*, Athens, Ohio University Press, 1990.
[177] Véase Greg Woolf, *Rome. An Empire's Story*, Nueva York, Oxford University Press, 2012, pp. 113-126; y Mary Beard, *S. P. Q. R. A History of Ancient Rome*, Nueva York, Norton, 2015, pp. 428-434. [Hay trad. cast.: *S. P. Q. R. Una historia de la antigua Roma,* Barcelona, Crítica, 2016.]
[178] Los judíos no eran, ni mucho menos, los únicos monoteístas, pero las consecuencias que el monoteísmo tuvo para ellos, para los cristianos y para los musulmanes modelaron la historia en mayor medida que otras religiones. Véase una útil introducción en Jonathan Kirsch, *God Against the Gods. The History of the War Between Monotheism and Polytheism*, Nueva York, Penguin, 2005. [Hay trad. cast.: *Dios contra los dioses. Historia de la guerra entre monoteísmo y politeísmo,* Barcelona, Ediciones B, 2006.]
[179] Brillantemente documentado en Jack Miles, *God. A Biography*, Nueva York, Knopf, 1995. [Hay trad. cast.: *Dios. Una biografía,* Barcelona, Planeta, 1996.]
[180] Edward Gibbon, *The Decline and Fall of the Roman Empire*, Nueva York, Modern Library, 1977, I, pp. 382-383, 386. [Hay trad. cast.: *Decadencia y caída del Imperio romano*, 2 vols., Atalanta, Girona, 2012.]
[181] Ibíd., p. 383.
[182] Mateo, 22,21.
[183] Agustín de Hipona, *Confessions,* R. S. Pine-Coffin, trad., Nueva York, Penguin, 1961, pp. 28, 32-33, 39-41. [En cast. puede consultarse, entre otras: *Confesiones*, Madrid, Gredos, 2010, trad. y notas de Alfredo Encuentra Ortega.] La mejor biografía sigue siendo la clásica edición revisada de Peter Brown, *Augustine of Hippo. A Biography*, Berkeley, University of California Press, 2000 [1967]. [Hay trad. cast.: *Agustín de Hipona*, Madrid, Acento, 2001.]
[184] Agustín de Hipona, *Confessions…,* pp. 45-53.
[185] Para una respuesta reciente (y controvertida) a esta pregunta, véase Robin Lane Fox, *Augustine. Conversions to Confessions*, Nueva York, Basic Books, 2015, en especial las pp. 522-539.
[186] Agustín de Hipona, *Confessions…,* p. 36.
[187] P. Brown, *Augustine of Hippo…,* pp. 431-437.
[188] Ibíd., pp. 131-133.
[189] Esta apreciación se la debo a David Brooks, *The Road to Character*, Nueva York, Random House, 2015, p. 212.
[190] Me he basado principalmente en la introducción de G. R. Evans en san Agustín de Hipona, *Concerning the City of God Against the Pagans,* Henry Bettenson, trad., Nueva York, Penguin, 2003, pp. IX-LVII, pero también en notas preparadas por Michael Gaddis, compartidas conmigo en un

valiente esfuerzo por explicar *La Ciudad de Dios*. [En cast. puede consultarse, entre otras: *La Ciudad de Dios*, 3 vols., Madrid, Gredos, 2007-2012, trad. de Rosa María Marina Sáenz.]

[191] Véase John Mark Mattox, *Saint Augustine and the Theory of Just War*, Nueva York, Continuum, 2006, pp. 4-6; así como David D. Corey y J. Daryl Charles, *The Just War Tradition. An Introduction*, Wilmington, Delaware, ISI Books, 2012, p. 53.

[192] D. D. Corey y J. D. Charles, *The Just War Tradition*…, pp. 56-57.

[193] Tal es el argumento de Douglas Boin en *Coming Out Christian in the Roman World. How the Followers of Jesus Made a Place in Caesar's Empire*, Nueva York, Bloomsbury, 2015, que Gibbon, de manera indirecta, había anticipado al sugerir que los indiferentes emperadores de Roma veían con complacencia la propagación del cristianismo.

[194] Existe cierto orden incluso entre los matones y Agustín lo descubrió de adolescente. Los fans de *Los Soprano, The Wire* y *Breaking Bad* saben de qué hablo.

[195] A excepción del fallido intento del emperador Juliano el Apóstata de restaurar a los antiguos dioses durante su breve reinado (361-363).

[196] D. D. Corey y J. D. Charles, *The Just War Tradition…,* p. 57.

[197] P. Brown, *Augustine of Hippo…,* pp. 218-221. P. Brown matizó más tarde esta afirmación a la luz de nuevas pruebas y reconoció, además, que en la década de 1960, cuando estaba escribiendo su primera edición, las figuras de autoridad tendían a reprender a los estudiosos más jóvenes [ibíd., p. 446.]

[198] Véase, por ejemplo, J. M. Mattox, *Augustine and the Theory of Just War…,* pp. 48-49.

[199] Ibíd., p. 171.

[200] Como dejan muy claro Homero y Virgilio, los mejores guías de la Antigüedad en el inframundo.

[201] D. D. Corey y J. D. Charles estudian el proceso en *The Just War Tradition…,* capítulos 4-9.

[202] Para una valoración, véase P. Brown, *Augustine of Hippo…,* pp. 491-493.

[203] R. Lane Fox, *Augustine…,* pp. 2-3.

[204] Véase James Turner Johnson, *Just War Tradition and the Restraint of War. A Moral and Historical Inquiry*, Princeton, Princeton University Press, 2014 [1981], en especial las pp. 121-173.

[205] Amplío aquí, sin tener claro si la autora daría su aprobación, una observación incluida por G. R. Evans en su introducción a san Agustín de Hipona, *Concerning the City of God…,* p. XLVII.

[206] Michael Gaddis, *There Is No Crime for Those Who Have Christ. Religious Violence in the Christian Roman Empire*, Berkeley, University of California Press, 2005, en especial las pp. 131-150.

[207] El inolvidable antihéroe del *Cándido* de Voltaire. Lo vio todo, incluso el gran terremoto de Lisboa de 1755. Para seguir los razonamientos de Agustín de Hipona con mayor precisión de la que puedo ofrecer en estas páginas, véase J. M. Mattox, *Augustine and the Theory of Just War…,* pp. 32-36, 56-59, 94-95, 110-114, 126-131.

[208] Sebastian de Grazia, *Machiavelli in Hell*, Nueva York, Random House, 1989, pp. 318-340. [Hay trad. cast.: *Maquiavelo en el infierno*, Bogotá, Norma, 1997.]

[209] *The Discourses on the First Ten Books of Titus Livius*, Leslie J. Walker, S. J., trad., Brian Richardson, rev., Nueva York, Penguin, 1970, p. 97. [Hay trad. cast.: *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*, Madrid, Alianza, 1996.] Véase también S. de Grazia, *Machiavelli in Hell…,* p. 21. La mejor biografía reciente es Miles J. Unger, *Machiavelli. A Biography*, Nueva York, Simon & Schuster, 2011. [Hay trad. cast.: *Maquiavelo*, Barcelona, Edhasa, 2013.]

[210] Maquiavelo, *The Prince,* Harvey C. Mansfield, trad., 2.ª ed., Chicago, University of Chicago Press, 1998, p. 103. [En cast. puede consultarse, entre otras: *El príncipe*, Madrid, Gredos, 2011, trad. y notas de Antonio Hermosa Andújar; incluimos esta trad.] Véase también S. de Grazia, *Machiavelli in Hell…,* pp. 58-70.

[211] P. Brown, *Augustine of Hippo…,* pp. 400-410, explica detalladamente cómo.

[212] Milan Kundera, *The Unbearable Lightness of Being,* Michael Henry Heim, trad., Nueva York Harper and Row, 1984. [Hay trad. cast.: *La insoportable levedad del ser*, Barcelona, Tusquets, 1985.]
[213] Maquiavelo, *The Prince…,* p. 98. Véase también M. J. Unger, *Machiavelli…,* pp. 218-219.
[214] Maquiavelo, en 1504, llegó a participar en una conspiración, maquinada por Leonardo da Vinci, para aislar la ciudad rival de Pisa mediante el desvío del Arno. Sin embargo, la fortuna frustró sus esfuerzos con triquiñuelas topográficas, lluvias inesperadas y los sabotajes de los hábiles pisanos. Esta fue una de las muchas malas acciones que pusieron fin a la carrera como servidor público de Maquiavelo. Pueden encontrarse más detalles en M. J. Unger, *Machiavelli…,* pp. 143-146.
[215] El cuidadoso traductor al inglés de Maquiavelo explica a qué significados nos remite este término en *The Prince*, p. xxv. Para un debate más completo sobre la *virtù*, véase Philip Bobbitt, *The Garments of Court and Palace. Machiavelli and the World That He Made*, Nueva York, Grove Press, 2013, pp. 76-77.
[216] Maquiavelo, *The Prince,* p. 22. Véase también M. J. Unger, *Machiavelli…,* pp. 33-34.
[217] Ibíd., p. 273.
[218] S. de Grazia, *Machiavelli in Hell…,* p. 64, sugiere que Maquiavelo leyó a Agustín, pero una búsqueda electrónica muestra que no lo menciona ni en *El príncipe*, ni en los *Discursos…,* ni en su obra menos conocida: *El arte de la guerra*. Hay una única referencia obvia en Maquiavelo, no a Agustín, sino a un monje de su orden, en su *Historia de Florencia*. Sin embargo, existen paralelismos, quizá mejor desarrollados en Paul R. Wright, «Machiavelli's *City of God.* Civil Humanism and Augustinian Terror», en John Doody, Kevin L. Hughes y Kim Paffenroth, eds., *Augustine and Politics*, Lanham, Maryland, Lexington Books, 2005, pp. 297-336.
[219] Maquiavelo, *The Prince…,* pp. 3-4; M. J. Unger, *Machiavelli…,* pp. 204-207.
[220] P. Bobbitt, *The Garments of Court and Palace…,* p. 5.
[221] Sobre la recepción y acogida del libro, véase ibíd., pp. 8-16, y M. J. Unger, *Machiavelli…,* pp. 342-347. Jonathan Haslam investiga la influencia de Maquiavelo en las ciencias políticas en *No Virtue Like Necessity. Realist Thought in International Relations Since Machiavelli*, New Haven, Yale University Press, 2002. El único libro que verdaderamente desconcierta a mis alumnos es el segundo volumen de la biografía de Lyndon B. Johnson, de Robert Caro, que afirma que aquel nunca habría podido pronunciar el discurso de 1965 «¡Venceremos!» si no hubiera robado las primarias demócratas al Senado por Texas en 1948.
[222] Maquiavelo, *The Prince…,* pp. 29-33. Véase también M. J. Unger, *Machiavelli…,* pp. 129-130. El destino de Ramiro es muy similar al del desafortunado hijo del rey Pitio de Lidia a manos de Jerjes, como se describe en Heródoto (*Historia,* VII, 39) y se menciona en el capítulo 1.
[223] Citado en M. Gaddis, *There Is No Crime for Those Who Have Christ…,* p. 138.
[224] La frase se hizo popular durante la guerra de Vietnam después de la aparición de una breve noticia, «Major Describes Move», en *The New York Times*, el 8 de febrero de 1968. Para la idea aplicada a las armas nucleares en la Guerra Fría, véase Campbell Craig, *Destroying the Village. Eisenhower and Thermonuclear War*, Nueva York, Columbia University Press, 1998.
[225] Maquiavelo, *The Prince,* pp. 22, 35.
[226] Las citas pertenecen a J. M. Mattox, *Augustine and the Theory of Just War…,* p. 60, y p. 61. Merece la pena compararlas con una de Sun Tzu, *The Art of War,* Samuel B. Griffith, trad., Nueva York, Oxford University Press, 1963, p. 77: «Ganar cien veces en cien batallas no es el culmen de la habilidad. Someter al enemigo sin pelear es el culmen de la habilidad». [En cast. puede consultarse, entre otras: (Sunzi), *El arte de la guerra*, Madrid, Trotta, 2017.]
[227] Maquiavelo, *The Prince,* p. 61.
[228] Harvey C. Mansfield, en su introducción, ibíd., p. XI.
[229] Charles Dickens, *A Tale of Two Cities*, Nueva York, New American Library, 1960, p. 367. [En cast. puede consultarse, entre otras: *Historia de dos ciudades,* Barcelona, Alba, 2012.]

[230] Maquiavelo, *The Prince,* p. 45.
[231] Ibíd., p. 4.
[232] Ibíd., p. 20.
[233] Ibíd., p. 39.
[234] Ibíd., pp. 38, 40-41, 61, 66-67.
[235] M. J. Unger, *Machiavelli…,* p. 54; P. Bobbitt, *The Garments of Court and Palace…,* p. 80.
[236] M. J. Unger, *Machiavelli…,* pp. 132, 238, 255-256.
[237] Ibíd., pp. 261-262.
[238] La mejor y más novedosa explicación es, cómo no, de Henry Kissinger, *World Order*, Nueva York, Penguin, 2014, pp. 11-95, 283-286. [Hay trad. cast.: *Orden mundial*, Barcelona, Debate, 2016.]
[239] Maquiavelo, *The Discourses…,* p. 275.
[240] Véase, M. J. Unger, *Machiavelli…,* pp. 266-268; H. Kissinger, *World Order…,* pp. 256-269; y P. Bobbitt, *The Garments of State and Palace…,* pp. 155-164; estos autores nos recuerdan que Maquiavelo no supuso la supremacía de ningún orden internacional y que nosotros tampoco deberíamos.
[241] Isaiah Berlin, «The Originality of Machiavelli», en I. Berlin, *The Proper Study of Mankind. An Anthology of Essays,* Henry Hardy y Roger Hausheer, eds., Nueva York, Farrar, Straus & Giroux, 1998, pp. 269-325.
[242] Ibíd., p. 279.
[243] Maquiavelo, *The Prince…,* pp. 4, 10.
[244] Thomas Hobbes, *Leviathan,* edición de C. B. Macpherson, Nueva York, Penguin, 1985 [1651], p. 186. [En cast. puede consultarse, entre otras: *Leviatán*, Madrid, Alianza, 2009.]
[245] Agustín de Hipona, *Confessions…,* p. 28.
[246] I. Berlin, «The Originality of Machiavelli»…, pp. 286-291.
[247] Ibíd., pp. 296-297, 299.
[248] Ibíd., pp. 312-313.
[249] Ibíd., p. 310.
[250] Ibíd., pp. 310-311. Véase también S. de Grazia, *Machiavelli in Hell…,* p. 311; y M. Gaddis, *There Is No Crime for Those Who Have Christ…,* p. 149.
[251] I. Berlin, «The Originality of Machiavelli»…, p. 311. I. Berlin atribuye la idea a Sheldon S. Wolin.
[252] «The Pursuit of the Ideal», en I. Berlin, *The Proper Study of Mankind…,* pp. 9-11.
[253] I. Berlin, «The Originality of Machiavelli»…, pp. 324-325.

5. LOS PRÍNCIPES PIVOTES

[254] *Diccionario de la Lengua Española* (act. 2017), Real Academia. Dictionary.com (*pivot*). *(N. del T.)*
[255] La referencia más famosa es la que hace Thomas Hobbes en *Leviatán* (1651). [En cast. puede consultarse, entre otras: *Leviatán*, Madrid, Alianza, 2009.]
[256] Virginia Woolf, *Orlando. A Biography*. Nueva York. Harcourt Brace, 1956 [1928], p. 22. [Hay trad. cast.: *Orlando*, Buenos Aires, Sudamericana, 1968, trad. de Jorge Luis Borges.]
[257] Citado en Geoffrey Parker, *Imprudent King. A New Life of Philip II*, New Haven, Yale University Press, 2014, p. 363. [Hay trad. cast.: *El rey imprudente. La biografía esencial de Felipe II*, Barcelona, Planeta, 2015.]

[258] Véase Anne Somerset, *Elizabeth I*, Nueva York, Random House, 2003 [1991], p. 572.
[259] G. Parker, *Imprudent King…,* p. 366.
[260] Una explicación clásica es la que da Garrett Mattingly, *The Armada*, Nueva York, Houghton Mifflin, 1959, pp. 11-12. [Hay trad. cast.: *La Armada Invencible*, Madrid, Turner, 2004.] Maquiavelo también escribió poemas y obras de teatro. Véase Sebastian de Grazia, *Machiavelli in Hell*, Nueva York, Random House, 1989, pp. 360-366. [Hay trad. cast.: *Maquiavelo en el infierno*, Bogotá, Norma, 1997.]
[261] Isabel I*, Collected Works*, Leah S. Marcus, Janet Mueller y Mary Beth Rose, eds., Chicago, University of Chicago Press, 2000, p. 54.
[262] G. Parker, *Imprudent King…,* p. 29; Miles J. Unger, *Machiavelli. A Biography*, Nueva York, Simon & Schuster, 2011, pp. 343-344 [hay trad. cast.: *Maquiavelo*, Barcelona, Edhasa, 2013]; y, para la competencia lingüística de Isabel I, véase A. Somerset, *Elizabeth I…*, pp. 11-12.
[263] Robert Hutchinson, *The Spanish Armada*, Nueva York, St. Martin's, 2013), p. xix. [Hay trad. cast.: *La Armada Invencible*, Barcelona, Pasado y Presente, 2013.] Enrique VIII murió en 1547 y le sucedió su hijo de nueve años, Eduardo VI, que murió en 1553.
[264] Alison Weir, *The Life of Elizabeth I*, Nueva York, Random House, 2008 [1998], p. 11; A. N. Wilson, *The Elizabethans*, Nueva York, Farrar, Straus & Giroux, 2011, pp. 7-14, 32-33.
[265] El título imperial y sus posesiones centroeuropeas fueron para el hermano de Carlos, Fernando, lo que dividió el imperio de los Habsburgo en una rama austriaca y en otra española, un reconocimiento temprano que Paul Kennedy llamó «sobreestiramiento imperial» (*imperial overstretch*). Véase su *The Rise and Fall of the Great Powers. Economic Change and Military Conflict from 1500 to 2000*, Nueva York, Random House, 1987, pp. 48-49. [Hay trad. cast.: *Auge y caída de las grandes potencias*, Barcelona, Debolsillo, 2017.]
[266] G. Parker, *Imprudent King…,* pp. 4-5, 23.
[267] Ibíd.*,* p. 276. Véase también el segundo pliego de imágenes de G. Parker en ibíd.
[268] Geoffrey Parker, *The Grand Strategy of Philip II*, New Haven, Yale University Press, 1998, p. 72, compara la actitud hacia el poder de Isabel y Felipe. [Hay trad. cast.: *La gran estrategia de Felipe II*, Madrid, Alianza, 1998.]
[269] G. Mattingly, *The Armada…,* p. 24.
[270] G. Parker, *Imprudent King…,* pp. xv, 61-64, 85, 103-6; véase también G. Parker *The Grand Strategy of Philip II…,* pp. 47-75; y Robert Goodwin, *Spain. The Center of the World, 1519-1682*, Nueva York, Bloomsbury, 2015, pp. 129-141. [Hay trad. cast.: *España. Centro del mundo (1519-1682),* Madrid, La Esfera de los Libros, 2016.]
[271] G. Parker, *Imprudent King…,* pp. 43-49, 51-58. Para conocer una valoración de los puntos fuertes y débiles de Inglaterra durante la llegada de Isabel, véase P. Kennedy, *The Rise and Fall of the Great Powers…,* pp. 60-61.
[272] A. Somerset, *Elizabeth I…,* pp. 42-43.
[273] Ibíd.*,* pp. 311-312.
[274] Ibíd.*,* pp. 48-51.
[275] Ibíd.*,* p. 56.
[276] Los Papas y los emperadores del Sacro Imperio Romano Germánico eran elegidos, pero los lazos de sangre se consideraban importantes.
[277] A. Weir, *The Life of Elizabeth I*…, p. 25; A. Somerset, *Elizabeth I…*, pp. 91-92.
[278] Ibíd.*,* pp. 50-51.
[279] G. Parker, *Imprudent King…,* pp. 121-125.
[280] Para una lista detallada, véase Arthur Salusbury MacNalty, *Elizabeth Tudor. The Lonely Queen*, Londres, Johnson Publications, 1954, p. 260; A. Weir, *The Life of Elizabeth I…,* pp. 47-48.
[281] A. Weir, *The Life of Elizabeth I…*, pp. 47-48.

[282] G. Mattingly, *The Armada…,* p. 24.
[283] G. Parker, *The Grand Strategy of Philip II…,* p. 151; G. Parker, *Imprudent King…,* p. 58.
[284] Ibíd.*,* p. 364. Los Habsburgo, por medio de sus matrimonios entre primos, debilitaron y agotaron su acervo genético. Véase ibíd.*,* pp. 180-181.
[285] Ibíd.*,* p. 2.
[286] Para una aproximación comprensiva, véase Hugh Thomas, *World Without End. Spain, Philip II, and the First Global Empire*, Nueva York, Random House, 2014, pp. 285-299. [Hay trad. cast.: *El señor del mundo. Felipe II y su imperio,* Barcelona, Planeta, 2103.]
[287] Mauricio Drelichman y Hans-Joachim Voth, *Lending to the Borrower from Hell. Debt, Taxes, and Default in the Age of Philip II*, Princeton, Princeton University Press, 2014, comparan la actitud de Isabel hacia la delegación con la de Felipe; véase P. Kennedy, *The Rise and Fall of the Great Powers…,* pp. 46-47.
[288] G. Parker, *Imprudent King…,* pp. 126, 129, 256-257.
[289] H. Thomas, *World Without End…,* p. 17.
[290] A. Weir, *The Life of Elizabeth I…,* pp. 11, 26. Véase también A. Somerset, *Elizabeth I…,* pp. 58-59.
[291] Para este párrafo me he basado en A. Weir, *The Life of Elizabeth I…,* pp. 17-18, y en G. Mattingly, *The Armada…,* p. 23. La cita del corazón y el estómago se encuentra en Isabel I, *Collected Works…,* p. 326.
[292] James Anthony Froude, *History of England from the Fall of Wolsey to the Defeat of the Spanish Armada*, Londres, Longmans, Green, 1870), XII, p. 558. Véase también J. B. Black, *The Reign of Elizabeth, 1558-1603*, Oxford, Oxford University Press, 1959, p. 23.
[293] A. Weir, *The Life of Elizabeth I…,* p. 30. A. Somerset, *Elizabeth I…,* pp. 72-88, proporciona un análisis exhaustivo de las políticas religiosas de Isabel.
[294] A. Somerset, *Elizabeth I…,* pp. 280-282; P. Kennedy, *The Rise and Fall of the Great Powers…,* pp. 60-61. Para un estudio completo sobre las finanzas isabelinas, véase William Robert Smith, *The Constitution and Finance of the English, Scottish and Irish Joint-Stock Companies to 1720*, Cambridge, Cambridge University Press, 1911, pp. 493-499.
[295] A. Somerset, *Elizabeth I…,* pp. 70-71.
[296] Para una entusiasta descripción, véase el capítulo sobre sir Francis Drake en A. N. Wilson, *The Elizabethans…,* pp. 173-184.
[297] Algunos insensatos siguen sosteniendo a día de hoy que escribió las obras de William Shakespeare.
[298] A. Weir, *The Life of Elizabeth I…,* p. 257. La historia apareció por primera vez en John Aubrey, *Brief Lives,* compilada entre 1669 y 1696, Oxford, Clarendon Press, 1898, p. 305.
[299] Nicolás Maquiavelo, *The Prince,* Harvey C. Mansfield, trad., 2.ª ed., Chicago, University of Chicago Press, 1998, p. 69. [En cast. puede consultarse, entre otras: *El príncipe*, Madrid, Gredos, 2011, trad. y notas de Antonio Hermosa Andújar; incluimos esta trad.] Sobre la opinión de Maquiavelo sobre las mujeres, véase ibíd., p. 101; y también S. de Grazia, *Machiavelli in Hell…,* pp. 229-232.
[300] G. Parker, *Imprudent King…,* p. 295.
[301] William Shakespeare, *Antonio y Cleopatra,* acto II, escena 2, trad. de María Enriqueta González Padilla, Barcelona, Debolsillo, 2012.
[302] S. de Grazia, *Machiavelli in Hell…,* pp. 102-103.
[303] N. A. M. Rodger, *The Safeguard of the Sea. A Naval History of Britain, 660-1649*, Nueva York, HarperCollins, 1998, pp. 238-248.
[304] En estos párrafos, he seguido G. Parker, *The Grand Strategy of Philip II…,* pp. 153-157.

[305] Ibíd., pp. 158-59. Véase también Christopher Tyerman, *God's War. A New History of the Crusades*, Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press, 2006, pp. 902-903 [hay trad. cast.: *Las guerras de Dios. Una nueva historia de las cruzadas,* Barcelona, Crítica, 2007]; y, sobre la evolución de la doctrina agustiniana, James Turner Johnson, *Just War Tradition and the Restraint of War. A Moral and Historical Inquiry*, Princeton, Princeton University Press, 1981, pp. 167-169.
[306] G. Parker, *The Grand Strategy of Philip II…,* pp. 157-162.
[307] A. Somerset, *Elizabeth I…,* p. 246.
[308] Ibíd., pp. 237-238.
[309] Ibíd., pp. 249-262; G. Parker, *The Grand Strategy of Philip II…*, pp. 160-163.
[310] Los ejemplos también incluyen a Julio César, Augusto, Napoleón, el duque de Wellington, Lincoln y, al parecer, Felipe II. Véase G. Parker, *Imprudent King…,* pp. 293-294.
[311] A. Somerset, *Elizabeth I…,* pp. 405-408; G. Parker, *Imprudent King…,* pp. 206-207. Citado en Stephen Alford, *The Watchers. A Secret History of the Reign of Elizabeth I*, Nueva York, Bloomsbury, 2012, p. XVII. Véase también John Cooper, *The Queen's Agent. Sir Francis Walsingham and the Rise of Espionage in Elizabethan England*, Nueva York, Pegasus, 2012.
[312] John Guy, *Elizabeth. The Forgotten Years*, Nueva York, Viking, 2016, centra particularmente su atención en este punto.
[313] Lisa Hilton, *Elizabeth. Renaissance Prince*, Nueva York, Houghton Mifflin Harcourt, 2015, p. 224.
[314] G. Mattingly, *The Armada…,* pp. 75-76. Véase también Felipe Fernández-Armesto, *Pathfinders. A Global History of Exploration*, Nueva York, Norton, 2006, pp. 129-138. [Hay ed. cast.: *Los conquistadores del horizonte. Una historia mundial de la exploración*, Barcelona, Ariel, 2006.]
[315] N. A. M. Rodger, *The Safeguard of the Sea…,* pp. 243-246.
[316] Ibíd., pp. 248-250.
[317] A. Somerset, *Elizabeth I…,* pp. 405-411.
[318] Ibíd., pp. 47-48, 389-393, 396-405.
[319] Ibíd., pp. 424-442.
[320] G. Parker, *The Grand Strategy of Philip II…,* pp. 163-169, 179. La cita figura en la p. 166.
[321] Ibíd., pp. 179-180; G. Parker, *Imprudent King…,* pp. 281, 305-307. Sobre la ausencia de reacción de Felipe ante la muerte de María, véase G. Mattingly, *The Armada…,* pp. 69-81.
[322] G. Parker, *Imprudent King…,* pp. 307-319.
[323] R. Hutchinson, *The Spanish Armada…,* p. 52.
[324] Esta y las fechas posteriores siguen el calendario gregoriano (o «estilo nuevo»), que era el que se había empezado a emplear en Europa en ese momento (a partir de 1582). En la Inglaterra isabelina se seguía el antiguo calendario juliano, que entonces llevaba diez días de retraso.
[325] R. Hutchinson, *The Spanish Armada…,* p. 202; G. Parker, *The Grand Strategy of Philip II…,* pp. 269-270.
[326] Felipe envió dos flotas más pequeñas contra Inglaterra en 1596 y 1597, pero las tormentas las obligaron a retroceder incluso antes de que entraran por el canal de la Mancha.
[327] G. Parker, *The Grand Strategy of Philip II…,* pp. 270-271. Véase también G. Parker, *Imprudent King…,* pp. 324, 367-368.
[328] Ibíd., p. 369.
[329] G. Parker, *The Grand Strategy of Philip II…,* p. 283. Véase también Barbara Farnham, ed., *Avoiding Losses/Taking Risks. Prospect Theory and International Conflict*, Ann Arbor, University of Michigan Press, 1995.
[330] G. Parker, *The Grand Strategy of Philip II…,* pp. 275-276.
[331] Ibíd., p. 276, y G. Parker, *Imprudent King…,* p. 369.

[332] Discurso del 30 de noviembre de 1601, en Isabel I, *Collected Works…,* p. 339.
[333] A. N. Wilson, *The Elizabethans…,* p. 371.
[334] Ibíd.*,* pp. 366-368. Dictionary.com.
[335] Robert B. Strassler, ed., *The Landmark Thucydides. A Comprehensive Guide to the Peloponnesian,* versión revisada de la traducción de Richard Crawley, Nueva York, Simon & Schuster, 1996, III, 82. [En cast. puede consultarse, entre otras: *Historia de la guerra del Peloponeso*, Madrid, Gredos, 1990-1992, 4 vols., trad. y notas de Juan José Torres Esbarranch.]
[336] Keith Roberts, *Pavane*, Baltimore, Old Earth Books, 2011 [1968, pp. 11-12. [Hay trad. cast.: *Pavana*, Barcelona, Minotauro, 2008.] Geoffrey Parker se me adelantó en el uso de este pasaje, con el que concluye su sorprendente relato contrafáctico del «éxito» de la Gran Armada en «The Repulse of The English Fireships», en Robert Cowley, ed., *What If? The World's Foremost Military Historians Imagine What Might Have Been*, Nueva York, Berkley Books, 1999, pp. 149-150.
[337] K. Roberts, *Pavane…,* p. 147.
[338] Ibíd.*,* pp. 151, 238-239.
[339] Doy las gracias a mi colega Paul Kennedy por hacer esta observación.

6. NUEVOS MUNDOS

[340] Keith Roberts, *Pavane*, Baltimore, Old Earth Books, 2011 [1968], p. 11. [Hay trad. cast.: *Pavana*, Barcelona, Minotauro, 2008.]
[341] Hago alusión aquí al título de la novela de Michel Faber sobre la fe y la exploración extraterrestre: *The Book of Strange New Things*, Nueva York, Hogarth, 2014. [Hay trad. cast.: *El libro de las cosas nunca vistas*, Barcelona, Anagrama, 2016.] Felipe Fernández-Armesto, *Pathfinders. A Global History of Exploration*, Nueva York, Norton, 2006 [hay ed. cast.: *Los conquistadores del horizonte. Una historia mundial de la exploración*, Barcelona, Ariel, 2006] sitúa el proceso de exploración terrestre en un amplio contexto comparativo.
[342] Jay Sexton, *The Monroe Doctrine. Empire and Nation in Nineteenth-Century America*, Nueva York, Hill and Wang, 2011, pp. 3-8.
[343] Geoffrey Parker, «The Repulse of the English Fireships», en Robert Cowley, ed., *What If? The World's Foremost Military Historians Imagine What Might Have Been*, Nueva York, Berkley Books, 1999, pp. 141-142.
[344] J. Hamel, *Early English Voyages to Northern Russia*, Londres, Richard Bentley, 1857, p. 5
[345] F. Fernández-Armesto, *Pathfinders…,* pp. 218-222. Véase también, sobre la curiosidad de Isabel, A. N. Wilson, *The Elizabethans*, Nueva York, Farrar, Straus & Giroux, 2011, pp. 183-184; para refrescar, Geoffrey Parker, *Global Crisis. War, Climate Change, and Catastrophe in the Seventeenth Century*, New Haven, Yale University Press, 2013.
[346] J. H. Elliott, *Empires of the Atlantic World. Britain and Spain in America, 1492-1830*, New Haven, Yale University Press, 2006, pp. 23-28.
[347] Ibíd.*,* p. 177.
[348] De esta manera se asemeja al monocultivo en el sector forestal. Véase James C. Scott, *Seeing Like a State. How Certain Schemes to Improve the Human Condition Have Failed*, New Haven, Yale University Press, 1998, pp. 11-22.
[349] J. H. Elliott, *Empires of the Atlantic World…,* p. 134. Véase también Nick Bunker, *An Empire on the Edge. How Britain Came to Fight America*, Nueva York, Knopf, 2014, pp. 13-14.

[350] He adaptado este párrafo de mi libro *The Landscape of History,* Nueva York, Oxford University Press, 2002, p. 87 [hay trad. cast.: *El paisaje de la historia. Cómo los historiadores representan el pasado,* Barcelona, Anagrama, 2004], que a su vez se nutre de M. Mitchell Waldrop, *Complexity. The Emerging Science at the Edge of Order and Chaos*, Nueva York, Viking, 1992, pp. 292-294.
[351] Anne Somerset, *Elizabeth I*, Nueva York, Random House, 1991, pp. 188-191.
[352] Véase Robert Tombs, *The English and Their History*, Nueva York, Knopf, 2015, pp. 224-245.
[353] J. H. Elliott, *Empires of the Atlantic World…,* p. 177. Véase también Tim Harris, *Restoration. Charles II and His Kingdoms, 1660-1685*, Nueva York, Allen Lane, 2005, en especial las pp. 46-47.
[354] La frase pertenece a Daniel Defoe y la cita se encuentra en R. Tombs, *The English and Their History…,* p. 252.
[355] J. H. Elliott, *Empires of the Atlantic World…,* pp. 150-152; véase también Steve Pincus, *1688. The First Modern Revolution*, New Haven, Yale University Press, 2009, pp. 316-322, 475. [Hay trad. cast: *1688. La primera revolución moderna,* Barcelona, Acantilado, 2013.]
[356] John Locke, *Second Treatise of Government,* 1690, §149.
[357] R. Tombs, *The English and Their History…,* p. 263.
[358] «Speech on Conciliation with America», *The Writings and Speeches of Edmund Burke,* III, W. M. Elofson, ed., Oxford, Clarendon Press, 1996, pp. 118, 124. David Bromwich proporciona contexto y un análisis en *The Intellectual Life of Edmund Burke. From the Sublime and Beautiful to American Independence*, Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press, 2014, pp. 228-261.
[359] Gabriel Johnson a lord Wilmington, 10 de febrero de 1737, cita en James A. Henretta, *«Salutary Neglect». Colonial Administration Under the Duke of Newcastle*, Princeton, Princeton University Press, 1972, p. 324.
[360] «Observations Concerning the Increase of Mankind», 1751, publicado en 1755, *The Papers of Benjamin Franklin*, edición digital, IV, 225-234. Véase también Dennis Hodgson, «Benjamin Franklin on Population. From Policy to Theory», *Population and Development Review,* 17 (diciembre de 1991), pp. 639-661.
[361] Con más detalle en Ron Chernow, *Washington. A Life*, Nueva York, Penguin, 2010, pp. 78-116.
[362] N. Bunker, *An Empire on the Edge…,* pp. 17-18; R. Tombs, *The English and Their History…,* p. 348. Véase también Colin G. Calloway, *The Scratch of a Pen. 1763 and the Transformation of North America*, Nueva York, Oxford University Press, 2006, pp. 11-12.
[363] Observación hecha por D. Bromwich en *The Intellectual Life of Edmund Burke…,* pp. 190-191.
[364] Discurso al Parlamento del 13 de mayo de 1767, en *Burke Writings and Speeches,* II, Paul Langford, ed., Oxford, Clarendon Press, 1981, p. 59.
[365] Discurso al Parlamento del 19 de abril de 1769, en ibíd., p. 231.
[366] Discurso al Parlamento del 22 de marzo de 1775, en, ibíd., III, pp. 157, 165.
[367] D. Bromwich, *The Intellectual Life of Edmund Burke…,* p. 193.
[368] Véase el capítulo 2.
[369] Thomas Paine, *Common Sense*, Wisehouse Classics, 2015, p. 21. [Hay trad. cast.: *El sentido común y otros ensayos,* Madrid, Funambulista, 2015.] Véase también Trevor Colbourn, *The Lamp of Experience. Whig History and the Intellectual Origins of the American Revolution,* Indianápolis, Liberty Fund, 1998 [1965], pp. 26, 237-243; y Bernard Bailyn, «1776. A Year of Challenge—a World Transformed», *The Journal of Law and Economics,* 19 (octubre de 1976), en especial las pp. 437-441.
[370] T. Paine, *Common Sense…,* pp. 13-14, 23.
[371] Ibíd., pp. 19, 23-24.
[372] Ibíd., pp. 25-26.

[373] Sobre el impacto causado por T. Paine, véase Joseph J. Ellis, *American Creation. Triumphs and Tragedies at the Founding of the Republic*, Nueva York: Random House, 2007, pp. 41-44; John Ferling, *Whirlwind. The American Revolution and the War That Won It*, Nueva York, Bloomsbury, 2015, pp. 141-143, y el capítulo sobre T. Paine en Sophia Rosenfeld, *Common Sense. A Political History*, Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press, 2011.
[374] Transcripción de la Declaración de Independencia, National Archives and Records Administration, disponible en <www.archives.gov/exhibits/charters>.
[375] Joseph J. Ellis, *American Sphinx. The Character of Thomas Jefferson*, Nueva York, Random House, 1996, pp. 11, 27-28.
[376] La expresión «más nítida que la verdad» aparece en Dean Acheson, *Present at the Creation. My Years in the State Department*, Nueva York, Norton, 1969, p. 375.
[377] J. Ferling, *Whirlwind…,* p. 164.
[378] T. Paine, *Common Sense…,* p. 39.
[379] John Adams a Abigail Adams, 3 de julio de 1776, documentos de la familia Adams, archivo electrónico, Massachusetts Historical Society <www.masshist.org/digitaladams/>. Adams creyó erróneamente que las celebraciones conmemorarían la firma el 2 de julio y no la aprobación del Congreso continental el 4 de julio.
[380] T. Paine, *Common Sense…,* p. 21; Benjamin Franklin a Joseph Priestley, 3 de octubre de 1775, *The Papers of Benjamin Franklin,* edición digital, XXII, 217-218. Véase también D. Hodgson, «Benjamin Franklin on Population…», pp. 653-654.
[381] George Washington a John Adams, 25 de septiembre de 1798, citado en R. Chernow, *Washington…,* p. 208. Véase también J. J. Ellis, *American Creation…,* pp. 4-5.
[382] Eliga H. Gould, *Among the Powers of the Earth. The American Revolution and the Making of a New World Empire*, Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press, 2012, pp. 10, 142.
[383] Citado en ibíd., p. 127. Véase también J. Ferling, *Whirlwind…,* pp. 235-238, 320-321.
[384] George C. Herring, *From Colony to Superpower. U. S. Foreign Relations Since 1776*, Nueva York, Oxford University Press, 2008, pp. 26-34.
[385] Véase Gordon S. Wood, *The Creation of the American Republic, 1776-1787*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1998 [1969], p. IX.
[386] Aquí no estoy de acuerdo, con todo respeto, con J. J. Ellis, *American Creation…,* p. 18, quien, a mi juicio, discrepa consigo mismo en p. 9.

[387] G. S. Wood señala el paralelismo en *Empire of Liberty. A History of the Early Republic, 1787-1815*, Nueva York, Oxford University Press, 2006, p. 54.
[388] G. S. Wood, *The Creation of the American Republic…,* p. 16.
[389] Citado en ibíd., p. 395. Para estos párrafos me he referido al análisis de G. S. Wood en su capítulo 10. Véase también su resumen en *Empire of Liberty…,* pp. 14-20.
[390] Citado en E. H. Gould, *Among the Powers of the Earth…,* p. 128.
[391] Antes de la llegada del ferrocarril se tardaba desde el Mississippi hasta la costa Este el mismo tiempo que en cruzar el Atlántico en barco de vela.
[392] Jonathan Jackson (atrib.), *Thoughts upon the Political Situation of the United States of America in Which That of Massachusetts Is More Particularly Considered*, Worcester, Massachusetts, 1788, pp. 45-46, citado en E. H. Gould, *Among the Powers of the Earth…,* p. 133.
[393] Sobre el esquema piramidal, véase David O. Stewart, *Madison's Gift. Five Partnerships That Built America*, Nueva York, Simon & Schuster, 2015, pp. 18-25.
[394] R. Chernow, *Washington…,* pp. 313, 356, 518, 607-610. La represión británica después del motín del Té, ocurrido en Boston, una protesta anterior contra los impuestos en Massachusetts, había empujado a Washington a la rebelión [ibíd., pp. 198-201]. La rebelión de Shay, sin embargo, dio la vuelta a la tortilla.
[395] Washington de este modo se anticipó a Woody Allen como pocos otros.
[396] Véase <www.comparativeconstitutionsproject.org/chronology/>, documento basado, a su vez, en Zachary Elkins, Tom Ginsburg y James Melton, *The Endurance of National Constitutions*, Nueva York, Cambridge University Press, 2009.
[397] La Constitución, sin enmiendas, consta de unas cuatro mil quinientas palabras. *Los artículos federalistas,* de unas ciento setenta mil.
[398] R. Chernow, *Hamilton,* Nueva York, Penguin, 2004, pp. 261-269.
[399] James Boswell, *Life of Johnson*, R. W. Chapman, ed., Nueva York, Oxford University Press, 1998 [1791], p. 849. [Hay trad. cast: *Vida de Samuel Johnson,* Barcelona, Acantilado, 2007.]
[400] «De hecho, debemos permanecer juntos o, de otro modo, nos colgarán por separado» [citado, sin aportar la fuente, en Jared Sparks, *The Works of Benjamin Franklin*, Boston, Hilliard Gray, 1840, I, p. 408].
[401] *The Federalist*, edición del Modern Library College, Nueva York, Random House, s. f., pp. 3-4. [Hay trad. cast.: Alexander Hamilton, James Madison y John Jay, *El Federalista*, Madrid, Akal, 2015.]
[402] Véase Lynne Cheney, *James Madison. A Life Reconsidered*, Nueva York, Penguin, 2014, pp. 2-8.
[403] *The Federalist,* 10, pp. 53-58.
[404] Hay solo tres referencias directas a Maquiavelo en la edición en línea de los documentos de Madison, ninguna de ellas relevante. Puede consultarse en <www.founders.archives.gov/about/Madison>.
[405] Maquiavelo, *The Discourses on the First Ten Books of Titus Livius,* Leslie J. Walker, trad., S. J., Brian Richardson, rev., Nueva York, Penguin, 1970, p. 275 [hay trad. cast.: *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*, Madrid, Alianza, 1996]; véase también el capítulo 4. Para un reciente y exhaustivo análisis, véase Alissa M. Ardito, *Machiavelli and the Modern State.* «The Prince, The Discourses on Livy», *and the Extended Territorial Republic*, Nueva York, Cambridge University Press, 2015.
[406] *The Federalist,* 10, pp. 60-61. Para los «inconvenientess» de Burke, véase su discurso ante el Parlamento del 22 de marzo de 1775, discutido antes.
[407] Puede leerse un argumento similar acerca de la Constitución en Daniel M. Braun, «Constitutional Fracticality. Structure and Coherence in the Nation's Supreme Law», *Saint Louis*

University Law Journal, 32 (2013), pp. 389-410, aunque la comparación con Roma es mía.
[408] Akhil Reed Amar explica brevemente por qué en *America's Constitution, A Biography*, Nueva York, Random House, 2005, pp. 19-21.
[409] En la edición oficial más reciente de la Constitución, la Government Printing Office, muy escrupulosa con respecto a la neutralidad, considera que la exclusión es «forzada» y «apenas ocultó las divisiones regionales que quedarían sin resolver según las condiciones acordadas para la unión en 1787». [«Nota histórica», *The Constitution of the United States of America, as Amended*, Washington, D. C., Government Printing Office, 2007, pág. VI.] Madison podría haber influido en los editores, pero no se hace referencia a él.
[410] *The Federalist,* 42 y 54*,* pp. 272-273, 358.
[411] La elección se indica brevemente en J. J. Ellis, *American Creation…,* pp. 18-19.
[412] El argumento de Hamilton aparece en *The Federalist,* 11*,* p. 65, que, curiosamente, sigue al 10, el más conocido de Madison. Para la posición de Hamilton con respecto a la esclavitud, véase R. Chernow, *Hamilton…,* pp. 210-216.
[413] J. J. Ellis, *American Sphinx…,* pp. 154-155.
[414] Thomas Jefferson a John B. Colvin, 20 de septiembre de 1810, disponible en la edición de Founders Online de los documentos de Jefferson <founders.archives.gov>. El territorio adquirido se extendía desde el Mississippi hasta Texas por el sur, y hasta la intersección de las Montañas Rocosas y el paralelo 49 por el norte.
[415] John Quincy Adams a Abigail Adams, 30 de junio de 1811, cita en Samuel Flagg Bemis, *John Quincy Adams and the Foundations of American Foreign Policy*, Nueva York, Knopf, 1949, p. 182.
[416] J. H. Elliott relata el proceso en *Empires of the Atlantic World…,* pp. 369-402.
[417] John Quincy Adams a George W. Erving, embajador estadounidense en Madrid, 28 de noviembre de 1818, citado en S. F. Bemis, *John Quincy Adams…,* p. 327. Véase también Charles N. Edel, *Nation Builder. John Quincy Adams and the Grand Strategy of the Republic*, Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press, 2014, pp. 138-154.
[418] Hay un exhaustivo estudio, William Earl Weeks *John Quincy Adams and American Global Empire*, Lexington, University Press of Kentucky, 1992, en el que se presta especial atención a las negociaciones del tratado transcontinental y a la controversia con Florida.
[419] El mensaje de Monroe se correspondía con lo que, más adelante, se convertiría en el discurso presidencial sobre el Estado de la Unión, pero, en el siglo XIX, estos discursos no se pronunciaban personalmente.
[420] J. Sexton, *The Monroe Doctrine…,* pp. 49-50.
[421] *The Federalist,* 11*,* p. 65.
[422] Las citas pertenecen al diario de Adams, 3 de marzo y 29 de noviembre de 1820, y aparecen en C. N. Edel, *Nation Builder…,* pp. 157-159. C. N. Edel analiza el dilema de Adams con respecto a las incompatibilidades irreconciliables de Isaiah Berlin, discutidas en el capítulo 4.
[423] Charles H. Sherrill, «The Monroe Doctrine and the Canning Myth», *The Annals of the American Academy of Political and Social Science,* 94 (julio de 1914), pp. 96-97. Véase también Wendy Hinde, *George Canning*, Oxford, Basil Blackwell, 1989, pp. 345-374, 422.
[424] La cita está extraída de las notas mecanografiadas para el discurso, conservadas en el Archivo Churchill, CHAR 9/140A/9-28, disponible en <www.churchillarchive.com>. Para sus antecedentes, véase John Lukacs, *Five Days in London. May 1940*, New Haven, Yale University Press, 1999.
[425] «Reply of a South American to a Gentleman of This Island [Jamaica]», 6 de septiembre de 1815, Simón Bolívar, *Selected Writings of Bolívar,* Lewis Bertrand, trad., Nueva York, Colonial Press, 1951, I, p. 118. [En cast. puede consultarse, entre otras eds.: *Escritos políticos*, Madrid, Alianza, 1990.]

[426] El argumento de Bolívar se adelanta a Jared Diamond, que afirma que resulta mucho más fácil organizar regiones que se disponen a lo ancho que a lo alto. Véase su *Guns, Germs, and Steel. The Fates of Human Societies*, Nueva York, Norton, 1999, pp. 176-191.
[427] «Respuesta» de Bolívar, *Selected Writings of Bolívar…,* pp. 109, 118. Los griegos, lógicamente, no construyeron un solo Estado, pero tal vez, Bolívar, como Keats cuando imaginó al «valeroso Cortés» en una cima en el Darién, merece cierta licencia poética. Panamá parece pedir una a voces.
[428] «Respuesta» de Bolívar, *Selected Writings of Bolívar…*, p. 111 [<http://revistadeindias.revistas.csic.es/index.php/revistadeindias/article/viewFile/1049/1121>].
[429] Ibíd., p. 122.
[430] J. Sexton, *The Monroe Doctrine…*, pp. 36-46, proporciona el contexto.
[431] Disponible en <www.millercenter.org/president/jqadams/speeches/speech-3484>.

7. LOS MÁS GRANDES ESTRATEGAS

[432] Lev Tolstói, *War and Peace,* Richard Pevear y Larissa Volokhonsky, trads., Nueva York, Knopf, 2007, p. 774. [En cast. puede consultarse, entre otras: *Guerra y paz*, Madrid, Taller de Mario Muchnik, 2003, trad. de Lydia Kúper.] Para más información sobre este pasaje, véase W. B. Gallie, *Philosophers of Peace and War. Kant, Clausewitz, Marx, Engels and Tolstoy*, Nueva York, Cambridge University Press, 1978, pp. 117-119 [hay trad. cast.: *Filósofos de la paz y de la guerra. Kant, Clausewitz, Marx, Engels y Tolstói,* México, Fondo de Cultura Económica, 2014]; y Lawrence Freedman, *Strategy. A History*, Nueva York, Oxford University Press, 2013, pp. 98-99. [Hay trad. cast.: *Estrategia. Una historia*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2016.] Algunos fragmentos de este capítulo provienen de mi artículo «War, Peace, and Everything. Thoughts on Tolstoy», *Cliodynamics. The Journal of Theoretical and Mathematical History,* 2 (2011), pp. 40-51.
[433] Donald Stoker, *Clausewitz. His Life and Work*, Nueva York, Oxford University Press, 2014, pp. 94-128.
[434] Alan Forrest y Andreas Herberg-Rothe valoran esta posibilidad en sus respectivas contribuciones a Rick McPeak y Donna Tussing Orwin, eds., *Tolstoy on War. Narrative Art and Historical Truth in «War and Peace»*, Ithaca (Nueva York), Cornell University Press, 2012, pp. 115, 143-144.
[435] Michael Howard, «The Influence of Clausewitz», en Carl von Clausewitz, *On War,* Michael Howard y Peter Paret, eds. y trads. Princeton, Princeton University Press, 1976, pp. 32-41 [hay trad. cast.: *De la guerra* (edición abreviada), Madrid, Tecnos, 2010]; también Christopher Bassford, *Clausewitz in English. The Reception of Clausewitz in Britain and America, 1815-1945*, Nueva York, Oxford University Press, 1994.
[436] C. von Clausewitz, *On War…,* p. 113.
[437] L. Tolstói, *War and Peace…,* pp. 799-801.
[438] C. von Clausewitz, *On War…,* p. 467.
[439] Ibíd., p. 370.
[440] Mikhail Kizilov, «The Tsar in the Queen's Room. The Visit of Russian Emperor Alexander I to Oxford in 1814», s. f., disponible en <www.academia.com>.
[441] C. von Clausewitz, *On War…,* p. 605.
[442] L. Tolstói, *War and Peace*, «A Few Words Apropos of the Book *War and Peace*», p. 1217.

[443] Isaiah Berlin, «The Hedgehog and the Fox», en *The Proper Study of Mankind. An Anthology of Essays,* Henry Hardy y Roger Hausheer, eds., Nueva York, Farrar, Straus & Giroux, 1997, p. 458.
[444] C. von Clausewitz emplea una comparación con el forcejeo desde el segundo párrafo de *On War…,* p. 75.
[445] L. Tolstói, *War and Peace…*, p. 1200.
[446] C. von Clausewitz, *On War…,* p. 151.
[447] C. von Clausewitz, «Preface to an Unpublished Manuscript», ibíd., p. 61.
[448] Peter Paret, *Clausewitz and the State. The Man, His Theories, and His Times*, Princeton, Princeton University Press, 1985 [Oxford University Press, 1976], pp. 169-179. [Hay trad. cast.: *Clausewitz y el Estado*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 1979.]
[449] Michael Howard, *Clausewitz. A Very Short Introduction*, Nueva York, Oxford University Press, 2002, p. 41. M. Howard duda (en p. 21) de que Clausewitz, aun siendo bendecido con la longevidad, hubiese empleado esta en abreviar sus textos.
[450] L. Tolstói, *War and Peace…,* p. 1181.
[451] <Dictionary.com> [*Diccionario de la Lengua Española* (RAE)].
[452] Andrew Roberts, *Napoleon. A Life*, Nueva York, Viking, 2014, pp. 577-580, 634-635. [Hay trad. cast.: *Napoleón,* Madrid, Ediciones Palabra, 2016.]
[453] C. von Clausewitz, *On War…,* pp. 75-76.
[454] Recurro aquí, aunque resumiéndolo mucho, a W. B. Gallie, *Philosophers of Peace and War…,* p. 52; véanse también M. Howard, *Clausewitz…,* pp. 13-14, y Peter Paret, «The Genesis of *On War* in Clausewitz», *On War…,* pp. 2-3, 15-16.
[455] C. von Clausewitz, *On War…,* p. 523.
[456] M. Howard, *Clausewitz…,* pp. 4, 18-19. Para conocer mejor el papel de los estadounidenses, véase el clásico de R. R. Palmer, *The Age of Democratic Revolution. A Political History of Europe and America, 1760-1800*, Princeton, Princeton University Press, 2014 [1959 y 1964, 2 vols.).
[457] Previendo así los temores del estallido de una guerra termonuclear durante la Guerra Fría, una de las muchas razones que explican el renacimiento del interés hacia Clausewitz tras la Segunda Guerra Mundial. Un ejemplo de peso es Bernard Brodie, *War and Politics*, Nueva York, Macmillan, 1973.
[458] C. von Clausewitz, *On War…,* p. 87.
[459] A. Roberts, *Napoleon…,* pp. 555-579, ofrece una explicación detallada.
[460] La excepción fue la campaña en España y Portugal.
[461] Citado en A. Roberts, *Napoleon…,* p. 595.
[462] Sobre la entrega de Moscú por parte de Kutúzov, véase Dominic Lieven, *Russia Against Napoleon. The True Story of the Campaigns of War and Peace*, Nueva York, Viking, 2010, pp. 209-214.
[463] C. von Clausewitz, *On War…,* p. 97.
[464] Ibíd., p. 161. Para el papel que juegan las emociones en el pensamiento de Clausewitz, véase Jon Tetsuro Sumida, «The Relationship of History and Theory in *On War.* The Clausewitzian Ideal and Its Implications», *Journal of Military History,* 65 (abril de 2001), pp. 337-338.
[465] L. Tolstói, *War and Peace…,* pp. 993, 1000-1001.
[466] A. Roberts, *Napoleon…,* pp. 612-634; véase también D. Lieven, *Russia Against Napoleon…,* pp. 252-257.
[467] John Quincy Adams a John Adams, 16 de agosto de 1812, y a Abigail Adams, 31 de diciembre de 1812, cartas citadas en Samuel Flagg Bemis, *John Quincy Adams and the Foundations of American Foreign Policy*, Nueva York, Knopf, 1949, pp. 177-178.
[468] C. von Clausewitz, *On War…,* pp. 100, 112.
[469] J. T. Sumida, «The Relationship of History and Theory in *On War*…», pp. 345-348.

[470] C. von Clausewitz, *On War…,* pp. 102, 109. Algo similar, en mi opinión, describe Malcolm Gladwell en *Blink. The Power of Thinking Without Thinking*, Nueva York, Little, Brown, 2005. [Hay trad. cast.: *Blink. Inteligencia intuitiva. ¿Por qué sabemos la verdad en dos segundos?,* Madrid, Taurus, 2006.]
[471] Véase el capítulo 4.
[472] Ibíd., pp. 104, 119. Sobre los viajeros, las posadas y los planes que salieron mal, véase L. Tolstói, *War and Peace…,* pp. 347-349.
[473] P. Paret, *Clausewitz and the State…,* pp. 197-199, proporciona un estudio exhaustivo.
[474] A. Roberts, *Napoleon…,* p. 596.
[475] C. von Clausewitz, «Preface to an Unpublished Manuscript», *On War*…, p. 61.
[476] Para ahondar en este tema, véanse Hew Strachan, *On War. A Biography* de Clausewitz, Londres, Atlantic Books, 2007, p. 153 y M. Howard, *Clausewitz…,* p. 25; y, para un estupendo compendio del origen de los dos últimos principios, Fred R. Shapiro, *The Yale Book of Quotations*, New Haven, Yale University Press, 2006.
[477] C. von Clausewitz, *On War…,* p. 120.
[478] Ibíd., p. 103.
[479] Ibíd., p. 112.
[480] L. Tolstói, *War and Peace…,* pp. 618-627.
[481] Ibíd., pp. 738-745.
[482] Véase el capítulo 3.
[483] C. von Clausewitz, «Preface to an Unpublished Manuscript», *On War…,* p. 61.
[484] Ibíd., pp. 122, 141, 374.
[485] Ibíd., p. 142.
[486] Ibíd., pp. 168-169.
[487] Citado en D. Stoker, *Clausewitz…*, p. 109.
[488] L. Tolstói, *War and Peace…,* p. 640.
[489] Pierre y Natasha lo hacen al final de la novela, L. Tostói, *War and Peace…,* pp. 1174-1177.
[490] C. von Clausewitz, *On War…,* pp. 85-86.
[491] Ibíd., p. 89.
[492] Véase Alan Beyerchen, «Clausewitz, Nonlinearity, and the Unpredictability of War», *International Security,* 17 (invierno de 1992-1293), en especial las pp. 61-72.
[493] C. von Clausewitz, *On War…,* pp. 107, 135.
[494] Ibíd., p. 595.
[495] Véase el capítulo 4.
[496] L. Tolstói, *War and Peace…,* p. 1203.
[497] Véase el capítulo 6.
[498] L. Tolstói, *War and Peace…*, pp. 1212-1213.
[499] A. N. Wilson, *Tolstoy*, Nueva York, Norton, 1988, pp. 297-301.
[500] Este asunto está muy bien desarrollado en P. Paret, *Clausewitz and the State…,* p. 338.
[501] Véase Paul Bracken, «Net Assessment. A Practical Guide», *Parameters* (primavera de 2006), pp. 90-100.
[502] C. von Clausewitz, *On War…,* p. 158.
[503] Nadie lo ha explicado mejor que John Keegan en *The Face of Battle. A Study of Agincourt, Waterloo, and the Somme*, Nueva York, Penguin, 1983.
[504] D. Lieven, *Russia Against Napoleon…,* p. 259.
[505] *The Federalist,* 28, p. 171, edición del Modern Library College, Nueva York, Random House, s. f. [Hay trad. cast.: Alexander Hamilton, James Madison y John Jay, *El Federalista*, Madrid, Akal, 2015.]

[506] C. von Clausewitz, *On War…,* p. 523.

8. EL MEJOR PRESIDENTE

[507] Adams fue embajador de Estados Unidos allí de 1809 a 1814, pero también pasó de joven los años 1781 y 1782 como traductor de francés para Francis Dana, que había tratado de lograr, sin éxito, el reconocimiento diplomático de Catalina II. James Traub, *John Quincy Adams. Militant Spirit*, Nueva York, Basic Books, 2016, pp. 28-30, 160-82, es quien aporta el mejor y más reciente relato.
[508] Diario de John Quincy Adams, 8 de mayo de 1824, edición en línea de la Sociedad Histórica de Massachusetts, disponible en <www.masshist.org/jqadiaries>. Véase también Charles Edel, *Nation Builder. John Quincy Adams and the Grand Strategy of the Republic*, Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press, 2014, pp. 194-196. Los diarios de Adams, unas catorce mil páginas en cincuenta y un volúmenes, se extienden, con lagunas, de 1779 a 1848. Para un nuevo compendio, véanse los dos volúmenes editados por David Waldstreicher, *John Quincy Adams. Diaries*, Nueva York, Library of America, 2017.
[509] Véase Samuel Flagg Bemis, *John Quincy Adams and the Foundations of American Foreign Policy*, Nueva York, Knopf, 1949, en especial las pp. 566-572.
[510] Washington, Jefferson, Madison y Monroe procedían de Virginia.
[511] Diario de Adams, 8 de mayo de 1824.
[512] Por derrotar a los británicos en la batalla de Nueva Orleans, librada en enero de 1815, después de que Adams y sus colegas negociadores de paz concluyeran el tratado de Gante el 24 de diciembre de 1814, pero antes de que la noticia cruzara el Atlántico.
[513] Sean Wilentz, *The Rise of American Democracy. Jefferson to Lincoln*, Nueva York, Norton, 2005, p. 255. Véase también C. N. Edel, *Nation Builder…,* p. 192.
[514] El mensaje de Adams, fechado el 6 de diciembre de 1825, está disponible en línea en el Miller Center of Public Affairs de la Universidad de Virginia, <www.millercenter.org/the-presidency/presidential-speeches/december-6-1825-message-regarding-congress-american-nations>. Sobre la recepción que tuvo, véase J. Traub, *John Quincy Adams…,* pp. 322-327, así como Fred Kaplan, *John Quincy Adams. American Visionary*, Nueva York, HarperCollins, 2014, pp. 404-405.
[515] Su explicación se ofrece, respectivamente, en C. N. Edel, *Nation Builder…*, p. 188; J. Traub, *John Quincy Adams…*, p. 294; Walter Russell Mead, *Special Providence. American Foreign Policy and How It Changed the World*, Nueva York, Knopf, 2001, pp. 218-263, y Robert Kagan, *Dangerous Nation. America's Place in the World from Its Earliest Days to the Dawn of the Twentieth Century*, Nueva York, Knopf, 2006, pp. 265-300. Sobre Adams y el compromiso de Misuri, véase el capítulo 6.
[516] *The Congressional Globe* del 21 de febrero de 1848 documenta las dos votaciones de la resolución, en las que Adams y Lincoln votaron en contra. Justo después de la segunda, *The Congressional Globe* señala un apresurado aplazamiento de la sesión, cuando «se vio al venerable John Quincy Adams […] hundirse en su asiento en lo que parecía ser una angustia mortal». Véase también J. Traub, *John Quincy Adams…,* pp. 525-28.
[517] Michael Burlingame, *Abraham Lincoln. A Life,* 2 vols., Baltimore, Johns Hopkins University Press, 2008, vol. 1, pp. 4, 26-27, 43-44, 172. La novela de Mark Twain no aparecería en Estados Unidos hasta 1885.
[518] M. Burlingame, *Lincoln…,* vol. 1, pp. 1, 41-42. Véase también Richard Carwardine, *Lincoln. A Life of Purpose and Power*, Nueva York, Random House, 2006, pp. 50-51.

[519] M. Burlingame, *Lincoln…,* vol. 1, *I,* pp. 53-56. Véase también Doris Kearns Goodwin, *Team of Rivals. The Political Genius of Abraham Lincoln*, Nueva York, Simon & Schuster, 2005, p. 50.
[520] R. Carwardine, *Lincoln…*, pp. 39-40.
[521] Fred Kaplan, *Lincoln. The Biography of a Writer*, Nueva York, HarperCollins, 2008, en especial las pp. 30-59.
[522] M. Burlingame, *Lincoln*…, vol. 1, pp. 51, 66-71, 75-81. Lincoln hizo el servicio militar sin pena ni gloria como voluntario en la guerra del Halcón Negro (Black Hawk), en 1832. El almacén de New Salem que poseía se quedó al poco tiempo en bancarrota y, al parecer, como jefe de correos del pueblo dedicó más tiempo a contar historias que a repartir cartas. El *rail splitting* consistía en el levantamiento de empalizadas y no tiene nada que ver con el ferrocarril, algo que siempre tengo que explicar en clase.
[523] Ibíd., pp. 71-75, 81-85.
[524] Proceso descrito minuciosamente en S. Wilentz, *The Rise of American Democracy*…, pp. 482-518.
[525] A pesar del éxito de su candidatura, William Henry Harrison murió poco después de asumir el cargo en 1841. Le sucedió el vicepresidente John Tyler, un sureño de disimuladas convicciones demócratas.
[526] M. Burlingame, *Lincoln…,* vol. 1, pp. 264-270.
[527] Ibíd., pp. 296-310.
[528] El discurso de Lincoln en Peoria, Illinois, 16 de octubre de 1854, disponible en *Abraham Lincoln Speeches and Writings, 1832-1858*, Nueva York, Library of America, 1989, pp. 337-338 [en adelante *Lincoln Speeches and Writings I*]. Las mayúsculas figuran en el original.
[529] El compromiso de 1820 supuso la inclusión de Misuri en la Unión como estado esclavista, pero dejó fuera los territorios al norte y al oeste de esta, hasta las Montañas Rocosas. En el compromiso de 1850 que siguió a la guerra de México, California se convirtió en estado libre y, si sus ciudadanos la apoyaban, se permitió la esclavitud en los territorios de Nuevo México y Utah.
[530] Lincoln a George Robertson, 15 de agosto de 1855, en *Lincoln Speeches and Writings I,* p. 359. Para la creciente rentabilidad de la esclavitud, véase Sven Beckert, *Empire of Cotton. A Global History*, Nueva York, Knopf, 2014, pp. 105-120.
[531] Lewis E. Lehrman, *Lincoln at Peoria. The Turning Point*, Mechanicsburg, Pennsylvania, Stackpole Books, 2008, pp. 71-99, repasa minuciosamente los motivos de Douglas. Véase también M. Burlingame, *Lincoln…,* vol. 1*,* pp. 370-374.
[532] Citado en ibíd., p. 374.
[533] *Lincoln Speeches and Writings I,* p. 315. Lincoln habló en Springfield el 4 de octubre y, en Peoria, el 16 de octubre de 1854; Douglas estuvo presente en ambas ocasiones. Sin embargo, solo se publicó la versión del discurso pronunciado en Peoria. L. E. Lehrman, en *Lincoln at Peoria…*, proporciona la mejor descripción de los orígenes, el contenido y consecuencias del discurso.
[534] M. Burlingame describe el recorrido en *Lincoln…,* vol. 1, pp. 322-332.
[535] Ibíd., p. 418.
[536] Ibíd., pp. 333-334. Para Adams sobre Euclides, véase la entrada de su diario del 26 de marzo de 1786.
[537] *Lincoln Speeches and Writings I*, p. 303.
[538] Ibíd., pp.322, 328-333.
[539] L. E. Lehrman, *Lincoln at Peoria,* p. 107, lo denomina «apropiación», aunque «franca y muy acertada».
[540] *Lincoln Speeches and Writings I*, pp. 308-309, 316-317, 320-321, 323, 337, 340.
[541] D. K. Goodwin hace una puntualización similar en *Team of Rivals…,* p. 103.

[542] *Lincoln Speeches and Writings I,* p. 426. Véase también S. Wilentz, *The Rise of American Democracy…,* pp. 677-715.
[543] Para el caso Dred Scott contra Sandford, véase Don E. Fehrenbacher, *The Dred Scott Case. Its Significance in American Law and Politics*, Nueva York, Oxford University Press, 1978.
[544] *Lincoln Speeches and Writings I,* p. 426.
[545] Douglas había incluido en el último minuto la disposición más incendiaria de la ley Kansas-Nebraska —la explícita derogación del compromiso de Misuri—, porque los congresistas del sur así lo habían exigido para prestar su apoyo. Véase S. Wilentz, *The Rise of American Democracy…,* p. 672.
[546] Marcos 3, 25.
[547] *Lincoln Speeches and Writings I…,* p. 426.
[548] Las extensas transcripciones aparecen en ibíd., pp. 495-822.
[549] Ibíd., pp. 769, 814.
[550] Los senadores no serían elegidos por los ciudadanos hasta después de la ratificación de la decimosexta enmienda, en 1913.
[551] Me apropio aquí de la clasificación de J. H. Hexter en su *On Historians*, Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press, 1979, pp. 241-243. M. Burlingame, *Lincoln…,* vol. 1, pp. 598-599 explica los orígenes del apodo de Lincoln. [*Rail Splitter*, literalmente, «separador de raíles». El *rail splitter* era un trabajador no cualificado que partía troncos en dos para levantar empalizadas. *(N. del T.)*]
[552] Con algunas excepciones compendiadas en R. Carwardine, *Lincoln…,* pp. 93-94.
[553] Aparecen retratados en D. K. Goodwin, *Team of Rivals…,* pp. 1-2.
[554] Lincoln a Samuel Galloway, 24 de marzo de 1860 en *Abraham Lincoln Speeches and Writings, 1859-1865*, Nueva York, Library of America, 1989, p. 152 [en adelante *Lincoln Speeches and Writings II*].
[555] Véase ibíd., pp. 29-101, 111-150.
[556] Habría tenido en cuenta los cargos de «trato de favor» que echaron por tierra la presidencia de John Quincy Adams.
[557] Kevin Peraino, *Lincoln in the World. The Making of a Statesman and the Dawn of American Power*, Nueva York, Crown, 2013, pp. 7-8.
[558] M. Burlingame, *Lincoln*…, vol. 1*,* pp. 627-683, lo explica de forma detallada.
[559] Citado en D. K. Goodwin, *Team of Rivals…,* p. 319. Véase también M. Burlingame, *Lincoln*…, vol. 1, p. 720.
[560] Lincoln a William Seward, 1 de febrero de 1861, en *Lincoln Speeches and Writings II,* p. 197. Para la reflexión de Lincoln sobre los compromisos, véase M. Burlingame, *Lincoln*…, vol. 1, pp. 745-753.
[561] Parmenas Taylor Turnley, *Reminiscences. From the Cradle to Three-Score and Ten*, Chicago, Donohue & Henneberry, 1892, p. 264. Esta cita se la debo a M. Burlingame, que lo menciona de manera incorrecta en su *Lincoln*…, vol. 1, p. 903.
[562] Haciéndose eco así de cuando los atenienses visitaron Esparta.
[563] *Lincoln Speeches and Writings II,* pp. 215-224.
[564] James M. McPherson, *Tried by War. Abraham Lincoln as Commander in Chief*, Nueva York, Penguin, 2008, pp. 20-21.
[565] R. Carwardine, *Lincoln…*, pp. 24-26.
[566] Russell F. Weigley, *The American Way of War. A History of United States Military Strategy and Policy*, Nueva York, Macmillan, 1973, pp. 97-127.
[567] Henry Halleck a Lincoln, 6 de enero de 1862, citado en J. M. McPherson, *Tried by War…,* p. 70. Véase también R. F. Weigley, *The American Way of War…,* p. 83; y Mark Greenbaum, «Lincoln's

Do-Nothing Generals», *The New York Times,* 27 de noviembre de 2011.
[568] Lincoln a Halleck y Don C. Buell, 13 de enero de 1862, en *Lincoln Speeches and Writings II,* p. 302.
[569] Véase R. F. Weigley, *The American Way of War…,* p. 95; y J. M. McPherson, *Tried by War…,* pp. 70-71.
[570] R. F. Weigley, *The American Way of War…,* pp. 77-91; Peter Paret, *Clausewitz and the State. The Man, His Theories, and His Times*, Princeton, Princeton University Press, 1985 [Oxford University Press, 1976], pp. 152-153; Christopher Bassford, *Clausewitz in English. The Reception of Clausewitz in Britain and America, 1815-1945*, Nueva York, Oxford University Press, 1994, pp. 56-59. Francis Lieber, un emigrante prusiano cuyos escritos sobre las leyes de la guerra influyeron en Lincoln, fue un aplicado estudiante de Clausewitz, a quien leyó en alemán. Véase John Fabian Witt, *Lincoln's Code. The Laws of War in American History*, Nueva York, Free Press, 2012, pp. 185-186.
[571] J. M. McPherson enumera los generales que fracasaron en *Tried by War…,* p. 8.
[572] Ibíd., p.142; véase también James M. McPherson, *Abraham Lincoln and the Second American Revolution*, Nueva York, Oxford University Press, 1991, pp. 68-72.
[573] Carl von Clausewitz, *On War,* Michael Howard y Peter Paret, eds. y trads., Princeton, Princeton University Press, 1976, p. 75. [Hay trad. cast.: *De la guerra* (edición abreviada), Madrid, Tecnos, 2010.]
[574] Citado en M. Burlingame, *Lincoln*…, vol. 1, p. 154; véase también Lincoln a Orville H. Browning, 22 de septiembre de 1861, en *Lincoln Speeches and Writings II,* p. 269.
[575] Allen C. Guelzo, *Lincoln's Emancipation Proclamation. The End of Slavery in America*, Nueva York, Simon & Schuster, 2004, pp. 31-33, 46-59.
[576] Lincoln a Albert G. Hodges, *Lincoln Speeches and Writings II,* 4 de abril de 1864, en p. 585.
[577] C. von Clausewitz, *On War…,* p. 87. Véase también J. M. McPherson, *Tried by War…,* pp. 5-6.
[578] A. C. Guelzo, *Lincoln's Emancipation Proclamation…,* pp. 3-4; J. M. McPherson, *Lincoln and the Second American Revolution…,* p. 91. C. von Clausewitz plantea su paradoja en *On War…,* p. 91.
[579] J. M. McPherson, *Tried by War…,* p. 52.
[580] Citado en ibíd., p. 66.
[581] J. M. McPherson, *Lincoln and the Second American Revolution…,* pp. 85-86.
[582] A. C. Guelzo, *Lincoln's Emancipation Proclamation,* pp. 83-90; J. M. McPherson, *Tried by War…,* pp. 158-159.
[583] Lincoln a Greeley, 22 de agosto de 1862, en *Lincoln Speeches and Writings II,* p. 358; R. Carwardine, *Lincoln…*, p. 209.
[584] Charles Francis Adams, «John Quincy Adams and Emancipation Under Martial Law (1819-1842)», en Worthington Chauncey Ford, *John Quincy Adams*, Cambridge, Massachusetts, John Wilson & Son, 1902, pp. 7-79. Véase también A. C. Guelzo, *Lincoln's Emancipation Proclamation…,* pp. 123-127; y J. F. Witt, *Lincoln's Code…,* pp. 204-205.
[585] Prolegómenos de la proclamación de la emancipación, 22 de septiembre de 1862, en *Lincoln Speeches and Writings II,* p. 368.
[586] A. C. Guelzo, *Lincoln's Emancipation Proclamation…,* p. 173.
[587] Mensaje anual al Congreso, 1 de diciembre de 1862, en *Lincoln Speeches and Writings II,* pp. 393-415.
[588] Encomio dedicado a Henry Clay, 6 de julio de 1852, en *Lincoln Speeches and Writings I,* p. 264.
[589] Véase, por ejemplo, ibíd., pp. 315, 340.
[590] Mensaje especial al Congreso, 4 de julio de 1861, *Lincoln Speeches and Writings II,* p. 259.
[591] Citado en M. Burlingame, *Lincoln*, vol. 1, p. 167.
[592] *Lincoln Speeches and Writings II*, pp. 409-411.

[593] Véase la nota 8, capítulo 8, *supra*.
[594] C. N. Edel, *Nation Builder…,* p. 298; R. Kagan, *Dangerous Nation…,* pp. 258-64, 269; J. M. McPherson, *Lincoln and the Second American Revolution…,* pp. 39-40.
[595] K. Peraino, *Lincoln in the World…,* pp. 183, 187.
[596] S. Beckert, *Empire of Cotton…,* pp. 242-265; J. F. Witt, *Lincoln's Code…,* pp. 142-157.
[597] Citado en M. Burlingame, *Lincoln*…, vol. 2, pp. 119, 167.
[598] K. Peraino, *Lincoln in the World…,* pp. 66-69; véase también Walter Stahr, *Seward. Lincoln's Indispensable Man*, Nueva York, Simon & Schuster, 2012, pp. 269-273.
[599] Lincoln a Seward, 1 de abril de 1862 (aunque, al parecer, no la llegó a enviar), en *Lincoln Speeches and Writings II,* p. 228.
[600] J. F. Witt, *Lincoln's Code…,* pp. 164-169. Véanse también M. Burlingame, *Lincoln*, vol. 2, pp. 221-229, y K. Peraino, *Lincoln in the World…,* pp. 123-262.
[601] Para un buen análisis de este episodio, al que no se ha prestado demasiada atención, véase ibíd., pp. 224-295. Maximiliano I fue a México de todos modos, a pesar de las victorias de la Unión y de la retirada del apoyo de Napoleón III. Terminó ante un pelotón de fusilamiento en 1867.
[602] Richard Overy, *Why the Allies Won*, Londres, Pimlico, 1995, pp. 282-313, hace hincapié en la importancia de la altura moral sobre el terreno en guerras mayores más recientes.
[603] K. Peraino, *Lincoln in the World…,* pp. 207-215; A. C. Guelzo, *Lincoln's Emancipation Proclamation…,* pp. 253-254. Para una valoración anterior, pero completa, véase D. P. Crook, *The North, the South, and the Powers, 1861-1865*, Nueva York, Wiley, 1974, pp. 236-255.
[604] S. Beckert, *Empire of cotton…*, pp. 265-267. Véase también J. M. McPherson, *Lincoln and the Second American Revolution…,* pp. VII-VIII, 6-7.
[605] Ibíd., pp. 17-18.
[606] «Memorándum sobre el posible fracaso en la reelección», 23 de agosto de 1864, en *Lincoln Speeches and Writings II,* p. 624. Para más información sobre el «memorándum a ciegas», que Lincoln hizo firmar a su gabinete, pero solo les permitió leerlo un tiempo después, véase M. Burlingame, *Lincoln…*, vol. 2, pp. 674-676.
[607] J. M. McPherson, *Tried by War…,* pp. 231-244.
[608] Citado en M. Burlingame, *Lincoln*…, vol. 2, p. 729.
[609] Mensaje de la Asociación Internacional de Trabajadores (AIT) a Abraham Lincoln, presidente de los Estados Unidos de América, redactado por Karl Marx a finales de noviembre de 1864 y presentado al embajador Charles Francis Adams el 28 de enero de 1865 (disponible en <www.marxists.org/archive/marx/iwma/documents/1864/lincoln-letter.htm>).
[610] Citado en C. N. Edel, *Nation Builder…,* pp. 157-159. Para el contexto, véase el capítulo 6.
[611] J. David Hacker, «Recounting the Dead», *The New York Times,* 20 de septiembre de 2011. Las cifras de reclutamiento se extrajeron de <www.civilwararchive.com/regim.htm> y los cálculos de los caídos en acto de servicio, de <www.civilwar.org/education/history/faq>. El mejor y más completo informe es el de Drew Gilpin Faust: *This Republic of Suffering. Death and the American Civil War*, Nueva York, Knopf, 2008.
[612] Véase la nota 55, capítulo 8, *supra*.
[613] J. M. McPherson, *Lincoln and the Second American Revolution…,* pp. 23-25, 41-42.
[614] R. F. Weigley, *The American Way of War…,* pp. XXI-XXIII; véase también Paul Kennedy, *The Rise and Fall of the Great Powers, Economic Change and Military Conflict from 1500 to 2000*, Nueva York, Random House, 1987, pp. 178-82. [Hay trad. cast.: *Auge y caída de las grandes potencias*, Barcelona, Debolsillo, 2017.]
[615] Discurso de Gettysburg, 19 de noviembre de 1863, *Lincoln Speeches and Writings II,* p. 536 [hay trad. cast.: *El discurso de Gettysburg y otros escritos sobre la Unión*, Madrid, Tecnos, 2005]; C. N. Edel enfatiza en esta línea hereditaria en ibíd., pp. 297-299.

[616] M. Burlingame, *Lincoln*…, vol. 1, p. XII. La «conclusión» de M. Burlingame aparece al comienzo de su biografía en dos volúmenes y 1.976 páginas.
[617] Amplío aquí lo argumentado por J. M. McPherson en su *Lincoln and the Second American Revolution…,* pp. 93-95.
[618] Resulta revelador, en este sentido, comparar el artículo federalista, 10, con las doctrinas constitucionales del veterano John C. Calhoun, que entendía que era cara cualquier cesión. Véase Merrill D. Peterson, *The Great Triumvirate. Webster, Clay, and Calhoun*, Nueva York, Oxford University Press, 1987, pp. 409-413.
[619] Véase R. Carwardine, *Lincoln…*, pp. 221-235.
[620] Ibíd., p. 228.
[621] A. C. Guelzo, *Lincoln's Emancipation Proclamation…,* pp. 171-172.
[622] «Meditation on the Divine Will», septiembre de 1862, en *Lincoln Speeches and Writings II,* p. 359
[623] Ibíd., p. 687.
[624] La rendición de Lee, en Appomattox, el 9 de abril de 1865.
[625] Véase Rosamund Bartlett, *Tolstoy. A Russian Life*, Boston, Houghton Mifflin Harcourt, 2011, pp. 251-93.
[626] Abraham Lincoln a Albert G. Hodges, 4 de abril de 1864, en *Lincoln Speeches and Writings II*, p. 586.

9. LA ÚLTIMA Y MEJOR ESPERANZA

[627] Andrew Roberts, *Salisbury. Victorian Titan*, Londres, Phoenix, 2000, pp. 46-50, 170. Prefiero el término «Gran Guerra» para referirme a estos años (nadie sabía entonces que se terminaría denominando «Primera Guerra Mundial»).
[628] Walter Stahr, *Seward. Lincoln's Indispensable Man*, Nueva York, Simon & Schuster, 2012, pp. 482-504. Para obtener más información sobre el modelo de descentralización, véase John A. Thompson, *A Sense of Power. The Roots of America's Global Role*, Ithaca (Nueva York), Cornell University Press, 2015, pp. 38-39.
[629] Robert Kagan, *Dangerous Nation. America's Place in the World from Its Earliest Days to the Dawn of the Twentieth Century*, Nueva York, Knopf, 2006, p. 302; véase también C. Vann Woodward, «The Age of Reinterpretation», *American Historical Review,* 66 (octubre de 1960), pp. 2-8.
[630] A. Roberts, *Salisbury…*, pp. 105-6, 436-437, 490.
[631] La nota de Olney del 20 de julio se encuentra en el Departamento de Estado de Estados Unidos, *Papers Relating to the Foreign Affairs of the United States, 1895,* vol. 1, pp. 542-563. Jay Sexton, *The Monroe Doctrine. Empire and Nation in Nineteenth-Century America*, Nueva York, Hill and Wang, 2011, pp. 201-208, proporciona el contexto.
[632] La explicación clásica es la de Henry Kissinger, «The White Revolutionary. Reflections on Bismarck», *Daedalus,* 97 (verano de 1968), pp. 888-924. Véase también Jonathan Steinberg, *Bismarck. A Life*, Nueva York, Oxford University Press, 2011, pp. 441-450.
[633] Citado en Paul Kennedy, *The Rise of the Anglo-German Antagonism*, Londres, Allen and Unwin, 1980, p. 220.
[634] A. Roberts, *Salisbury…,* pp. 619-26; P. Kennedy, *The Rise of the Anglo-German Antagonism…,* pp. 464-465. Véase también Paul Kennedy, *The Rise and Fall of the Great Powers. Economic*

Change and Military Conflict from 1500 to 2000, Nueva York, Random House, 1987, p. 201. [Hay trad. cast.: *Auge y caída de las grandes potencias*, Barcelona, Debolsillo, 2017.]
[635] Citado en A. Roberts, *Salisbury*..., p. 610.
[636] Para un análisis más amplio, véanse Bradford Perkins, *The Great Rapprochement. England and the United States, 1895-1914*, Nueva York, Atheneum, 1968, Stephen R. Rock, *Why Peace Breaks Out. Great Power Rapprochement in Historical Perspective*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1989, pp. 24-63, y Charles A. Kupchan, *How Enemies Become Friends. The Sources of Stable Peace*, Princeton, Princeton University Press, 2010, pp. 73-111.
[637] Véase A. Roberts, *Salisbury*..., p. 633. Para una visión alternativa, véase Michael Howard, *The Continental Commitment. The Dilemma of British Defence Policy in the Era of the Two World Wars*, Londres, Ashfield Press, 1989 [1972], pp. 29-30.
[638] La frase es de Gueorgui Arbátov, tal como la cita Jean Davidson en «UCI Scientists Told Moscow's Aim Is to Deprive U. S. of Foe», *Los Angeles Times,* 12 de diciembre de 1988.
[639] A. Roberts, *Salisbury*..., pp. 51-52.
[640] Véase el capítulo 6.
[641] Citado en A. Roberts, *Salisbury*..., p. 662.
[642] Ibíd., p. 512.
[643] H. J. Mackinder, «The Geographical Pivot of History», *The Geographical Journal,* 23 (abril de 1904), pp. 421-444. Véase también Brian W. Blouet, *Halford Mackinder. A Biography*, College Station, Texas A & M University Press, 1987; y, sobre la revolución del ferrocarril, Christian Wolmar, *Blood, Iron, and Gold. How the Railroads Transformed the World*, Nueva York, Public Affairs, 2010.
[644] H. J. Mackinder, «The Geographical Pivot of History»…, p. 437.
[645] B. W. Blouet, *Mackinder*..., pp. 118-120.
[646] Sobre los antecedentes del memorándum Crowe, inédito hasta 1928, véase K. M. Wilson, «Sir Eyre Crowe on the Origin of the Crowe Memorandum of 1 January 1907», *Historical Research,* 56 (noviembre de 1983), pp. 238-41; también Zara S. Steiner, *The Foreign Office and Foreign Policy, 1898-1914*, Cambridge, Cambridge University Press, 1969, pp. 108-118, y, para la continua influencia de Crowe, Jeffrey Stephen Dunn, *The Crowe Memorandum. Sir Eyre Crowe and Foreign Office Perceptions of Germany, 1918-1925*, Newcastle upon Tyne, Cambridge Scholars Publishing, 2013. Hablo sobre el «largo telegrama» en *George F. Kennan. An American Life*, Nueva York, Penguin, 2011, pp. 215-222.
[647] «Memorandum on the Present State of British Relations with France and Germany», 1 de enero de 1907, en *British Documents on the Origins of the War, 1898-1914,* III, pp. 397-420, disponible en <www.dbpo.chadwyck.com/marketing/index.jsp>. Las siguientes citas pertenecen a esta versión.
[648] Véase el capítulo 2.
[649] Para una versión de 1951 de este argumento, véase mi *George F. Kennan...,* p. 415.
[650] J. Steinberg, *Bismarck*..., pp. 180-181.
[651] Para la política colonial de Bismarck, véase P. Kennedy, *The Rise of the Anglo-German Antagonism...,* pp. 167-183.
[652] La cursiva es mía.
[653] La versión clásica sigue siendo la de Barbara Tuchman, *The Guns of August*, Nueva York, Macmillan, 1962. Véase también Christopher Clark, *The Sleepwalkers. How Europe Went to War in 1914*, Nueva York, HarperCollins, 2013; Margaret MacMillan, *The War That Ended Peace. The Road to 1914*, Nueva York, Random House, 2013, y Sean McMeekin, *July 1914. Countdown to War*, Nueva York, Basic Books, 2013.
[654] La Wikipedia sopesa a fondo estas complejas estadísticas.
[655] Henry Kissinger, *Diplomacy*, Nueva York, Simon & Schuster, 1994, p. 200.
[656] M. Howard, *The Continental Commitment...,* pp. 30-31.

[657] El número total de muertes del ejército británico, incluidas las colonias, superó las novecientas mil <www.1914-1918.net/faq.htm>. La estimación de muertes en la guerra de Secesión es ahora de setecientas cincuenta mil, como se ya se indicó en el capítulo 8.
[658] Sir John Robert Seeley, *The Expansion of England. Two Courses of Lectures*, Nueva York, Cosimo Classics, 2005 [1891], p. 8.
[659] El propio H. J. Mackinder desarrolló esta idea en un libro, *Democratic Ideals and Reality. A Study in the Politics of Reconstruction*, Nueva York, Henry Holt, 1919, que nunca tuvo la influencia de su artículo. Véase también B. W. Blouet, *Mackinder…,* pp. 164-165.
[660] A. Roberts, *Salisbury…*, pp. 812-814.
[661] Véase Christopher Howard, «Splendid Isolation», *History,* 47, 159 (1962), pp. 32-41.
[662] P. Kennedy, *The Rise and Fall of the Great Powers…,* p. 248. Las comparaciones mencionadas en este párrafo aparecen en las pp. 200-202; además, véase Robert J. Gordon, *The Rise and Fall of American Growth. The U. S. Standard of Living Since the Civil War*, Princeton, Princeton University Press, 2016, pp. 27-318.
[663] P. Kennedy, *The Rise and Fall of the Great Powers…,* p. 248.
[664] Véase Walter Lippmann, *U. S. Foreign Policy. Shield of the Republic*, Boston, Little, Brown, 1943, en especial las pp. 11-26.
[665] Debo este particular a Michael Howard, *The Continental Commitment…,* p. 9. Véase también J. A. Thompson, *A Sense of Power…,* pp. 41-43.
[666] Citado en John Milton Cooper, *Woodrow Wilson. A Biography*, Nueva York, Random House, 2009, p. 263.
[667] Charles E. Neu, *Colonel House. A Biography of Woodrow Wilson's Silent Partner*, Nueva York, Oxford University Press, 2015, pp. 23, 142. House no era realmente coronel, pero había sido premiado con ese título por el gobernador de Texas, James Stephen Hogg, en 1893, quizá por los servicios políticos prestados.
[668] David Milne, *Worldmaking. The Art and Science of American Diplomacy*, Nueva York, Farrar, Straus & Giroux, 2015, pp. 95-96.
[669] C. E. Neu, *Colonel House…,* p. 142; también J. M. Cooper, *Woodrow Wilson…,* pp. 263-266.
[670] Véase Katherine C. Epstein, *Torpedo. Inventing the Military-Industrial Complex in the United States and Great Britain*, Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press, 2014.
[671] J. M. Cooper, *Woodrow Wilson…,* pp. 285-89; véase también Erik Larson, *Dead Wake. The Last Crossing of the* Lusitania, Nueva York, Broadway Books, 2015. [Hay trad. cast.: *«Lusitania». El hundimiento que cambió el rumbo de la historia*, Barcelona, Ariel, 2015.]
[672] C. E. Neu, *Colonel House…*, p. 270.
[673] Thomas Boghardt, *The Zimmermann Telegram. Intelligence, Diplomacy, and America's Entry into World War I*, Annapolis, Naval Institute Press, 2012.
[674] J. M. Cooper, *Woodrow Wilson*, p. 387; véase también David Runciman, *The Confidence Trap. A History of Democracy in Crisis from World War I to the Present*, Princeton, Princeton University Press, 2013, pp. 39-40.
[675] J. M. Cooper, *Woodrow Wilson…,* p. 380.
[676] Ibíd., pp. 341-342, 462-466; véase también A. Scott Berg, *Wilson*, Nueva York, G. P. Putnam's Sons, 2013, pp. 515-523.
[677] C. E. Neu, *Colonel House…*, p. 384; J. M. Cooper, *Woodrow Wilson…,* p. 421.
[678] Paul Cambon, cita en A. S. Berg, *Wilson…*, p. 534. Véase también J. M. Cooper, *Woodrow Wilson…*, p. 419, y para una valoración global, Gaddis Smith, *Woodrow Wilson's Fourteen Points After 75 Years*, Nueva York, Carnegie Council for Ethics in International Affairs, 1993.
[679] Aquí y en el siguiente párrafo, he usado el texto del discurso de los «Catorce puntos», disponible en <www.avalon.law.yale.edu/20th_century/wilson14.asp>.

[680] Para un estudio reciente muy completo, véase Sean McMeekin, *The Russian Revolution. A New History*, Nueva York, Basic Books, 2017. [Hay trad. cast.: *Nueva historia de la Revolución rusa,* Madrid, Taurus, 2017.] Véase también el trabajo de Arno J. Mayer, anterior, pero asimismo de gran influencia, *Wilson vs. Lenin. The Political Origins of the New Diplomacy, 1917-1918*, Cleveland, World Publishing, 1964; la primera edición solo constaba del subtítulo [Yale University Press, 1959].
[681] Los mejores estudios son de los dos volúmenes de George F. Kennan publicados en Princeton University Press: *Soviet-American Relations, 1917-1920. Russia Leaves the War* (1956) y *The Decision to Intervene* (1958).
[682] He desarrollado esta paradoja en *Russia, the Soviet Union, and the United States. An Interpretive History,* 2.ª ed., Nueva York, McGraw Hill, 1990, pp. 71-72. Para una nueva valoración de la victoria alemana en el este y sus consecuencias, véase Adam Tooze, *The Deluge. The Great War, America and the Remaking of the Global Order*, Nueva York, Penguin, 2014, pp. 108-170. [Hay trad. cast.: *El diluvio. La Gran Guerra y la reconstrucción del orden mundial (1916-1931),* Barcelona, Crítica, 2016.]
[683] D. Runciman, *The Confidence Trap…,* pp. 74-75, ofrece argumentos similares.
[684] Véase Jonathan D. Spence, *God's Chinese Son. The Taiping Heavenly Kingdom of Hong Xiuquan*, Nueva York, Norton, 1996.
[685] Observación hecha por G. F. Kennan en su *The Decline of Bismarck's European Order. Franco-Russian Relations 1875-1890,* Princeton, Princeton University Press, 1981, pp. 3-7.
[686] Véase el capítulo 2.
[687] Se realiza una inteligente valoración de este en J. A. Thompson, *A Sense of Power…,* pp. 76-79.
[688] En el sentido del apoyo a la guerra del que cada beligerante dependía y no de las definiciones más rigurosas ideadas por los teóricos de la «paz democrática» en sus esfuerzos por convencerse de que las democracias no luchan entre sí. Bruce Russett realiza un compendio de estas definiciones en *Grasping the Democratic Peace. Principles for a Post-Cold War World*, Princeton, Princeton University Press, 1993, pp. 73-83.
[689] Véase la nota 53, capítulo 9, *supra*.
[690] Paul Kennedy, *The Parliament of Man. The Past, Present, and Future of the United Nations*, Nueva York, Random House, 2006, pp. 3-8.
[691] Keith Robbins, *Sir Edward Grey. A Biography of Lord Grey of Fallodon*, Londres, Cassell, 1971, pp. 156-57, 319-320; véanse también M. Howard, *The Continental Commitment…,* pp. 51-52, y C. E. Neu, *Colonel House…*, pp. 214-15.
[692] H. Kissinger, *Diplomacy…,* p. 223.
[693] Véase el capítulo 6.
[694] H. Kissinger, *Diplomacy*, pp. 78-102; véase también también Erez Manela, *The Wilsonian Moment. Self-Determination and the International Origins of Anticolonial Nationalism*, Nueva York, Oxford University Press, 2007.
[695] Véase A. S. Berg, *Wilson…*, p. 585.
[696] Robert B. Strassler, ed., *The Landmark Thucydides. A Comprehensive Guide to the Peloponnesian War,* versión revisada de la traducción de Richard Crawley, Nueva York, Simon & Schuster, 1996, IV, 65. [En cast. puede consultarse, entre otras: *Historia de la guerra del Peloponeso*, Madrid, Gredos, 1990-1992, 4 vols., trad. y notas de Juan José Torres Esbarranch.]
[697] Ibíd., V, 89.
[698] Véase Robert V. Daniels, *The Rise and Fall of Communism in Russia*, New Haven, Yale University Press, 2007, pp. 32, 48.
[699] Discurso de Lenin del 27 de noviembre de 1920, en Jane Degras, ed., *Soviet Documents on Foreign Policy*, Nueva York, Oxford University Press, 1951, I, p. 221.

[700] Citado en Catherine Merridale, *Lenin on the Train*, Nueva York, Metropolitan Books, 2017, p. 195. [Hay trad. cast.: *El tren de Lenin*, Barcelona, Crítica, 2017.]
[701] Véase el capítulo 1.
[702] Citado en Stephen Kotkin, *Stalin. The Paradoxes of Power, 1878-1928*, Nueva York, Penguin, 2014, p. 612. Véase también, para este y el siguiente párrafos, J. L. Gaddis, *Russia, the Soviet Union, and the United States…,* pp. 98-116.
[703] Robert Gellately, *Lenin, Stalin, and Hitler. The Age of Social Catastrophe*, Nueva York, Knopf, 2007, pp. 163-165.
[704] J. A. Thompson, *A Sense of Power…,* pp. 110-111, 127-131. El concepto de Lenin de la dictadura como «vanguardia» [entendida como organización de élites profesionales] se remonta a su panfleto de 1902, titulado «¿Qué hacer?» Disponible en <www.marxists.org/archive/lenin/works/1901/witbd/index.htm>.
[705] A. Tooze, *The Deluge…,* pp. 515-516.
[706] Adam Tooze, *The Wages of Destruction. The Making and Breaking of the Nazi Economy*, Nueva York, Penguin, 2007, en especial las pp. XXIV-XXVI y 7-12; véase también Timothy D. Snyder, *Black Earth. The Holocaust as History and Warning*, Nueva York, Tim Duggan, 2015, pp. 11-28. [Hay trad. cast.: *Tierra negra. El holocausto como historia y advertencia*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2015.]
[707] A. Tooze, *Wages of Destruction…,* pp. 12-33.
[708] El informe de Stalin está disponible en <www.marxists.org/reference/archive/stalin/works/1933/01/07.htm>.
[709] Isaiah Berlin, *Personal Impressions,* Henry Hardy, ed., 3.ª ed., Princeton, Princeton University Press, 2014, pp. 37-39, 41. El ensayo de Berlin sobre Roosevelt apareció por primera vez en «Roosevelt Through European Eyes», *The Atlantic,* 196 (julio de 1955), pp. 67-71.
[710] Conrad Black, *Franklin Delano Roosevelt. Champion of Freedom*, Nueva York, Public Affairs, 2003, pp. 126-127, 254-255; Alonzo L. Hamby, *For the Survival of Democracy. Franklin Roosevelt and the World Crisis of the 1930s*, Nueva York, Free Press, 2004, pp. 129-135.
[711] J. L. Gaddis, *Russia, the Soviet Union, and the United States…,* pp. 118-121; véanse también Thomas R. Maddux, *Years of Estrangement. American Relations with the Soviet Union, 1933-1941*, Tallahassee, University Presses of Florida, 1980, pp. 11-26, y Mary E. Glantz, *FDR and the Soviet Union. The President's Battles over Foreign Policy*, Lawrence, University Press of Kansas, 2005, pp. 15-23.
[712] C. Black, *Roosevelt…,* pp. 21, 60, 65-66. Véanse también Alonzo L. Hamby, *Man of Destiny. FDR and the Making of the American Century*, Nueva York, Basic Books, 2015, pp. 54-55, y <www.fdrlibrary.tumblr.com/post/94080352024/day-77-fdr-visits-the-panama-canal>.
[713] Robert Dallek, *Franklin D. Roosevelt and American Foreign Policy, 1932-1945*, Nueva York, Oxford University Press, 1979, pp. 75-76. Véase también David Kaiser, *No End Save Victory. How FDR Led the Nation into War*, Nueva York, Basic Books, 2014, pp. 22-23.
[714] Alemania fue admitida al final en la Sociedad de Naciones en 1926. Japón era miembro fundador.
[715] R. Dallek, *Franklin D. Roosevelt and American Foreign Policy…,* pp. 75, 175-176.
[716] T. R. Maddux, *Years of Estrangement…,* pp. 85-88.
[717] Véase el capítulo 8.
[718] Josephus Daniels, secretario de la Marina, renunció voluntariamente a esa responsabilidad. Véase A. L. Hamby, *Man of Destiny…,* pp. 73-81.
[719] David M. Kennedy, *Freedom from Fear. The American People in Depression and War, 1929-1945*, Nueva York, Oxford University Press, 1999, pp. 56-57, 106-107, 120-124.
[720] Samuel I. Rosenman, *Working with Roosevelt*, Nueva York, Harper, 1952, p. 167.

[721] R. Dallek, *Franklin D. Roosevelt and American Foreign Policy…,* pp. 101-168; J. A. Thompson, *A Sense of Power…*, pp. 145-150, y, para el último punto, J. L. Gaddis, *George F. Kennan…,* pp. 101-108.
[722] T. R. Maddux, *Years of Estrangement,* pp. 90-91; M. E. Glantz, *FDR and the Soviet Union…,* pp. 33-35, 43-52. Véanse también Elizabeth Kimball MacLean, *Joseph E. Davies. Envoy to the Soviets*, Westport, Connecticut, Praeger, 1992, pp. 24-26, 45, y David Mayers, *The Ambassadors and America's Soviet Policy*, Nueva York, Oxford University Press, 1995, pp. 118-119.
[723] E. K. MacLean, *Joseph E. Davies…,* p. 67; Charles E. Bohlen, *Witness to History, 1929-1969*, Nueva York, Norton, 1973, pp. 67-87.
[724] Discurso ante el Congreso de Jóvenes Estadounidenses, 10 de febrero de 1940, disponible en <www.fdrlibrary.marist.edu/_resources/images/msf/msf01314>.
[725] Adolf Berle, citado en R. Dallek, *Franklin D. Roosevelt and American Foreign Policy…,* p. 215.
[726] M. E. Glantz, *FDR and the Soviet Union…,* pp. 54-57.
[727] Robert E. Sherwood, *Roosevelt and Hopkins. An Intimate History*, ed. rev., Nueva York, Grosset and Dunlap, 1950, pp. 233-234. La cita de Lincoln proviene de un artículo de 1879 de Noah Brooks, «Lincoln's Imagination», publicado en Harold K. Bush, *Lincoln in His Own Time. A Biographical Chronicle of His Life*, Iowa City,University of Iowa Press, 2011, p. 176. Véase también Henry Wadsworth Longfellow Dana, «Sail On, O Ship of State!», *Colby Library Quarterly,* 2 (febrero de 1950), pp. 1-6.
[728] Susan Dunn, *1940. FDR, Willkie, Lindbergh, Hitler—the Election amid the Storm*, New Haven, Yale University Press, 2013, pp. 278-279. El libro de S. Dunn describe muy bien los acontecimientos resumidos en el párrafo anterior.
[729] La alocución radiada de Churchill del 9 de febrero de 1941 está disponible en <www.youtube.com/watch?v= rJuRv2ixGaM>.
[730] He seguido sobre todo, en estos tres párrafos: T. R. Maddux, *Years of Estrangement…,* pp. 128-155. Véanse también M. E. Glantz, *FDR and the Soviet Union…,* pp. 71, 77-87, E. K. MacLean, *Joseph E. Davies…,* pp. 76-77, y J. L. Gaddis, *Russia, the Soviet Union, and the United States…,* pp. 145-147.
[731] Winston S. Churchill, *The Second World War. The Grand Alliance*, Nueva York, Bantam Books, 1962 [1950], pp. 511-512. [Hay trad. cast.: *La Segunda Guerra Mundial*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2016.]
[732] He contado cuatrocientas mil muertes en combate estadounidenses y un total de veintitrés millones en todos los participantes en la Segunda Guerra Mundial. Estas cifras excluyen a los civiles. Para conocer más detalles, véase <www.en.wikipedia.org/wiki/World_War_II_casualties>.
[733] J. A. Thompson, *A Sense of Power…*, p. 230.
[734] Hal Brands y Patrick Porter, «Why Grand Strategy Still Matters in a World of Chaos», *The National Interest,* 10 de diciembre de 2015, disponible en <www.nationalinterest.org/feature/why-grand-strategy-still-matters-world-chaos-14568>.
[735] I. Berlin, *Personal Impressions…,* pp. 39-44, 48-49.
[736] Esta historia se la debo a Robert D. Kaplan, que se inspiró en ella para su gira de 2015 y para su posterior libro: *Earning the Rockies. How Geography Shapes America's Role in the World*, Nueva York, Random House, 2017. El relato de DeVoto se encuentra en su «Letter from Santa Fe», 181 (julio de 1940), 333-336. Véase también Arthur M. Schlesinger, Jr., *A Life in the 20th Century, Innocent Beginnings, 1917-1950*, Boston, Houghton Mifflin, 2000, pp. 168-171, 232-235.
[737] John J. O'Neill, «Enter Atomic Power», *Harper's Magazine,* 181 (junio de 1940), pp. 1-10.
[738] Alocución radiada, «On National Defense», 26 de mayo de 1940, disponible en <www.docs.fdrlibrary.marist.edu/052640>.

10. ISAIAH

[739] Isaiah Berlin a Stephen Spender, 26 de febrero de 1936, en *Isaiah Berlin. Letters, 1928-1946*, Henry Hardy, ed., Nueva York, Cambridge University Press, 2004, p. 152 [en adelante *Berlin. Letters, 1928-1946*]. I. Berlin admiraba a E. M. Forster y a Virginia Woolf, pero sentía que estos le infundían un poco de miedo [ibíd., pp. 70-71, 166].
[740] Isaiah Berlin a Marion Frankfurter, 23 de junio de 1940, en ibíd., p. 306. Véase también Michael Ignatieff, *Isaiah Berlin. A Life*, Nueva York, Henry Holt, 1998, p. 10. [Hay trad. cast.: *Isaiah Berlin. Su vida,* Barcelona, Taurus, 2018.]
[741] Ibíd., p. 82.
[742] Las biografías más recientes son de Andrew Lownie, *Stalin's Englishman. Guy Burgess, the Cold War, and the Cambridge Spy Ring*, Nueva York, St. Martin's, 2015; y Stewart Purvis y Jeff Hulbert, *Guy Burgess. The Spy Who Knew Everyone,* Londres, Biteback, 2016.
[743] Nota editorial, *Berlin. Letters, 1928-1946,* p. 319; también M. Ignatieff, *Isaiah Berlin…,* pp. 97-99.
[744] Isaiah Berlin a Mary Fisher, 30 de julio de 1940, en *Berlin. Letters, 1928-1946,* p. 322. Véase también la p. 319.
[745] M. Ignatieff, *Isaiah Berlin…,* p. 98.
[746] La película *Dunkerque* (2017), de Christopher Nolan, evoca de forma muy emotiva el discurso de Churchill.
[747] John Wheeler-Bennett, *Special Relationships. America in Peace and War*, Londres, Macmillan, 1975, pp. 87-88.
[748] I. Berlin explica el formato en su introducción a *Washington Despatches, 1941-1945. Weekly Political Reports from the British Embassy*, H. G. Nicholas, ed., Chicago, University of Chicago Press, 1981, pp. VII-XIV.
[749] Resúmenes de los días 12 de enero, 4 de febrero, 20 de marzo y 16 de agosto de 1942, ibíd., pp. 12, 18, 26, 71; véase también la introducción de I. Berlin, ibíd., pp. X-XI.
[750] Resúmenes de los días 14 de mayo, 21 de noviembre de 1942 y 14 de marzo del 1943, ibíd., pp. 38-39, 116, 160.
[751] Resúmenes de los días 28 de febrero, 3 de abril y 22 de octubre de 1943, ibíd., pp. 157, 172, 263.
[752] Resúmenes de los días 29 de diciembre de 1943, 17 y 18 de enero de 1944, ibíd., pp. 288, 307, 309.
[753] Resúmenes de los días 28 de febrero y 25 de abril de 1943, 18 de enero, 20 de febrero y 24 de diciembre de 1944, ibíd., pp. 155-156, 184, 309, 319, 485-486.
[754] M. Ignatieff, *Isaiah Berlin…,* p. 126. El relato de I. Berlin aparece en *Berlin. Letters, 1928-1946,* pp. 478-480.
[755] Isaiah Berlin a Marie y Mendel Berlin, 16 de agosto de 1943, en ibíd., p. 456; Isaiah Berlin a Katharine Graham, enero de 1949, en Isaiah Berlin, *Enlightening. Letters, 1946-1960,* Henry Hardy y Jennifer Holmes, eds., Londres, Chatto and Windus, 2009, p. 73.
[756] Isaiah Berlin a Stuart Hampshire, 6 de junio de 1945, en *Berlin. Letters, 1928-1946,* p. 569.
[757] M. Ignatieff, *Isaiah Berlin…,* pp. 138-139.
[758] Ibíd., p. 137.

[759] Hasta que lo llamó a gritos un ebrio Randolph Churchill, hijo del (entonces) ex primer ministro, para que explicara al personal de su hotel cómo hacer que el caviar estuviese muy frío. Algunos momentos inolvidables son desatendidos en favor de otros que más valdría olvidar.
[760] M. Ignatieff, *Isaiah Berlin…,* p. 168. He seguido el relato que hace M. Ignatieff en ibíd., pp. 148-169; pero también me he servido de los recuerdos de I. Berlin, redactados en 1980, que aparecen en su *The Proper Study of Mankind. An Anthology of Essays* Henry Hardy y Roger Hausheer, eds., Nueva York, Farrar, Straus & Giroux, 1998, pp. 525-552.
[761] Ibíd., pp. 541, 543, 547.
[762] Anna Ajmàtova, *The Complete Poems of Anna Akhmatova,* J. Hemschemeyer, trad., Boston, Zephyr Press, 1997, p. 547. [Anna Ajmátova – Marina Tsvetáieva, *El canto y la ceniza. Antología poética*, «Poema sin héroe», tercera y última dedicatoria (Anna Ajmátova), Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2005, p. 59, trad. de Monika Zgustova y Olvido García Valdés.]
[763] Isaiah Berlin a Philip Graham, 14 de noviembre de 1946, en I. Berlin, *Enlightening…*, p. 21.
[764] *Isaiah Berlin*, «Russian Intellectual History», escrito en 1966 y reeditado en *The Power of Ideas,* Henry Hardy, ed., Princeton, Princeton University Press, 2000, p. 84.
[765] *Berlin Letters, 1928-1946*, pp. 488-489. Véase también M. Ignatieff, *Isaiah Berlin…,* p. 131.
[766] Isaiah Berlin a Alan Dudley, 17 de marzo de 1948, en I. Berlin, *Enlightening…,* pp. 46-47.
[767] Isaiah Berlin, «Political Ideas in the Twentieth Century», *Foreign Affairs,* 28 (abril de 1950), pp. 356-357.
[768] Ibíd., pp. 362-363.
[769] Ibíd., pp. 364-366; véase también I. Berlin, «The Originality of Machiavelli», en I. Berlin, *The Proper Study of Mankind…,* p. 310.
[770] Isaiah Berlin, *Personal Impressions,* Henry Hardy, ed., Princeton, Princeton University Press, 2014, pp. 41-42, 46. Véase también la introducción a I. Berlin de Noel Annan, *The Proper Study of Mankind,* p. XXXV; y, para *Historia del Partido Comunista (Bolchevique) de la U. R. S. S.,* Stephen Kotkin, *Stalin. Waiting for Hitler*, *1919-1941*, Nueva York, Penguin Press, 2017, pp. 569-579.
[771] I. Berlin, «The Originality of Machiavelli», en I. Berlin, *The Proper Study of Mankind…,* pp. 324-325. No es «casualidad», como solían decir los marxistas, que uno de los primeros y mejores estudios sobre el liderazgo de Roosevelt fuera el de James MacGregor Burns, *Roosevelt. The Lion and the Fox*, Nueva York, Harcourt, Brace, & World, 1956, título inspirado en Maquiavelo. [Hay trad. cast.: *Roosevelt. El león y el zorro*, Barcelona, Grijalbo, 1973.]
[772] Citado en Warren F. Kimball, *The Juggler. Franklin Roosevelt as Wartime Statesman*, Princeton, Princeton University Press, 1991, p. 7.
[773] Ibíd., pp. 8-19. Véase también Wilson D. Miscamble, C. S. C., *From Roosevelt to Truman. Potsdam, Hiroshima, and the Cold War*, Nueva York, Cambridge University Press, 2007, en especial las pp. 79-86.
[774] W. F. Kimball, *The Juggler…,* p. 7.
[775] Geoffrey C. Ward, *A First-Class Temperament. The Emergence of Franklin D. Roosevelt, 1905-1928*, Nueva York, Vintage Books, 1989, caps. 13-16.
[776] Ibíd., pp. XIII-XV.
[777] Carl von Clausewitz, *On War,* Michael Howard y Peter Paret, eds. y trads., Princeton, Princeton University Press, 1976, p. 100. [Hay trad. cast.: *De la guerra* (edición abreviada), Madrid, Tecnos, 2010.]
[778] En una versión, un niño encuentra un gran montón de estiércol bajo el árbol el día de Navidad y grita entusiasmado: «¡Debe de haber un poni por alguna parte!», y empieza a cavar. Sobre el origen de la cita, véase <www.quoteinvestigator.com/2013/12/13/pony-somewhere/>.
[779] Philip E. Tetlock, *Expert Political Judgment. How Good Is It? How Can We Know?*, Princeton, Princeton University Press, 2005, pp. 214-215 [hay trad. cast.: *El juicio político de los expertos*,

Madrid, Capitán Swing, 2016]; esto se discute de una manera más amplia en el capítulo 1.
[780] P. E. Tetlock, *Expert Political Judgment…,* p. 215. La cita de Fitzgerald figura en la p. 67.
[781] Isaiah Berlin, «Two Concepts of Liberty», en I. Berlin, *The Proper Study of Mankind…,* pp. 191-242.
[782] Me baso aquí en la explicación que Noel Annan da sobre el «pluralismo» de I. Berlin en su prólogo, ibíd.*,* pp. XII-XIII. La metáfora de la cuerda floja es mía.
[783] I. Berlin, «The Originality of Machiavelli», en ibíd.*,* p. 324.
[784] «Robert F. Kennedy Shocks Texans by Questioning Mexican War», *The New York Times,* 17 de febrero de 1962; «Robert Kennedy Bows in "War" with Texas», *The New York Times,* 5 de marzo de 1962. Véase también Arthur M. Schlesinger, Jr., *Robert F. Kennedy and His Times*, Boston, Houghton Mifflin, 1978, p. 568.
[785] Véase el capítulo 6.
[786] Sun Tzu, *The Art of War,* Samuel B. Griffith, trad., Nueva York, Oxford University Press, 1963, pp. 142-143. [En cast. puede consultarse, entre otras: (Sunzi), *El arte de la guerra*, Madrid, Trotta, 2017.]

NOTAS DEL TRADUCTOR

(1) Término político del mundo anglosajón que alude a la política aplicada durante los siglos XVII y XVIII por la Corona británica de no hacer cumplir estrictamente las leyes parlamentarias en las colonias.
(2) Gaddis incluye los términos *politics* y *policy* como equivalentes del término alemán *Politik* (de Clausewitz). Remite para ello a C. Bassford, *Clausewitz in English…,* p. 22.
(3) *Spotty*, literalmente, «con granos». Se trata de un juego de palabras, pues Lincoln pedía identificar el lugar *(spot)* exacto del derramamiento de sangre.
(4) ¡Navega, oh, barco del Estado! / ¡Navega, oh, Unión, grande y fuerte! / La humanidad con todos sus miedos, / y con todas sus esperanzas en los años futuros / pende sin aliento de tu hado!

Una clase magistral sobre el arte del liderazgo por el mayor experto mundial en pensamiento estratégico.

¿Qué lecciones de estrategia y liderazgo podemos extraer de la derrota de la Armada Invencible, de la actuación de Churchill en la Segunda Guerra Mundial o de las astutas decisiones de Pericles en la Grecia antigua? John Lewis Gaddis cuenta las más sorprendentes maniobras, fallidas o atinadas, desde el mundo clásico hasta la Segunda Guerra Mundial, y profundiza en el pensamiento estratégico a partir de figuras como Heródoto, César Augusto, San Agustín, Maquiavelo, Felipe II, Clausewitz, Tolstói, Lincoln, Roosevelt o Isaiah Berlin.

Gaddis, distinguido historiador de la Guerra Fría, ha estado durante casi dos décadas al frente del legendario programa de estrategia de la Universidad de Yale. En Grandes estrategias reflexiona sobre todo lo aprendido y aplica sus profundos conocimientos para conectar momentos, lugares y personas como nunca antes se había hecho. Para cualquier persona interesada en el arte de la estrategia en cualquier terreno, este libro es una clase magistral.

La crítica ha dicho...
«Una valiosa defensa de las artes liberales, una reflexión atractiva sobre la educación universitaria y algún consejo oportuno sobre cómo la victoria duradera consiste en ganar lo que puedas en lugar de todo lo que deseas.»
Victor Davis Hanson, *The New York Times*

«Brillante, sabio, escrito de manera seductora y profundo.»
Roger Kimball, *The New Criterion*

«Gaddis se ha ganado el derecho indiscutible a arar en diferentes campos de investigación histórica, cosa que hace aquí con evidente deleite y curiosidad peripatética.»
Gordon M. Goldstein, *The Washington Post*

«Un largo paseo en compañía de una mente única y encantadora, que logra transmitir las lecciones extraídas de distintos continentes y milenios.»
John Nagl, *The Wall Street Journal*

«Todo lo que hay que saber sobre cómo los líderes toman decisiones estratégicas. Un estudio sabio e ingenioso del pasado al servicio del futuro.»
Kirkus Reviews

«Gaddis muestra un profundo conocimiento de la historia y ofrece un estilo de prosa agradablemente sintético a este riguroso estudio del liderazgo.»
Publishers Weekly

SOBRE EL AUTOR

John Lewis Gaddis es catedrático de la Universidad de Yale, y fundó el famoso programa Brady-Johnson sobre gran estrategia. Entre sus obras cabe destacar *The Long Peace; We Now Know; El paisaje de la historia: como los historiadores representan el pasado; Surprise*, *Security, and the American Experience,* y *La Guerra Fría*. Ha obtenido dos premios de enseñanza universitaria en Yale, en 2005 recibió la Medalla Nacional de Humanidad y, en 2012, el Premio Pulitzer.

Título original: *On Grand Strategy*
© 2019, John Lewis Gaddis
© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

ISBN ebook: 978-84-306-2007-4
Diseño de cubierta: Penguin Random House Grupo Editorial a partir del diseño original de Penguin Random House US
Ilustración de la cubierta: © Ben Wiseman
Conversión ebook: Arca Edinet S. L.

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.
El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

www.megustaleer.com

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás recomendaciones de lecturas personalizadas.

Visita:
ebooks.megustaleer.club

@megustaleerebooks

@megustaleer

@megustaleer

ÍNDICE

Grandes estrategias
Dedicatoria
Prefacio
1. Cruzando el Helesponto
2. Los muros largos
3. Profesores y ataduras
4. Almas y estados
5. Los príncipes pivotes
6. Nuevos mundos
7. Los más grandes estrategas
8. El mejor presidente
9. La última y mejor esperanza
10. Isaiah
Índice alfabético
Notas
Notas del traductor
Sobre este libro
Sobre el autor
Créditos